PARA TI

El Huerto Escondido
Paráfrasis de la Imitación de Cristo
Azucenas de mi Huerto
Lirios de la Tarde
Cinerarias

Manuscritos completos de
Doña Josefa Rosalía Luque Álvarez

Obras de Fraternidad Cristiana Universal
Autora: Josefa Rosalía Luque Álvarez

"Orígenes de la Civilización Adámica"
Vida de Abel

"Moisés"
El vidente del Sinaí

"Arpas Eternas - Cumbres y Llanuras"
Vida de Yhasua de Nazareth - Apóstoles y Amigos

"Llave de Oro - Siete Portales"
Los Maestros

"Para Ti"
El Huerto Escondido
Paráfrasis de la Imitación de Cristo
Azucenas de mi Huerto
Lirios de la Tarde
Cinerarias

E-mails:
fraternidadcristianauniversal@elcristoes.net
alboradacristiana@elcristoes.net
alboradacristiana@gmail.com

Webs:
http://www.fraternidadcristianauniversal.com
http://www.fraternidadcristianauniversal.net
http://www.elcristoes.net/fcu

PARA TI

Manuscritos completos de
Doña Josefa Rosalía Luque Álvarez

ALBORADA CRISTIANA
alboradacristiana@gmail.com
alboradacristiana@elcristoes.net

© Derecho de Autor Hugo Jorge Ontivero Campo
Todos los derechos reservados

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Ediciones en español
Editor Fraternidad Cristiana Universal,
Florida, Provincia de Buenos Aires
Año 1955
Editorial Kier S.A. Buenos Aires
Año 1987
Hugo Jorge Ontivero Campo-Editor
España - 2004

Edición cotejada con los originales de la Obra por:
Hugo Jorge Ontivero Campo
Diseño de Portada: Sabino del Pino Galán
Preprensa:

I.S.B.N.
Depósito Legal:

Impreso y encuadernado:
Queda hecho el depósito que marca la Ley
Impreso en
Printed in

Índice

J. R. del Corazón de Jesús Luque Álvarez: Biografía..... 13
J. R. del Corazón de Jesús Luque Álvarez: Semblanza..... 15
Filigrana de vida..... 17
Para Ti..... 20

EL HUERTO ESCONDIDO
Confidencias íntimas con el Divino Maestro

¡Cuando no lo esperaba, te encontré!..... 23
Buscándote voy..... 25
¡Estaba tan sola!..... 26
Como arbolito en el desierto..... 28
¡Maestro!... Solo Tú..... 30
Tú lo sabes todo..... 32
¡Siempre fuiste mi Maestro!..... 33
A la puerta del Santuario..... 36
¡Tu Divino Amor..., Señor!..... 38
Esperando al Amor..... 40
¡Háblame, Señor, que te escucho!..... 43
¡Maestro! ¡Óyeme!..... 46
El Huerto de Gethsemaní..... 48
¡Tu Divino salmo, Señor!..... 51
La selva oscura..... 54
La amada Presencia..... 56
Velad y orad..... 59
El rosal de Cristo..... 63
¡Maestro!..., ¡dame tu paz!..... 66
El abrazo eterno..... 69
La soledad de Cristo..... 72
¿Qué es la vida?..... 73
Los mundos de luz..... 75
Como las calas de tu Santuario... (Meditación)..... 83
La solidaridad universal..... 85
¡Me olvidaste, Señor!... (Prosa)..... 87

PARÁFRASIS DE LA IMITACIÓN DE CRISTO

A Kempis - In Memoriam..... 91

Diálogo

Portal Primero: *La Vida Espiritual*

I De la imitación de Cristo y desprecio de toda vanidad..... 92
II Cómo debe el hombre sentir humildemente de sí mismo..... 94
III De la doctrina de la Verdad..... 96
IV De la prudencia en las cosas que se han de hacer..... 99
V De la lección de las Santas Escrituras..... 100
VI De los deseos desordenados..... 101
VII Cómo se debe huir la vana esperanza y la soberbia..... 102
VIII Cómo se ha de evitar la mucha familiaridad..... 104
IX De la obediencia y sujeción..... 105
X Cómo se debe evitar la demasía de palabras..... 106
XI Cómo se debe adquirir la paz y deseo de aprovechar..... 107
XII De la utilidad de las adversidades..... 109
XIII Cómo se han de resistir las tentaciones..... 110
XIV Cómo se debe evitar el juicio temerario..... 113
XV De las obras que proceden de la caridad..... 114
XVI Cómo se han de sufrir los defectos ajenos..... 115
XVII De la vida religiosa..... 116
XVIII De los ejemplos de los Santos..... 117
XIX La vida del buen religioso..... 119
XX Del amor a la soledad y al silencio..... 121
XXI Del remordimiento de la conciencia..... 123
XXII Consideración de la miseria humana..... 126
XXIII Del pensamiento de la muerte..... 128
XXIV Del juicio y penas de la otra vida..... 130
XXV Del mejoramiento de nuestra vida..... 133

Portal Segundo: *De la Conversación Interior*

I De la morada interior..... 136
II Paciencia y humildad..... 139
III Del hombre bueno y pacífico..... 140
IV Pureza de afectos y sencilla intención..... 141
V De la propia consideración..... 142
VI De la alegría de la buena conciencia..... 143
VII Del amor a Cristo sobre todas las cosas..... 147

Diálogo

VIII De la familiar amistad de Jesús..... 145
IX Conviene carecer a veces de consolación humana..... 147
X Del agradecimiento por los dones de Dios..... 149
XI Pocos aman la cruz de Cristo..... 151
XII Del camino real de la Santa Cruz..... 152

Portal Tercero: *La Vida Interior*

I Habla el interior de Cristo al alma fiel..... 156
II La Verdad habla al alma sin ruido de palabras..... 157
III Las palabras de Dios se deben oír con humildad..... 158
IV Pide el alma la gracia de la devoción..... 159
V La verdad y humildad nos hacen agradables a Dios..... 160
VI De los maravillosos efectos del Divino Amor..... 161
VII Cómo se prueba el verdadero amador..... 163
VIII El don divino debe encubrirse bajo la humildad..... 165
IX Nada es el hombre ante Dios..... 166
X Dios es nuestro último fin..... 167
XI ¡Cuán dulce es servir a Dios!..... 168
XII Los deseos del corazón se deben examinar y moderar..... 169
XIII De la paciencia y mortificación..... 170
XIV Cristo es ejemplo de obediencia y humildad..... 172
XV Consideración de los secretos juicios de Dios..... 173
XVI Todo deseo ha de conformarse a los de Dios..... 174
XVII Se pide el cumplimiento de la Voluntad de Dios..... 174
XVIII En sólo Dios se debe buscar el verdadero consuelo..... 175
XIX Todo nuestro afán sea puesto en Dios..... 176
XX Debemos sufrir con serenidad las miserias temporales a ejemplo de Cristo..... 177
XXI Cómo se prueba el verdadero paciente..... 178
XXII Confesión de nuestra flaqueza..... 179
XXIII Descansemos en Dios sobre todas las cosas..... 181
XXIV Debemos hacer memoria de los beneficios de Dios..... 182
XXV Cuatro cosas que causan grande paz..... 184
XXVI Plegaria para apartar los malos pensamientos..... 185
XXVII Oración para alumbrar el entendimiento..... 185
XXVIII Debe evitarse el deseo de saber vidas ajenas..... 186
XXIX En qué consiste la paz del corazón..... 187
XXX De la excelencia del alma libre..... 188

Diálogo

XXXI El amor propio nos estorba el Bien Eterno..... 189
XXXII Oración para pedir la sabiduría celestial..... 190
XXXIII Contra las lenguas maldicientes..... 190
XXXIV Plegaria para el tiempo de la tribulación..... 191
XXXV Cómo hemos de obtener el favor divino..... 192
XXXVI Despegados de las criaturas hallaremos al Creador..... 193
XXXVII El hombre espiritual debe negarse a sí mismo..... 195
XXXVIII De la mudanza del corazón..... 196
XXXIX ¡Cuán dulce es Dios a quien le ama!..... 197
XL En esta vida no nos veremos libres de tentaciones..... 198
XLI Los vanos juicios de los hombres..... 199
XLII La renunciación de sí mismo nos da la libertad de corazón... 200
XLIII Lo exterior no debe absorbermos completamente..... 201
XLIV No sea el hombre importuno en los negocios..... 202
XLV Nada tiene el hombre de qué alabarse..... 203
XLVI Del desprecio de toda honra temporal..... 204
XLVII No debe nuestra paz depender de los hombres..... 204
XLVIII Contra la ciencia vana del mundo..... 205
XLIX No debemos buscar con demasiado afán las cosas exteriores 206
L No debemos creer a todos y cuán fácil es resbalar en palabras 207
LI De la confianza en Dios cuando nos injurian..... 208
LII Grandes cosas debemos padecer por la vida eterna..... 210
LIII Del día de la Eternidad y de las angustias de esta vida..... 211
LIV Del deseo de la vida eterna..... 212
LV Debe ofrecerse a Dios el alma desconsolada..... 214
LVI De los trabajos humildes..... 215
LVII No somos dignos de consuelos sino de tormentos..... 216
LVIII La Luz Divina no se mezcla en los placeres humanos..... 217
LIX De los movimientos superiores e inferiores en el alma humana... 218
LX Corrupción de la naturaleza humana y eficacia de la gracia divina..... 219
LXI Debemos negarnos a nosotros mismos y seguir a Cristo por la Cruz..... 220
LXII No debe acobardarnos nuestra flaqueza..... 221
LXIII Los juicios ocultos de Dios..... 222
LXIV Toda esperanza debe ponerse sólo en Dios..... 224

EN EL SANTUARIO DEL AMOR DIVINO

Canto

Hora de tinieblas

I *Se queja el alma de la obscuridad en que la ha dejado el Divino Amor*..... 225

II *Clarea en el alma la esperanza de recobrar al Divino Amor que se había ocultado*..... 228

La Hora de la Esperanza

I *Elevación del alma al Supremo Amor*..... 229

II *Encuentra el alma al Supremo Amor en todo cuanto existe*... 230

III *El alma prosternada ante la Divinidad llama al Amado con dulce voz*..... 232

La Hora de Confidencias

I *Siéntese el alma sola ante lo Infinito que ve acercarse y se abre como una flor al rocío de los cielos*..... 233

II *Vibra el alma con más intensidad al recuerdo del Divino Martirio que siente en sí misma*..... 233

III *Desprendida el alma del amor de las criaturas oye la voz del Divino Amador y se vacía toda en Él*..... 234

IV *El alma escucha absorta como una música lejana la Voz Divina que la invita y llama*..... 236

AZUCENAS DE MI HUERTO

¡Todo canta a Dios!..... 239
¡Cómo miran tus ojos... Señor!..... 240
¡No te vayas, Amor!..... 241
¡Señor!... ¡Yo vengo a Ti!..... 242
¡Señor!... ¡En Ti confío! 244
La plegaria del perdón..... 246
Salí a sembrar rosas..... 247
¡Una vez!... ¡Nada mas!... (Meditación)..... 248
Yo soné..... 250
El Profeta de Fuego..... 250
El Huerto Sagrado..... 252
¡Solo Tú!..... 253
¡Me olvidaste, Señor, en este día...! (Plegaria de Navidad)..... 254
La Virgen de las azucenas..... 256
La montaña de las cruces..... 257
¡Sedlo todo para mí!..... 261
¡Quiero verlo todo!... (Al Cristo piadoso)..... 262
El poema de mis sueños (Diálogo del Alma con el Cristo)..... 263
La inmolación..... 267
Teresa de Jesús (En su centenario)..... 268
El Cristo de Barberis..... 269
¡Desde el abismo te llamo!... (Invocación a Cristo)..... 271
¡Todo eres Tú!..... 273
La hora del Amor..... 273

LIRIOS DE LA TARDE

El ruiseñor cautivo..... 279
El amor a los veinte años..... 280
¡Yo quisiera!..... 281
Fue una flor del Aire..... 282
Las flores de tu huerto..... 282
¡Quiero ser para ti!..... 283
El huerto escondido..... 284
¿Por qué vivo, Señor?..... 285
Tus flores me hablan..... 286

Gardenias de raso blanco..... 287
Tus rosas se han secado..... 288
Duendecillo rubio..... 289
Puesta de sol..... 290
Las tres llaves..... 291
Tu recuerdo..... 292
La rosa seca..... 293
¡Qué largo es el camino!..... 294
¿Por qué te amé?..... 295
¡Cuéntame luna!..... 296
Mi rosario (A mis amados ausentes)..... 296
¡Gracias, Señor!..... 297
El lirio blanco..... 298
Las visiones del poeta..... 300
¡Olvida..., corazón! (Recordando a Emelina)..... 304
La canción del suicida (Dictada por C.E.L. para Esther)..... 306
Los lirios volvieron (A mi nietito Carlos Manuel)..... 308
El nido deshecho..... 309
Flor de la Luna..... 310
Sol de la tarde..... 312

CINERARIAS

Mi estrella fiel (A la querida memoria de mi madre)..... 315
Treinta días de amor (A mi madre)..... 317
Mi dulce esclavitud (A mi madre)..... 318
El rosal de mi esperanza (A mi madre)..... 320
Cuéntame, Madre..... 322
Llévame contigo (Plegaria a mi madre)..... 325
Óyeme, madre..... 327
Soledad (A mi madre)..... 328
Seis meses (A mi madre)..... 329
Dame tu paz (Plegarias a mi madre)..... 331
Dónde estás (A mi madre)..... 333
Nunca pensé (A mi madre)..... 335
De la eternidad..... 336
Veinticinco años (Nuestras bodas de Plata)..... 337
Veinticinco de Mayo..... 338

Josefa Rosalía Luque Álvarez

JOSEFA ROSALÍA LUQUE ÁLVAREZ
Biografía

Nació en la ciudad de Villa del Rosario, provincia de Córdoba, República Argentina, el día 18 de marzo del año 1893. Siendo sus padres Don Rafael Eugenio Luque y doña Dorotea Álvarez.

Educada en el Colegio de las Carmelitas Descalzas de la ciudad de Córdoba.

Radicada desde el año 1932, en una isla del delta bonaerense en la localidad de Tigre, fundó la escuela "Fraternidad Cristiana Universal" en el año 1938. Siendo sus fundamentos: el cultivo interior por el "conocimiento de sí mismo", y la unión íntima con la Divinidad por la meditación, conjuntamente con el buen pensar, sentir y obrar.

Siendo la tetralogía de la Obra: "Arpas Eternas" - "Cumbres y Llanuras" - "Moisés" - "Orígenes de la Civilización Adámica", las bases del conocimiento espiritual, moral y ético.

Escritora de pluma ágil, con alas de cóndor, remontó los planos terrestres hasta posarse en la morada de los elegidos por la Eterna Ley para descorrer los velos del Archivo de la Luz, donde está grabada con calcos a fuego la evolución de cada partícula de chispa divina emanada del Gran Todo Universal.

¿Qué vio su mente iluminada? ¡Formidable Apocalipsis presenció al descorrer un Arcángel, ante ella, el velo de desposada de la Maga Invisible de los Cielos, y dejar al descubierto las glorias, triunfos, luchas, abnegaciones, sufrimientos y esplendores de la muerte de los amantes del Amor y la Justicia por un Ideal de liberación humana!

¿Qué más? Las vidas de los misioneros divinos que limpiando de malezas los campos, abrían surcos para la siembra del Amor fraterno en las almas que serían las encargadas de hacerla fructificar el ciento por uno.

¿Y por último? Las vidas mesiánicas de un Arcángel del Séptimo Cielo de los Amadores, que dejando su morada de paz y amor, descendía a los planos terrestres para mezclarse con las pequeñas almas inconscientes de su destino, y también para que de su mano, de su manto, nos prendiéramos los que queríamos dejar de ser almas que se revuelcan entre el lodo de las propias pasiones, de los deseos insatisfechos, de los egoísmos que fueron formando lacras y manchando la vestidura que cubre a la Esencia Divina.

¡Todo eso! ¡Mucho más! Vio en ese espejo brillante y límpido como no hay otro, y descendiendo en raudo vuelo, pero con hondo dolor, traspasó al papel todo lo que su mente vio y su corazón sintió.

A ti, lector amigo, se te ofrece con todo amor, lo que su amor creó a través de mas de treinta años de escritura: "Orígenes de la Civilización Adámica", "Moisés", "Arpas Eternas - Cumbres y Llanuras", "Llave de Oro - Siete Portales".

Pequeñas joyas espirituales: "El Huerto Escondido", "Paráfrasis de la Imitación de Cristo", "Lirios de la Tarde", "Cinerarias", "Azucenas de mi huerto".

En la lectura de sus manuscritos, iniciado aproximadamente el año mil novecientos treinta y dos y finalizados en el mes de Junio del año mil novecientos sesenta y cinco, te pido lo hagas con la sinceridad del que busca la Verdad, la Luz y el Amor.

Si al término de ella, tu corazón encontró lo que ansiaba eleva una plegaria al Altísimo de eterno agradecimiento, y a ella la siempreviva de tu amor reflejado a tus semejantes.

Así daremos cumplimiento en nosotros mismos al Ideal de nuestro Divino Guía e Instructor: Ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo.

La transcriptora de los Archivos de la Luz dejó su morada terrestre el día 31 de julio del año 1965.

Hugo Jorge Ontivero Campo

SEMBLANZA

De Doña Josefa Rosalía Luque Álvarez
"Mamina" para sus íntimos

De estatura baja, cuerpo delgado, conservó en su vestimenta el largo al tobillo y la sencillez en toda ella.

Sin adorno y maquillaje, se peinaba el largo cabello hacia atrás, terminando en un rodete en la nuca, cubriendo su cabeza con el capelo.

De ojos grandes, color negro, mirada leal, sincera, suaves, en los que no había dobleces.

Manos delicadas, delgadas, dedos largos y finos, hechas para la prosa y la poesía.

De voz suave y pausada.

De andar ligero, los que la acompañaban debían acelerar los pasos.

De trato cordial y afectivo.

En la intimidad de su alcoba-escritorio, en las horas de soledad y silencio, escribía en cuadernillos hechos por ella misma, lo que se ha dado a conocer como la "Obra de la Fraternidad Cristiana Universal". Estando los mismos a resguardo del deterioro o manoseo.

Supo enfrentarse, con toda serenidad, a las impertinencias y prepotencias de inconscientes, dando respuestas cortas y sencillas, con tal lógica que desarmó a más de un inconsciente, aunque la procesión fuera por dentro.

Cumplió a mis ojos y sentir humano con su propia Ley para concretar la Obra, contra vientos y mareas, soportando bravas tormentas sin claudicar de su pacto con el Divino Maestro.

Siendo el Amor de Él y a Él, soporte de sus angustias y soledades interiores y exteriores.

Reflexionad que en su Obra trajo nuevamente al Cristo a la Tierra, tal cual lo sentimos vivir en nuestro corazón.

Con todo amor.

Hugo Jorge Ontivero Campo – Depositario legal, colaborador y esposo de la escritora.

Josefa Rosalía Luque Álvarez

FILIGRANA DE VIDA

¿Cómo era Mamina? Se me pregunta.
Mi respuesta es: que no es mucho lo que pueda decir, relacionado con el tiempo que la he tratado, siendo que fue en los últimos años de su vida física y mayormente en la casa de la isla, donde íbamos con frecuencia.
Por tanto se relaciona más con parte de la vida diaria, en la cual era muy activa, actividades que no la apartaban del mundo espiritual, a la que dedicó la mayor parte de su vida, y que está reflejada en los libros que dejó escritos.
Lo que puedo recordar, es que el trato con los demás era muy maternal, paciente, compasiva, bondadosa.
Se me presenta como la mano amiga que se tiende a los demás oportunamente, ayudando dentro de sus posibilidades, a quienes lo necesitaban.
En algunos casos cuando había que calmar algún desacuerdo, lo hacía en forma reservada, suavizando las asperezas, aconsejando con todo cariño.
Era prudente en sus opiniones.
Tenía un carácter alegre, reía con facilidad y naturalidad, en especial cuando contaba alguna anécdota de los años anteriores, en los que se notaba al hablar un tonito cordobés (oriundo de la provincia de Córdoba – Argentina).
Recordando su vida en la isla, decía que cuando se sentaba en el sillón para leer, en algunas oportunidades, subía al brazo del asiento una paloma amaestrada y le hacía compañía. Sonreía ante los simples recuerdos de la vida diaria.
Hablando de su madre, en épocas en que vivían en la isla, decía que no era de mucho hablar, más bien era muy reservada, pero era para ella un apoyo familiar muy apreciado.
Cuando aún vivía en Buenos Aires e iba a la isla, en el viaje de la lancha colectiva, por lo general iba leyendo.
Acostumbraba a usar sus vestidos en el invierno, más bien largos y un gorrito de lana como abrigo para la cabeza.
A pesar de la vida austera vivida en la isla, tenía un cariño muy especial para “su ranchito”, como lo llamaba, siendo que allí se sentía como en su casa.
Creo que el tiempo vivido con su madre, su esposo Manuel y su hija

adoptiva Julia, como quienes le ayudaban allí en la granja, en ese lugar revivirían sus recuerdos.
Mas la paz reinante de la isla, donde recibió del mundo espiritual parte de su Obra, para ella era el palacio más confortante que había, siendo que fue su deseo pasar sus últimas años allí.
Pero en esa austeridad no perdía su delicadeza con las pequeñas cosas de la vida diaria. Una de esas es que por las tardes preparaba lo necesario para tomar mate, colocando delicadamente un mantelito sobre una banqueta o la mesa y todos los accesorios correspondientes para esa ocasión.
De la misma forma lo hacía con todas las actividades de ama de casa, con prolijidad. Como por ejemplo, en la habitación donde se hacían las meditaciones, había un pequeño altar con un mantelito, prolijamente bordado y almidonado, donde se colocaba un florero con flores y un candelabro para iluminar el lugar.
A pesar de tener una edad avanzada, se conservaba con buena salud. Salud que se manifestaba a través de su dedicación al mundo espiritual.
Una vez cuando fuimos a la isla, nos contó que había tenido un ojo que le lagrimeaba, lo que le resultaba muy molesto para ver. En un momento estando en su habitación, se puso la mano sobre el ojo y le pidió al Maestro que la sanara, con fe que Él la escuchaba. Después de un momento dijo que sacó la mano y sintió que no lagrimeaba más. Esto lo narraba con mucha emoción.
También nos decía que en época en que vivían en la isla, época de vida austera, armaba sus cuadernos para escribir lo que recibía, y lo hacía con papel de estraza o algún otro papel que se usaba para envolver y que estuviera en condiciones de ser utilizados. Los cosía por el lomo prolijamente y era muy difícil que se desarmaran.
Mamina, al hablar de esa época de su vida, en ningún momento demostraba dolor o tristeza, lo narraba con toda naturalidad; yo diría, a veces, como una pequeña aventura de su vida, en lo que no faltaba su buen humor.
Tuvo en su vida muchos altibajos; luchas como todo aquel ser que cumple la misión de revelar la presencia Divina, pero siempre se mantuvo sostenida y protegida por el amor del Maestro, al que tanto amaba como así lo reveló en sus obras.

Nanci Marchetto
Viernes 12 de febrero del año 2010.

PARA TI

¡Alma hermana y compañera del largo camino!...

Para ti que buscas, sientes y piensas como yo, salen a la luz estos trémolos del laúd interior, ora como gemidos lastimeros, como súplicas angustiosas, como resignadas plegarias y, sobre todo, como inquietos aleteos de Psiquis descontenta de las sombras y trabas que la aprisionan y anhelante hasta el delirio de la Suprema Belleza que presiente y del Eterno Amor que adivina.

Si te has forjado un ideal de perfección, de belleza y de inefable amor que demarque rumbos certeros en tu camino eterno, como la estrella polar al navegante, comprenderás estas sencillas páginas como te comprendes a ti misma cuando te agobia la tristeza, cuando te hiere el desengaño, cuando te lastiman las ingratitudes, cuando te acobarda la incomprensión de los compañeros de viaje, cuando el desamor de los amados te envuelve en el sudario helado de la soledad y del olvido; y, también, ¿por qué no decirlo?..., las comprenderás cuando entregada a la meditación, con emocionado fervor, sientes el amor inefable de presencias invisibles que te traen de los cielos superiores mensajes sin ruido, sin voces, sin palabras, como el reflejo de estrellas lejanas que quisieran acompañar tu soledad, iluminar tus sombras, tus perplejidades y apagar con aguas purificadoras tu sed de verdad, de amor, de conocimiento!...

¡Para ti que has visto brillar en tu horizonte esa estrella de primera magnitud, plena de luz y de inefables ternuras, el Cristo Instructor y Guía de esta humanidad, comprenderás, sí, que el alma se lance en pos de Él como lo más bello, lo más puro, lo más perfecto que haya vivido en carne de hombre sobre esta Tierra!... Para ti que buscas ansiosamente la flor exótica del amor sin egoísmos, sin interés, sin pedir nada a cambio del amor con que te das, comprenderás, sí, estos delirios del amor, estos éxtasis de ternura, la entrega absoluta, la confiada esperanza, floreciendo siempre como eterna rosa viva, a pesar de todas las tristezas, de todas las ruinas, de todas las incertidumbres del humano vivir.

¿Qué más es "para ti", alma compañera del viaje eterno?...

El deseo intenso y ferviente de que encuentres en las florecillas de mi huerto escondido la esencia de nardos que necesitas para ungir la cabeza, las manos y los pies del Hombre-Amor, único que puede decirte con su voz augusta de Verbo de Dios: "¡Tus pecados te son perdonados porque has amado mucho! ¡Vete en paz!...

LA AUTORA

Toda alma necesita de otra alma confidente
Cuando no la encontremos en la Tierra, busquémosla
En la inmensidad del infinito y estemos seguros de
Que una voz amiga responderá a nuestro llamado.

El Huerto Escondido

Confidencias Íntimas
con el Divino Maestro

¡CUANDO NO LO ESPERABA, TE ENCONTRÉ!...

Sentada estaba yo en el bosque sombrío de la vida, envuelta en densas tinieblas de dudas y de zozobras.

¡Y veía abrirse a mi vista muchos senderos oscuros, tortuosos..., sombríos!

¡Y cuando iba a echarme a andar por uno de ellos, allá, en lo hondo de la encrucijada, sentí que silbaban las serpientes de la falsa amistad y retrocedí espantada!

¡Senteme a llorar a la sombra de un sicomoro, y colgué de sus ramas mi laúd sin armonías y sin cantos!

¡Pero un anhelo desconocido y extraño, un ansia impetuosa como una tempestad me empujaba a andar y andar!

¿Qué buscaba?... ¡Buscaba luz..., aire!... ¡Buscaba lealtad, sinceridad, amor! ¡Buscaba una vida nueva! ¡Oh!..., ¡yo no sé lo que buscaba!

¡Una y otra vez empecé a andar por aquellos caminos ásperos y solitarios, desnudos y fríos!

¡Y en unos aleteaban graznando los cuervos negros de la adulación y la lisonja interesada, y me helaba la sangre el cierzo frío del batir de sus alas!

¡En otros silbaban las serpientes de engañadoras promesas, que audaces corrían por una alfombra de césped florecido!...

¡En otros aullaban las fieras del fanatismo duro y cruel que parecía proyectar en mi alma la tiniebla pavorosa de la selva!...

¡Y en los de más allá, había tanto..., pero tanto lodo de miseria, mezquindades y egoísmos de todo género, que temía ahogarme lentamente en aquella ciénaga sin salida!

Y la noche avanzaba..., ¡llegaba!... ¡Oh, sí!... ¡La noche de la eternidad, más oscura e incierta que la noche de mi alma, mientras estaba sentada en el bosque sombrío de la vida, entre dudas y cavilaciones!

¡Y, entonces, oí a mi lado, muy cerca y como dentro de mí misma..., una voz suave cual la melodía de un arpa que quisiera despertarme de un sueño!

¡Nadie había en torno mío y la cadencia continuaba vibrando quedo..., suave..., ininteligible al principio..., hasta que un esfuerzo mental y la ansiedad de la esperanza pudieron descifrar el enigma de aquella suave melodía que me acariciaba produciéndome un silencioso llorar!

Y eras Tú... ¡Oh, Divino Maestro Jesús!... Eras Tú que me decías con una voz musical:

"¡Yo soy la luz de este mundo y el que me sigue no anda en tinieblas!"

¡Y yo corrí hacia esa voz que parecía alejarse indefinidamente cual si fuera a extinguirse, perdida en la sombra que me envolvía!

¡Mi desesperado anhelo me llevaba al delirio..., al vértigo..., a la locura! ¡Debía encontrarle de nuevo!... Mas..., ¿dónde?, ¿cómo?... ¡Correr y correr hasta caer desfallecida esperando la muerte en aquella pavorosa oscuridad!...

¡Pero llegó una hora en que Tú, Maestro mío, tuviste piedad de mi y, acercándote a mi angustia suprema, me tendiste, la suavidad de tu mirada y el calor de tu mano amiga, de la cual me prendí ansiosamente para no soltarme jamás!...

Y parecióme que comenzaste, desde entonces, a andar a mi lado, mientras seguía resonando en mis oídos tu voz suave, acariciadora..., tiernísima:

"No temas a la oscuridad que te rodea. ¡Yo soy la luz de este mundo!"

"No temas extraviarte por las escabrosas sendas del bosque sombrío de la vida. ¡Yo soy el camino que conduce al reino del Amor Inmortal!..."

"No tengas miedo a las luces fatuas que deslumbran y engañan. ¡Yo soy la verdad!"

"No tengas miedo a la muerte. ¡Yo soy la vida eterna!"

Y así, prendida de tu mano como un abrojillo del camino, ¡oh, Maestro Jesús!..., iré siguiendo a través del bosque sombrío de la vida, por esta senda que antes era oscura, pero tu luz la ha llenado de la blanca claridad de los cielos!...

¡Graznan los cuervos sobre mi cabeza, silban en torno mío los reptiles, aúllan a mi paso las fieras, muchas luces fatuas brillan ante mis ojos como errantes luciérnagas; pero ya no temo los horrores de la soledad, porque tú vas conmigo, Divino Maestro Jesús, y tu amada presencia obra en mi alma inesperadas transformaciones!...

¡Y si tropiezo y caigo en la fatigosa andanza, me ayudas a levantar, y un renovado esfuerzo me anima y empuja hacia la empinada cuesta que lleva a la cumbre azul serena de la purificación!...

¡Y llevo también una cruz sobre los hombros, que todos la llevamos en esta dura travesía de la vida!... ¡Pero es leve y ligero su peso, Maestro mío, compasivo y bueno!...

¡Porque llevas Tú el peso de mi carga y sólo dejas para mí la suavidad de tu compañía y el embeleso inefable de tu mirada!

¡Y así voy siguiéndote como bajo el influjo de un encantamiento, sin sentir la fatiga del viaje ni el peso de la cruz!

Y así voy embelesada siguiéndote. ¡Oh, Maestro Jesús, tan adorable y tan incomprendido de los hombres!... ¡Y así voy en pos de Ti para siempre!...

¡Oh, sí!..., ¡para siempre!... ¡Porque no puede el corazón dejarte después de haberte encontrado!...

BUSCÁNDOTE VOY...

Mi alma busca la tuya, ¡oh, Jesús, Maestro mío!

Mis manos se tienden hacia Vos como al único amparo, al único apoyo capaz de sostenerme en las tinieblas de la vida.

Y Tú no me rechazas como rechaza mi espíritu a los que caen en profunda miseria como antes de ahora he caído yo.

Con mi alma cubierta de lepra y de llagas, hace muchos siglos te buscaba y te seguía y nunca jamás tu alma me dijo: *"¡Aléjate de mi, larva impura que manchas cuanto tocas!"*.

¿Y por qué yo, Maestro, dejo que en lo hondo de mi ser anide, a veces, la repulsión para los que pecan?...

¡Porque soy aún miserable y llena de mezquindad!

Porque con tanto amarte y seguirte, aún no he comprendido la grandeza de tu Corazón de Hombre-Dios.

¡Porque con tanto escuchar las armonías divinas de tu alma hablándome de ternura y de amor, aún no he aprendido a amar como Tú!

¡Soy yo, oh, Jesús, Maestro mío, quien necesita ser perdonada una vez más!

¡Mí alma busca la tuya como una tórtola errante y solitaria que, sintiendo rotas sus alas y herido su corazón, se refugia en Ti, piadoso y bueno, consolador Divino de los que lloran bajo el peso de sus pecados!

¡Maestro Divino!... ¡Maestro Jesús!... ¡Sed conmigo en esta hora en que mí alma te llama, huérfana y sola en los abismos de la vida terrena adonde tu voluntad y la mía unidas me han hecho nacer para mi purificación final y en beneficio de los pequeños!...

¡Oh, Jesús, Maestro mío! ¡Que yo te sienta junto a mí en las horas de debilidad!...

¡Que yo te sienta junto a mi cuando el cansancio, la decepción y el tedio me acosan con sus rugientes alaridos!

¡Que mi alma se funda en la tuya, mar inmenso de compasión y de amor, como una gota de agua en el océano, como chispa en una hoguera, como una ráfaga de perfume en el inmenso oleaje de tu esencia divina!

¡No me apartes, Señor, de Ti, como mi alma egoísta y cruel repudia a veces a las almas cancerosas y enfermas de los que hoy pecan como he pecado yo en mi larga vida de siglos y siglos!...

¡Oh, Divino Maestro Jesús!... ¡La dicha de seguirte de cerca, de oír tu voz, de inundarme con la luz divina de tu mirada, que es ala que levanta mi espíritu..., es todo cuanto quiero y cuanto pido y cuanto anhelo en esta vida mía!

¡Oye por piedad, Señor, mí voz que te llama y que te pide, no sólo para si misma sino para todos, esa luz de tu mirada, esa suave melodía de tu palabra, ese divino consuelo para todo dolor, de sentirte cerca, de sentirte en tus piedades, en tus perdones, en tus enseñanzas y, sobre todo, en la inefable ternura de tu alma excelsa de Hijo de Dios; para estos hermanos nuestros que, junto conmigo o lejos, divididos a veces por el odio y la repulsión o apartados por la indiferencia y las circunstancias de la vida, corriendo van sin orientación y sin rumbo cayendo y levantando a lo largo del camino sin fin!...

¡Oh, Divino Maestro Jesús!... Si ha sonado la hora de que los hombres te sientan como a su única luz y su único refugio y su único Salvador, consuma tu obra, ¡oh, Señor!, ¡y que la humanidad vea por fin en ti la gloria de Dios!

¡ESTABA TAN SOLA!...

El viento helado del egoísmo que cruzaba por la arboleda sin vida, sin rumor y sin cantos, secaba mis lágrimas y el sudor que angustias de muerte hacían brotar en mis sienes...

¡Estaba tan sola!...

¡La raíz saliente de un espino secular cuyas ramas parecían crujir remedando mis gemidos prestaba apoyo a mi cabeza cansada!... ¡Cansada de insomnios febriles, de tormentosos terrores, de quiméricos delirios y de deslumbramientos penosos!...

¡Estaba tan sola!...

Mis manos se extendían a tientas por el vacío, buscando otra mano que me ayudara a levantar de mi postración dolorosa y terrible; y mis manos tropezaban con la vileza y la envidia, como las hojas traidoras de los cardos silvestres que me rodeaban...

¡Estaba tan sola!...

¡Y a causa de mis hondas heridas mis labios estaban abrasados por la fiebre que interiormente me devoraba, sin que nadie hubiera a mi lado para derramar en mi alma el agua piadosa de los consuelos, ni en mis labios el agua fresca de los manantiales!

¡Y pasaban junto a mí los viajeros de la vida, uno, otro y muchos más, y viéndome sumida en hondo desfallecimiento como un lento morir, pasaban de largo! ¡Aquella fría indiferencia a mi dolor hacía más intensos mis padecimientos y, a gritos, llamaba a la muerte que pusiera fin a aquella agonía lenta... lenta!

¡Vae-soli! ¡Ay del que está solo!..., murmuró una suave voz en mis oídos ya próximos a cerrarse a todos los sonidos de la tierra.

Y algo así como la suavidad de estrofas de cristal cantadas por ángeles invisibles me indujo a pensar que una vida nueva se desarrollaba junto a mí.

¡Y era la omnipotente piedad de tu amor misericordioso, Maestro Jesús, que llegaba a mí derramando ternuras, piedades, consuelos y perdones como una lluvia de rosas blancas sobre la inmensa soledad de mi alma!... ¡Como suave raudal de un bálsamo maravilloso sobre las hondas heridas de mi corazón!...

¡Y viniste hacia mí!

¡Y viéndome desfallecida por el cansancio de una vida sin orientación y sin luz, abrasada por la fiebre de belleza y de amor que me devoraba, cubierta de polvo y lodo de los largos caminos inciertos; movido a compasión te acercaste comprensivo y bueno sin preguntarme nada, porque todo lo sabías..., porque leías en mis ojos y traducías la vibración de mi pensamiento y los latidos de mi corazón!...

¡Tu mano piadosa se enlazó a la mía y me guiaste hacia una tibia y apacible morada, a un dulce y suavísimo nido preparado por Ti para la avecilla enferma de soledad y de abandono!...

¡Y tus manos delicadas como llenas de jacintos en flor derramaban aromoso bálsamo sobre las hondas heridas de mi alma!...

¡Y al agitar el viento los rizos de tus cabellos y los pliegues de tu manto, soplaban sobre mi frente abatida frescos céfiros del cielo, y rumores musicales de renuevos de palma aleteaban acariciantes ahuyentando mi fiebre!...

¡Comprendí que entonces ya no estaba sola!...

¡Y no era ya el viento helado de una noche invernal que secaba mis lágrimas, sino que Tú, piadoso amigo de todos los que sufren, buscando a tientas en la oscuridad, venías a mí con la inefable ternura de tu amor misericordioso!

¡Y tus palabras, Maestro mío, eran oleadas de claridad para mi mente ensombrecida!...

¡Y era tu amor como agua de manantial que nunca se agota, y donde bebió mi alma sedienta hasta la embriaguez del éxtasis en que se olvidan todas las negruras de la tierra!...

¡Entonces supe que ya no estaba sola!... ¡Y ya no era la raíz nudosa y saliente de un espino secular quien daba apoyo a mi cabeza ardorosa de delirios y de fiebre, sino que Tú, Maestro Jesús..., modelo santo de amigo noble y bueno, apoyabas mi frente fatigada en tu pecho dejándome sentir los latidos de tu gran corazón, amante divino de la humanidad, la proscrita ciega que aún no puede verte ni comprenderte, ni amarte!...

¡Entonces ya no estaba sola!...

¡Mis manos ya no se tendían a tientas por el vacío buscando otra mano que me ayudase a levantar, porque Tú, piadoso amigo de mi alma solitaria,

me extendías las tuyas llenas de rosas blancas de una paz inefable; llenas de perfume celestial de tus perdones suavísimos!...

¡Qué dulce es al alma la luz tuya, Maestro mío, que sabe curarla de la enfermedad, de la tristeza, del abandono, del frío desamor de las criaturas, incapaces de comprender las tempestades silenciosas de las almas que acarician ideales indefinibles e ilimitados, como ilimitados son los infinitos horizontes que vislumbran tras de cumbres lejanas!

Y al comprender que ya no estaba sola, me abracé sollozando a Ti, como un amigo a su amigo, como un enfermo a su médico, como un hijo a su padre, y te dije: ¡Por piedad, Maestro Jesús!..., ¡eterno amor de mi alma!..., no me digas como al enfermo del Evangelio: "Tu fe te ha curado. ¡Vete en paz!..." ¡Oh!..., ¡no me digas así, por piedad! ¡Yo no quiero irme de tu lado! ¡Yo no me iré jamás!... ¡Oh, no, jamás! ¡Porque ninguna voz me suena como la tuya!...

¡Ninguna amistad es constante y leal como la tuya! ¡Ningún amor de la Tierra se asemeja al tuyo, que se me da plenamente sin pedirme nada, sino que oiga, como en eterno arrobamiento de luz, de esperanza y de paz, la armonía eterna del Amor Universal!...

COMO ARBOLITO EN EL DESIERTO...

¡Así estaba mi alma en el seco y helado desierto de los convencionalismos rutinarios y faltos de sentido espiritual en que había nacido!

¡Azotado por vientos contrarios, se levantaba apenas de la tierra el tallo débil, enfermizo, anémico!

Como plantado a orillas del Mar Muerto, sus aguas envenenadas corroían su raíz quitando savia a sus ramas...

¡Infeliz arbolito de arrayán!... ¡Todo te era adverso en el árido y seco desierto de tu vida!

¡El sol abrasador de un ideal presentado al espíritu entre los terrores del Sinaí me consumía; y a través de esas brumas de fuego, ni una gota de rocío venía a refrescar mi fiebre!

¡Era como un ardoroso otoño, cuyos cálidos vendavales se llevaban una a una las ramas enfermas, convertidas en amarillenta hojarasca!...

¡Y comprendía que era yo aquella hojarasca que rodando por el suelo, a merced de los vientos ardientes del desierto, iba a servir de nido a los reptiles escondidos en la grietas de los desnudos peñascos!...

Ningún viajero comprendía que aquel arbolito iba muriendo lentamente de soledad, de abandono, de esa angustia pesada y silenciosa en que se consumen sin alarde y sin ruido tantas vidas, así animadas como

inanimadas, así vegetales como animales, así orgánicas como inorgánicas... Vive y muere el árbol y la flor, el ave y el pez, la bestia y el hombre, el insecto y la piedra...; que todo es vida, dolor y muerte en la inconmensurable Naturaleza, obra de Dios.

¡Mas, nada ve ni sabe el viajero que cruza sin pensamiento y sin reflexión cerca del arbolito de arrayán, que moría en el desierto sin una gota de agua dulce, y fieramente azotado por los vientos de la incomprensión y del fanatismo!...

Pero llegó un día... ¡Oh, piadoso viajero por el mundo de las almas, Divino Maestro Jesús!... Llegó un día que al hacer el recorrido por los desiertos solitarios, encontraste este arbolito tuyo que moría lentamente porque aguas insalubres corroían su raíz y vientos de fuego secaban su ramaje. Y pusiste con amor tus manos sobre mí como sobre un enfermo moribundo para darle vida nueva, aliento nuevo y la esperanza de resurgimiento bajo un clima acariciador...

Y me trasplantaste de aquellas tierras de fuego y arenas que me consumían..., y llevándome a un fresco y delicioso invernáculo, me decías con inefable ternura: *"Yo soy el buen jardinero que siembro la buena simiente y lo hago nacer y crecer de modo que las avecillas del campo aniden en sus ramas, y las bestias de la selva se cobijen a su sombra. Y ahora serás como el árbol plantado a la corriente de dulces aguas que a su tiempo dará flores y frutos; y su hoja en perenne verdor, no caerá ni se marchitará jamás!..."*

¡Sólo Tú, Maestro mío, mago Divino del Amor, puedes hacer que así sea; y que el arbolito de mi espíritu retoñado y florecido al influjo de tus piedades y ternuras, no se agoste ni marchite aunque las escarchas de la indiferencia, los vientos de la incomprensión, las heladas cenizas del abandono, de la ingratitud, del olvido, de todo lo que es dolor y angustia para el corazón que siente y ama, lleguen de nuevo un día y de nuevo lo azoten con inaudita crueldad!...

¡Sólo Tú, puedes impedir que lo ahoguen las zarzas de la vanidad, y los cardos espinosos de las ruindades humanas, plantas nativas de los valles terrestres!...

¡Sólo Tú..., hortelano Divino de tus jardines de amor, puedes hacer que sea como un arrayán eternamente florecido, plantado a la corriente de un arroyuelo rumoroso donde beben las palomas y se reflejan, silenciosamente, la danza de las estrellas y los resplandores dorados del sol que se hunde en el ocaso!

¡Sólo Tú, jardinero de los campos del Creador, puedes hacer que en esta plantita tuya se abran flores de vida eterna que suavicen todos los dolores humanos y llenen las almas de suprema aspiración al Infinito!... ¡Flores como pebeteros de oro, ardiendo de fuego purificador que consuma

el egoísmo y la ambición, la envidia y la soberbia, ortigas malignas que separan las almas unas de otras!

Y así... ¡Oh, Maestro dulce y bueno!... Cuando al declinar las sombras bajes a este huerto tuyo, puedas decirme como a la Esposa del Cantar de los Cantares: "He venido a mi huerto y hallo renuevos que son vergel de granados en flor; con frutos son los manzanos, cipreses, nardos y sicomoros, la mirra y el áloe me dan sus primeros perfumes, y los árboles del Líbano su sombra fresca y acariciadora..."

¡Mirra y áloe, perfume de nardos y bálsamo de esperanza y de consuelo, rayo suave de sol en la tristeza de la vida eres Tú, Divino Maestro Jesús, para todos los que te aman y te buscan en el dolor de este mundo donde los caminos están llenos de encrucijadas peligrosas, de precipicios que son como abismos..., de ciénagas que ahogan y no tienen salida!...

Si mi pobre alma puede vivir y florecer, regada y cuidada por Ti, que sea para gloria tuya, Maestro Jesús, y que cada flor sea un alma que te busque y que te ame...

¡Oh, Divino Salvador de todos los náufragos, de todos los abandonados..., los olvidados y los proscritos!...

¡Desierto arenal reseco es todo este mundo, Maestro Jesús, donde las almas se agostan, enloquecidas, por los vendavales de fuego que corren en todas direcciones!

¡Dame, Señor, la gloria de hacerte conocer y amar de todas las criaturas que pueblan la tierra y cierta estoy que mi alma florecerá para Ti, como un rosal en primavera!...

¡MAESTRO!... SOLO TÚ

¡Oh, mi Divino Maestro!... ¡Mi luz, mi guía...; voz que habla en lo profundo de mí misma y me enseña los caminos de la Eterna Verdad! ¡Óyeme por piedad!...

Me ocurre, a veces, que el horizonte se torna nebuloso y sombrío, y nada veo y nada siento que me aliente y anime.

¡Paréceme que Tú estás demasiado lejos de mí a causa de mi pequeñez y miseria!...

¡Paréceme que todas las luces se hubiesen apagado en torno mío y que mi alma, como una góndola perdida en la inmensidad de los mares, flotara sin rumbo fijo a merced de las olas!

¡Paréceme que soy como una avecilla solitaria en medio de una selva inmensamente grande y silenciosa, donde ni un solo rumor me indica la presencia de otro ser como yo, en tal forma que mi voz, al resonar, se siente

repetida sólo por el eco lejano..., lánguido..., pavoroso!...

¡Oh, Maestro compasivo y bueno!... Ten piedad de mí que me siento como sumergida en un infinito abismo, agobiada de tristeza también infinita, porque me es imposible el consuelo, porque nadie en la Tierra comprende mi penar, porque mis sombras nadie las puede disipar, sino Tú que sabes de mis angustias, de mis cansancios, de mis agonías.

Mis afecciones, mis esperanzas, la quinta esencia de mis amores humanos, encerrados fueron en el sarcófago silencioso adonde van a morir todas las afecciones, que cual lucecitas fatuas alumbran a veces el camino de la vida.

Sólo perdura el amor tuyo, ¡oh, Divino Maestro Jesús!, como eterna irradiación de estrellas; como rastro que hubiera dejado la luna sobre el lago en la pradera; como suave rumor de una melodía hondamente sentida, cuya resonancia perdura en el fondo del alma que lucha por retenerla.

¡Oh, amado Señor!... ¡Amor de mis amores!... ¡Amor único y eterno que ha resistido a las borrascas y al tiempo y que se agiganta con los siglos!...

¡Te busco en el dolor, te busco en la alegría..., te busco entre las sombras, en medio de las muchedumbres, en la soledad, en el abandono, en la luz, en la vida, en la muerte y más allá de la muerte!... ¡Hombre Luz!... ¡Hombre Dios!... ¡Hombre Amor, que mi alma quiere sobre todas las cosas!... Los latidos de mi corazón te nombran.

¡Mis ojos tendidos hacia el espacio inconmensurable te buscan, y cada resplandor de estrellas paréceme que fuera el divino beso de tu alma a la mía!

Tú has dicho: *"No busco adoradores de mi persona, sino continuadores de mi obra"*. Pero yo en mi pequeñez y miseria, en mi pobreza espiritual, no soy capaz de proseguir tus caminos continuando tu obra, si no es movida, impulsada por la fuerza avasalladora de un amor sin límites, de un amor que jamás dijo: *"basta";* de un amor que jamás colma la medida, porque el amor tuyo, Señor, tampoco tiene medida.

TÚ LO SABES TODO

¡Maestro Jesús!... ¡Amigo único de mi alma solitaria y entristecida!...

¡Tú lo sabes!... ¡Tú lo sabes todo..., absolutamente todo cuanto vive y cuanto muere aquí en el profundo abismo de mi espíritu continuamente agobiado por el enorme peso de la vida!

¡Todo cuanto vive y cuanto muere cada día, cada hora, cada minuto!

¡Esperanzas que vienen y se van como olas rumorosas y acariciantes que humedecen las arenas por donde mis pies se deslizan, y huyen después a sepultarse en los abismos del inmenso piélago!...

¡Cuánto vive y cuánto muere dentro del alma, cada día, cada hora, cada minuto!

Afectos, promesas, amistades caducas y efímeras que vienen y que van como luciérnagas engañosas que se encienden y se apagan en las tinieblas de la noche, dejando al alma desolada, solitaria, sin luz y sin calor, sumergida en sombras siniestras, heladas y silenciosas.

¿Por qué es todo esto, Maestro mío?

¿Por qué estos abismos entre almas hermanas, entre viajeros que caminamos hacia un mismo punto final?

¿Por qué el alma tiene tanto frío, Maestro, y siente tanta soledad y se sumerge en olas inmensas de tristeza?

¡Yo sé que Tú, también, Maestro mío, bebiste a grandes sorbos la honda tristeza de la vida terrena, y padeciste más que yo la incomprensión de los hombres, la inconstancia de sus promesas, la volubilidad de sus afectos y la pobreza de sus amistades, semejantes a mendigas raquíticas y harapientas, siempre tendiendo la mano a la espera del mendrugo de la recompensa!...

Yo sé que Tú, Maestro mío, has sentido el dolor que fluye como un río caudaloso de esta palabra pronunciada por un amigo con quien habías partido el pan: "*no le conozco..., nunca vi a ese hombre*".

Yo sé que Tú has sufrido la angustia profunda, como herida causada por un estilete fino y sutil, de escuchar con asombrados oídos, que aquellos que contigo compartieron el techo y el fuego del hogar paterno, decían con reconcentrado disgusto: "¡es un inútil, un hijo desnaturalizado, holgazán e insensato, con locas pretensiones de apóstol que guía multitudes!..."

Yo sé que la traición y la ingratitud humanas te atravesaron el corazón de parte a parte, mucho antes de que la lanza de Longhinos te asestara aquel golpe final.

Yo sé que pasaste por la humanidad haciendo el bien y que la humanidad te colmó de tanta amargura, que su negro oleaje obscureció la luz de tu radiante fe y exclamaste en pleno martirio:

"¡Padre mío!... ¿Por qué me has abandonado?"

¡Alma pura, inundada de tristeza, de Jesús sacrificado!...

¡Dame luz en la tristeza mía, que oscura es demasiado la noche de mi viaje por estas selvas, que se saben donde empiezan, pero no donde terminan!...

¡Herido y solitario corazón de Jesús mártir! ¡Deja que escuche en mis hondos silencios tus latidos rítmicos y suaves como cadencias de tórtolas, porque ellos harán compañía a la soledad profunda de este corazón mío herido, también agonizante, esperando en vano el latido postrero que tarda aún en sonar!...

¡Lágrimas silenciosas de Jesús solitario, recogidas por las brisas tibias de las tardes galileas, o congeladas en las pálidas mejillas por los vientos de las noches invernales, decidme si al brotar de esos ojos sin malicia y sin pecado, erais perlas veladas de tristeza, o savia del alma desbordada en amor, o chispas de estrellas desprendidas por el éxtasis de internas visiones en horas de luz y de armonías!

¡Maestro mío!... ¡Maestro mío!

Las palabras que dijiste un día a aquella mujer que te amaba y que derramó esencia de nardos en tus pies infatigables: *"Mucho se te ha perdonado porque has amado mucho";* yo las transformo para Ti, Maestro, y transformadas las escribo al pie de esta confidencia de mi alma con la tuya.

"Mucho has llorado y padecido, ¡oh, excelso espíritu de Jesús-Amador, porque has amado mucho!..."

¡SIEMPRE FUISTE MI MAESTRO!

¡Qué divina enseñanza la tuya y que éxtasis fue para mi alma cuando llegué a descubrirla!...

¡Jamás podría pintar ni aún con un pincel mago el deslumbramiento de luz que se hizo en mi espíritu cuando a la vuelta de una página del libro eterno de la vida, encontreme con tus pensamientos geniales, con tu palabra vibrando como un clarín de oro en la inmensidad!

¡Maestro mío!... ¡Tú lo sabes!...

¡De muchas fuentes había bebido, harta estaba de agua, pero tenía sed!...

Yo sabía muchas cosas porque largos estudios habían consumido mi primera juventud, con sus serenos días y sus noches de placidez sin inquietudes ni zozobras.

Pero me parecía no saber nada que llenara la vacía inmensidad que sentía en mí misma.

Descendía con el geólogo a las entrañas de la tierra, averiguando en qué edades remotas fuéronse formando aquellos terrenos estratificados por la milenaria sucesión de los siglos.

Con el naturalista recorría la floresta deshojando corolas, abriendo hasta el corazón los tallos, disecando insectos para encontrar los orígenes y causas de la vida en aquellos diminutos organismos.

Buscaba con el filósofo la verdad y el porqué de todas las cosas, y averiguaba con el historiador los acontecimientos sucedidos en la Tierra, en el largo y pesado rodar de los siglos.

Mas..., ¿qué fue de esas generaciones, de esos hombres célebres que cruzaron por el mundo dejando rastros profundos de bien o de mal, de progreso o de dolor que aún se recuerdan hoy día?... ¡Misterio!... ¡Nadie sabe responder!...

Al geógrafo le interrogaba ansiosamente...

Al astrónomo más aún...

¿Qué hay más allá de los límites de esta tierra que habitamos? ¿El vacío?...

¡Cuán terrible es esta palabra: vacío!... Mi comprensión de adolescente no podía penetrarla ni asimilarla...

¿Qué son y qué significan esas gotas de luz que bordan como lentejuelas de oro la inmensidad azul que nos rodea? ¿Son estrellas?...

Pero, ¿por qué y para qué están allí, impávidas..., serenas..., imperturbables en su eterna vida inútil de simples lentejuelas de oro salpicando el manto color turquí de la noche?...

Y cuando a la escasa luz de mis conocimientos había descubierto, a medias, algunos de los misteriosos secretos de los seres y de las cosas, me preguntaba desconsolada:

¿Qué saco en limpio de todo esto? ¿Qué me queda, qué descubro, qué tengo, qué poseo más de lo que antes tenía?

¡Entonces sí que sentía el vacío dentro y fuera de mí!

¡El vacío que era para mí lo irreparable..., lo incomprensible!..., ¡la eterna esfinge muda ante la cual se estrellan las avalanchas de arenas arrastradas por el simún, y los interrogantes de los hombres para quienes permanece impenetrable!

¡Estaba harta de agua, pero tenía sed..., mucha sed! Y buscando a diestra y siniestra, por los caminos sombríos y por las praderas en flor; por los templos con los cirios temblorosos y penumbras perfumadas de incienso..., por los claustros solitarios donde oran y cantan los anacoretas y las monjas; por las chozas de los campesinos.., por los rastrojos sembrados de trigo, por los alfalfares de ondulante verdor donde pastan las majadas

y anidan las codornices..., ¡oh!..., ¡por fin te encontré, Maestro Jesús, cual si fueras la irradiación esplendorosa de cuanta magnificencia existe en la vasta creación Universal.

Y tu voz musical resonando en lo más hondo de mí misma, me decía con suavidad inefable:

"Yo soy tu Maestro y si tú perseveras en escuchar mi palabra, serás mi discípula.

"Y si escuchada mi palabra la guardas, tendrás la sabiduría de aquel que edifica su casa sobre la peña, donde las tempestades ni los vientos la pueden derribar jamás".

¿Y qué palabras son ésas?, interrogué ansiosamente aguzando el oído y acallando hasta la respiración para oír tu enseñanza.

Y entonces oí tu voz como arrullo de paloma que decía:

"Aprende a amar a los demás como te amas a ti misma.

"Corta las alas de las ambiciones y de los deseos.

"No busques compensación ni gratitud para tus beneficios.

"Hazte pequeña y sencilla como un niño si quieres merecer la Divina Sabiduría.

"¡Ama a los que te aman y a los que no te aman; perdona al que te hiere; no atesores en la tierra donde un día todo lo dejarás; llena sí, tu arca de obras de bien y de amor, sé misericordiosa, sufre con el que sufre y seca el llanto de los que lloran!...

"¡Y así serás bienaventurada!

"¡Y toda la luz de los cielos se encenderá para ti!

"Y podrás leer no sólo en el libro grandioso de la Naturaleza visible, sino en el libro oculto de los secretos del Infinito.

"Porque Dios da su luz a los limpios de corazón y a los humildes, y la niega a los soberbios.

"Y serás dueña no sólo de los secretos que oculta la tierra en sus entrañas, y los astros en sus rutas eternas, sino que poseerás ampliamente solucionados los más profundos problemas de la eternidad.

¡Si bebes del agua que yo te daré, nunca, jamás, tendrás sed!..."

¡Y yo he bebido, oh, mi amado Maestro, del agua viva que me has ofrecido!

Y ya no tengo sed sino de oírte, inmóvil, arrobada, absorta, pendiente de tu palabra y diciéndote como la contemplativa María de Betania:

"– ¡Maestro!... ¡Maestro!... ¡Estaría una eternidad oyéndote!..."

¡Y junto a ti, no tengo ya el corazón cansado!

¡Y ya no ando inquieta buscando saber y más saber, porque Tú me has enseñado la ciencia divina de amar sin esperar nada!... De darlo todo sin pedir nada a imitación tuya, ¡Maestro mío!

¡Y eso es ya saberlo todo y poseerlo todo!...

A LA PUERTA DEL SANTUARIO

¡Alma mía que buscas!... ¡Alma mía que cantas, que llora, que amas, que vuelas, que vas y que vienes, que subes y bajas como presa de un delirante afán!...

¡Aquiétate unos momentos y escucha la voz de lo infinito que te habla!

Y entonces oigo una voz muy honda, muy suave y serena que me dice:

"¡Mujer!... ¡El amor causa las más intensas y profundas alegrías..., deslumbramiento de dicha, éxtasis de felicidad!

"¡El amor causa también los más grandes dolores, las más íntimas y crueles torturas, las más desesperantes y febriles agonías!

"¡Es vida y es muerte; es quietud y agitación; es llamarada de fuego y ráfaga de cierzo helado; es luz y es tiniebla!

"¡Pero es así para quien concentra su amor en la materia, que vive y que muere, que desea y olvida, que es lumbre que calienta o escarcha que hiela!...

"¡Mujer!..., ¡no concentres tu amor en la materia qué muere, sino que ama lo inmortal y eterno en el infinito seno de Dios, donde únicamente encontrarás todos los amores unidos, en tal grado de intensidad y de plenitud que no es capaz de sentirlo ni de resistirlo ningún alma encarnada en mundos nuevos como éste!"

Y yo reconozco esta voz que habla en el fondo de mi alma y exclamo devorada por una ansiedad febril:

¡Maestro mío!..., ¡amor mío!..., ¡mis amores humanos han ido quemándose y diluyéndose en un solo amor grande, inmenso, avasallador!... En un amor que nace en mí misma y sale y va y vuelve y corre, como si fuera un huracán de estrellas que ya me deslumbra con resplandores divinos o a veces me deja en tinieblas porque parece que se va..., que se aleja..., que huye de mí.

¡Ese amor grande y profundo en el cual se esfumaron todos los amores míos, se ha concentrado en *ese algo,* alma o luz, voz o eco, irradiación de astro o beso suave que me acaricia en la inmensidad de lo infinito, más y más vivo a medida que avanza en esta vida mía!... ¡Voz que me habla haciéndome sentir la intensa felicidad de un cielo!... ¡De muchos cielos donde viven las almas la vida que buscan, la vida que sueñan, la vida del amor verdadero, sin olvidos, sin enfriamientos, sin traiciones ni desvíos!...

Yo sé que *ese algo* indefinible eres Tú, Maestro mío, a quien adivino astro de luz para mis largos siglos de tinieblas en la inconsciencia de los orígenes de mi evolución.

¡Acaso fui hierbecilla de los campos sin agua, abrasados por el ardiente sol de los trópicos, y ella conserva memoria de la caricia del viajero que derrama el cántaro sobre sus hojas resecas, aun a riesgo de perecer él mismo de sed! Acaso fui una diminuta luciérnaga que flotando por las praderas floridas cayó prisionera entre los garfios negros del feroz moscardón, y renueva su gratitud hacia el dulce peregrino que le dio la libertad ocultándola entre la corola de una flor gigantesca.

¡Pude ser un pajarillo implume arrojado del nido por las furias del vendaval, y un niño piadoso y bueno le volvió a las tibias lanillas del nido materno!

Pude ser una garza en las ondas azules o rumorosas del lago, que acaso tuvo su tragedia como todo ser que vive y que muere..., la tragedia del cazador que rompió con su flecha las débiles alas dejándola clavada en las arenas de la orilla... Y siguió a la tragedia el poema idílico del pastorcillo que curando las alas heridas, compartió con ella las migajas de su pan y el calor de su cabaña... ¡Poemas mil veces repetidos, de la vida y de los seres! Interminables leyendas que guardan los siglos, para contarlas a todo aquel que les interroga en el silencioso recogimiento de la contemplación interior, cuando el alma pide a gritos el agua de la Verdad, de la Divina Sabiduría que se da con generosa abundancia, cumpliéndose la palabra de Aquel que trajo la Luz a la Tierra: "*Pedid y recibiréis*".

¡Heroísmos de amor de los espíritus grandes y fuertes, destinados a ser un día Mesías de los mundos, conductores de humanidades; de los que impulsan a los seres al cumplimiento de sus grandiosos destinos!

¡Locuras de amor, amantes de Divinidad de los Ungidos del Amor Eterno, que sólo creen vivir cuando arrancan pedazos de sí mismos para dar a los amados, en la espontánea ofrenda sin egoísmos y sin cálculos del que nada pide y nada espera cuando da!...

¡Oh, divina locura!... ¡Oh, celestial quimera!..., ¡mil veces divina embriaguez la del alma que no oye más vibración, ni más canto, ni otra melodía que la del Eterno Amor fluyendo de sí mismo y dando aliento y vida, origen y fin de todo cuanto existe en el vasto universo!...

¡Maestro! ¡Maestro Jesús! Muy quedo y suave te llama mi espíritu para decirte con la dulce ternura de una súplica:

Ábreme Tú la puerta de ámbar y turquesas del templo augusto del Amor, donde todo lo vil y pasajero se extingue y muere... ¡Donde el turbión de la vida se aniquila y calla! ¡Donde el clamor de las pasiones y los gritos del egoísmo enmudecen para siempre!

¡Maestro!... ¡Maestro mío!... ¡Acuérdate de mi alma que espera a la puerta; que el frío de la intemperie me hiela; que las olas embravecidas azotan el peñasco desnudo y árido en que el Amor edificó su templo!...

Acuérdate, Maestro Jesús, que las bestias marinas acechan, que los

buitres aletean sobre su cabeza, y que el alma, aterida de frío y de pavor, agotada por el cansancio, espera a la puerta de ámbar y turquesas del templo augusto del Divino Amor, hacia donde Tú la guiaste a través de los siglos.

Y así, junto a esa puerta excelsa y aún cerrada para el alma proscrita en la Tierra, paréceme una voz suave, acompañada de un salterio, más suave aún, que canta:

¡Alma, espera!..., ¡alma, sufre!..., ¡que muy cerca está, y a tu lado está el que esperas y buscas en tu andar desconsolado!...

Y el alma sufre y el alma espera, y llama y busca ante esa puerta que Tú, Divino Maestro mío, mago sublime del templo del Amor, abrirás un día para mí cuando en el gran libro de las vidas heroicamente cumplidas, pueda yo escribir con caracteres de fuego como Tú lo hiciste en la hora de tu glorioso holocausto: *¡todo fue consumado!*

¡TU DIVINO AMOR..., SEÑOR!

¡Oh, Maestro mío!

Cuando la tarde se va y comienzan las sombras a diseñarse tenues y fugitivas, como impregnadas de silencio meditativo y hondo, mi alma vuela hacia Ti, buscando entre el suave resplandor de las estrellas, entre las ondas armoniosas del éter azulado, la vibración de tu voz, la dulce frescura de tu efluvio..., el beso de tu alma a la mía..., ¡oh, eterno amante de las almas que se refugian en tu aura excelsa, radiante, esplendorosa!...

Trasplantada en una tierra extraña, como planta exótica y desconocida, encuentro que las noches tienen demasiadas tinieblas, que son muy opacas las auroras, y brumosas las mañanas, y grises, muy grises las tardes..., y los ocasos tristes como el adiós de seres que nunca volverán a encontrarse.

¡Y por eso te busco con desmedido afán, Maestro mío, estrella polar de mi vida eterna..., consuelo en mi largo camino..., lámpara de mi penoso viaje a través de las tinieblas hondas y frías que me hielan el alma, arrancándome ayes lastimeros como de un niño enfermo que llora en la soledad de una choza abandonada, sin fuego y sin luz!...

¡Maestro!... ¡Maestro Jesús!...

¡En esta extraña tierra donde tu amor y el mío me han traído, nadie comprende el amor como en mi alma germina, y nace y crece y da flores exuberantes y hermosas!... ¡Flores que viven y sienten, que piensan y aman, que tienen alas y suben! ¡Que tienen notas armónicas y cantan!...

En este oscuro planeta, nadie siente el amor como aquel amor que Tú me enseñaste un día, cuando mi alma desbordaba de amor ante la ideal belleza de tu frente iluminada, de tus ojos que miraban tan suave y tan

hondo, de toda la hermosa majestad de tu persona que irradiaba luz y armonía, como si de rayos de sol se hubieran tejido tus vestiduras, y tus pasos se deslizaran sobre cuerdas de arpas invisibles...

¡La luz y la armonía emanaban de Ti con profusión infinita!

¿Cómo no amarte si estaba en Ti la más perfecta belleza?

¡Y cuando yo enloquecía en la lucha de adorarte como a Dios o de amarte como a un hombre, Tú me salvaste de la perturbación del vértigo, enseñándome aquel secreto amor..., aquel divino amor que no pide ni busca exteriores manifestaciones porque crece hacia lo más hondo del alma, en la cual aniquila, quema, diluye hasta el último eco de materiales deseos, para no dejar más que el sereno resplandor de una llama que no apagan los vientos, ni las tempestades, ni la vida con sus tiranías, ni la muerte con su libertad!

¿Por qué, Maestro mío, no comprenden los seres de esta Tierra ese divino y secreto amor que se da como el perfume de una flor, como el rumor de la fuente, como la luz de las estrellas, como la melodía de un arpa, como el canto de los pájaros y el reír de los niños?

¡Pero si Tú, Divino Maestro Jesús, me hiciste conocer un día ese amor, debe ser porque habrá un país encantado, un mundo o muchos mundos donde ese amor no sea extranjero sino nativo; donde ese amor no sea duramente calificado de quimera, de locura, de neurosis, de ilusión!...

¿Qué mundos son aquéllos, Maestro mío, y dónde están?... ¿Y cuándo, dime, cuándo se abrirán sus puertas de cristal y ámbar para mí?... ¡Pobre avecilla desterrada en esta áspera tierra de los egoístas amores!... ¡Que son como formidable marejada que pasa por los jardines en flor arrasándolo todo!

¡Que son como manada de elefantes enfurecidos destrozando la selva umbría en desesperada carrera!... ¡Que son como lobos que buscan la presa para devorarlas!... ¡Que son como llamarada de incendio, que pasan por la pradera en flor dejándolo todo reducido a cenizas frías y muertas que no vuelven jamás a vivir!...

¡Maestro!... ¡Maestro Jesús!... ¡Qué hermoso y grande te ve mi espíritu desde aquel día en que me enseñaste el secreto y divino amor que se da sin pedir nada!...

¡Ese amor que es como perfume de flores, como rumor de aguas cristalinas, como luz de las estrellas, como sonido de arpas, como cantar de alondra y como el reír de los niños!...

* * *

Y oigo tu voz en lo profundo de mí misma, que me dice:

"¡Mujer!... Si me amas como yo te amo, florecerá entre tú y yo una

alianza eterna que nada ni nadie podrá romper ni aniquilar, porque este amor es un mago divino generador de un fuego intenso que no quema, de una luz que no deslumbra, de una dulce cadena que no pesa, y de unas alas tan sutiles y poderosas que levantan a cumbres que no dan vértigo.

"Ámame así, mujer, porque sólo ese amor tendrá resonancias para mí.

"¡Sólo ese amor levantará un eco sonoro y dulce en mi espíritu y hará vibrar el arpa oculta en mi corazón!...

"¡Ámame con ese divino amor, mujer, porque todo otro amor morirá extenuado antes de llegar hasta mí!... ¡Morirá aniquilado, como el canto de un pájaro de improviso muerto por el cazador!... ¡Como luz de una lámpara apagada por el viento!... ¡Como surco de agua interceptado por una montaña derrumbada!..."

¡Maestro!... ¡Maestro Jesús!... Ábreme la puerta del país encantado donde vive ese divino amor, y secreto amor que no pide ni busca exteriores manifestaciones porque crece y se dilata hacia lo hondo del alma quemando y diluyendo hasta el último eco de materiales deseos y no deja más que el sereno resplandor de una lámpara que no apagan los vendavales, ni las tempestades, ni las heladas tinieblas del desengaño, ni las variables mudanzas de la vida, ni la ausencia profunda de la muerte...

¡Oh, Divino Amador de los que aman!... ¡Dame unas gotas, no más, de ese divino elixir de tu amor eterno y seré bienaventurada por los siglos de los siglos!...

ESPERANDO AL AMOR

¡Oh, Maestro mío!...

¡De nuevo estoy junto a Ti buscando el calor de tu ternura, porque mi alma está helada al contacto de la incomprensión y la indiferencia de los que se llaman amigos..., compañeros..., hermanos!

¿Por qué prisma miran ellos todas las cosas, Señor, que sus conclusiones difieren de las mías tan irremediablemente..., tan absolutamente?...

¿Por qué son las criaturas tan fáciles para olvidar sus promesas, sus alianzas, sus amores, mientras el que no puede olvidar permanece abandonado, solo con el alma herida de frío y de espanto cual si se viera suspendida sobre un abismo?

¿Por qué, Maestro Jesús?... ¿Por qué?...

Y los ideales más puros y santos sustentados ayer con vigoroso afán..., ¿eran tan sólo una hoja de papel, escrita hoy y borrada mañana, y echada a rodar rota en pedazos arrastrados por los inestables vientos de la vida?...

¿Por qué, Señor, desde el primer brillar de mi inteligencia y de mi razón

comprendí el bien, el amor, la amistad, la justicia; y lo que entonces amé aún lo amo, y estoy cierta que lo amaré hasta el último aliento de mi vida?

¿Por qué las criaturas cambian de ideales como de vestidos, y rechazan duramente hoy lo que amaron ayer?

¿No son todas las almas igualmente inmortales y eternas, divinos reflejos de Dios inmutable en todas sus infinitas perfecciones?

¡Oh, Divino Maestro mío!

¡Cómo se queja y solloza el alma a la vista de los mudables sentimientos de las criaturas que, al igual de los niños inconscientes, destrozan y pisotean el juguete por cuya posesión lloraban desconsoladamente!

Y tu voz, de inconfundible resonancia, me contesta en lo más profundo de mi propio ser:

"¡Mujer!... ¿Por qué tu alma se estremece y tiembla a la vista de la variable voluntad de las criaturas?... ¡Te asombras y te espantas que hoy quieren lo que rechazaron ayer, y acaso buscarán con ardor mañana lo que hoy pisotean y desprecian!

"¿Has olvidado que dije: 'que en la Casa de mi Padre hay muchas moradas'? ¿No has pensado nunca qué diversos y variados caminos pueden conducir hasta ellas?

"¿No has pensado nunca que no es igualmente bella la simiente del rosal germinando en la tierra, que el rosal cubierto de corolas brillando en colores a la luz radiante de sol?

"¿No has pensado nunca, en que el informe grumo vivo del pichoncito apenas salido del huevo, no tiene la belleza del avecilla pintada que exhala al viento la gloria de sus gorjeos?...

"¡Sólo las almas llegadas a las regiones en que ya se perciben las vibraciones del Amor Divino, que es Bondad y Justicia, Belleza y Conocimiento, son inconmovibles como las montañas al embate de las olas, como la invariable luz de un faro en la oscuridad de la noche, como el impasible girar de las estrellas en la inmensidad del espacio y en el largo encadenamiento de los siglos!

"¡No puedes desmentir tu origen, Albadina de Venus, nacida en esta tierra siempre bajo la influencia de aquel planeta que te hace sentir la nostalgia de tu destierro y el intenso efluvio de amor de los jardines de Odina!...

"¡Y pasas tus vidas terrestres mecida por el oleaje azul de tus ensueños que te hicieron llorar y cantar, ora en la oscuridad de negros abismos o en las cumbres coronadas de sol!...

"Es hora de que despiertes a la vida propia de esa tierra cubierta aún de lodazales y de espinas; y bendice al Eterno Amor que de tanto en tanto deja caer sus raudales sobre ti para apagar tu sed y tus delirios!...

"Bébelos ansiosamente mientras dejas correr a tus pies el amargo oleaje de los egoísmos, las ingratitudes y la incomprensión de las mayorías de este planeta.

"¿Quieres recoger lirios de los espinos y de los zarzales?

"¿Quieres recoger agua clara y fresca de la ciénaga en que se solazan las bestias?...

"¿Quieres escuchar gorjeos de ruiseñores entre las ruinas donde anidan los búhos y las cornejas?...

"¡Alma venusiana!... ¡Despiértate y no sueñes más mientras duerme esta humanidad en la penosa inconsciencia de su actual situación!...

"¡Canta!... ¡Canta unida a todos los trovadores de Venus que vinieron a esta tierra para inundarla de Amor, de Paz, de Armonía y de Belleza!

"Mas, no sueñes con que tus cantos encuentren siempre resonancia en las arenas resecas o en los valles sin sol que este mundo te ofrece en tu vida presente.

"Si esperaste tantos siglos siguiendo al Amor, buscando al Amor en tierra extraña, enloquecida y delirante, muriendo o viviendo, vencedora o vencida; contemplaste pasar civilizaciones, razas y pueblos, espera un día más y florecerán mis rosales aún más exuberantes y lozanos de los que forjan tus sueños...

"¡Como tú he soñado! ¡Como tú he llorado y buscado y vivido muriendo de amor, en esta tierra que riegas con tu llanto y hoyas con tus pasos; mas en un día inolvidable me desperté a la dura realidad y desde esa hora descanso en una amplia y serena esperanza!

"Piensa que al igual que en Venus florecerán en esta tierra los rosales del Amor que juntamente con todos los míos sembramos en este globo en la sucesión de los siglos y de las edades...

"Y entonces llamaréis a Venus vuestra madre y a la Tierra vuestra hija.

"Ama el hijo a la madre que le colmó de ternuras y de dicha. Ama la madre al hijo que más le hizo llorar.

"¡Acuérdate siempre!... ¡No lo olvides jamás!... ¡Es nuestra consigna eterna!... Para nosotros, los Amadores, lo amargo y lo dulce, la derrota o el triunfo, la muerte o la vida... ¡todo!... ¡todo es Amor!..."

¡Oh, excelso Maestro Jesús! ¡Estrella polar de todos los Amadores!...

¡Ahora sé y comprendo por qué de diversos y variados prismas, miramos las almas el complicado engranaje de todas las circunstancias y acontecimientos que se suceden incesantemente como las mudables olas del mar!...

¡Es magia divina de amor y de sabiduría tu palabra, Maestro mío, y a su luz se despejan todos los horizontes, se desvanecen las negruras de la duda, las vacilaciones de la incertidumbre y el pavor de lo desconocido!...

¡Déjame, Señor, tener la gloria de sentir tu palabra y cierta estoy de que iré tras de Ti hasta el último aliento de mi vida!...

¡HÁBLAME, SEÑOR, QUE TE ESCUCHO!

Amado Maestro mío:

La vida humana me lleva de continuo en medio de las criaturas, y cuando torno de nuevo a mi mundo interior, me acompaña la sensación dolorosa y triste de haber perdido aquellas horas y de no haber recogido una flor siquiera..., ni una sola que pueda satisfacer la íntima ansiedad de mi espíritu.

¿Qué es, Maestro mío, lo que busca mi alma?

¿Qué es lo que ella necesita?... ¿Qué es lo que anhela conseguir?...

Las criaturas no saben responder a estos interrogantes míos... ¡Respóndeme Tú, Señor, con la infinita Bondad de tu alma ungida de piedad y de amor!

¡Tú lo sabes todo, porque eres esencia, reflejo y vibración eterna de la Divinidad!

Hastiada de los efímeros y mezquinos goces de la Tierra, el alma apenada se refugia en sí misma, cierra sus puertas a todo ruido exterior, y repite una y mil veces: ¡Háblame Tú, Maestro mío, porque nadie sino Tú puedes adivinar lo que se agita en tumultuoso torbellino aquí en lo profundo de mi mundo interior!

Y cuando la soledad y el silencio adquieren dimensiones de abismo en torno mío, oigo tu voz, Maestro Jesús, como un rumor de cadencia lejana que me dice así:

"¡Ama a todas las criaturas y a todos los seres pero sin esperar de ellos nada..., absolutamente nada!...

"¡Cuando sales de ti misma al mundo exterior, te acompaña la idea de recoger una flor, un afecto, una caricia, un consuelo..., una esperanza!...

"De ahí que al no encontrar fuera de ti nada de cuanto anhelas, retornas desesperanzada y con una sensación de vacío, de nulidad en todas las cosas, de absoluta impotencia para traducir a realidades tus sueños delirantes.

"¡El alma que ha llegado a esta infinita ansiedad de belleza, de conocimiento, de luz y de amor, no puede encontrar su descanso y su quietud sino en la soledad y el silencio, donde la inundará la divina plenitud de Dios!...

"¡Siempre Dios, hacia arriba y hacia abajo, a la derecha y a la izquierda, en la luz y en la sombra..., en el dolor y en la alegría..., en la vida y en la muerte!...

"¡Y si es grande tu ansiedad por llegar a la clara visión de la Divinidad,

mayor es aún mi anhelo de que avancen las almas, serenas y fuertes, por el hermoso sendero de la Verdad sin velos, a cuyo final está el palacio encantado de la Sabiduría, eterna guardiana del arcano que van buscando.

"Sintiendo estoy la anhelante súplica próxima a brotar de tus labios: ¡Dame, Maestro, una migaja de esa Divina Sabiduría para que pueda llegar al conocimiento de Dios!...

"Óyeme bien y esfuérzate en comprender el sentido de mis palabras:

"Ni yo ni nadie te puede dar la clara visión de la Causa Suprema en toda su amplitud y soberana belleza, si no has conquistado con tu esfuerzo, el derecho de penetrar en el Santuario secreto de lo Absoluto, de lo Infinito, o sea de lo que fue siempre y eternamente será.

"La claridad de la visión divina, corre pareja con la pureza del alma que la busca.

"El amor y el dolor forman unidos, el crisol en que se consumen como a fuego lento todas las imperfecciones del alma, única valla que le estorba el pleno conocimiento de Dios.

"Inútil será que pidas a los filósofos de la Tierra, la definición de lo qué es el Absoluto, la Luz Increada, el Amor Eterno, el Poder Supremo, porque ellos no pueden ir más allá del círculo estrecho y mezquino de pobrísimas concepciones que apenas si tienen un tenue reflejo de la realidad...

"La clara visión de la Divinidad se obtiene mediante la purificación del espíritu y a esta purificación se llega después de largas jornadas de abnegación, de vencimientos de sí mismo, de renunciamientos heroicos, de ebrias locuras de amor en que olvidada el alma por completo de sus intereses individuales y conveniencias materiales, llega a convertirse en una llama, en una lámpara, en un perfume, en un canto interminable..., en una resonancia suavísima que pasa por la faz de la Tierra acariciando..., curando..., consolando..., vivificando...

'¿No pasé Yo así en siglos lejanos de los tiempos que fueron, pero vivos aún en el recuerdo subconsciente de todos cuantos me amaron?...

"Veo el desaliento tenderse como una niebla sobre tu faz dolorida, mientras en lo hondo de ti misma me dices como en un sollozo:

"¡Maestro!... Si para comprender al Supremo Infinito he de esperar a ser como Tú, vale más dejar de ser, que vivir en continua tiniebla...

"¡No puedes dejar de ser!

"¡El Eterno Absoluto no destruye jamás sus creaciones, sino que las impulsa a una eterna transformación ascendente, desde la chispa viva emanada de Sí Mismo hasta la inmensa hoguera capaz de abrasar un mundo!... ¡Que tal es el alma purificada!

"¿Piensas acaso que el Eterno Poder crea obra perecedera?

"Desde el imperceptible átomo de vida que su aliento soberano esparce en el éter de todos los mundos, como origen y principio único de toda

creación y de toda forma, desde la flor hasta la bestia y desde el gusano hasta el hombre, no es más que el cumplimiento inexorable de la Ley de Evolución y jamás el aniquilamiento, pues lo que llamáis muerte es un descanso periódico al principio inteligente que es apartado a intervalos de la materia, manifestación de su vida, y que a la vez le causa fatiga, lucha incesante, derrotas y dolores.

"Y mientras llega la hora de que puedas rasgar por ti misma el velo que te oculta al Eterno Invisible, confórmate con el resplandor que emana de su inefable Bondad y de su fecundo e inagotable Amor a través de los mundos, de los seres, de las cosas, a través de ti misma que eres creación suya y que sientes los efluvios de la Divinidad en las puras manifestaciones del Amor, de la Belleza, de la Armonía incomparable de todo cuanto te rodea en la vasta creación Universal.

"No te encierres en la mezquina concepción de que Dios es un ser, aun cuando lo imagines dotado de todas las perfecciones. Todo ser tiene un Creador. Y Dios es el único Increado.

"En el estado actual de las mentalidades terrestres, os cuesta enorme dificultad y hasta imposible de concebir y comprender ese algo indefinible que no tuvo principio y que es origen de la Vida, de la Luz, del eterno movimiento en los mundos, en los seres y las cosas...

"Y son millares de millones de mundos poblados de vida, que ruedan en armónico conjunto en la inmensidad sin límites del espacio infinito.

¡Alma que buscas, que interrogas y que pides!... ¡Óyeme bien y aquiétate como el niño que llora y se acalla con una caricia materna!... La Idea que más te acercará a la comprensión del Eterno Invisible es ésta: Dios es Amor Supremo, Inconmensurable y Eterno. Y cuando más intensa y desinteresadamente amas a todos los seres que te rodean, hasta ser capaz de sacrificarte por ellos, más perfecta es tu semejanza con Él, y más íntima y completa tu posesión de Él.

"Tal fue el significado de aquella frase que repetí muchas veces entre vosotros cuando os daba mi último adiós como hombre: 'Si os amáis unos a otros como yo os amo, el Padre y Yo vendremos a vosotros y haremos nuestra morada en vuestro corazón'.

"Cuando el amor a todos los seres te convierta en una llama que da calor, en una lámpara que alumbra, en un perfume que purifica los sentidos, en una resonancia suavísima, que pasa por la tierra acariciando, consolando..., vivificando..., entonces, alma que buscas y que pides, entonces está Dios en ti y tú en Él, de la manera más perfecta que es posible en este mundo de escasa evolución moral y espiritual..."

¡Maestro!... ¡Divino Maestro Jesús!... ¡Tu pensamiento ha respondido a mis interrogantes y ha sosegado el torbellino de mi mundo interior!

¡Eres un resplandor de la Luz Divina, llamarada viva del Eterno Amor,

suavísima esencia de la Belleza Increada, y sólo Tú podías darme en pocas palabras lo que nunca hubiera encontrado en la tierra lejos de Ti!... ¡He comprendido, Maestro mío, que por eso te llaman Hombre-Dios, porque tu altísima perfección te hace capaz de amar como sólo el Eterno Amor puede amar!

¡MAESTRO! ¡ÓYEME!

¡Maestro Jesús que irradias tu Divina claridad sobre todos los seres grandes y pequeños, buenos y malos que viven en esta Tierra! ¡Óyeme por piedad!

¡Maestro Jesús que comprendes y que sientes la honda agonía de las almas que te buscan, sumergidas en el amargo y turbulento oleaje de la vida humana, en este plano donde tan pocos son los seres que comprenden y sienten el amor! ¡Óyeme por piedad!

¡Tú lo sabes, Maestro Jesús, porque lo has sentido más que yo! Tú sabes que no hay martirio comparable al que causa el desamor de los seres, el egoísmo de los seres pensando eternamente en sí mismos y olvidando eternamente a los demás. ¡Oh, Divino Amador!... ¡Oh, heroico Amador..., que entre las selvas impenetrables del humano egoísmo bajas Tú a amarnos todavía, a querernos todavía..., sin parar tu atención en que los seres de esta Tierra somos fieras que nos damos zarpazos y dentelladas unos a otros, y que no acertamos a ser felices sino causándonos tormento los unos a los otros!

¡Alma pura de Jesús inundada del Amor Eterno!... ¡Qué amargas agonías solitarias habrá pasado tu Espíritu en el largo rodar de los siglos, en que tu amor te tuvo encadenado a esta humanidad, formada de seres que han huido de Dios para buscarse a sí mismos en todos los momentos y en todas las cosas, así grandes o pequeñas, buenas o malas!

¡Alma heroica de Jesús saturada de nobleza y de bondad!... Qué de veces te habrás estrujado y retorcido a ti misma, para envolver en la suavidad de tu tolerancia y tus perdones a esta humanidad terrestre, compuesta de seres que no viven más que para su propia complacencia y su propia voluntad, relegando al arca de las cosas inútiles tu divina palabra: *En el amor que os tengáis los unos a los otros conocerán todos que sois mis discípulos*.

¡Alma tierna, delicada y suavísima de Jesús, ungida del Amor, vibrando al más tenue e imperceptible vagido de las almas pequeñas que te buscan y te aman!

¡Cuántas veces habrás llorado en la soledad y en el silencio viendo la

incomprensión de los hombres, su inaudita inconsciencia que les lleva al dolor, a la tortura, a la miseria y a la muerte, cuando tan fácil es sembrar rosas en el camino de los que pasan, y ocultar las espinas que pueden lastimarles los pies!

¡Oh, Maestro Jesús!... ¡Heroico amador de las almas grandes y pequeñas, buenas y malas!... ¡Dame un rayo de luz de tu lámpara sagrada para avanzar por tu mismo camino, bebiendo las aguas salobres de las egoístas manifestaciones de los seres, que sólo comprenden el amor cuando lo reciben como esplendorosa floración de rosales en plena primavera!

¡Oh, alma dulce y misericordiosa de Jesús iluminado por el Amor!..., llena mi copa vacía con la tuya desbordante e inagotable de perdones y de ternuras, de tolerancia y de piedad, para la inconsciencia de los seres que saborean egoístamente la miel, sin pensar en los sacrificios de la abejita ignorada que la produce.

¡Maestro!... ¡Maestro Jesús! ¡Desposado con la Inmolación en el templo augusto del Amor Eterno, has conquistado el sobrehumano poder de amar lo que no merece ser amado, de dar la luz al que busca apagarla, de verter tu ánfora de aguas cristalinas sobre el que busca la ciénaga y el pantano para solaz y recreo!..., ¡de partir el pan divino de la Verdad con los que buscan los mendrugos sobrantes de los festines de la vida!..., ¡los mendrugos de las propias complacencias, de las vanidades satisfechas, como fierecillas que rugen en nuestro mundo interior!

Maestro Jesús..., sin mirar mi debilidad y pequeñez, ¡óyeme por piedad!..., ¡yo quiero subir también hasta ese templo del Amor donde te has inmolado, y quiero coronarme con tus mismas rosas de sangre, y tejer mi vestidura nupcial como Tú, con las perlas transparentes de las millares de lágrimas que habré llorado, y formar mi escala de ascensión con las piedras que habré apartado del camino de los demás, con las espinas que habré recogido y clavado en mi propio corazón para que no lastimen a los demás; con las tablas que habré arrojado a las olas bravías para que se salven del naufragio los demás!...

¡Oh, Maestro!... ¡Maestro Jesús!..., ¡no quiero que llegues a mi puerta como divino vagabundo en busca del Amor y no lo encuentres, sino que antes de haber llamado, hayas visto el resplandor de mi lámpara encendida, y hayas sentido el perfume de tus rosas de sangre, y el sonido cristalino de las aguas vaciadas de tu copa a la mía que en abundoso desborde corran y corran para apagar la sed de los sedientos!

¡Oh, Divino Amador de los que aman!... ¡Ayúdame a sentir la delicia infinita que se encierra en el sufrir para que los demás se consuelen, en el levantar enormes moles de piedras para que los demás encuentren liso y llano el camino, en el abrir hondos surcos en la tierra fría y pedregosa para sembrar de flores y de frutos el largo camino de los viajeros!

¡Oh, Maestro mío!..., ¡que ningún vendaval apague mi lámpara encendida por Ti!..., ¡que ninguna fiebre agote el agua de mi copa llenada por Ti!..., ¡que las heladas invernales no agosten jamás mi rosal plantado por Ti!...

Con mi lámpara encendida por el amor, con mi copa rebosante de amor, con mi rosal florecido de amor, quiero llegar, ¡oh, Maestro mío!, hasta el templo augusto del Amor Eterno y oír que tu boca me dice su divino mensaje:

"¡Bienaventurada tú que has amado por encima de todas las cosas de la Tierra!"

EL HUERTO DE GETHSEMANÍ

Bajo la sombra de olivos centenarios que vieron desfilar muchas generaciones y presenciaron muchos dolores humanos, mi alma te busca, Maestro Jesús, cuando has huido de los hombres para encontrar luz y fortaleza en el hondo silencio de tu mundo interior.

Un rayo de luna tímido y discreto ilumina tu faz martirizada por la interna visión del holocausto supremo que se acerca, arrancando de tu Corazón aquel grito inolvidable: *"¡Pase de mi este cáliz, Padre mío, pero no se haga mi voluntad sino la tuya!"*

La humanidad en su gran mayoría incomprensiva del modo y forma como se gesta en las grandes almas el hecho sublime de inmolarse por un ideal, sólo vio en Ti el suplicio final: tres horas de agonía sobre el patíbulo del Gólgota en medio de atroces torturas físicas. ¡Pero pocos han comprendido la angustia de tu espíritu clarividente a la vista del supremo sacrificio, muchas horas antes de consumarlo!

Aquella visión horrenda debió estremecer el espíritu y la materia en una conmoción tremenda, en aquel huerto silencioso, sin más testigos que los olivos centenarios y el rayo de luna, tímido y callado, acariciando tu faz contraída por una angustia indescriptible...

Acaso viste surgir como un sombrío abismo la pavorosa visión de la balanza implacable de la Eterna Justicia, en uno de cuyos platillos estaba la maldad humana, llevada hasta aquel límite en que el mal como fuerza destructora aniquila toda vida por largas edades; y en el otro estabas Tú, excelso Maestro, como hostia propiciatoria, pidiendo para Ti toda aquella corriente de destrucción, aniquilamiento y muerte, que la Eterna Ley debía desatar sobre la humanidad prevaricadora y rebelde.

¡Y tu infinita carga de amor, pesó más..., inmensamente más que toda la maldad de los hombres!...

¡Y el platillo bajó hasta el fondo!...

¡Te hundiste en el oscuro y siniestro abismo donde el dolor, el oprobio, el abandono y el martirio moral y físico causan indecible espanto!..., ¡infinita angustia!... ¡Y así fuiste el Salvador de esta humanidad terrestre!

¡Todo este drama estupendo se desarrolló en el escenario profundo de tu mundo interno, bajo los olivos centenarios del Huerto de Gethsemaní, donde habías ido a buscar en el acercamiento a Dios la fuerza para triunfar!

¡El rayo de luna besó tu frente estremecida!...

¡El soplo de la brisa secó tus lágrimas silenciosas!...

Los pájaros dormidos entre la fronda escucharon tus gemidos, y aprendieron las alondras a mezclar en sus gorjeos el doliente piar de la zozobra y el terror...

Acaso viste en tu clarividencia de iluminado la inconsciente defección de Judas, la negación de Pedro, el desengaño de todos, el abandono del pueblo que te amaba...

Y apagándose de pronto los luminares que alumbraban tu interno escenario, te llegaste a tus discípulos que a pocos pasos dormitaban, para decirles:

"Velad y orad para no caer en la tentación, porque el espíritu pronto está, pero la carne es flaca".

Y la flaqueza de la carne les venció, para que el Cristo Divino no tuviera en la hora final, el consuelo de ver a los *Doce,* en quienes más confiaba, firmes y valerosos en la hora solemne del holocausto salvador de la humanidad...

Y les viste vencidos por la flaqueza de la carne cuando la fe en Ti les abandonó. Y el ave fatídica de la desesperanza les graznó al oído: "¿Si era el Hijo de Dios, como le deja así perecer entre la infamia y el baldón como vulgar delincuente?

¡Y ese horrendo pensamiento, oh, excelso Maestro Jesús, debió ser el golpe de gracia para tu atormentado corazón!...

He ahí la tentación de la cual querías defenderles, cuando les decías en el huerto de tus agonías...: *"Velad y orad para no caer en la tentación..."*

Veinte siglos van pasando en marcha lenta y pesada desde aquella hora de tu visión en Gethsemaní, y la humanidad, incomprensiva en general, no ha visto claro en aquel profundo escenario de tu mundo interno.

¡Pero en nombre de todos los que te hemos comprendido y te hemos amado, mi voz como un sollozo en las tinieblas se acerca a Ti, Ungido de la Luz y del Amor, porque soy un retazo de la humanidad que redimes y que salvas con el poder sobrehumano de tu amor misericordioso!...

Y esta voz que es de la humanidad que te busca, te clama en un salmo íntimo, en una elegía profunda, pidiéndote para sus ansias la paz y la sabiduría...

Y esa parte de la humanidad que comprende la gestación del supremo holocausto en Gethsemaní, te dice por esta voz mía, que es un gemido en las tinieblas:

"Tengo un gran dolor en lo profundo de mí misma y nadie puede consolarme... ¡Sólo Tú!...

"¡Compadécete de mí, cuando abandonada de todos no encuentre una mano compasiva que cure mis heridas y seque mi llanto!...

"¡Compadécete de mí, cuando el desengaño me hunda en un abismo de soledad y desaliento!

"¡Compadécete de mí, cuando la fe en el Ideal se oculte a mi alma dejándola sin guía, sin sendero, en una negra noche de dudas y de zozobra!...

"¡Compadécete de mí, cuando el ángel de la santa esperanza huya de mi lado dejándome en desesperación y terror!...

"¡Compadécete de mí, oh, Divino Salvador, cuando inducida por los enemigos del bien y extraviada por el dolor, acaricie la idea de abandonar tus caminos, pensando erradamente que tu luz no brilla para mí!...

"¡Compadécete, entonces..., oh, Maestro de la Divina Sabiduría, y haz conmigo como si fuera un ave errante en noche de tempestad, que con sus alas destrozadas se refugia en los pliegues de tu manto, buscando calor, vida y sosiego!..."

Y esta voz se hace más íntima..., como un susurro de insecto en las tinieblas, para decirte:

"¡Hombre-Luz!... ¡Hombre-Amor, Ungido de Dios!... ¡Quiéreme por piedad como al niño que llora!..., ¡como al corderito herido entre zarzales!..., ¡como al pájaro errante en noche de tempestad, como a la flor silvestre perdida en el camino!... ¡Y no me dejes nunca sola, con esa gran soledad del alma que no encuentra ni en los cielos ni en la tierra quien responda a su llamado! ...

"¡Que no huya de mí la Luz de la Fe, dejándome sumida en tinieblas!...

"¡Que no huya de mí la Esperanza, dejándome en un abismo donde sólo se respira la desesperación y el hastío!...."

"¡Que no huya de mí el Amor, dejándome en un sepulcro de vivos; que eso es la vida humana sin amor, sin esperanza, sin fe!"

¡Cristo de la piedad, martirizado espiritualmente por la interna visión del Huerto de Gethsemaní, óyeme, que mi corazón te habla! Es la humanidad creyente en Ti que te pide:

¡Dame la Fe esplendorosa y viva que ilumina y guía en las tinieblas!...

¡Dame la Esperanza que es impulso y aliento hacia el Ideal!...

¡Dame el Amor que torna dulce todo lo amargo y hace presentir la dicha inefable de la infinita y eterna claridad!...

¡TU DIVINO SALMO, SEÑOR!...

¡Oh, Maestro Jesús, el de los grandes martirios!... ¡El de las heroicas inmolaciones!... ¡El de los renunciamientos completos, profundos y silenciosos!...

¡Déjame beber en la misma copa que Tú para tener el derecho de llamarte Maestro mío!...

¡En tus caminos de hombre y en tus caminos de apóstol nada más he descubierto que una lucha tenaz y persistente por quemar como perfume en un pebetero, todo cuanto pudiera ser complacencia a tu corazón de hombre!...

¿Por qué es esto, Maestro mío?

Era dulce a tu corazón de hijo el resplandor suave de la llama del hogar, el techo que cubrió tu cuna, saturado de amores y de recuerdos...

Y te arrancaste de improviso y llevado lejos a tierras desconocidas, tal como una blanca flor arrancada por el vendaval...

Te he visto en temprana adolescencia arrancarte Tú mismo a las ternuras familiares y acogerte a la austeridad de los Santuarios Esenios, donde la soledad y el silencio avivaban tus recuerdos, y los resplandores de la contemplación y la luz de la sabiduría poblaban tu alma de poemas inmortales...

¿Por qué es, todo esto, Maestro mío?...

¿Por qué tronchabas así las puras y blancas flores del amor de la familia?

Yo he visto más tarde que cegaste apenas nacida, la púrpura viva de otros afectos más intensos aún y que son fibras de la vida en todo ser que reviste la materia propia de este planeta.

¿Es que tu vida es el libro abierto en que debemos leer y aprender y forjar nuestras vidas, si queremos subir a la cumbre en que nos esperas Tú?...

¿Es que debemos quemar también como perfume en un pebetero, todo aquello que signifique complacencias a nuestro corazón?

¿Es que las leyes que rigen un determinado plano de evolución me llevan también a mí por un camino de desnudez espiritual, sin ensueños y sin alegrías de las muchas que veo pasar a mi vista como mariposas de luz fugitivas y rumorosas?... ¿Como hadas blancas y musicales que se acercan y huyen, que me sonríen y se desvanecen cuando el alma se inclina a ellas para acariciarlas?

Y cuando en todo esto medito a la luz de las estrellas, sentada sobre el desnudo peñasco donde no crece el follaje, ni se abren las flores, ni anidan las gaviotas, ni arrullan las palomas, a la vera de un mar de olas turbias

y bravías oigo tu voz..., la voz de tu alma que habla a la mía invitándola a la divina soledad de la cumbre gris y escueta donde un día se levantó un madero en forma de cruz, donde un mártir sublime extendió sus brazos para exclamar entre la suprema angustia de aquel a quien todo le fue arrancado, hasta la vida misma: *"¡Padre mío, recibe mi espíritu!..."*

¡Sí, tu espíritu, Maestro mío, desnudo ya de todo, y sordo para siempre a la voz de la Tierra que desaparecía a tu vista como un negro fantasma de iniquidad y de miseria!...

¡Maestro!... ¡Maestro Jesús!... Oigo más todavía en el silencioso recogimiento de mi oración junto a Ti..., oigo tu voz suave como el rumor del céfiro en las flores antes del anochecer:

"El que quiere ser mi discípulo, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame".

¡Y entonces siento que el mago importuno del recuerdo, en no sé qué plano áureo y cristalino que existe en mí misma, empieza a diseñar horizontes de ensueño, verdes colinas, valles deliciosos donde se arrullan las palomas en el tierno idilio de sus amores; fuentes serenas y claras donde las garzas se contemplan a sí mismas, embelesadas, flotando como esperanzas que vienen!... ¡Y me veo yo misma, amada y amante, coronada de rosas y de lirios, derramando en abundosos raudales mi copa desbordante de amor y de felicidad..., la suprema felicidad que en divino poema bebieron Juno y Vestha, Numú y Vesperina, Anfión y Odina..., el amor como canto de pájaros, como susurros de flores agitadas por el viento, como melodías de arpas eólicas suspendidas del sauzal sobre el cristal de la fuente!...

¡Oh, Maestro Jesús!... Piadoso y bueno, el mago del recuerdo parece decirme: "¡Alma..., pobre alma! ¡Vive de la gama sutil de mis creaciones!... ¡Vive de las redecillas doradas de mis múltiples colores, de mis cromos que palpitan aún y que viven!..."

Pero más potente es tu voz, Maestro mío, que hace llegar a lo hondo de mi ser el salmo sagrado de lo qué es y será el horizonte único de mi subida a la cumbre, después de haber quemado como perfume en un pebetero todo cuanto causa humanas complacencias a una criatura revestida de carne...

Y tu voz me dice: *"La decepción fue para ti el viento helado que sacude las ramas del árbol y las despoja de sus galas primaverales, acelerando así la hora del fruto codiciado.*

"La ingratitud fue para ti la escarcha del invierno que seca el verde ramaje para fortificar la raíz y quemar las orugas venenosas, de tal manera que al llegar aquella otra primavera de robusta lozanía espiritual tus plantaciones no sienten el frío de las escarchas ni el azote del vendaval.

"El desamor, la indiferencia, el olvido, el abandono, te arrancaron de golpe a todo ese enjambre de melodías humanas que poblaban de

efímera dicha tu horizonte mental, donde era llegado el momento de diseñar creaciones reales, verdaderas y eternas.

"El cáliz de la inmolación, del sacrificio, del renunciamiento y de la negación de ti misma, es amargo como el acíbar. Pero cuando hayas apurado la última gota, sentirás que el Eterno Amor lo llena hasta desbordar, no de efímeras satisfacciones sino de una felicidad no soñada, ni comprendida, ni sentida jamás por aquellos que aún no tuvieron el valor de quemar, como perfume en un pebetero, todo cuanto embriaga el alma de fugaces satisfacciones.

"¡El alma que busca el amor sin recompensa, el amor sin egoístas satisfacciones, el amor que se dio sin esperar nada a cambio de lo que da, es así de generoso y callado! ¡Es así de grande y de sereno! ¡Es así de pleno y sobrehumano, que nada saben de él las almas que aún no fueron llamadas a ese altar apartado y solitario, donde arde permanente la llama en que se consume toda la hojarasca de los humanos deseos, para que no turben la quietud interior de los ungidos del amor!

"No ha de ser el camino de los discípulos diferente de aquel que anduvo el Maestro.

"Si quieres andar por mis caminos y subir la misma montaña y beber mis aguas de Vida Eterna y coronarte con las rosas del Amor Divino, alma que buscas y que llamas, aniquila hasta el mago del recuerdo, aduérmelo en el olvido, y deja vivir en la plenitud de la lozanía y del amor, las nuevas creaciones que la Divina Sabiduría hace surgir en el áureo plano de cristal de sus realidades inmortales".

* * *

¡Tal es la voz honda y serena de tu sagrado salmo, Maestro Jesús..., ese que me recitas cuando meditando a la luz de las estrellas, sola entre el cielo y la tierra, busco el porqué de todas las horas dolorosas, pesadas y crueles que pasaron por mi corazón, como ventisqueros de hielo destrozando mis ilusiones y mis ensueños!...

¡Bendito sea tu divino salmo, Maestro Jesús, que cae sobre mi corazón como el rocío sobre una débil planta, agostada por los huracanes o marchita por las escarchas de este largo invierno!...

¡Maestro!... ¡Maestro! ¡Que este sagrado salmo que tu alma canta a la mía, endulce mis sacrificios, haga suaves mis inmolaciones..., y serenos mis renunciamientos para que ellos suban hasta lo infinito, como espirales de incienso quemadas y consumidas por la llama purificadora de lo único que no muere, ni se extingue, ni se cambia: tu amor inmortal y divino que me lleva de la mano a la posesión de la Eterna Claridad!... ¡Dios!..., ¡origen y fin de todo cuanto existe!

LA SELVA OSCURA...

¡Oh, mi divino Maestro!... ¡Mi luz, mi guía y mi único amparo en el oscuro destierro!

¡Apenas si mi voz acierta a llamarte!... ¡Y mis ojos nublados de llanto no perciben tus arreboles dorados ni los blancos cendales de tu claridad inmaculada!...

¡La angustia como una ola negra y pesada ahoga mi espíritu agobiado de incertidumbre!...

¡Maestro mío!... ¿Dónde estás oculto que mi alma no puede encontrarte?...

No te veo en este páramo desierto... ¡No te siento ni percibo tu voz, ni el calor de tu irradiación tierna y dulce como una caricia materna!...

¡La copa del dolor ha desbordado ya entre mis manos, y sus aguas amargas corren y corren como un caudaloso río inagotable!...

¡Maestro!... ¡Amor mío de muchos siglos de mi eterno camino!... ¡Mi alma, agotada ya sus energías, quisiera romper el lazo de la vida humana que se hace más angustioso cada día, cada hora, cada minuto!...

Y cuando iba a dar un largo adiós a todas las cosas, oigo a lo lejos..., allá en lo hondo de mi propio yo, la tenue vibración de tu divino pensamiento, que el amor... el amor tuyo, Señor, traduce en palabras de consuelo y esperanza.

"¡Mujer, que abrazada a mi cruz lloras silenciosamente juzgando que será eterna la tiniebla que oscurece el horizonte!...

"¡Acuérdate que, muchas veces, dije que la fe traslada las montañas y que el amor salva todos los abismos!...

"¡Y si montañas y abismos se interponen en tu camino, montañas y abismos salvará nuestro recíproco amor, si valerosa hasta el fin, no decae tu espíritu en la hora cruel del sacrificio!

"¿Qué es el abandono de las criaturas para el que está amparado por Dios?

"¿Qué es la soledad material para el que abrió su alma a la plenitud divina, poblada de almas hermanas que comprenden y sienten el amor y la amistad?

"¿Mujer débil y triste como alondra solitaria, posada sobre una rama desgajada por el huracán y flotando a merced de las olas bravías y tempestuosas?...

"¿Por qué lloras siempre con ese hondo y silencioso llorar con que durante tantas horas regaste la piedra aquella que cubrió mi tumba? ¿Con ese largo y silencioso llorar con que durante años humedeciste

las arenas caldeadas del Mar Muerto?... ¡Muerto en verdad como tus ilusiones y esperanzas humanas de aquella lejana hora, punto inicial de tu progreso como espíritu!...

"¡Como aquél, es éste un punto de luz en el horizonte de tu vida eterna!

"¡Óyeme mujer, que te hablo a ti misma en esta hora de angustiosa zozobra para tu espíritu, abatido por el huracán de los humanos desengaños y sumergido en las arenas movedizas de todo lo inestable, fugaz y pasajero que te brindó la vida!...

"¡Tengo queja de ti, mujer de mi alianza postrera con esta humanidad que te rodea, porque juzgas del amor del Maestro como podrías juzgar de los mudables afectos de tus amigos de la Tierra!...

"¡Y porque así lo juzgas te crees sola y abandonada a las furias de la selva negra que atraviesas y de las olas embravecidas que surcas en busca del Ideal Eterno!...

"¡Mujer!... Si me sintieras a través del amor y de la fe, caminando a tu lado, allanando tus caminos y abriendo nuevos surcos a la divina siembra, no llorarías con ese hondo llorar del peregrino solitario, en tierras de eternas nieblas, donde no clarea el sol por las montañas ni resplandecen las estrellas en las noches sosegadas...

"¡Has pedido ser, en esta hora, desposada del Amor Eterno, el cual sólo abre la puerta de cristal y oro de su divino santuario cuando la esposa se ha engalanado con la vestidura nupcial tejida de abnegaciones heroicas, de renunciamiento completo y de generoso holocausto!...

"¡Has querido beber mi propio cáliz, y la copa desbordante fue acercada a tus labios!...

"¡Bebe sin miedo, mujer, que en el fondo de esa copa está el néctar divino de la única felicidad que puede saciar tus anhelos: la inefable belleza de la Luz Eterna y la infinita bienaventuranza que emana de la posesión perfecta de Dios!...

"¡Has querido, para ti, los propios estigmas de mi dolor como hombre, sacrificado por un sublime ideal de redención humana; y cruz ha sido para ti el desengaño de todos los afectos humanos; afrentosa flagelación, la pérdida de bienes, fama y estimación; agonía solitaria y torturante, el abandono de los que pasaron por tu lado recibiendo la ofrenda de tus beneficios, las flores suaves de tus afectos y solicitudes!...

"¡Mujer!..., levanta del suelo tu frente abatida y piensa, a la luz que irradio sobre ti. Ahora, que todo lo has dado sin reservarte nada para ti; ahora, que todos tus dones fueron ofrendados en divino holocausto al Eterno Amor, incluso tú misma, entregando vibración tras vibración, latido tras latido, anhelos y pensamientos de Luz Eterna que tejerá la túnica blanca de la humanidad del porvenir, ¿qué temes? ¿Por qué lloras y gimes, si cuando todo lo has dado, es llegada para ti la hora de recibir?

"¡El Eterno Dador es quien te devolverá ahora centuplicado tu don; y cada lágrima tuya en el ara del sacrificio, y cada flor marchita del árbol muerto de tus humanas esperanzas, será para ti como el resplandor de muchos soles, como el canto triunfal de muchas almas, como la eterna melodía de innumerables voces, ecos, notas, que se irán desbordando como torrentes en el espacio infinito y que el Eterno Pensamiento traducirá en estas palabras:

"¡Bienaventurados los que han amado más allá de las cosas que se extinguen y perecen!"

¡Maestro!... ¡Maestro mío!... ¡He comprendido tu lección envuelta en divino simbolismo, a través del cual me sonríe tu promesa eterna!...

Has diluido en tu fuego sagrado las últimas cenizas de mis terrenos deseos; y el más completo renunciamiento a todos los goces humanos, abre por fin la puerta a las divinas compensaciones...

Mi alma, Señor, desde este instante supremo y solemne, sólo será una lira invisible en tus manos para trasmitir a tus amados de esta tierra, los cantares inefables de tus amados de los cielos infinitos...

Penosa y dura fue la subida, Maestro mío; pero si es verdad que he llegado, dame tu paz y tu amor, que es la única compensación que deseo...

LA AMADA PRESENCIA

¡Maestro Jesús, que irradias con infinito amor tu claridad eterna sobre toda criatura que a Ti se llega pidiéndola!...

Vencida nuevamente por el enorme peso de la vida humana en estos valles terrestres, me acerco a tu corazón que se desborda de piedad y de amor, para vaciar en Ti mis cansancios, mis desalientos y vacilaciones.

El horizonte se ha ennegrecido de nuevo, todas mis luces se han apagado como si mil incertidumbres y dudas, formando sombras en torno mío, me hubieran envuelto en densas tinieblas.

¿Qué hay, Señor, más allá de estas tinieblas que parecen cortarme todos los caminos?

Paréceme que las flores de amor que en tu nombre había sembrado, se tornaron en matorrales de espinas, como guaridas de fieras que llenan el alma de terror y de espanto.

¿Por qué, Maestro mío, del amor no siempre brota el amor?

Tú nos dijiste que a veces tu simiente cae en tierra estéril donde los abrojales la ahogan y la matan; que a veces la devoran las aves de rapiña, o la pisotean los viajeros inconscientes a lo largo del camino...

¿Dónde, Señor, dónde está la tierra fértil en que germine vigorosa la simiente divina del amor que nos mandaste sembrar?

¡Sembrar!... ¡Qué duro es sembrar en las rocas muertas donde heladas escarchas la queman y la consumen, dejando el pesimismo y el desaliento en el alma de tus sembradores!

¡Oh, Maestro Jesús!... ¡Qué débiles sembradores de tu divina simiente son los que has elegido!... ¿Dónde está oculta la luz, la fuerza, la vigorosa voluntad de continuar tu obra por encima de todos los dolores y de todas las oscuridades?...

Y cuando la pesada tiniebla parecía invadir como una marejada hasta el recinto de mi oración junto a Ti, escucho tu voz en lo profundo de mi yo íntimo, como el cantar de un ruiseñor lejano entre la selva impenetrable y sombría. Y yo reconozco esa voz que acude a calmar la furia de la tormenta en mi mar embravecido. Y el alma aquietada por tu voz, sembradora de paz y de esperanza, la escucha anhelante como una cadencia lejana que dice:

"Si vaciláis y dudáis y tropezáis en los caminos de la vida es porque muy a menudo olvidáis quiénes sois, a qué habéis venido y hacia dónde camináis...

¡Olvidáis quiénes sois, cuando os desalientan los fracasos materiales o espirituales hasta el punto de creeros solos y olvidados en pleno destierro, como si ninguna voz respondiera a la vuestra, y como si vuestro pensamiento no despertara vibración ninguna entre las múltiples ondas de las corrientes divinas, llenas de vida y energía en el vasto e incomprensible Universo!

"Olvidáis quiénes sois, cuando os alejáis unos de otros, dejando que los resentimientos o los odios, el predominio, la vanidad y demás sutiles egoísmos del espíritu, se hagan carne en vosotros bajo el manto encubridor de dignidad ficticia o de justicia imaginaria y equivocada.

"Olvidáis quiénes sois, cuando buscáis con desmedido afán las grandezas humanas, el aplauso de las criaturas y la figuración en el medio ambiente en que actuáis.

"Y olvidáis, en fin, lo que sois y el objeto de vuestra actual estada en la Tierra, y el grandioso ideal de perfección humana que buscáis desde siglos, cuando os reveláis en contra de hechos y acontecimientos que son el resultado natural de la misión que habéis pedido y aceptado, la cual os coloca en los senderos de la luz que os pone al descubierto, sirviendo de blanco a las fuerzas de las tinieblas, eternamente en pugna con la Verdad y con el Amor.

"Habéis olvidado que mis caminos tienen huellas de sangre y están humedecidos de llanto, y flotan en ellos vibraciones de sollozos y de gemidos.

"Habéis olvidado que sois seguidores del gran sacrificado y que no podéis esperar coronas de rosas sino después de haber bebido gota a gota

el mismo cáliz que Yo bebiera, cuando sumergido en las tinieblas de mis dolores de hombre, decía a mi Padre: "Pase de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad sino la tuya".

"Cargados estáis de tristeza y de fatiga porque veis levantarse de todos lados, como avalancha formidable, las corrientes del mal que, enloquecidas por el loco orgullo que las domina, sueñan siempre ganada la batalla y deshecha y vencida la blanca legión de mis seguidores. No cuentan las fuerzas de las tinieblas con mi llegada en el momento álgido de las terribles borrascas.

"No cuentan ellas con que el Maestro está en medio de vosotros para deshacerlas y aniquilarlas, porque tengo en mis manos la fuerza invencible de la Verdad, de la Justicia y del Amor.

"Os repito de nuevo: ¡olvidáis quiénes sois y a qué habéis venido, y por eso hace presa en vosotros el desaliento y el pesimismo, bajo los cuales cayeron vencidos tantos y tantos a lo largo del camino..., de este camino mío, donde hay huellas de sangre y vaho de lágrimas, y rumores de sollozos y de gemidos!...

"Que mi alma derramada en amor y ternura sobre las vuestras vierta su divina Luz sobre vosotros, para que seáis conscientes de vuestra misión de esta hora y de las alianzas sublimes que os unieron conmigo desde largos siglos.

"Pensad, en todo momento, que la única desgracia verdadera que debéis temer es la de claudicar de vuestros pactos solemnes en favor de lo único que no cambia, ni varía, ni se acaba: la Verdad y el Amor, que es en suma, la felicidad que buscáis.

"Acordaos que estoy en medio de vosotros como sereno espectador de vuestras abnegaciones y renunciamientos, de vuestras luchas y tristezas, de vuestras angustias y de vuestros triunfos, y que estoy con mis brazos abiertos y mi corazón de amigo fiel que os llama a descansar en él cuando os sintáis desfallecer..."

¡Maestro!... ¡Maestro mío, amante y amado sobre todas las cosas!...

¡Estabas a mi lado y no descubría tu amada presencia!... ¡Me creía sola entre tinieblas desoladas y frías, y Tú andabas amorosamente a mi lado!

¡Sálvame, Señor, del desaliento, la desesperanza y la duda! ¡Sálvame de las sombras de la inconsciencia que me oscurecen el horizonte!... ¡Sálvame de las flores vanas de humanos deseos, que traen soledad, olvido, abandono y angustia! ¡Sálvame de mí misma y dame el poder de sentir tu divina Presencia dentro de mi propio ser, y nunca más vacilaré en tu camino!...

VELAD Y ORAD

¡Maestro Jesús, sereno espectador de todas las ansiedades del alma peregrina en los valles terrestres!

Escucha piadosamente mi queja, porque sólo Tú, Señor, puedes llegar a lo más profundo del alma azotada por mil cavilaciones que vienen y que van sin encontrar respuesta...

Si mi pensar y mi obrar están de acuerdo con tu divina enseñanza de amor, de justicia, de fraternidad, ¿por qué, Señor, tantos escollos y precipicios en el camino?...

¿Por qué tantas aversiones y antagonismos forman barreras de chispas ardientes en torno mío, y con torcidas y malignas interpretaciones se manchan de lodo los más puros anhelos?...

Si este obrar es una chispita insignificante emanada de tu luz divina y eterna, ¿por qué provoca el enojo y la censura, y cien brazos de hermanos armados de látigo se aprestan a la oprobiosa flagelación?...

Acobardada el alma ante la tempestad que ve levantarse cuando esperaba el clarear de una aurora nueva, se repliega en sí misma como una avecilla herida, cuyas alas no tienen fuerza para ensayar nuevos vuelos abarcando la inmensidad...

Y queda allí aletargada en la inacción, sintiéndose inútil e incapaz de realizar nada que pueda significar el bien para sus semejantes.

Y el alma agobiada de tristeza y de incertidumbre sólo acierta a refugiarse en Ti para preguntarte: "¡Maestro!... ¿Estoy en la verdad o en el error? ¿Tengo en mis manos el bien o el mal?

¿Soy acaso víctima de engañosas ilusiones que tejen redes de oro de mi fantasía y que la realidad convertirá en muertas cenizas que se lleva el viento?...

¡Ten piedad, Maestro mío, del alma acongojada y vencida por la nulidad de sus afanes, de sus esfuerzos..., de sus anhelos!

¡Y hazme sentir tu aliento de fuego que templa el frío de esta helada y desierta soledad!...

¡Oh, Maestro mío, amado sobre todas las cosas!... ¡Cuán suaves vibraciones de amor preceden a tus palabras que anuncian tu acercamiento!

Y a poco escucho en lo más hondo del alma tu ansiada respuesta:

"¡Qué serena quietud la de este abandono si en medio de él sabes encontrar a Dios!"

"Y como un día de mi última vida terrestre dije a los míos: cuanto pidieres al Padre en mi nombre os lo concederá, es por eso que mi

pensamiento llega hasta ti haciéndote sentir hondamente el efluvio del Amor Eterno, para llenar el vacío que deja en todo corazón de carne la incomprensión y el desamor de los seres que le rodean.

"Hilos son de la fuerte red de oro que por propia voluntad has querido tejer para esta hora de tu camino eterno, al unir tu esfuerzo al de todos los míos en la obra de liberación humana terrestre.

"Piensa y medita que no sin dolor y sin fatiga se abren caminos entre las duras rocas de las montañas.

"Abrir santuarios de amor y de fe que den luz y fortaleza a los peregrinos del ideal, desorientados a veces en las mil encrucijadas del camino eterno, es oponer barrera de bronce a la oscuridad mental y a la ignorancia promulgadas como ley por los que se han constituido en conductores de la humanidad.

"Y por lógica consecuencia, esa barrera de bronce debe soportar todo el empuje, todo el embate furioso de las fuerzas predominantes en mundos de escasa evolución moral como la Tierra.

"De ahí el cansancio, el desaliento, la desilusión de los cultivadores de mi huerto, que viéndose arrollados y dispersados por fuerzas poderosas, se creen víctimas de ilusorias fantasías de grandeza espiritual y de dicha sobrehumana que nunca llegarán a alcanzar.

"No es a ti sola que te agobian como enorme mole esos sombríos pensamientos de incertidumbre y de duda.

"Piensa que toda creación exige ordinariamente esfuerzos heroicos, porque significa dar de la propia vida, del íntimo ser, y con absoluto desinterés darse a sí mismo, sin detenerse a pensar en la dulzura de las compensaciones ni en las glorias del éxito inmediato.

"Lógico es entonces el abandono, la desconfianza de todos aquellos que no alcanzan aún a vislumbrar el supremo anhelo del que impulsado por el Amor Eterno y por la Ley ineludible de su propia evolución, se da a sí mismo en holocausto, transformándose en un rayo de luz, en una gota de agua, o en suave nota de un cantar ignorado, que lleve a los eternos viajeros de la vida al recuerdo de lo que son en el concierto grandioso de la creación universal.

"¡Alma que ruegas y que buscas!... No de otra forma debías esperar que se desenvolviera tu vida, si deslizas tus pasos sobre los míos en este planeta donde aún no florece el amor, sino en los breves intervalos de calma que median entre las convulsiones y sacudidas inherentes a la Ley de continua transformación de los mundos, más violenta y dolorosa cuanto mayor es su inferioridad.

"Y si cada etapa de vida terrestre mía fue una ofrenda de dolor, un holocausto completo al Amor Eterno, cuyo impulso seguía, hoy que en espíritu me acerco a tu espíritu y la onda sutil de mis pensamientos forma

contacto con una inteligencia encarnada, ¿en quién si no en ella y en los que le forman aura conjunta he de ser yo sacrificado otra vez?

"La humanidad no puede sacrificarme materialmente otra vez; pero su milenario atraso y egoísmo le hace encontrar el medio de sacrificarme en mis ideales, sacrificando a los seres que se constituyeron portavoces de mi enseñanza de fraternidad, de justicia y de amor.

"Lógico es pues que aquellos que más de cerca me siguen, sean los primeros en recibir a pecho descubierto las flechas envenenadas de odio, de todos los que se levantan pedestales y acumulan tesoros a favor de las sombras densas de la ignorancia y el fanatismo en que mantienen a las muchedumbres.

"Y conociendo que el humano corazón desfallece a menudo cuando busca y no encuentra las flores que soñó recoger, es que insisto hoy con igual apremio que en horas lejanas con aquellas palabras cuyo significado pocos llegaron a comprender:

"Velad y orad porque el espíritu pronto está, pero la carne es flaca.

"Muy pocos fueron entre los que me rodeaban y seguían que no vieran conmoverse su fe hasta en los más profundos cimientos al ver que su Mesías, su Maestro, su Salvador, caía vencido bajo el oprobio más infamante usado en aquellos tiempos.

"¿Si es Hijo de Dios, pensaban, cómo le deja su Padre, Poder Infinito, hundirse en ese abismo de infamia, cuando sólo con un rayo de su justicia podía aniquilar a sus enemigos, y rodearle de esplendores y grandezas?

"Y hoy que veo aquel mismo sentir y padecer en mis seguidores de la hora presente, ante los acontecimientos adversos causados por la incomprensión de los hombres, afirmo y digo que los razonamientos humanos no siempre están de acuerdo con lo que marca la Divina Ley, para ciertas almas y en épocas determinadas.

"¡Alma que interrogas y que pides!...

"¡No te dejes vencer por el desaliento cuando tu aparente inacción o inexplicable quietismo provoque en torno tuyo pensamientos hostiles, que traducidos en palabras significan ilusión, engaño, desvarío, quimeras fantásticas de mentalidad enfermiza!...

"Más crueles e hirientes fueron las frases que escuché en mis días terrestres, hasta el punto de que colmado y desbordante el cáliz de mi corazón de hombre, exclamé en lo alto del cadalso:

"¡Padre mío!... ¿Por qué me has abandonado?

"Diríase que la Eterna Justicia esperaba esta queja de mi alma colmada de angustia, para descorrer ante mí los velos que me ocultaban el esplendor de la realidad y que percibiendo la gloria del Amor Eterno que me esperaba, pudiera yo decir en el instante de mi partida:

"¡Todo fue consumado! ¡En tus manos entrego mi espíritu!

"¡Alma que buscas y que ruegas!... ¡Si has querido tomar para ti, mi enseñanza y mis caminos, debes saber que tal es la compensación de las criaturas inconscientes y tal es el Amor Inefable del Padre cuando la tarea fue cumplida y bebido hasta la última gota del cáliz elegido en las épocas solemnes y trascendentales que llegan para los mundos y para las almas en el correr interminable de la eternidad!...

"Espera, pues, impasible y serena en el seno de la Providencia Divina, que eternamente vela con la fuerza invencible de su Ley y que sabe la hora del descanso y glorificación de sus criaturas.

"Aún no has apurado las últimas gotas del vaso amargo de la vida terrestre y por eso repito una y otra vez:

"¡Velad y orad para no caer en la tentación que en esta hora se llama duda, zozobra, desaliento y desesperanza!

"Ellas invaden el alma como una ola de tinieblas, si desorientada en el penoso viaje deja apagar la luz del único faro que puede alumbrarle el camino: "¡la oración!"

"¡Ora por ti y por todos aquellos que como tú oyeron muchas veces mi voz, y recogieron mi enseñanza, y vieron florecer en sus corazones mi piedad y mi ternura! ¡Todos somos como uno solo en el infinito seno de Dios y es su voluntad que lleguemos a Él unidos por el Amor, los que el Amor engendró para perpetuar indefinidamente la grandiosa grandeza de su eternidad!

"Y cuando tu esfuerzo y tu abnegación hayan colmado la medida que exige tu ley de esta hora, descansa en la Suprema Justicia que jamás retrocede en lo que le concierne. Y descansa también en Mí, que ligado estoy a ti por una alianza de siglos y sé valorar el esfuerzo que cuesta en este plano terrestre el dar un solo paso en el camino ascendente hacia la cumbre que entrevés en las lejanías del horizonte.

"¡Pocos son los que en este paraje de la Tierra se esfuerzan y sacrifican por la obra de amor del Maestro; y esa misma escasa minoría deprime dolorosamente tu espíritu deshojando poco a poco el árbol de tus esperanzas!

"Piensa, mujer, que las obras de Dios, desnudas en absoluto de egoísmos y de interés, jamás arrastran multitudes en sus comienzos obscuros, plenos de dolores y de sacrificios, porque la humanidad terrestre aún no llega a comprender el amor que no pide y espera recompensa.

"Y ante esta inconsciencia humana sólo debe brotar del fondo de tu alma la exclamación acerba que brotó de la mía en parecidas circunstancias: ¡Padre!... ¡perdónalos porque no saben lo que hacen!...

"¡Alma que deliras y que sueñas abrasada en la ardiente llamarada de los grandes anhelos!...

"¡Llena con Dios tu inmensa soledad! ¡Llena con su Amor y su Luz

inefable el vacío que deja en torno tuyo la incomprensión, el abandono, el olvido de las criaturas!

"¡Y algo así como un desbordamiento de luz, de flores y armonía, te hará comprender y sentir que no depende de las criaturas la coronación de tus anhelos, sino de la infinita grandeza del Amor Eterno, cuyos suaves reflejos alumbran tu soledad!..."

¡Maestro Jesús!... ¡Eres en verdad el Verbo de Dios, su Palabra Eterna, su pensamiento encarnado en Ti!

¡Nadie como Tú, sabe comprender lo que vive y se agita y muere cada día en el fondo del alma que apartada de las cosas perecederas y vanas, contempla el pasaje incesante de almas en busca de pueriles satisfacciones que a veces duran tanto como un suspiro!...

Y de toda esa multitud afiebrada y ansiosa, sólo tres o cuatro se detienen para decirme:

"¡Yo comparto tus sueños, peregrino triste y solitario!... ¡Yo quiero lo que tú quieres y busco lo que tú buscas, y me consume la misma llamarada ardiente de tus anhelos!..."

Mas..., ¿de qué me quejo? Tú lo has dicho ya, Maestro mío, y tu palabra es resplandor de Divina Sabiduría:

"¡La humanidad terrestre aún no llega a comprender la gloriosa felicidad del Amor que se da sin esperar ninguna recompensa!..."

EL ROSAL DE CRISTO

¡Maestro Jesús!... ¡De nuevo junto a Ti, mi alma busca derramarse a tus pies como un hilillo de agua cuyas gotas absorban sedientas los rayos de luz de tu mirada, el calor suave de tu aliento, y los latidos de tu inmenso corazón de Hijo de Dios! ¡Y mi mente absorta toda en Ti, se empapa, se sumerge, se refunde en tu divina claridad y encuentra fases nuevas en el prisma maravilloso de tu excelsa grandeza! Y paréceme casi incomprensible que tanta fuerza, tanta luz, tanta magnificencia y plenitud de gloria, de belleza y de poder, pudieran hermanarse un día, lejano ya, con las penas acerbas, las angustiosas agonías, los humillantes oprobios padecidos por Ti, revestido de carne y sujeto a las rudas leyes marcadas a la humana naturaleza.

La incomprensión de los hombres debió ser para Ti, Maestro mío, un doloroso tormento.

Sólo un puñado de humildes seres adivinó tras el iris topacio de tus pupilas, la divina grandeza de tu alma de Mesías, y en la serena vibración de tu palabra el poema eterno de la Verdad y del Amor, traído por Ti como divino mensaje a la humanidad terrestre.

Los grandes, los poderosos, los sabios de la Tierra no supieron leer en tu mirada, ni encontraron melodías en tu palabra, ni claridades de sol en tu divina enseñanza.

"Amaos los unos a los otros", decías, como un ruiseñor que canta en la selva al amanecer, y los esclavos seguían siendo azotados porque pedían un mendrugo más de pan, y los enfermos despreciados como asquerosas piltrafas de carne inútil, y los mendigos hambrientos buscando en los muladares sucios mendrugos para saciar su hambre, y los pecadores descubiertos en falta, apedreados, maldecidos, arrojados al abandono, a la miseria, al dolor y a la muerte.

"Todos sois hijos de vuestro Padre que está en los cielos", decías, soñando ya en la eterna aurora de la fraternidad humana, de la igualdad de derechos y de deberes entre los hombres, y aún ahora, después de veinte siglos de haberte escuchado la humanidad terrestre, el odio, la tiranía, las opresiones del fuerte sobre el débil continúan con igual intensidad, como si tu divino legado de amor hubiera sido un rosal en flor deshojado por el otoño y arrastrado por el vendaval.

¿Adónde fue a parar, Maestro mío, tu divino rosal?..., ¿dónde?... Y mientras mis pupilas se nublan de llanto y mi alma de angustia, oigo en lo más íntimo de mi Yo, tu palabra suave, llena de esperanza, de amor y de fe, que me dice:

"En tu corazón se refugiaron esos pétalos arrastrados por el viento, y son ellos que te hacen sentir el amor tal como brotara un día de mi corazón y se derramara sobre la tierra.

"Otros como tú recogieron los pétalos cual gotas de sangre que volaban a merced de los vientos; y esos pétalos fueron semillas de apóstoles y de mártires, que siglos tras siglos han regado de llanto y de sangre mi rosal olvidado por las muchedumbres, que como majadas de bestezuelas inconscientes, no aciertan más que a buscar hartura de sus deseos y de sus instintos sin levantar apenas la vista de la tierra que hollan sus pies.

"Por la plenitud excelsa del poder de ubicuidad, que por Eterna Ley me asiste, veo y siento a los que me aman y a los que me olvidan, a los que me buscan y a los que me rechazan con sus obras aunque con sus labios me llaman; veo los campos de batalla sembrados de esqueletos que fueron hombres capaces de amor, triturados y deshechos por el odio de otros hombres, también capaces de amor y de fe. Mi vista percibe claramente todo ese informe montón de ruinas de los que fueron hogares iluminados por el amor de las madres, de las esposas, de los parvulillos como botones de rosas, promesas de amor y de dicha para la propia humanidad, que los sacrifica como a indefensos corderos en nombre de un ideal de justicia que la Divina Justicia rechaza como un sacrílego baldón.

"Caen en confuso tropel de sangre y fuego, matadores y víctimas; y

de ese informe amontonamiento de carne humana deshecha veo surgir, al llamado de mis invisibles mensajeros, las almas de mis escogidos, de mis últimos mártires de esta Tierra, por encima de la cual siguen revoloteando como mariposas de sangre, los pétalos del rosal de mi amor arrastrados por el viento.

Una obscura nebulosa con miasmas de putrefacción sube de la tierra, y mis enviados sufren las náuseas de su acercamiento. Mis miradas traspasan también esa nebulosa y veo almas como estrellitas radiantes que iluminan las tinieblas, corazones amantes que se abren como nidos de ternura para cobijar a los hijos de nadie, a los que la humanidad inconsciente llama escoria del arroyo, basura del muladar...

"Y entonces vuelve a brotar de mi Corazón de Hijo de Dios, aquella palabra cálida y vibrante, imborrable y eterna, que está calcada a fuego en los planos más sutiles de todos los mundos:

"El que no ama a sus semejantes como se ama a sí mismo, no entró aún en el camino de salvación".

"Hombre o mujer que te cobijas a la sombra de mi Cruz, detén un momento tus pasos y medita: tú aprecias como un tesoro tu vida, tu salud, tus riquezas o posesiones, tu bienestar material, tus goces grandes o pequeños. El mismo derecho que tú tiene el mendigo que pasa como un fantasma harapiento a tu lado; el huerfanillo sin techo ni hogar, que vive confundido con los perros de la acera; ¡la viejecilla de llorosos ojos sin luz, cuyas manos como secas raíces se tienden al vacío para implorar!... ¿Quién eres tú y quiénes son ellos?...

"¡Almas, almas y almas!..., ¡hijos de Dios que cumplen expiaciones dolorosas por pecados acaso menores que los tuyos!

"¡Ciega y enloquecida humanidad que te cobijas bajo el árbol de mi Cruz, que proclamas con los labios mi doctrina de amor y fraternidad y, como poseída de insensato furor, atropellas vidas y honras, destruyes vergeles de amor y de fe, pisoteando el derecho y la justicia en nombre de un equivocado ideal religioso que nada tiene de Cristo más que el repudio y la execración!"

* * *

¡Maestro!... ¡Maestro!... Esta luz tuya brilla como un sol en la tiniebla de esta vida terrestre... Y si yo veo tu luz y oigo tu palabra, y comprendo tu sentir, y percibo las palpitaciones de tu gran corazón hecho de amor y de fe... Maestro mío..., ¿por qué no lo sienten y lo ven y lo palpan de igual manera todos los hombres que se cobijan al amparo de tu Cruz y de tu Nombre? ¿Qué hicieron de tu enseñanza?... ¿Qué hicieron de tu palabra, de tus ejemplos, del resplandor de la vida tuya, que fue como una melodía,

como un ánfora de miel derramada sobre todos, como una interminable caricia sobre todas las frentes abatidas por el dolor y la miseria?

"¡Bienaventurados los misericordiosos!", dijiste, y la misericordia es despreciada como una debilidad de corazón.

"Amaos los unos a los otros", y los hombres se estrujan con odios profundos...

"El que ampara a uno de estos pequeñuelos, a Mí me ampara", decías una vez con la voz temblorosa por sollozos contenidos; y los huérfanos son arrojados a las cárceles, a los asilos, porque no hay corazones capaces de cobijarlos...

¡Maestro!... ¡Maestro mío!..., conteniendo yo también un hondo sollozo te pregunto a Ti, que todo lo sabes y todo lo ves:

"¿Dónde están tus discípulos, tus apóstoles, los seguidores de tu doctrina, los que comprenden el amor como Tú..., los enamorados de la Cruz?..., ¿dónde están?..."

Un profundo silencio responde a este interrogante mío, y a poco veo hacerse una nueva claridad en la cual percibo unos cuantos calvarios con otros tantos crucificados. Es tu respuesta, Maestro mío; bien clara y definida está: ¡Los que son capaces de amar como Tú, están sacrificados como Tú, porque la Eterna Ley exige que el amor verdadero probado con el sacrificio, que el dolor en el paroxismo lave y purifique toda maldad humana! Es el crisol que purifica el oro. Es el vendaval que arrastra toda la inmundicia. Es la segur aplicada a todo tallo viviente, y que el campo sea libre para una nueva plantación...

¡Maestro!..., ¡mi confidencia contigo ha sacudido fuertemente mi ser, pero mi mente iluminada por Ti, ha comprendido todo..., absolutamente todo lo que has querido enseñarme!

¡MAESTRO!..., ¡DAME TU PAZ!

¡Ya lo ves, Maestro mío!... ¡Soy la eterna mendiga que está pidiendo siempre lo que sólo Tú puedes darme: la paz!

¡Esa paz tuya que se asemeja a un cielo azul salpicado de estrellas lejanas, silenciosas, en una noche quieta y serena, también dormida en silencio profundo!...

¡Esa paz tuya que es como un lago de cristal en cuya inmóvil superficie se reflejan los resplandores del ocaso y el suave balanceo de los junquillos en flor!

Vientos huracanados de ambiciones y de egoísmos soplan de los cuatro puntos cardinales.

Diríase que nuestro pequeño planeta fuera a romperse en pedazos como un grumo de tierra aplastado por el pie de un niño que corre...

¡El odio se ha desatado como una tromba marina en medio de la cual se producen choques formidables, que siembran la muerte y la desolación!...

¿Hacia dónde volver la vista sino a Ti, Maestro Jesús, que tienes el secreto de la paz, de la esperanza y del amor?

¡Tú sabes el porqué de todo lo que acontece en medio de esta humanidad que es tu herencia, el eterno legado del Poder Supremo para Ti, Ungido de la Piedad y del Amor!

¿Cómo no ser eterna mendiga de Ti, pidiéndote paz, consuelo, esperanza y amor para todos los que sufren?... ¡Para los perseguidos, porque buscan la justicia y la equidad; para los desterrados de su patria y de su hogar; para los que languidecen entre las rejas de los presidios, doloroso baldón impuesto casi siempre a los amantes de la justicia y de la fraternidad!

¡Oh, Divino Maestro, visionario sublime, idealista eterno a cuyo excelso sueño de amor fraternal respondieron los déspotas poderosos con la muerte más infamante!...

¿Qué hora trágica es ésta, Maestro Jesús, tan semejante a aquella de tu doloroso holocausto, en que el mal lo avasalla todo..., se sobrepone a todo; y el bien, la virtud y la nobleza son arrastrados por el fango?

¿Qué tiniebla tan densa es ésta en que todos aparecen cegados por la espantosa influencia del vicio glorificado y del crimen disfrazado de justicia?

Con el alma temblorosa de congoja y de espanto me acerco a Ti, Señor, para preguntarte, como el Patriarca Abraham: ¿No enviarás tus rosas blancas de la paz sobre las pocas almas conscientes, amantes de la verdad, que aún quedan como cirios alumbrando las tinieblas?...

¿Dejarás que tus amigos de todos los siglos sean arrastrados por el fango en que se recrean los malvados?...

Y desde el fondo del alma se levanta mi voz para pedirte, como eterna mendiga que espera siempre tu don:

¡Salva, Señor, a tus amigos, a tus escogidos, a los que sienten en sí mismos ansias de liberación, de fraternidad y de justicia!

¡Compadécete de las madres que tiemblan de espanto por la suerte de sus hijos!... ¡Compadécete de los hogares amenazados por la perfidia y la traición, por el crimen meditado y encubierto; por la falsedad y la mentira que llevan al caos a los pueblos inconscientes!...

¡Acuérdate, Maestro, de tus días luminosos de Verbo de Dios encarnado, en que ningún engaño quedaba encubierto y toda maldad aparecía clara ante Ti!

¡Que tu luz divina haga caer las vendas de todos los ojos, que las tinieblas huyan y se haga la luz, que los hombres de bien sean reconocidos y guardados por Ti!... ¡Que sepan las muchedumbres dar a cada cosa su

justo valor..., que merezcamos todos, Señor, el don divino de la paz, de la esperanza y del amor!

Y cuando así clamaba mi alma a la puerta de tu Santuario, como un infeliz mendigo que pide siempre, sentí la suavidad inefable de tu voz, que decía:

"Durante miles de siglos estuve deshojando sobre esta tierra las rosas blancas de la Paz, de la Verdad y del Amor.

"¡La humanidad las ha pisoteado en el fango y muy pocas de ellas quedaron flotando como mariposas de luz en los huertos apartados y solitarios..., en los vallecitos florecidos y silenciosos..., en las montañas donde cruzan las brisas con resonancias de amor, de consuelo..., de esperanza!

"¡Mi Paz, mi Verdad y mi Amor sólo pueden percibirlos las almas de buena voluntad que sinceramente los buscan, y se abren, como corolas sedientas, al manantial silencioso de mis aguas de vida eterna!

"Quien más pide más recibe.

"Quien más busca más encuentra.

"Al que persevera en llamar, al fin se le abre la puerta.

"Los dones de Dios son para todas sus criaturas, pero quien más los anhela con mayor abundancia los recibe.

"Cómo ha de dar Dios sus dones divinos a aquellos desamorados hijos que nada quieren de Él, ni aun reconocer su existencia, su presencia eterna..., su providencia que vela siempre..., su amor que les vigila como dulces ojos de madre, siguiendo de lejos o de cerca los pasos inciertos de aquellos desventurados que no saben lo que hacen cuando le olvidan o le niegan.

"Les brinda la luz de su verdad eterna, y se precipitan a las tinieblas porque en medio de ellas oyen el sonido estridente del oro vaciándose en sus arcas que nunca se llenan...

"Les brinda la miel divina de su paz, y se lanzan con febril anhelo a los mares impetuosos porque en sus ignorados abismos se esconden tesoros de gran valor que pueden hacerlos poderosos dominadores...

"Les brinda su infinito amor que alienta en todos los mundos, y ellos se lanzan a recoger desperdiciables mendrugos y las bellotas silvestres que alimentan a las bestias...

"¿Qué hará, pues, el Divino Creador con sus criaturas inconscientes?...

"Alma mendiga de paz, de luz y de amor...

"Alma que pides, que buscas y que llamas siempre...

"Ora por los que nunca oran...

"Llama por lo que nunca llaman...

"Pide y busca por los que nunca buscan y piden...

"Y cuando más te olvidas de ti misma..., cuanto más olvides tus penas

y tristezas para escuchar el dolor de los demás..., más se hará sentir de ti la Divina Presencia, el Amor Eterno, la Paz inefable, porque entonces te habrás convertido en intermediaria de Dios y las criaturas..., en el hilo conductor de la Divina Energía, del Amor inconmensurable..., de la Eterna Armonía Universal...

"No vaciles en llamar continuamente... No temas buscar y siempre buscar..., pedir y siempre pedir.

"El Eterno Dador, jamás se cansa de dar. El manantial divino no se agota jamás...

"La Luz Increada emana de sí misma claridades que nunca se extinguen y sus vibraciones vivifican los mundos y los seres por toda la eternidad.

"Alma, pide, llama, busca y espera que todas las horas de Dios son para dar más y más..., indefinidamente..., sin límite ni medida...

Maestro mío... Maestro Jesús..., gracias, gracias a Ti que me abres una vez más el cofre de tus secretos divinos...

Ya nada mi alma desea sobre la Tierra, pues que me has abierto el camino de la Paz, de la Luz y del Amor...

EL ABRAZO ETERNO

Maestro Jesús... Cuán pesada es la cruz tuya..., esa que llevaste sobre tus hombros un día para morir sobre ella impulsado por tu heroico amor hacia los hombres de esta Tierra, donde aún eres incomprendido de la gran mayoría.

¿Por qué, Maestro..., por qué los hombres no te comprenden?

¡Te han levantado templos, santuarios magníficos, altares que son tesoros de arte y de riquezas! ¡De todos los rincones del planeta se levantan para Ti, himnos y loores, todos pronuncian tu nombre cien veces sacrosanto, pero no obstante el odio sigue reinando sobre la Tierra, aun entre aquellos que te cantan himnos y bendicen tu nombre!...

¡Y entre los acordes de esos himnos y de esas bendiciones, los hombres se matan unos a otros, se despedazan la honra, el más fuerte despoja al más débil; el poderoso atropella a los indefensos y los pequeños!... Y las doncellas ultrajadas ruedan como piltrafas deshechas por las calles relucientes de las doradas capitales, y los huerfanitos sin padres, los hijos de nadie, pululan por las aceras, bajo las arcadas de los puentes, entre los despojos de covachas abandonadas al igual que los lagartos entre las grietas negruzcas de piedras amontonadas.

Y ancianos despojados impunemente, que padecen hambre y frío, y

que bajo las bóvedas suntuosas de los grandes santuarios de la fe cristiana derraman en llanto silencioso sus angustias que duran años...

Y los hombres que cantan himnos y loores: ¡Cristo reina, Cristo impera, Cristo triunfa!...

Y yo digo en lo íntimo de mi espíritu dolorido con la angustia de los que sufren: Cristo padece, Cristo llora, Cristo muere de nuevo cada día, cada hora, cada minuto en el dolor, en el tormento, y en la muerte desesperada y cruel de cada ser humano que muere bajo las armas homicidas de sus propios hermanos, o muere de hambre y miseria, desposeído por sus hermanos hasta de las raíces que la madre tierra brinda amorosa a los animalillos de las praderas...

¿No dijo Él, un día: *"Lo que hacéis con cada uno de estos pequeños, conmigo lo hacéis?"*

¿No dijo Él: *"En el amor que os tengáis los unos a los otros conoceré que sois mis discípulos?"*

¿No dijo también Él: *"Amad aun a vuestros enemigos; porque si sólo amáis a los que os aman, qué mérito tendréis? ¡Los malvados aman también a los que a ellos aman!..."*

Y si todo esto es tu legado de amor, Maestro mío, y los hombres van cada día más lejos de tu mensaje y de tu corazón, ¿por qué te cantan himnos y loores mientras pisotean tu enseñanza, y cubren de sangre y de lodo formado con el llanto de los que padecen, cubren, digo, las palabras tuyas eternas con la eternidad de Dios, que dicen: *"Lo que haces a uno de tus semejantes a Mí me lo haces?"*

¿Por qué, Maestro mío, por qué todo esto?

¿Soy yo que no te comprendo o son los hombres que caminan hacia el abismo donde no estás Tú?...

Pienso y medito, y te digo, Maestro, en la honda y serena soledad de mis confidencias íntimas contigo: ¡Yo te amo!..., yo te siento vivir dentro de mí misma, como diluido en cada gota de mi sangre, en cada latido de mi corazón, en cada gemido de mi pecho, en cada lágrima de mis ojos..., en cada ¡ay!, que exhalan los labios trémulos de sollozos y de angustias... ¡Y porque te siento así, grabado a fuego en mi ser, es que tengo fuerzas para sacrificarme y amar a los que no me aman; para abrir mis brazos al desvalido, para partir mi pan con el que no lo tiene, y el techo del hogar con el que padece la orfandad y el desamparo; y la mitad de mi abrigo con el que sufre el frío de la desnudez y la indigencia! Tu amor, Maestro mío, da fuerzas para todo esto y mucho más..., da fuerzas para perdonar al que nos hiere en lo más íntimo de los humanos afectos; al que olvida, al que desprecia, al que traiciona.

Tu amor, Maestro, da fuerzas para seguirle con la mirada del alma en las infaustas correrías de sus pasos equivocados, para decirle con la más

honda ternura: "¡Cuando os canséis de olvidarme, volved..., que os estaré esperando!"... ¡Tu amor, Maestro mío, da fuerzas también para vivir muriendo calladas angustias, de silenciosos pesares, y da fuerzas para morir bendiciendo y amando a los que hacen de nuestra vida un martirio continuado y lento!...

Y pienso de nuevo y medito, Maestro mío, en la honda y serena soledad, mis confidencias íntimas contigo, que éste es el obrar de tus verdaderos amadores y amigos ¡Estos son los himnos y loores que Tú quieres ver palpables y vivos en las acciones, en los pensamientos, en las palabras, en toda la vida de los que quieren ser reconocidos por Ti como los herederos de tu Reino Inmortal!

Y para ellos, sólo para ellos, será tu palabra eterna:

"¡Venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; estuve desnudo y me cubristeis; estuve enfermo y abandonado y me curasteis dándome albergue en tu casa y en tu corazón!

¡Venid, benditos de mi Padre, porque habéis conquistado el Reino de la Paz y del Amor! ¡No cuidasteis de amontonar tesoros que la muerte arrebata y los ladrones roban; pero amontonasteis otros tesoros que no perecen y que nadie puede arrebatar de vuestras manos porque son la eternidad de Dios, donde se encierra no sólo la felicidad pequeña que forja vuestra mente humana, sino la felicidad perfecta y perdurable que aún no habéis vislumbrado ni en vuestros sueños más sublimes y excelsos!...

"¡Sois benditos, eternamente benditos, porque habéis soportado sobre vuestros hombros todo el peso de mi Cruz de oprobios y de vejaciones, de pobreza y desamparo, de injusticias y maldades; porque en verdad sois míos y no del mundo en que vivís, porque sois de Dios y no de los hombres; porque sois aves de paso en extranjera tierra; porque traéis mi luz y el mundo quiere las tinieblas!..."

¡Oh, Maestro mío!..., así resuena tu palabra en lo más hondo de mi propio corazón..., así veo tus ojos fijos en mí y llenos de infinita piedad..., mientras tus labios murmuran suavísimo rumor de pétalos: *"Yo te amo inmensamente más de lo que tú eres capaz de amar a tus semejantes, y viéndote abrazada a mi pesada cruz, abro mis brazos de Hijo de Dios en la infinita inmensidad para decirte: ¡ahora es el Cristo que te abraza por los siglos de los siglos!..."*

LA SOLEDAD DE CRISTO

¡Oh, Cristo-Hombre-Dios! ¡Ungido divino del Amor, de la Esperanza y de Fe!

¡A las diáfanas claridades de tu luz excelsa de Mesías Instructor de las almas que te escuchan y te siguen, lo he comprendido todo..., todo el profundo secreto cuyo velo final no se me había descorrido aún!... ¡Era tan espesa la bruma que me envolvía!... ¡Era tan oscuro el turbión que me azotaba con sus olas cenagosas y heladas!...

¡Oh, Divino Maestro de mi alma solitaria!... ¡Lo he comprendido todo, absolutamente todo! Como si la voz tuya venida desde lejanas, de inconmensurables distancias, me lo hubiese dicho..., en la mística honda, silenciosa, y cargada de penumbras de tu sagrado recinto:

"¡Padeces y sufres con intensidad de fiebre enloquecedora porque te apoyas en las criaturas antes de buscar a Dios!... Inconsciente del sublime apostolado del amor sin recompensas, buscas descanso, apoyo, consuelo y fuerza en las criaturas, inestables como las brisas juguetonas que se agitan por las praderas en flor, inestables como las espumas del mar que van y vienen a merced de las olas que las producen, inestables como las flores que se abren al amanecer y se agostan al ocaso.

"La palabra final que mis labios de mártir pronunciaron al sentir que la vida se escapaba de mi materia: ¡Todo fue consumado!, quiero grabarla en tu Intimo Yo, en esta hora la más solemne y acaso la más dolorosa de tu apostolado de amor.

"¡Desnudo en absoluto de los humanos afectos, en aquella hora trágica de mi última inmolación, mi alma sedienta de Infinito, no vio ya criatura alguna en su derredor!... Parecióme que todo, absolutamente, se había hundido en la obscura niebla de mis postreras angustias y que nada más me quedaba que ese insondable infinito hacia donde me sentía arrastrado por una fuerza irresistible.

"¡La hora grandiosa y suprema de la absoluta soledad del alma ante lo Infinito, es la culminación del apostolado del amor sin recompensas, elegido por las almas que buscan el Amor por el Amor mismo!..."

¡Oh, divino Ungido del Amor Eterno!... ¡Así ha sonado tu voz en lo más íntimo de mi Yo y he comprendido todo, absolutamente todo el secreto de tus vidas de Mesías, de tus vidas de Instructor, de tus vidas de Redentor de Humanidades! ¡Soledad excelsa de Cristo sumergido en el eterno infinito! ¡Soledad dolorosa de Cristo en medio de la inconsciencia de las criaturas! ¡Soledad tristísima de Cristo, despojado de todo afecto, de

todo consuelo humano, de toda compensación en la Tierra..., yo te abrazo para mí, como a la más dulce de las madres para todos los siglos que han de pasar, rodando como nubes de cristal ante mi espíritu asombrado y absorto por tu misma imponente grandeza!

Excelsa figura de Cristo divinizado por el Amor y solo, absolutamente solo, a la puerta de la Eternidad en que ibas a entrar cuando decías: *"¡Todo fue consumado!"*, déjame contemplarte una vez más y que la copie fielmente mi retina, que la absorba mi mente para siempre..., que la beba a sorbos mi recuerdo para que no busque jamás sobre la tierra las deleznables florecillas de los humanos consuelos, y que cual ave viajero no detenga por nada mi vuelo hasta posarme sobre la torre de marfil del templo augusto del Amor Eterno.

¡Oh, divino y excelso Amador! ¡Ahora sé el secreto de tu fuerza que destruía el dolor entre los hombres, que curaba a los moribundos y hacía salir de los ataúdes a los que se creían ya muertos!...

¡Era que Tú te habías desposado con la heroica soledad de los Ungidos del Amor y nada buscabas en las criaturas sino sólo en la grandeza infinita y todopoderosa de Dios!

¡Oh, Cristo, Ungido del Amor! Has descorrido para mí el velo final de tus secretos eternos, y de lo más profundo de mi Yo íntimo se levantan como un eco que ya jamás se extinguirá en mi ser, estas tus palabras inmortales:

"¡Todo fue consumado!"

Y en el humilde pebetero de las resignaciones completas, arrojaré, Señor, uno a uno los recuerdos de pasadas grandezas, de efímeras glorias, de dichas fugaces como meteoros que mueren apenas nacidos, para que mi mente vacía y sola ante lo Infinito, después de haber quemado esa dorada hojarasca, pueda decir también con la voz serena y firme de las más profundas verdades: *"¡Todo fue consumado!"*

¿QUÉ ES LA VIDA?...

¿Qué es la vida?... ¡Maestro Jesús..., mi Instructor Eterno! ¿A quién he de preguntárselo sino a Ti que por tu excelso grado de evolución todo lo comprendes y todo lo sabes? ¡Dímelo por piedad!

¿Qué es la vida? ¿De dónde vino? ¿Por qué y para qué vino? ¿Es beneficio la vida, o es una eterna desgracia la vida?

¡Maestro mío! ¡Veo tanto desastre en torno mío!... Tanto mal, tanta fealdad, tanta miseria, tan horribles cuadros de espantosas maneras de vida, que casi parecería una horrible blasfemia el pensar que sea ella una emanación de Dios, Perfección Suprema.

¡Maestro!... ¡Se hace un caos en mi mente! ¡Tiéndeme tu mano!... ¡Envíame un rayo de tu luz piadosa!... ¡Maestro mío!... ¡Todo lo espero de Ti!... ¡Y todo bien me vino por Ti!

"Alma que buscas y pides angustiosamente, y que haces de tu oración un ansioso y eterno interrogante.

"¿Qué es la vida y por qué vino y de dónde vino? Con pocas palabras te lo digo:

"La Vida es Dios y Dios es la Vida.

"Pero no confundas la Vida con las horribles deformaciones y degeneraciones que el libre albedrío de los seres inteligentes perversos, imprime a muchas manifestaciones de vida.

"Parte del principio de que el actual estado de las mentalidades terrestres, no alcanzan aún a asimilar la idea de ese algo que no tuvo principio. Podréis comprender que la Vida no termina jamás, pero no alcanzáis a comprender que haya existido siempre, desde toda la eternidad. Es como un aro de oro, que llamáis anillo, que de ninguna parte empieza y en ninguna parte acaba. Es como una esfera diáfana, sutil, transparente, alrededor de la cual podréis dar infinitas vueltas sin encontrar dónde comienza y dónde termina.

"Es como una espiral inmensa entre cuyas órbitas ilimitadas está encerrado todo el universo de millones de mundos y que emana sin interrupción ni descanso, átomos vivos, gérmenes de nuevos mundos, de nuevos seres, de nuevas vidas.

"En su incapacidad de comprensión, la humanidad terrestre representada en las Inteligencias que más ahondaron en esta radiante metafísica, se ha negado hasta hoy a aceptar que todas las inteligencias cuando llegan a la suprema perfección se sumergen en Ella, son absorbidas por Ella, se confunden con Ella en tal forma que pasan a ser la inmensa espiral de que te hablaba hace un instante, la misma esfera diáfana y sutil sin principio ni fin.

"La última evolución, la más superior y perfecta en que las inteligencias conservan la individualidad, es la que Antiguas Escuelas de Divina Sabiduría han llamado Fuegos Magnos. Más arriba de ellos..., ¡alma que interrogas y que pides, está la Ilimitada Espiral que lo absorbe todo!..., ¡la Esfera luminosa y sutil que no empieza ni acaba en ninguna parte!...

Leo en tu ansioso pensamiento esta pregunta:

"Maestro: Cuando Tú te sumerges en ese Gran Todo que es la Vida y el Amor, ¿adónde acudiremos por luz, consuelo y esperanza, las pequeñas almas que venimos siguiendo tus pasos desde hace innumerables siglos?".

"Ya sabía yo que tu corazón de carne haría esa pregunta. ¡No temas nada! Cálmate, que los Instructores de mundos no abandonamos al acaso

la heredad que a cada uno le ha confiado el Padre Universal, porque tenemos conciencia de nuestra responsabilidad sobre ella hasta ser llegada la hora en que esa humanidad, confiada a nuestra tutela, entre en una fase de desarrollo, de conocimiento y de evolución donde haya sido por completo eliminado el mal, o sea cuando el planeta, después de ciclos y edades incontables, haya terminado su período de mundo inferior para entrar en el concierto admirable y magnífico de los mundos superiores a los que yo he llamado siempre Reino de Dios.

"¿Acaso no sabes que todas las inteligencias andamos el mismo camino de imperfección hacia la perfección? Cuando tú hayas llegado a ser una luz perfecta, no pensarás en ser, según tu propio sentir, como un abrojillo del camino, prendido de mi túnica de peregrino eterno.

"¡Aquiétate, espera y confía! No se asciende de un salto a las cumbres serenas de luz y de conocimiento.

"Tu mensaje, ya lo sabes desde mucho tiempo, es de paz, de amor, de unificación de las almas que han llegado a la capacidad de comprender mi enseñanza, sintetizada en estas palabras: "¡Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos comprenderán a Dios!". "¡Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos recibirán misericordia!". "¡Bienaventurados los que tienen hambre y sed de Amor y de Justicia, porque ellos serán hartos!"

"Pido al Padre, dueño de toda paz, consuelo y esperanza, que sea aliento y vida de mi bendición sobre ti".

LOS MUNDOS DE LUZ

"¡Alma que me llamas y me buscas!... Hora es ya de que vueles más alto y te liberes por fin del calvario de tu propio corazón.

"¡Hora es ya de que las ligaduras humanas tuyas no sean para ti cadenas de hierro que te aprisionen, impidiendo tu vuelo en busca de esa luz inmortal y eterna que presientes!...

"¡Hora es ya de que en el lago quieto y sereno de tu espíritu no se levanten marejadas, así vayan o vengan, se enciendan o se apaguen, vivan o mueran las afecciones profundas que un día llenaron de rosados pétalos la copa de tu corazón!

¡La comprensión del Eterno Invisible, hacia la cual caminas, y después de la comprensión el amor, será la hoguera donde tú misma debes arrojar valientemente todo cuanto turba la serena quietud que necesita tu espíritu, en esta hora en que por libre voluntad tuya te has convertido en arpa de los invisibles trovadores del Amor Eterno!

"Entra en tu interior; déjate llevar por las suaves y dulces corrientes que como arroyuelos de luz te irán marcando el camino hacia el portal grandioso del templo de la Verdad.

"El Amor que oculto vive en ti misma será quien llame a esa puerta.

"Confía y espera, que yo voy cerca de ti hasta que beba tu alma el agua pura de la Divina Sabiduría para todos aquellos que, abrasados de sed, recorren fatigosamente los caminos polvorientos y resecos de la vida".

Tu Maestro

(Comienza el desdoblamiento del alma, o éxtasis).

¡Que la Eterna Luz se haga para vosotros y para mí, pequeños seres de esta Tierra, luciérnagas diminutas en las anchurosas profundidades del Infinito!

* * *

¡Gran Dios!

¡Causa Eterna y única de todo lo creado!

¿Cómo podré yo describir con frases humanas, pobres y mezquinas, tu excelso Reino de Luz, de Paz..., de Gloria y de Amor?

¡Para cantar a Dios, sólo Dios puede
Dar al labio divinos acentos
Como da resonancia a las olas
Y música a los vientos!...

Seas Tú..., ¡oh, Amor Eterno!, quien te cantes a Ti mismo...

Seas Tú..., ¡oh, Mente Universal!, quien te comprendas a Ti misma.

Seas Tú..., ¡oh, Alma Infinita de la Creación!, quien hagas vibrar esta insignificante chispa de Ti misma, y que cada vibración sea una llama de luz sobre esta humanidad que duerme...

El Reino de Dios, última Morada de las Inteligencias Perfectas antes de refundirse en la Eterna Luz, está formado por un universo de soles, cuyos elementos constituyentes son de tal modo sutiles y diáfanos, que no admiten comparación con la materia, ni con la atmósfera, ni con el éter de que están constituidos los globos similares a nuestra Tierra.

La carrera que a través del Infinito realizaron esos mundos radiantes, entiendo que es idéntica a la que realiza todo cuanto vive en el Universo, de tal modo que los que hoy son esferas de escasa evolución, en un lejano porvenir de millares de siglos, alcanzarán la cúspide de su desarrollo y formarán un día parte de esa indescriptible magnificencia que nuestro

Maestro Jesús llamó *Reino de Dios,* y que son las Moradas de los Espíritus de Luz, Maestros y Conductores de Humanidades, Mensajeros fieles de la Verdad Eterna, lámparas de Dios sobre las tinieblas de los mundos inferiores que comienzan el camino de su evolución; infatigables Misioneros del progreso, de la Sabiduría y del Amor.

Progreso, Sabiduría y Amor... ¡He ahí compendiada en tres palabras toda la vida de esas luminosas y claras inteligencias, cuyos esfuerzos y sacrificios de siglos les elevaron hasta la cumbre serena y gloriosa del perfecto conocimiento y del más puro Amor!

Sus pensamientos traspasan con más velocidad que el rayo de luz los abismos del espacio infinito, en forma que la inmensa distancia que separa los mundos habitados por ellos no les dificulta el comprenderse los unos a los otros.

¿Cómo comprender, Dios mío, con mi débil mente de criatura terrestre, esa intensidad de luz, ni esa vertiginosa rapidez de vibraciones, de sonidos, de ondas, de corrientes de pensamientos; si cada uno de ellos es una ley y todos en conjunto tienen la capacidad de formar nuevas nebulosas, esparcir como polvo dorado las constelaciones y nuevos universos de estrellas, y mil y mil manifestaciones de vida, de movimiento y de múltiples energías?

¡Qué divina serenidad!...

¡Qué serena quietud en medio de tan maravillosa actividad!

¡Qué formidable potencia la de sus pensamientos, que cruzan los espacios infinitos en cumplimiento de eternas alianzas, para remover con esos pensamientos las humanidades estacionadas en los mundos de purificación y de dolor!

Un rayo de luz, diáfano y puro, parece llegarme de las alturas del Reino de Dios y me hace comprender cómo es que se efectúa esa comunicación tan rápida y espontánea de un Instructor o Mesías con otros, a pesar de las largas distancias que separan los soles habitados por ellos.

El aura y la vibración mental de cada una de aquellas purísimas Inteligencias son de tal magnitud y dotadas de tal poder de irradiarse, de dilatarse, que pueden alcanzar a mayor distancia de la que separa un sol de los otros soles que forman el vasto conjunto de mundos de luz denominados "Reino de Dios" o Moradas de los Mesías.

Y siendo así que las auras de ellos se tocan y se confunden, es claro y lógico que puedan expresarse sus pensamientos con igual o mayor facilidad con que nos hablamos y nos comprendemos entre personas que ocupamos una misma habitación.

Y es así como en una alianza permanente cooperan con la Eterna Energía en la creación, conservación y renovación de los mundos, los seres y las cosas.

¡Ellos piensan y todos ellos perciben ese pensamiento como si fuera una voz, un sonido, un canto inconmensurable!...

Y como todos Ellos están en la Verdad y en la plenitud del Conocimiento, todos piensan y comprenden exactamente igual a la Verdad Suprema, Única, Invariable y Eterna.

Ellos aman, y las grandiosas vibraciones de ese amor son sentidas en todos los mundos grandes o pequeños donde habitan humanidades capaces de sentir aunque débilmente, las vibraciones de ese amor.

De este modo es que nos llegan a veces a los habitantes de esta Tierra, como tenues reflejos del Amor Divino que tan hondamente nos conmueven, haciéndonos sentir una felicidad desconocida, en los breves momentos en que nos hacemos superiores a las bajezas materiales, y dejamos al espíritu tender su vuelo en busca de la Verdad, Sabiduría y Amor.

Según esto, fácil nos será comprender que el amor desinteresado y puro hacia alguna de aquellas inteligencias purificadas que más unida está a nosotros, por alianzas espirituales y afectivas, signifique una fuerza potentísima que nos ayude e impulse a elevarnos nosotros mismos por parecidos e idénticos esfuerzos que la elevaron a ella hasta su gloriosa y bienaventurada posición.

Y partiendo del principio de que el amor desinteresado y puro impulsa al amante a identificarse con el amado, resultará lógicamente que este amor acabará por aniquilar nuestras pasiones, y desmenuzar como polvo al viento la densa bruma de nuestras imperfecciones.

¿No es, acaso, así, como nos acercaremos más y más al excelso espíritu amado? ¿No es así como le atraeremos a nosotros con irresistible atracción?

En tan puras y excelsas Inteligencias ha llegado a su plenitud la manifestación de la Divinidad, que en los demás seres parece dormir oculta por falta de evolución, y así, la amorosa unión de nuestras almas con uno de esos espíritus de luz, acelera en nosotros la liberación de todo cuanto entorpece y retarda nuestra marcha ascendente hacia la Eterna Luz.

En el Reino de Dios o Moradas de las Inteligencias perfectas es donde tienen su plena realización las leyes de la solidaridad, que es armonía y amor universal.

Siendo así, de nuestra mayor o menor identificación y unión con tan sublimes y puras Inteligencias depende nuestro mayor o menor acercamiento y compenetración con la Divina Sabiduría, con la Suprema Inteligencia, con el Eterno Amor.

¿Acaso podemos quedar entre tinieblas acercándonos con decidida voluntad a una potente lámpara encendida?

¿Acaso podemos continuar con nuestra alma cubierta de llagas infecciosas, si con verdadero deseo de curarnos nos ponemos en la vertiente

por donde corren las aguas divinas emanadas de aquellos seres superiores, acueductos por donde el Eterno Invisible derrama su amor, su luz, su piedad infinita sobre todas las humanidades?

¿Acaso podemos permanecer ajenos a la Armonía Divina, si de verdad abrimos nuestra alma a los dulces gorjeos de esos ruiseñores del Amor Eterno?

Algo así como el deslumbramiento de las Auroras Boreales en las regiones polares, me hace entrever la obra grandiosa de amor, de iluminación, de progreso, realizada por una sola de esas radiantes Inteligencias que pueblan aquel Reino de Dios, no comprendido ni soñado siquiera por la mayoría de los hombres, y apenas éstos prestan decididos el concurso de su voluntad.

Diríase que "por el resquicio entreabierto, por un velo levantado", según la poética frase de nuestro hermano Virgilio, alguna ley que nos es desconocida nos permite contemplar la esplendorosa reverberación de nuestro Mesías Jesús sobre toda la humanidad terrestre, si bien sólo una parte de ella recibe y absorbe, diré así, los rayos luminosos de esa divina explosión de claridad. Y esa luz es permanente sobre nuestra Tierra, a la que envuelve en un suave manto de piedad y de amor.

Pero esa luz es más grande que la Tierra, y se extiende también sobre Marte y sus satélites, sobre Eros, sobre Hebes, sobre Iris y llega hasta confundirse con iguales claridades que, emanando de otras Inteligencias Superiores, van a derramarse en igual forma sobre Venus, la de rosados resplandores, sobre Vegha, de inmaculada blancura, sobre Alfa y Arturo, dorados como flores de fuego en la profunda inmensidad.

¡Y tu vibración, oh, Maestro Jesús!..., o tu luz, o tu Inteligencia derramando chispazos en la mía, parece decirme que tu amor ilumina las humanidades de esos mundos, y que se confunde en su explosión de claridad con el amor de muchas otras Inteligencias claras y puras como la tuya, que, a su vez, se derraman sobre otras y otras humanidades.

Y voy viendo más y más océanos de luz derramándose sobre mundos poblados de seres que sufren o ríen, lloran o gozan, arrastran cadenas o suben los tronos. Y llego hasta *setenta* inmensas llamaradas que desde inconmensurables distancias van a envolver los mundos donde habitan humanidades que les aman, desconocen o les odian, lo mismo que nuestra Tierra lo hace contigo, oh, Maestro Jesús..., divino iluminador de nuestras almas, que sin tu claridad y sin tu amor aún no hubiéramos acertado a encontrar este pequeñito y estrecho sendero por donde vamos buscando la verdad y la dicha.

Observo que el Reino de Dios o Moradas de Luz de los Mesías, son astros cuya evolución corre pareja con la de los purísimos seres que los habitan, y que todas las moradas astrales refulgen en la inmensidad con dos especies de claridades: la una, casi material y tangible, producida por

leyes físicas, como la llama del fuego, como la luz de un foco eléctrico; la otra, sutil, inmaterial e intangible, luz que no quema y cuyo resplandor puede compararse a los efectos de luz del arco iris, a las radiantes auroras de los trópicos y del polo.

La primera está explicada por las ciencias físicas y los conocimientos astronómicos. La segunda sólo se explica por el conocimiento espiritual que nos hace comprender que esa otra claridad más sutil emana de los Espíritus de Luz o Mesías, que irradian más que soles sobre los mundos cuya evolución dirigen.

Esta última especie de claridad forma como un aura en torno de cada mundo; aura que se ensancha e ilumina con más vivos fulgores según la intensidad que le imprime a su amoroso pensamiento la elevada Inteligencia que lo emite, y según también la reciprocidad de iguales pensamientos de amor emitidos por las humanidades hacia sus respectivos Guías o Instructores.

Quien más piensa en ellos y más les ama, más atrae las potentes energías de aquellas mentes serenas y lúcidas y, por tanto, más se acerca a la Divina Sabiduría y a la Eterna Verdad; y quien llega a la comprensión y al conocimiento ha allanado grandemente el camino para alcanzar la perfección.

Paréceme comprender que es en esa forma como se cumple la eterna ley de solidaridad y ayuda mutua entre las Inteligencias de gran evolución y los más nuevos e imperfectos.

Quien me ilumina en este instante me hace ver un joven, animoso viajero que emprende una larga jornada a través de las selvas inexploradas. Cuando el día de su propia mentalidad le alumbra y el fuego de su entusiasmo le calienta, por sí solo camina y salva los tropiezos y las dificultades; pero cuando las noches de los propios errores derraman sobre él las tinieblas del desaliento, entonces el viajero gime, llora, se queja, pide auxilio a la Eterna Fuerza que le llamó a la vida, a la Eterna Luz en seguimiento de la cual corre..., al Eterno Amor del cual surgió como chispa y hacia el cual ha de volver convertido en llama viva... Y es en esos momentos crueles y duros del penoso viaje, cuando la Suprema Inteligencia nos hace sentir sus efluvios salvadores por medio de las puras Inteligencias que, como inmensas llamaradas de luz inmarcesible, esclarecen los sombríos caminos de la Eterna peregrinación.

Esa queja, ese grito, ese clamor del viajero entre la oscuridad de la selva es a lo que llamamos *oración*, y es en ese sentido que debemos considerarla razonable, justa y eficaz.

Algo más creo comprender en este vasto e interminable campo, es esta inmensa selva de energías vivas, de fuerzas flotantes, de mundos que giran con rapidez vertiginosa en ese algo inconmensurable y sin fin que llamamos Infinito.

Ese algo que parece llegarme de muy lejos, es casi todos los nombres de dioses de la antigua Mitología de todos los países, y que corresponde a los nombres con que la Astronomía ha designado los soles y las estrellas, las constelaciones y las nebulosas, que ha podido descubrir desde su punto de observación: la Tierra; y esos nombres corresponden, a su vez, a los Mesías que dirigen, guían y protegen esos mundos.

¿Cómo se explica que esos nombres llegaran a los habitantes de la Tierra? Del mismo modo que llegan hoy: por la inspiración, por la intuición, por la clarividencia de los augures, pitonisas, sibilas y profetas, que los hubo en todas las más antiguas civilizaciones, bajo todos los climas y en todas las religiones, durante los millones de años que han transcurrido desde que el reino consciente se albergó en este planeta.

Cuando hace catorce mil años nuestro Mesías se acercó a la Tierra a tomar nuestra misma naturaleza material, en la que entonces era nuestra Estrella Polar llamada *Vegha,* se encontraba encarnado también otro Mesías con el nombre de Vegha, de gran afinidad y amor con el Mesías terrestre, por haber realizado juntos su evolución en otras moradas que aún hoy subsisten formando parte del gran conjunto de mundos que hemos llamado Reino de Dios. Ese Mesías era la dulce y purísima Odina, compañera de Anfión, el Rey Santo de Atlántida, que había llevado por entonces el mensaje de la Luz Eterna hacia aquella morada de mayor evolución que la Tierra.

Lo que creo haber comprendido en este caso lo refiero también, según mi entender, a casi todos los mundos que forman el universo de soles y estrellas visibles desde la Tierra. Los mundos que forman el universo al cual pertenece nuestro sistema: Júpiter y sus lunas, Urano, Neptuno, Saturno con sus anillos y sus satélites, Mercurio, Venus, Marte, Alfa, Sirio, Arturo, Andrómeda, Orión, Pléyades y otros, son nombres de Mesías encarnados como el nuestro en esas moradas y que al comunicarse con su compañero, el Mesías de la Tierra, daban su nombre de la existencia carnal; y de ahí a veces el origen de los nombres dados a los mundos que vemos rodar por el espacio o éter que rodea nuestro mundo Tierra.

Comprendo, asimismo, que en el esplendoroso Reino de Dios hay muchos grados de evolución, según la ancianidad de los espíritus y según sea la heroicidad y grandeza del amor que ellos han dado a las humanidades que dirigen.

En un detalle anterior hablé del universo al cual pertenece nuestro sistema solar, con lo que he querido expresar que en la vasta inmensidad donde ruedan los mundos hay agrupaciones de ellos compuestas por miles y miles de esferas, que corresponden a un grupo de Inteligencias que impulsan su evolución, en conjunto, por alianzas formadas por ellos en el largo correr de los siglos, mientras realizaban su propia evolución. Esta

es la explicación de aquella divina visión de nuestro hermano Virgilio, en la que nos describe tan maravillosamente el Consejo de setenta Mesías o Instructores.

¡Cuál será la grandeza del vasto universo, si consideramos que son incontables esas agrupaciones de millares de mundos, y que cada agrupación está dirigida e iluminada por un conjunto de Espíritus de Luz!

Mas, llega una hora..., ¡qué hora! No sé si nosotros, pequeñas luciérnagas en este mundo nuevo, podremos comprender tanta grandeza. Llega una hora, en que esas humanidades pasan de la infancia a la juventud y después al pleno desarrollo en la mayoría de sus individuos, y que dichas moradas han llegado también a la plenitud de su desarrollo. Entonces la Eterna Ley aparta a los retardados hacia otro mundo inferior, y las moradas ya evolucionadas en todos sus elementos constitutivos pasan a formar parte del Reino de Dios en sus gradaciones más inferiores, primero, y más superiores, después, hasta llegar a la Corona Suprema, según la expresión cabalista, a la Tríada Divina de la antigua mística oriental, a la incomprensible Trinidad de la Teología occidental, donde las elevadas y purísimas Inteligencias parecen refundirse por la comprensión y por el amor en una sola Esencia, en una sola Energía, en una sola Inteligencia, en una sola Vibración, en una sola Luz, en un solo Eterno e inconmensurable Amor.

Porque los seres todos del Universo, según entiendo, a medida que progresamos espiritualmente nos acercamos unos a otros en el pensar, en el sentir, en el conocimiento y en el amor. Hasta que, llegados a la plena posesión de la Verdad, de la Luz y del Amor, nos confundimos unos con otros mientras avanzamos en la eterna ascensión. Divina y esplendorosa fusión que sólo puede hacerse comprensible con la figura siguiente:

¡Si cada alma purificada es una luz, y todas las almas caminamos hacia un punto fijo, cuando todas lleguemos a ese punto, todas las luces no forman más que una sola luz, una sola claridad, un solo eterno y divino resplandor!

Bendigamos a la Divina Sabiduría, que nos permite vislumbrar la grandeza del Reino de Dios por un resquicio del mundo espiritual, y hagamos por merecer cada día más, con nuestra abnegación y desprendimiento, y con una íntima unión con nuestro Maestro Jesús, que los cielos infinitos se abran a momentos para que beba nuestro pobre ser la luz divina de la Verdad Eterna.

* * *

Vuelve mi alma con dolor a las frías arenas de la Tierra, y mi primer pensamiento, Señor, es de agradecimiento y de amor para Ti, que me has permitido vislumbrar las claridades radiantes de las moradas de la Luz perdurable...

¿Qué goce de la Tierra podrá desear el alma que vislumbró por un instante la dicha suprema que se siente al contacto con las Inteligencias purificadas, que son lámparas eternas de luz, de amor, de armonía infinita?

¡Oh, Maestro mío!..., ¿cuándo será que pueda mi pobre alma escalar esas cumbres, poseer esas claridades, irradiar esas armonías que forman las puras delicias en que viven eternamente felices los que triunfaron en todas las miserias de los mundos de expiación y de dolor? Y aunque mi alma clama por esa claridad y esas armonías, me abrazo resignada a la cruz de mi propia debilidad y pequeñez, porque sé, de cierto, que aún así me amparas y me amas.

¡Y el amor tuyo, divino Maestro mío, me da fuerza y valor para continuar esperando indefinidamente el día glorioso de las nupcias eternas de mi alma con la tuya!...

COMO LAS CALAS DE TU SANTUARIO...

Meditación

¡Maestro Jesús!...

Como esas blancas calas silenciosas que se balancean suavemente a los pies de tu imagen sin pedirte nada, sin quejarse, felices con solo estar cerca de Ti, ofreciéndote su perfume..., ¡quisiera yo ser!...

Como esas calas que en la penumbra violeta de tu recinto semejan las de mariposas blancas que revolotearan junto a Ti, ansiosas de emprender el vuelo..., ¡quisiera yo ser!...

Como esas blancas calas que nada piden, que nada esperan y que hasta convertirse en seca hojarasca hecha polvo, permanecen quietas y silenciosas, allí, ofreciendo, dando, exhalando cuanto de bello guardan en el cóncavo de sus alas de terciopelo..., ¡así quisiera yo ser, Maestro Jesús, para Ti, en la gris y helada penumbra de esta vida mía!...

Pero cuando así medito al pié de tu imagen que tan alto me habla de internas visiones, paréceme oír tu Voz, que de lejos como el eco de una cadencia traída hacia mí por las suaves ondas del éter, me dice:

"No anheles tornar a lo que hace muchos miles de siglos ha pasado para ti, porque eso sería como la incomprensible locura del viajero que estando cercano al término de su viaje quisiera volver de nuevo al punto de partida.

¡Piensa, medita y recuerda!...

A los pies de un muro muy blanco de grandes ventanales oblongos, a la vera de un río de espumantes olas, en la rosada esfera de los cielos, que llamáis Venus, se levantaba un bosquecillo de calas, hace muchos miles de

siglos, que como estas que excitan tu deseo, se balanceaban suavemente mientras las contemplaban con delirio unos ojos luminosos como el cielo dorado del atardecer, desde los oblongos ventanales del castillo solitario...

¿No ves cómo la lamparita del recuerdo emite vibraciones de luz sobre aquel remoto pasado?...

¡Y a su tenue resplandor verás que alguna de aquellas calas extenderá nerviosa su esbelto talle, para asomar por entre medio de sus hermanas el ala blanca de su pétalo, buscando que aquellos ojos se detengan no mas un instante en ella, para que tras de la mirada surja el deseo, y luego unas manos pequeñas y suaves se acerquen acariciantes a desprenderlas del tallo y llevarla sobre el pecho a la tibieza sin ruidos y sin fatiga de un recinto de oración!...

¡Tu vida de hoy no puede ser la quieta y apacible vida de las calas porque hace muchos siglos que sonó para ti la hora en que solo con inauditos esfuerzos te irás acercando paso a paso en la conquista del reino de Dios!

Y hoy son otras muy diferentes las imágenes con que únicamente puedes parangonar tu vida: el viajero que escala serranías abruptas y solitarias, donde aúllan las fieras y azota con furia el vendaval; ¡el labrador que abre profundos surcos en la tierra para depositar simiente que no siempre germina porque los pájaros la devoran o la pisotean los viandantes y las bestias!...; ¡el picapedrero que arranca trozos de montaña que con sudor y fatiga pulimenta y labra..., acaso para que vaya a formar parte del pedestal de gloria de algún déspota creador de miseria, de angustia y de muerte en medio de los hombres!...; ¡el rudo leñador que derriba a golpes de hacha los árboles gigantescos para el provecho de todos, menos para sí mismo y ¡quien sabe!, para que la arbitrariedad de un potentado levante patíbulos y cadalsos!...; ¡el navegante que emprendió la travesía de un mar desconocido, llevando su barco lleno de viajeros, que cansados un día de la tenaz y persistente borrasca se van quedando uno a uno en los puertos alegres y bulliciosos, dejando al navegante solo en su cáscara de nuez sacudida por las olas..., con las velas rotas, sin pan y sin agua!..., ¡con grietas que se van ensanchando hora por hora en el maderamen que cruje como un ser vivo que se quejara en medio de la tortura!...

Te espantan ¡pobre alma!..., ¡te espantan tales figuras, y temerosa y angustiada tornas tu vista a las calas y envidias la serenidad de su vida, quieta y sin fatigas!

¡Las calas no pueden amar como tú!...

¡Las calas no pueden conquistar almas como tú!...

¡Las calas no pueden sentir la grandeza de Dios como tú!...

¡Las calas no pueden ser humilladas, difamadas, perseguidas ni despreciadas como tú, al conquistar el derecho a los martirios inmensos que

acrisolaron siempre a todas las almas afiliadas a las grandes misiones redentoras de humanidades!...”

Y tu Voz de cadencia lejana calla ¡oh, Maestro Jesús, guía luminoso y sereno de mis pasos inciertos!...

¡Y yo inclino mi frente pálida y fatigada, en la penumbra violeta de tu recinto donde las blancas calas silenciosas continúan balanceándose a los pies de la imagen tuya que tan hondo me habla de contemplación interior!

Mi alma fortalecida por el eco lejano de tu Voz, resignada a lo que debe ser, dócil a tu Voz augusta de Maestro, vibración de la Verdad eterna y reflejo del Eterno Amor, exclama con la voz de su sentir profundo que solo Tú escuchas, la sientes..., la recibes y la guardas:

¡Cúmplase en mí la Voluntad Divina por los siglos de los siglos!...

LA SOLIDARIDAD UNIVERSAL

Es la más grandiosa Ley, la más hermosa y sublime, la que resume a todas porque encierra en sí, la suprema realización de la Eterna Idea que es Dios.

La vemos manifestada en todo cuanto existe y vive en el vasto universo.

Hay solidaridad perfecta entre los mundos siderales, armónicamente distribuidos en sistemas planetarios, en los cuales desde el más grande planeta hasta el más minúsculo asteroide obedecen a esta suprema Ley, girando unidos alrededor de su sol central.

Ninguno corre locamente por el vacío rompiendo órbitas y rutas, marcadas desde incontables edades, o sea desde que surgieron de la nebulosa madre y se constituyeron en Sistema.

Y lo que observamos en el inmenso panorama sideral aparece como copiado en las distintas fases y aspectos de la vida orgánica o inorgánica en nuestro pequeño planeta Tierra.

Y por buena lógica, podemos y aun debemos creer que en el inmenso Reino de las Almas existe esta misma ineludible y hermosa solidaridad.

Las grandes Inteligencias iluminando, protegiendo, alentando a las pequeñas; y estas alimentándose, si se me permite la frase, de la luz meridiana que irradian esos grandes soles del Reino Espiritual.

Como los globos siderales de un mismo sistema viviendo de la luz, la energía y el calor de su sol central.

Y cada Sistema recibiendo la fuerza y la vida en armonioso conjunto con otros y otros Sistemas planetarios que forman un universo que gira también en fantástica danza y en órbitas que no pueden medirse, alrededor de otro centro que aun desconocemos los moradores de esta pequeña Tierra.

Y de aquí surge la conclusión de que nuestra evolución y progreso será más lenta o más rápida según la mayor o menor unificación que alcance nuestro espíritu con nuestro Sol central, que en el Reino de las Almas que formamos la humanidad terrestre, no es otro que el Instructor y Guía al cual le fuera encomendado desde largas edades.

Y surge así la figura excelsa del Cristo, del Verbo, del Pensamiento Divino hecho hombre, del amor Eterno hecho corazón humano que late, sufre y ama al unísono del nuestro.

Unirnos por amor a esta Divina Inteligencia, secundar su obra civilizadora y única, basada toda ella en el Amor Universal, es el gran camino, el único sendero de luz que puede conducirnos a la dicha suprema, a la vida perfecta en la infinita perfección de Dios, causa, origen y fin de todo cuanto vive en el vasto universo.

Es de ésta manera que debemos entender la necesidad que todas las almas tenemos del Cristo Divino, el más vivo y puro reflejo de la Eterna Luz; el más puro y claro resplandor del Amor Creador, soberano, indestructible.

Todo es armonía de conjunto y solidaridad inquebrantable en el Universo. Sólo el pequeño y débil ser humano se empeña y lucha hasta morir por crearse barreras entre razas, pueblos y naciones; entre ideologías religiosas o políticas.

Y hasta dentro de las fronteras de un mismo país, dividirse en castas o familias privilegiadas, y castas oprimidas hasta crear entre ellas abismos aún mayores que los que dividen a los humanos de los animales.

Se puede amar, acariciar, convivir con un perrillo faldero, pero se aparta con asco y horror a un ser humano de casta o raza llamada intocable, inferior, inmunda, como ocurre en varios países de la Tierra.

Nuestro pequeño mundo sólo llegará a la plenitud de su evolución y de su felicidad cuando sea una hermosa realidad en él, el pensamiento divino del ***Cristo:***

"Amaos los unos a los otros porque todos sois hijos del mismo Padre que está en los Cielos".

"El Amor todo lo vence. El Amor salva todos los abismos", tenían como lemas los Kobdas de Abel, que fueron nuestros predecesores en el eterno camino de la Evolución.

¡ME OLVIDASTE, SEÑOR!...

¡Me olvidaste, Señor!... Así me clama vuestro corazón en el ansia suprema de las grandes desesperaciones, y yo os digo que ese clamor de vuestro espíritu se asemeja mucho a aquel otro grito escapado de mi corazón como una alondra herida en la noche de Gethsemaní y en la tragedia del Calvario: "¡Padre mío! ¿Por qué me abandonaste?".

La maldad y el egoísmo humano que a intervalos dados adquiere la magnitud de espantoso cataclismo, enrarece de tal modo la atmósfera astral de esta Tierra que dificulta en gran medida toda manifestación espiritual de Inteligencias superiores, para cuyo acercamiento bien lo sabéis, la Eterna Ley es muy exigente.

¡Me olvidaste, Señor!..., me decís con una angustia indescriptible que puede muy bien ser comparada con el intenso dolor que ensombrecía mi espíritu cuando en el huerto de Gethsemaní sumido en tinieblas soltaba a los vientos de la noche aquel angustioso clamor: ¡Padre mío! ¿Por qué me abandonaste?

Mi espantosa soledad de aquella hora cuando hasta los discípulos más íntimos cedieron a la debilidad del sueño, mientras que la humanidad que me rodeaba rugía de furor en torno mío, como manadas de fieras hambrientas en pos de un cordero indefenso, era más que suficiente para que ese grito se escapara incontenible del alma que la pronunció.

Y yo os he dicho ya muchas veces y os lo repito en este instante, que esta hora vuestra se asemeja con aquella aunque otros sean los móviles y circunstancias que obran sobre las turbas inconscientes y perturbadas.

¿Qué mayor inconsciencia y perturbación que la demostrada en esta Navidad? Día de paz y de amor, de ósculo santo de las almas en una sublime comunión de ideales, en la majestad de un concierto en que vibran todas las arpas a tono con mi corazón: *"¡Paz a los hombres de buena voluntad!"*

¿Saben acaso esas turbas enloquecidas por el vértigo de la orgía, entregadas a groseros goces materiales, saben lo qué es la Navidad, ni su significado ni su grandeza? ¿Saben acaso lo qué es bajar un Mesías de los cielos más puros y radiantes a identificarse con la vida material en un plano físico inferior como la Tierra?

Si lo vislumbraran siquiera en medio de sus tinieblas espirituales, de otro modo muy diferente conmemorarían la Navidad del Cristo.

Entregados a meditar profundamente lo que son y lo que debiera ser en un día como éste, se pondrían más a tono con la vibración sublime del canto de Navidad: *¡Paz a los hombres de buena voluntad!*

¡Me olvidaste, Señor!..., me habéis dicho en momentos de suprema desesperación, como yo en igualdad de condiciones dijera al Padre Celestial: ¿Por qué me abandonaste?...

Ni vosotros ni yo teníamos en cuenta la maldad de los hombres cuyos pensamientos y obras destilando el odio, la venganza y el repudio absoluto de la idea de la fraternidad y de amor entre todos los pueblos razas y naciones, forman barreras de hierro que hacen casi imposible el acercamiento espiritual de seres que no son mas que una eterna vibración de amor, de pureza, de divinidad.

¡Me olvidaste, Señor!..., habéis gritado en el ansia suprema de vuestra desesperación..., con la fe vacilante, con la esperanza muerta...

¡Era necesario romper todas las barreras, vadear todos los abismos y llegar a vosotros como un rayo de luz rompiendo las tinieblas, como un lazo de seda y flores uniendo los pensamientos y los espíritus en el divino consorcio de este momento, en que un prodigio del amor me da a vosotros en la comunión augusta de las almas que se buscan porque se aman!

He aquí que he venido y estoy en medio de vosotros, mis sacrificados, mis mártires de esta hora, sumergidos en las sombras de un triste Gethsemaní, en las trágicas tinieblas de un Gólgota pavoroso, donde os acosan las tentaciones con ferocidad de fieras hambrientas como me acosaron a mi en la hora de mi holocausto.

No volváis la vista atrás para contemplar la orgía de placeres de las turbas inconscientes porque os llevarán a hacer comparaciones que hacen daño como heridas que se abren incesantemente... Ellos gozan y yo padezco; ellos son dichosos y yo tiemblo de incertidumbre; ellos ríen y yo bebo lágrimas sin cesar; ellos se revisten de grandeza, de esplendor, de honor y de gloria, y yo luchando con la tormenta me debato entre la miseria, el oprobio y la angustia en todas sus formas...

¡Oh, mis amados, mis amados discípulos de esta hora terrible de la evolución humana!

¡He ahí la tentación que hace vacilar vuestra fe y tiende a matar vuestra esperanza! No de otra manera obró en mí la llamada tentación del desierto en la hora de mi sacrificio.

"¿Por qué he de renunciar yo a las flores hermosas del amor humano, a las ensoñaciones tiernísimas de una familia, de un hogar, de todos esos santos afectos que son como una aureola sobre toda frente que piensa, sobre todo corazón que siente y que ama?"

Tal decía yo en la hora de mi tentación en el desierto y tal decís vosotros comparando vuestra vida ensombrecida por el dolor y el sacrificio, con las vidas de placer, de abundancia, de riqueza de los poderosos de la tierra.

Comparad en cambio vuestras vidas con las de mis seguidores más íntimos y amados de todos los tiempos, llamadles a desfilar en vuestro

recuerdo y comprobaréis a todas luces, que en los planos inferiores como esta tierra, no son mis amigos los que se coronan de rosas ni los que visten púrpura y oro.

Pensad que aunque todo se hundiera en torno vuestro y fuerais traicionados en la amistad, en el amor, en cuantos sueños bellos y grandes forjó vuestro anhelo de mejoramiento y de perfección, Yo estaré siempre en el cielo azul de vuestra fe, de vuestra esperanza y de vuestro amor.

Pensad que el Cristo, vuestro Maestro, irradia siempre su luz por encima de todas las borrascas y tempestades, como la divina estrella polar que alumbra ahora y para siempre vuestra senda de sacrificio voluntario, por el grande ideal de amor fraterno entre todos los hombres de esta Tierra.

Que vuestras almas sean fortalecidas por mi palabra que es vibración de paz, de amor y de esperanza en esta hora de tragedia humana y de justicia divina, para que podáis cantar a tono con los ángeles de Dios: *¡Paz a los hombres de buena voluntad!*

Imitación de Cristo

Paráfrasis

A KEMPIS

Sicut nubes, quasi naves, velut umbra.

¡Ha muchos años que busco el yermo, / Ha muchos años que vivo triste,
Ha muchos años que estoy enfermo / Y es por el libro que tú escribiste!

¡Oh, Kempis!, ¡antes de leerte, / Amaba la luz, las vegas, el mar, el océano!
¡Mas tú dijiste que todo acaba, / Que todo muere, que todo es vano!...

Antes, llevado de mis antojos, / Besé los labios que al beso invitan,
Las rubias trenzas, los grandes ojos, / ¡Sin acordarme que se marchitan!

Mas, como afirman doctores graves, / Que tú, Maestro, citas y nombras,
Que el hombre pasa como las naves, / Como las nubes, como la sombra,

Huyo de todo terreno lazo, / Ningún cariño mi mente alegra
Y con tu libro debajo el brazo / ¡Voy recorriendo la noche negra!...

¡Oh, Kempis, Kempis!..., asceta yermo, / ¡Pálido asceta qué mal me hiciste!...
Ha muchos años que estoy enfermo / ¡Y es por el libro que tú escribiste!

Amado Nervo

IN MEMORIAM...

¡Madre que viste en tu lecho
Surgir del alma este canto
Y hoy le ves desde tu cielo
Brotar regado con llanto!...

¿A quién sería ofrendado
Sino a tu amada memoria?...
Libro espejo de tu vida
¡En él buscaste tu gloria!

¡Madre dulce, madre buena
La de los tiernos amores!...
Para ti el sacro poema
¡Sea corona de flores!...

Josefa R. Luque Álvarez

PORTAL PRIMERO

LA VIDA ESPIRITUAL

DIÁLOGO I

De la imitación de Cristo y desprecio de toda vanidad

Cristo:
No andas en sombras si mis pasos sigues / Y las tinieblas huirán de ti,
Y mi lumbre de vida en tu camino / Te seguirá hasta el fin...

El Alma:
¡Señor!..., son estas las palabras tuyas / Con las cuales me invitas a seguir
El estrecho sendero de tu vida / Si quiero ser feliz.

Si quiero libertarme de cegueras / Que obscurecen la senda al corazón,
¡Sólo tu luz me alumbrará en la noche / De esta vida que es sombras y dolor!

Sea pues el estudio de mi vida / La vida tuya, mi Divino Amor,
Que en ella encontrará maná escondido / Paz y dicha mi pobre corazón,

Que bebiendo en tu fuente, en tu Evangelio, / Te encuentre en él como eres, mi Señor,
Y que tu excelso espíritu de Cristo / Se haga carne en mi débil corazón.

Y quisiera entender cumplidamente / Tus palabras, Señor, que son la luz,
Mas esto no será si no me abrazo / Con el símbolo santo de tu Cruz.

Es muy cierto que frases elevadas / No hacen puro ni santo al corazón,
Es la vida virtuosa que hace al hombre / Amable ante su Dios.

Poca cosa es la letra de los libros / Aunque todos estén dentro de mí,
Que todo ese saber no llena el alma / Si no llega hasta Ti.

Vanidad de vanidades es la vida / Que lejos de Ti está...
Sólo amarte mi Dios, es verdadero... / Sólo eso es realidad.

Paciencia suma es Dios, porque es Eterno / Porque toda grandeza se halla en Él...,
Ave de paso, sin mirar al mundo, / Los reinos celestiales buscaré.

Vanidad es buscar a las riquezas / Y en ellas esperar,
Si son perecederas y se esfuman / ¿Qué cosa duradera me darán?

Vanidad son las honras que se buscan / Con anhelo febril
Y ensalzarse con ellas vanamente / Es delirio infantil.

Vanidad es buscar en los placeres / Suavidades de miel,
Si fugaces y efímeros se pasan / Y tan sólo el dolor queda después.

Vanidad es desear la larga vida / Sin cuidar que ella sea de virtud,
Una siembra piadosa entre los hombres / Y un reguero de luz.

Vanidad es pensar tan solamente / En la vida fugaz
Y olvidar que la vida venidera / Es larga eternidad.

Vanidad es amar lo que se pasa / Como una fatua luz
Y no buscar el gozo perdurable / Que dura tanto como el cielo azul.

Acuérdate que dice la Escritura: / "No se hartan tus ojos de mirar
Ni de oír tus oídos" lo superfluo. / ¡Alma! déjalo atrás.

De todo lo que pasa como sombra / Desviaré cuanto pueda el corazón,
Y he de llevarlo a lo invisible..., eterno. / ¡Eterno como Dios!

DIÁLOGO II

Cómo debe el hombre sentir humildemente de sí mismo

Cristo:

El hombre siempre hacia el saber se inclina / Mas, ¿qué es la ciencia sin Divino Amor?...
Y ¿qué aprovecha al corazón del hombre / Una ciencia sin Dios?

Estepa helada que los vientos surcan / Y el relámpago alumbra con su luz
Y que sólo descubre fuerzas ciegas / En la amplitud serena del azul.

Es por cierto, mejor rústico humilde / Que en todo encuentra la bondad de Dios
Y le sirve en sus obras y en su vida / Con tierna devoción.

¿No es mejor que el filósofo soberbio / Que no busca a sí mismo conocer,
Y pretende saber de las estrellas / Las rutas de su ley?

El que bien a sí mismo se conoce / Se sabe lleno de miserias mil,
Y no busca jamás que sus hermanos / Se le rindan a toque de clarín.

El que bien se conoce, no disputa, / Ni contiende, ni juzga..., ¡no, jamás!
Antes piensa que todo es demasiado / Aquello que le dan.

Y sabe que por mucho que conozca / De cuanto hay en el mundo y más allá,
Es nada comparado a lo que oculta / La inmensa Eternidad.

¿Qué tendría el que todo lo supiese / Y no supiese la verdad de Dios,
Ni en su alma el Amor resplandeciera / Como un divino sol?

Si no tuviese caridad fraterna, / Que hace amable la vida en el dolor,
Poco vale la ciencia si nos deja / Vacío el corazón.

El deseo excesivo de la ciencia / Causa estorbo al reinado de la paz,
Que quien mucho desea, quiere siempre / Que le rindan honores los demás.

Y se irrita y padece si le niegan / Lo que juzga su ciencia merecer;
El sabio verdadero es el que dice: / "¡Cuán poco es lo que sé!".

Muchas cosas existen, que saberlas / Ni una gota de dicha al alma dan;
Y es ignorante el que de todo entiende / Y no entiende el secreto de la paz.

Que las bellas palabras, no rebasan / De nuestra alma la eterna inmensidad;
Sólo encuentra descanso y refrigerio / En la pura conciencia y la verdad.

Cuanto más y mejor has entendido / De cuanto hay bajo la luz del Sol,
Con más severidad serás juzgado / Ante la eterna majestad de Dios.

No te ensalces jamás por tu alta ciencia / Antes teme del giro que le das,
Y piensa siempre que, aunque mucho sabes, / Lo que ignoras, acaso, es mucho más.

Y cuida que tu ciencia no te lleve / A creerte de todos superior,
Que acaso entre la turba que desprecias, / Haya quien pueda darte una lección.

Es hermosa la ciencia si con ella / Acertamos nuestra alma a conocer,
Y calcamos en ella, día a día, / Y a fuego vivo, la Divina Ley.

Que es gran Sabiduría conocerse; / Y es grande perfección el encontrar
Las altas cualidades en los otros, / Sin que ostenten ninguna vanidad.

Y si vieres en otros el delito / Y una carga de infamia sobre sí,
Piensa sólo que ignoras cuánto tiempo / En la senda del bien podrás seguir.

Y que flacos y míseros los hombres / No hay ninguno perfecto bajo el Sol
¿Quién puede asegurarte que no Eres entre ellos, el peor?...

DIÁLOGO III

De la doctrina de la Verdad

Cristo:

Feliz de ti, si la Verdad te enseña / Y por sí misma con interna voz,
Sin figuras y voces que se pasan / Sino aquélla que mueve el corazón.

La propia estimación y aun el sentido / A menudo te pueden engañar,
Mas, la voz interior que habla sin ruido / En el fondo del alma, ¡es la Verdad!

¿Qué aprovecha saber cosas obscuras? / Que por ellas más bueno no serás,
Ni en el gran día del eterno juicio / Nadie por ellas te reprenderá.

¡Gran ignorancia si por ellas dejas / Lo que te es necesario comprender!
Y buscando las cosas que te dañan / ¡No lo aciertas a ver!

Las efímeras pláticas se pasan / Sin dejarte ninguna claridad,
Mas aquél a quien habla el Verbo Eterno / Lleno está de Verdad.

Del Verbo Eterno las verdades surgen / Cual de un inagotable manantial
Que el principio y el fin, lo alto y lo bajo / En Él encontrarás.

Es el Principio que nos habla al alma, / Ninguno entiende si no está con Él;
A quien Él da su claridad divina / Lo más obscuro puede comprender.

Y firme como roca en las borrascas / Será su corazón.
Y pacífico y quieto mar en calma / Permanecerá en Dios.

El Alma:

¡Dios Infinito!... ¡Claridad Eterna, / Sumergido en tu Esencia quiero ser,
Y estar contigo en caridad perpetua!... / ¡Sólo en Ti lo que busco encontraré!

¡Pena me causan las mundanas cosas / Y todo cuanto quiero en Ti está!...
¡Callen todos los sabios..., las criaturas...! / ¡Yo tan sólo tu voz quiero escuchar!

Cuanto más estrechado esté contigo, / Más sencillo será mi corazón,
Más viva luz me llegará de arriba... / ¡Que Tú serás mi lumbre y mi calor!

Si el espíritu es puro y es sencillo, / No distrae ni pierde su atención,
Aunque deberes múltiples le cerquen / Porque todo ello lo refiere a Dios.

Cristo:

Quien más te impide y de Mí te aparta / Es la propia afección del corazón,
Cuando libre le dejas a sus gustos / Volar inquieto como un picaflor.

El hombre espiritual, primero ordena / Sus obras en lo hondo de su Yo,
Y tranquilo después, las hace fuera / Sin ninguna viciosa inclinación.

Que todo ajusta con el don divino / De su libre albedrío y su razón;
Así obran las almas que me buscan / Y están atentas si las hablo Yo.

El Alma:

¿Qué combate mayor que el que yo tengo / Para a mí mismo conseguir vencer?
Y ésta será la lucha permanente / Que por toda mi vida sostendré.

¡Vencerse uno a sí mismo!, y cada día / Adquirir fortaleza en la virtud,
Que en toda perfección, en esta vida, / Se entremezclan las sombras a la luz.

Cristo:

Conocerte a ti mismo es la senda / Que en más certeza te conduce a Dios,
Mucho más que la ciencia más profunda / Que puedas estudiar. ¡Lo digo Yo!

No es culpar a la ciencia ni al estudio / De uno u otro aspecto del saber,
Que en sí considerada toda ciencia / Ordenada de Dios es,

Mas, antes que la ciencia, el hombre debe / La tranquila conciencia anteponer,
Y una vida virtuosa por encima / Del humano saber.

Muchos estudian con afán inquieto / Y nunca piensan en el bien vivir
Y equivocan por eso su camino / Y se apartan de Mí.

¡Oh!, si pusieran tanta diligencia / En cortar vicios y sembrar virtud,
No habría tantos males en el mundo / ¡Ni tanta alma sin luz!

Ciertamente que en el Juicio Eterno / A ninguno, el Señor preguntará
Si estudió grandes ciencias. / De seguro pedirá cuentas de su caridad.

Ciertamente que en el Juicio Eterno / Sólo tus obras te podrán valer,
Ni discursos, ni ciencias, ni cuestiones / Sino obras de amor, que esa es la Ley.

Dime, ¿dónde están los que maestros fueron / Y el mundo les rindió su admiración?
Si enseñaron Verdad, la Verdad vive / Mas su memoria pronto se olvidó.

Porque otros poseyeron sus prebendas / Felices de ocupar aquel lugar,
Y de aquéllos que grandes parecían / ¡No se recuerda más!

¡Oh, cuán presto la gloria de este mundo / Se evapora cual céfiro fugaz!
¡Sólo la ciencia que hace al hombre bueno / Le hace hermosa y feliz su eternidad!

¡Cuántos perecen por su vana ciencia! / ¡Por ella olvidan el obrar el bien!
El camino de Dios es del humilde / Y los sabios no gustan ir por él.

Gustan más de ser grandes que pequeños / Y son sus pensamientos vanidad,
Sin mirar que es más grande el que posee / De Dios vivo la eterna claridad.

El Alma:

De verdad es más sabio el que valora / En lo justo la honra temporal.
Y busca ansioso conquistarte, ¡oh, Cristo, / En estrecha y dulcísima amistad!

De verdad es más sabio el que abandona / Su propia voluntad por la de Dios,
Que marcada su Ley llevamos todos / ¡En el fondo de nuestro corazón!

DIÁLOGO IV

De la prudencia en las cosas que se han de hacer

Cristo:

Nunca debes dar crédito a ligeras / A palabras que fácil es decir,
Sino antes con calma y con sosiego / Sus alcances y fondo has de medir.

Ni espíritu cualquiera es un reflejo / De la verdad que debes encontrar,
Y es dolor no creer el bien en otros / Y aceptar que te digan siempre mal.

Y por ello, el que busca ser perfecto / A los díceres nunca da valor,
Porque piensa en la flaqueza humana / Siempre dispuesta a la murmuración.

Es gran sabiduría en toda hora / Ser muy considerado en el decir;
Deleznables palabras de tu boca / ¡Jamás han de salir!

Ni tampoco insistir porfiadamente / En que triunfe tu propio parecer,
La verdad no se cambia ni se muda / Y siempre permanece tal cual es.

Es sabio el hombre que a cualquier palabra / No le presta atención.
¡Triste cosa es llenar el pensamiento / Con hirientes palabras sin valor!

¡Condición miserable la del hombre, / Dispuesto siempre a escuchar el mal
Que dicen de los otros, y que pasa / Como ola de un negro lodazal!

Toma consejo con los hombres sabios / Que encendieron mi luz en su interior
Y que llevan tan pura la conciencia / Como un reflejo del Eterno Amor.

La vida pura torna sabio al hombre / Conforme al pensamiento del Creador.
Y está experimentado en muchas cosas / Que puedes aprender como lección.

Cuanto fueres más dócil y sencillo / Más unido con Dios te encontrarás,
Tendrás conocimiento, ¡lumbre viva! / ¡Y el sosiego divino de la paz!

DIÁLOGO V

De la lección de las Santas Escrituras

Cristo:

En la Santa Escritura, no elocuencia / Sino augusta Verdad has de buscar,
Hasta hallar el espíritu que en ella / Derramó la Divina Claridad.

De buen grado, en los libros más sencillos / Igual que en los profundos, has de ver
Un resplandor de la sutil esencia / Del Divino Saber.

Nunca te cuides de si aquel que escribe / Está orlado de fama en el decir,
Ni si es grande o pequeño en la ciencia / Que en frágil ánfora te ofrece a ti.

Sólo el amor a la Verdad te mueva / Las páginas del libro a recorrer,
No cuides mayormente quién lo ha escrito / Sino lo que está escrito has de saber.

Los hombres pasan como sombras vanas / Y sólo permanece de verdad,
La Verdad del Señor que no se muda / Porque es la Eternidad.

El Alma:

De diversas maneras Dios nos habla / Y es su voz, como Él, impersonal,
Mi afán curioso me entorpece a veces / Su sentido divino interpretar.

Porque escudriño lo que llanamente / Está escrito de fácil entender,
Y antes busco adquirir sabiduría / Que dedicarme a practicar la Ley.

DIÁLOGO VI

De los deseos desordenados

Cristo:

Cuando el hombre desea con desorden, / El sosiego y la calma perderá;
El soberbio, el avaro, no descansan. / El espíritu humilde vive en paz.

El que nunca refrena los sentidos / Y que no está mortificado en sí,
Fácilmente tentado y aun vencido, / Presto será por sentimiento vil.

El que flaco de espíritu, inclinado / A lo sensible está,
Con gran dificultad podrá abstenerse / De terrenos deseos, en verdad.

Y acaso sentirá que la tristeza / Le estruja el corazón,
Si alguno contradice aquel deseo / Y encuentra oposición.

Y si llega a alcanzar lo que deseaba / Le viene descontento y desazón;
Y es remordimiento de conciencia / Porque al ruin sentimiento se entregó.

Y no encontró la dicha que buscaba / Ni alcanzó la dulzura de la paz,
Que en resistir a las pasiones viles / Se encuentra de verdad.

Es cierto que la paz huye del hombre / Que vive derramado en lo exterior,
Y que busca en los goces materiales / Hallar consolación.

El alma que me busca en el silencio / Y acalla en lo interior la tempestad,
Siente luego en sí mismo, mi presencia / Que le inunda de amor espiritual.

DIÁLOGO VII

Cómo se debe huir de la vana esperanza y la soberbia

Cristo:

Vano es el que pone su esperanza / En las criaturas que mudables son,
Y que hoy olvidan lo que ayer quisieron / Pues que son sus promesas ilusión.

No te avergüences de servir a todos, / Que Yo al oprobio me abracé por ti,
Y no es mucho humillarte en este mundo / Por parecerte a Mí.

Ni en ti mismo confíes demasiado / Sino más bien en el favor de Dios,
Que no hay ciencia ni astucia que te salve / Si no te salvo Yo.

Es la fuerza divina que levanta / Al humilde que vive en el fervor,
Y humilla al presuntuoso que se juzga / A todo superior.

No te gloríes en riquezas vanas / Que vienen como van,
Sino tan solo en Dios, tesoro eterno / Que todo te lo da.

Ni esperes en amigos poderosos / Que en copa de oro brindan a beber,
Que hoy son y mañana desaparecen / ¡Para nunca volver!...

Descansa para siempre y sobre todo / En quien se ofrenda con amor a ti,
Que Yo mismo me doy a todas horas / ¡Con sólo que te llegues hasta Mí!

Y sabe, que mi Amor se da completo, / Yo mismo soy tu don,
Cuando quieres abrirme bien abierta / ¡La oculta puerta de tu corazón!

No te ensalces de hermosura vana / Que ostentes en tu cuerpo de mortal,
Que en un día la puedes ver destruida / Por una enfermedad.

Ni tengas vanidad por tus ingenios, / O gran habilidad,
¡Es Dios que da lo que de bueno tienes, / Y es tuyo sólo el mal!

No te estimes mejor que tus hermanos / Porque es Dios el que sabe, lo que hay
En las almas que viven y que piensan, / Que vienen y que van.

No tengas soberbia de tus obras / Porque de otra manera las ve Dios;
Lo que agrada a los hombres no es seguro / Que sea lo mejor.

Sucede a veces que la obra es buena / Mas no lo es la intención,
Y Dios sondea los profundos pliegues / De todo corazón.

Si conoces que tienes algo bueno, / Piensa que otros, mejores son que tú,
Y así conservas la humildad que alumbra / Tus íntimos secretos con su luz.

No te daña si a todos te sojuzgas, / Porque estás, en verdad, en tu lugar,
Es peligroso, si tan sólo a uno, / Te antepones faltando a la humildad.

Paz suavísima gozan los humildes / Que conocen su poco merecer,
Más siempre inquieto el corazón soberbio / Está lleno de saña y de desdén.

DIÁLOGO VIII

Cómo se ha de evitar la mucha familiaridad

Cristo:

¡Cuidado, no descubras a cualquiera / El íntimo sentir del corazón,
Comunica tus cosas con el sabio, / Que antes que todo, se gobierna en Dios.

Con jóvenes extraños, habla poco, / Porque poco te pueden enseñar;
Con los ricos no seas lisonjero, / Ni con los grandes busques de tratar.

Acompáñate sí con los humildes / Que no esconden engaño ni doblez,
Busca aquéllos que son espirituales / Que es con ellos que puedes aprender.

Es peligroso el demasiado trato / Con almas de grosera condición,
Busca hablar con los justos, que a su lado, / Creerás hallarte sumergido en Dios.

Desea sólo el familiar abrazo / Con tu Dios y sus ángeles, no más, / Y huye
el ser conocido de los hombres / Que sólo turbación te pueden dar.

Muy justo es que para todos tengas / Una tierna y piadosa caridad,
Mas no a todos, familiar confianza / Les debes otorgar.

A persona que no te es conocida, / Con prudente cautela debes ir,
Que aunque ella sea de brillante fama / Distinto sea al tuyo su sentir.

Piensas, a veces, agradar a otros / Con tu amena y sutil conversación,
Y quizá desagradas porque falta / Entre todos, la justa comprensión.

El Alma:

¡Ardua tarea la de hallar amigos / Que comprendan y sientan como yo!
Es por eso, Señor, que al lado tuyo, / Estoy cierto de hallar consolación.

DIÁLOGO IX

De la obediencia y sujeción

Cristo:

Es gran cosa vivir en obediencia / Y doblegada estar la voluntad,
A otras voluntades con las cuales / Te debes conformar.

Es más seguro sujeción que mando, / Pues que de nadie debes responder.
Mas es común huir de la obediencia / Porque a veces es duro obedecer.

Nunca tendrán la libertad del alma / Los que nunca se quieren sujetar,
A la suave cadena que les ata / A otra voluntad.

El alma que de grado se ha rendido / A la voz del que manda sobre él,
Halla un huerto de paz y de sosiego / Como envuelto en un dulce amanecer.

El Alma:

Es muy cierto que somos inclinados / A regirnos por nuestra voluntad,
Y sentimos placer si otros concuerdan / A nuestra afinidad.

Mas, si Dios está en medio de nosotros / Pronto se ve resplandecer la paz,
Que su amor nos inclina a renunciarnos / Con alegría que no tiene igual.

Cristo:

¿Quién es tan sabio que lo sepa todo / Cumplidamente y a la perfección?...
Pues no quieras confiarte demasiado, / Hijo mío, en tu simple inclinación.

Oye con gusto el parecer de otros / Que si bueno es el tuyo, Dios lo ve,
Y mucho ganas renunciando al tuyo / Por amor de Él.

Es más seguro el escuchar consejos / Que el ofrecerlos tú,
Es más grande el que sabe renunciarse / Que el que pretende derramar la luz.

No querer aceptar los pareceres / De los otros si tienen la razón,
Señal es de soberbia y pertinacia / Que debes apartar del corazón.

DIÁLOGO X

Cómo se debe evitar la demasía de palabras

Cristo:

Excusa cuanto puedas el tumulto / De los hombres que bullen junto a ti;
Mucho estorban las cosas exteriores / A quien me busca a Mí.

Que aunque fueren palabras repetidas / Sin maligna intención,
Pronto enturbian el agua de la fuente / Diáfana y clara que te brindo Yo.

Y cautivo te ves y perturbado / Por necia vanidad;
¡Dime, hijo, si cuanto voy diciendo / No es la realidad!

El Alma:

¡Oh, Señor! ¡Cuántas veces yo quisiera / Haber callado y no permanecer
Entre los hombres, que platican mucho / Y meditan muy poco en el deber!

¿Cuál es la causa que de gana hablamos, / Unos con otros con tan recio afán,
Sabiendo que volvemos al silencio / Con daño en la conciencia de verdad?

Es que buscamos al hablar, consuelo / Y aliviar de fatiga al corazón;
Y sentimos placer en expandirnos / De lo que amamos o nos da dolor.

Mas..., ¡oh, pesar!, que en vano y sin provecho / Es aquella exterior consolación,
Que es en gran detrimento de la interna / Y divina que Tú me das, Señor!

Bueno es que velemos y que oremos, / Y el tiempo no se vaya, sin rendir
Las flores y los frutos, que algún día, / Nos habrás de pedir.

Y que si hemos de hablar, sea algo bello / Que estimule las almas hacia el bien,
Y que sea la guarda a nuestra lengua / Perseverante y fiel.

Cristo:

¡Mucho sirve a las almas religiosas / La sublime expansión espiritual,
Si en corazón y espíritu enlazados, / De Dios platican y con Él están!

DIÁLOGO XI

Cómo se debe adquirir la paz y deseo de aprovechar

Cristo:

¡Oh, bienaventurados los sencillos / Que mucha paz tendrán,
Porque en hechos y dichos que no atañen / No se mezclan jamás!

¿Cómo puedes tener por mucho tiempo / El sosiego y la paz en tu interior,
Si a cuidados ajenos te consagras / Y tan poco te das a la oración?

¿Cuál fue la causa porque muchos santos / A la cumbre llegaron del Amor,
Que perfectos les hizo contemplando / Las grandezas de Dios?...

Porque estudiaron el frenar del todo, / Cualquier deseo deleznable y ruin,
Para unirse con Dios y libremente / Ocuparse de si.

El Alma:

A la verdad, nos ocupamos mucho / De vanos gustos sin ningún valor,
Y ponemos cuidado en lo que pasa / Y no en purificar el corazón.

Pocas veces vencemos nuestros vicios, / Ni cuidamos tampoco adelantar
Un día más que el otro, y nos quedamos / Tibios y fríos en igual lugar.

Que si fuésemos muertos para todo / Lo que existe en nosotros de ruindad,
Vacío el interior de cosas vanas, / Las divinas podríamos gustar.

Entonces viviríamos de cierto / Vida divina sumergida en Dios,
Y nada estorbaría la dulzura / De nuestra celestial contemplación.

Nos impiden la entrada en el camino / Perfecto de tus santos, ¡oh, Señor!...
Una cadena de deseos vanos / Y una nunca vencida inclinación.

Y cuando alguna adversidad nos brinda / Sus agudas espinas mil a mil,
Nos volvemos muy pronto a las criaturas / Mendigando un consuelo baladí.

Si en la ruda batalla de esta vida / Con esfuerzos llegamos a vencer,
Tus consuelos, Señor, sobre nosotros / Podríamos tener.

Porque está tu bondad siempre dispuesta / A inundar a las almas con tu luz,
Que quién más nos procura la victoria / ¡Oh, Señor..., eres Tú!

Si tan sólo a la fuerza caminamos / Por el sendero de tu Santa Ley,
De nuestra devoción se acaba pronto / La dulzura que es miel.

Libertemos el alma de pasiones / Poniendo la segur a la raíz,
¡Que extirpados uno a uno nuestros vicios / El camino es muy fácil de seguir!

Que es muy triste después de muchos años, / Tan faltos encontrarnos de fervor,
Mucho más que al comienzo, cuando apenas / Entendíamos algo de oración.

Nuestro amor debería darnos alas / Y un día y otro remontarnos más;
A la cumbre, Señor, donde Tú dices / Que debemos llegar.

Nos es duro dejar una costumbre / Y vencer nuestra propia voluntad,
Más si en cosas pequeñas no vencemos, / En las graves y duras, ¿qué será?

Cristo:
Es mejor resistir en los principios / A toda perniciosa inclinación,
Porque no te conduzca poco a poco / A un combate mayor.

¡Oh!, si supieras cuánta paz tendrías / Y cuánta plenitud dentro de ti,
Si bien siguieras esta oculta senda / ¡Que te conduce a Mí!

Más solícito y firme tú serías / En buscar tu adelanto espiritual,
Grande gozo darías a quien te ama / Y tendrías ventura sin igual.

DIÁLOGO XII

De la utilidad de las adversidades

El Alma:

Bueno es que nos vengan cosas duras / Que nos hacen doler el corazón
Porque así, nos sabemos desterrados / En un mundo cargado de dolor.

Bueno es padecer contradicciones / Y que otros piensen de nosotros mal,
Aunque nuestra intención sea muy buena / Y las obras lo sean de verdad.

Que esto nos guarda de la vanagloria, / Que puede fácilmente destrozar
Nuestro huerto interior, en que ha sembrado / Sus divinas violetas la humildad.

Y es entonces que a Ti, Señor, buscamos / De nuestros actos por testigo fiel,
Cuando somos de fuera despreciados / Y no hay ninguno que nos quiera creer.

Y entonces el alma al encontrarse sola / Comprende que no tiene más que a Dios,
En Él se afirma, se refugia y busca / El único consuelo a su dolor.

Cuando el alma virtuosa está afligida, / Y siente en sí, rugir la tempestad
De negras tentaciones, pensamientos / Que le atormentan con creciente afán.

En Dios busca segura fortaleza / Y en Él encuentra su guardián más fiel,
Reconoce que en sí nada posee, / Y que debe esperar todo de Él.

Es entonces, que el alma gime y ora, / Cargada de tristeza y ansiedad,
Por las grandes miserias que padece / Sin poder apartar.

Le enoja entonces esta larga vida / Y desea la muerte como un bien,
Para estar desatado de cadenas / Y contigo, Señor, poderse ver.

Y entonces reconoce claramente, / Que este mundo no da seguridad
Y solo en Ti encontrará por siempre / La más cumplida paz.

DIÁLOGO XIII

Cómo se han de resistir las tentaciones

El Alma:

Si en el mundo vivimos, no podemos / Libres estar de gran tribulación,
Tentaciones, miseria, enfermedades / Según ya lo escribiera el santo Job. (I)

Cristo:

Tentación es la vida de los hombres / Y tristezas y angustia y ansiedad,
Por eso cada cual estará alerta / Y en oración velar.

Velar en oración pidiendo fuerzas / Para vencer al mal,
Que no duerme, buscando por rodeos / A quienes devorar.

No hay ninguno tan santo y tan perfecto / Que no sea humillado en tentación,
Y es muchas veces provechosa al alma / Esta dura lección.

Los santos de otras épocas, pasaron / Por duras tentaciones en verdad,
Tribulaciones de diversa especie / Supieron con paciencia soportar.

Y aquéllos que a sufrir se resistieron / Huyendo al padecer,
Fueron rodeados de tropiezos duros / Que no fueron capaces de vencer.

Que no hay Orden tan santa y bien guardada, / Ni lugar tan secreto, donde el mal
No pueda introducir sus tentaciones / Y sembrar adversidad.

En tanto que se vive en esta Tierra, / No hay un hombre seguro de no ser
Inducido hacia el mal, aunque no quiera / Llegarlo a cometer.

El Alma:

Está en nosotros la funesta causa / Que nos impele en fuerte inclinación,
Y a una angustia le sucede otra / Y a una pena terrible, otra mayor.

Cristo:

Muchos quieren huir las tentaciones / Y más gravemente en ellas caerán,
Que no sólo se vencen con la huida / Sino con la paciencia y la humildad.

Quién tan sólo desvía lo de fuera / Y no arranca por dentro la raíz,
De poco le valdrá, que aún más fuerte / La tentación le volverá a venir.

Poco a poco y con largas esperanzas / Te verás liberado y triunfador,
Mucho más que por tus propias fuerzas / Por Divino Favor.

Toma consejo si te ves tentado, / Y cuando otros lo sean como tú,
Seas piadoso en consolarles luego / Que Yo también les brindaré mi luz.

La mala tentación tiene el principio / En que descuidas de confiar en Dios,
E inconstante en el bien que has comenzado / Vas perdiendo el fervor.

Como a la nave que perdió el gobierno / La sacuden las ondas de la mar,
Así, el hombre que deja el senderillo / Por muchas tentaciones pasará.

Es así como el fuego prueba al hierro / Y a los justos la dura tentación;
Que no saben a veces lo que pueden, / Y ella les descubre lo que son.

El Alma:

Y debemos velar principalmente / Cuando asoma en el alma el mal pensar,
Que es más fácil vencer al enemigo / Si de la puerta no llegó a pasar.

Cristo:

Resiste a los principios, porque tarde / La eficaz curación te llegará,
Si dejas que la llaga sea vieja / Y no cuidas de ella al empezar.

Lo primero que al alma se presenta, / Como un fantasma, el pensamiento vil,
Que importunas imágenes le crea / Con vértigo febril.

El deleite engañoso se aproxima, / Y el fiero impulso a cometer el mal,
Y así el consentimiento presto llega / Si no supo al comienzo rechazar.

Cuanto más perezosa el alma fuera / En resistir la tentación audaz,
Más endeble se torna cada día, / Y fuerte el enemigo mucho más.

Algunos sufren tentaciones graves / A los comienzos de su conversión,
Otros, al fin, y aún existen otros / En que toda su vida es tentación.

Algunos son tentados blandamente / Según sea divina ordenación,
Que mide y pesa el mérito de todos / Y busca para todos lo mejor.

El Alma:

Y por eso, si tentados somos / No debemos jamás desesperar,
Antes rogar con humildad confiada / Que nos libre el Señor, de todo mal.

El cual según el dicho de San Pablo (II) / Hará que lo podamos bien sufrir;
Tal remedio pondrá en nuestro camino / Que podamos el yugo sacudir.

Humillemos confiados nuestras almas / Debajo de tus manos, ¡oh, Señor!
Que a los humildes / Tú les favoreces / Cuando llega hasta ellos el turbión.

Al humilde de espíritu le salvas / Y le iluminas con interna luz,
Y que vea cuál es el adelanto / Que ha hecho en la virtud.

Que no es mucho sentirse fervoroso / Cuando no está la pesadumbre en mí,
Es la lucha que prueba la paciencia / Que tengo en el sufrir.

Almas hay que se sienten resguardadas / De grande tentación,
Y son vencidas por las muy pequeñas / En primera ocasión.

Esto es aviso de que más se humillen / Y no confíen demasiado en sí,
Cuando aparezcan las borrascas grandes, / Si a las chicas no saben resistir.

(I) Job. Cap. 7º
(II) Ia. Corintios. 10

DIÁLOGO XIV

Cómo se debe evitar el juicio temerario

Cristo:

En ti mismo pon siempre tu mirada / Y guárdate, hijo mío, de juzgar
Las obras de los otros, por las cuales / Ninguna carga debas soportar.

Juzgar a otros es trabajo en vano, / Que lleva al hombre a cometer error,
Pues que el fondo secreto de las almas / Lo ve tan solo Dios.

Si a ti mismo te juzgas y examinas / Mucho más fruto de verdad tendrás,
Mas, sucede que en esto te perturba / El amor propio que te induce mal.

El Alma:

Si siempre fuese Dios, únicamente, / El principio y el fin de mi desear,
No tan presto sería perturbado / Por mi propia ruindad.

Y sucede que a veces, escondida, / Llevamos muy adentro una afición,
Que nos arrastra como a la hoja seca / La lleva el aquilón.

Cristo:

Muchos buscan y muy secretamente / A su propio interés en el obrar,
Y no lo entienden porque en vano piensan / Que va en ello Divina Voluntad.

Y paréceles obrar con gran acierto / Mientras todo se hace a su querer,
Mas, si de otra manera se procede / Presto en disgusto se les ve caer.

Por la gran variedad de pareceres, / Grandes discordias llegan a surgir
Entre amigos, devotos, religiosos, / Que en conjunto caminan hacia Mí.

Las costumbres antiguas no se dejan / Sino a costa de gran dificultad;
Nadie de grado su opinión censura / Sino la de los otros, en verdad.

Si en tu razón e industria te afianzares / Mucho más que en los actos de virtud,
Muy tarde y pocas veces / Te llegará mi Luz.

El Alma:

Es que quieres, Señor, que sujetemos / A Ti perfectamente el corazón,
E inflamados de amor que trascendamos / También nuestra razón.

DIÁLOGO XV

De las obras que proceden de la caridad

Cristo:

Oye, hijo; por nada de este mundo / Te es permitido realizar un mal,
Pero puedes dejar la buena obra / Por otra de mayor utilidad.

Una obra exterior muy poco vale / Si no fue inspirada por la caridad,
Que con ella, aún lo más pequeño / Es grande de verdad.

Porque yo miro con mayor agrado / Al alma que a su don;
Hace más quien más ama, ya lo he dicho / En más de una ocasión.

Hace mucho el que hace bien las cosas / Y bien hace el que sirve por amor,
Aunque a veces, caridad parece / Lo que es inclinación.

Porque a menudo la afición te impulsa / Y te lleva la propia voluntad;
Del galardón la efímera esperanza, / Y parece que fuera caridad.

Aquel que tiene caridad perfecta / En cosa alguna no se busca a sí,
Mas, en todo está el ansia de su alma / Dirigida hacia Mí.

No alimenta la envidia hacia ninguno / Porque en nada ha buscado el propio bien,
Ni quiere gozo alguno que no sea / El Eterno Querer.

A nadie le atribuye bien alguno / Porque sabe que todo lo da Dios,
Eterna fuente de que mana Vida, / Eterna fuente de Divino Amor.

En Él descansa con perfecto gozo / El que tiene perfecta caridad;
¡Oh, si de ella tuvieses un reflejo, / En todo encontrarías vanidad!

DIÁLOGO XVI

Cómo se han de sufrir los defectos ajenos

Cristo:

Lo que no puede el hombre, ni en sí mismo, / Ni en otro remediar,
Lo debe soportar con gran paciencia / Mientras sea Divina Voluntad.

Y pensar que con ello las virtudes / Se prueban al crisol,
Y conoces los méritos que tienes / Si de verdad lo son.

Y rogar por aquel impedimento / Que a veces puede perturbar la paz;
Tan solo Dios, en aflicciones graves, / Te puede consolar.

Si alguno amonestado varias veces / Por sus defectos, no los quiere ver,
No contiendas con él, en Dios espera / Que de todos los males saca el bien.

Estudia de sufrir con gran paciencia / Las flaquezas ajenas. Piensa tú
En lo que otros sufrirán acaso / Por tu poca virtud.

Si no puedes hacerte cual deseas / ¿Cómo quieres al otro a tu sabor?
Si quieres a los otros muy perfectos / Adquiere antes tu propia perfección.

El Alma:

Es, Señor, que buscamos que a los otros, / Les corrijan con gran severidad
Y que seamos nosotros corregidos / No queremos jamás.

Nos disgusta que a otros les concedan / Lo que fue su querer;
Y queremos que nada se nos niegue / Porque todo creemos merecer.

Queremos que otros sean apremiados / Con observancias y constitución,
Y en ninguna manera soportamos / Llamarnos la atención.

Que muy poco a los prójimos amamos, / En esto bien se ve,
Pues buscamos nosotros la blandura / Y para otros queremos la estrechez.

Y si acaso perfectos fuesen todos / ¿Qué cosa sufriríamos por Dios?
¡Oh!, ¡sería la vida un paraíso / Y un cántico de amor!

Mas, así lo ha ordenado sabiamente / La Eterna Voluntad,
Para que unos y otros aprendamos / Nuestras cargas pesadas a llevar.

Que no hay ninguno sin defecto y falta / Y que en todo se baste para sí;
Es muy justo ayudarnos mutuamente, / Para unidos, Señor, llegar a Ti.

La virtud que cada cual posee / Se muestra en ocasión de adversidad;
Las ocasiones no hacen flaco al hombre, / Pero descubren de lo que es capaz.

DIÁLOGO XVII

De la vida religiosa

Cristo:

Aprende a quebrantarte en tus deseos / Si mi paz sobre ti quieres tener,
Como suave dulzura en tu camino / Como una estrella del amanecer.

No es poca cosa el vivir sin quejas / Y congregados en común morar;
Y feliz el que puede hasta la muerte / Allí perseverar.

Es bienaventurado el que allí vive / Y santamente persevera en bien,
Estimándose cual un desterrado / Que a su patria celeste ha de volver.

Conviene a veces que parezcas loco / A los que no saben del Divino Amor,
Que la vida perfecta es gran locura / Para quienes están lejos de Dios.

No es el hábito el que hace a los virtuosos / Sino la entera mortificación,
De las bajas pasiones y los gustos / De una alma de oración.

El que busca encontrar satisfacciones / Fuera de aquéllas que le ofrezco Yo,
No hallará sino hastío y pesadumbre / Cansancios y dolor.

No estarás en quietud por mucho tiempo / Si entre todos no quieres ser menor,
Olvidando que a servir viniste / No a regir desde un sitio superior.

Abrazaste la vida religiosa / Para más trabajar y padecer;
En holganzas y charlas vive el mundo / Mas tú no eres del mundo, bien lo ves.

Es así que se prueban los virtuosos / Como oro en el crisol.
Tan sólo tendrá paz el que se humilla / De corazón por Dios.

DIÁLOGO XVIII

De los ejemplos de los Santos

Cristo:

¡Oh! ¡Qué vivos ejemplos te dejaron / De la vida interior,
Los Santos Padres en que resplandece / Como un cielo de luz, la perfección!

Los amigos de Cristo se llamaron / Y me siguieron hasta en hambre y sed,
En el frío, en oprobios y fatigas / Y hasta por Mí sufrieron desnudez.

En santos pensamientos y en vigilia, / En continuo trabajo y oración,
Hicieron de sus vidas un poema / De virtudes heroicas y de amor.

¡Oh! ¡Qué penas profundas padecieron / Aquellos que me amaron más que a sí,
Los mártires, apóstoles y vírgenes / Que quisieron venir en pos de Mí!

Sacrificar hasta la vida misma, / Por un Supremo Ideal
De redención humana, ¡es lo más grande / Que puede el alma humana realizar!

¡Oh! ¡Cuán estrecha y apartada vida / En el yermo vivieron de verdad,
Aquellos santos que dejaron todo / Para darse a una vida celestial!

¡Qué largas tentaciones padecieron / Y qué lucha tenaz por darse a Mí,
En sublime holocausto de sus vidas / Sin reservarse nada para sí!

En el día el trabajo de sus manos / Y la noche ocupada en la oración,
Ni un instante de holgura ni descanso... / ¡Todo era poco para darlo a Dios!

El Alma:

¡Ay de mí!... ¿Qué es mi vida comparada / Con la vida de tus Santos, ¡oh, Señor!,
Si en aras de su fe todo dejaron, / En heroica y perfecta inmolación?

Despojados de todo lo que gusta / Aquí en lo temporal,
Eran ricos en gracias y virtudes, / ¡Eran dueños de eterna claridad!

Faltos de todos los terrenos bienes / Pero inundados de consolación,
Del todo ajenos al mundano goce / ¡Pero llenos de Dios!

Despreciados del mundo y sus amigos, / Teníanse por nada cuanto a sí;
Mas, todo un cielo de virtudes eran, / Y hermosos para Ti.

Mas, nos deben mover tales ejemplos / Que los tibios que forman multitud,
Nos arrastran efímeros placeres / Y acaso nos espanta la virtud.

¡Quién me diera el fervor de aquellos justos / Que hollaban el placer,
Para sólo buscar de noche y día / Las huellas demarcadas por tu Ley!

¡Cuánta pureza florecía en ellos / Y cuánta abnegación!
Por completo olvidados de sí mismos / ¡Sólo vivieron para Ti, Señor!

Rastros dejaron de su andar constante / Por los senderos de la caridad,
El bien se derramaba de sus manos / Cual de un ánfora llena de piedad.

¡Triste tibieza y negligencia mía, / Presto declina del primer fervor,
Y me fatigo de la estrecha vida / Que conviene a los siervos del Señor!

Cristo:

¡Pluguiese a Dios, Sabiduría Eterna, / Que el deseo del bien no duerma en ti,
Y que tanto ejemplo de virtud que has visto / Te ayude tu tibieza a sacudir!

DIÁLOGO XIX

La vida del buen religioso

Cristo:

En la vida del alma religiosa / Brillar debe en radiante plenitud,
Como un iris de vívidos fulgores / En un cielo sereno: **la virtud.**

Y que cual aparece por de fuera / Así sea también el interior,
Que aún más y mejor debe ser dentro / Que es morada de Dios.

El Alma:

Y debemos andar en su presencia / Como ángeles de paz y caridad
Renovando a menudo los propósitos / Que tuvimos un día, al comenzar.

¡Ayúdame, Señor, que en tu servicio / Corra yo siempre con creciente afán!...
Que aunque todo me falte en esta vida, / No me falte tu ayuda..., ¡no, jamás!

Cristo:

Si quieres bien aprovechar tu tiempo / Que seas diligente ha menester;
Si el que propone con firmeza, falta, / El que nunca propone, ¿qué ha de ser?

Si un día y otro por descuido / empiezas / Tus buenos ejercicios a dejar,
Poco a poco apagándose tu lámpara, / Al fin se extinguirá.

Los propósitos buenos de los justos / Más se originan del Eterno Amor,
Que del propio saber de cada uno / Aunque sea de mucha discreción.

Porque el hombre propone y Dios dispone, / Y no en mano del hombre siempre está
El camino ignorado que recorre / Y que va a la eternidad.

Si alguna vez tus ejercicios dejas / Por el bien de tu prójimo, en verdad
Fácilmente cobrarás el precio, / De aquello que perdiste por piedad.

Si por disgusto o negligencia fuera, / Muy culpable y hastiado te has de ver,
Que la falta del bien que abandonaste / Sobre ti mismo caerá después.

Examina tus cosas interiores / Y ordénalas también con lo exterior,
De forma que no seas perturbado / Cuando tienes que darte a lo interior.

No es que debas estar continuamente / Recogido en lecturas y oración,
Pero sí es conveniente cada día / Consagrar a tu espíritu atención.

Diséñate un programa a la mañana / Y a la noche examina tu labor
Y mira si en palabra o pensamiento / Has faltado a tu prójimo y a Dios.

Proponte ser más bueno cada día, / Más sufrido y paciente que el de ayer
Y mañana aún más, hasta que llegues / Una corona de virtudes ser.

Refrénate en los bajos apetitos, / Del todo ocioso no estarás jamás,
Que en trabajo, lecturas, pensamientos, / Un tesoro de paz puedes hallar.

Trabajo material debes hacerlo / Con tino y discreción,
Como convenga para bien de todos / Sin menoscabo de tu devoción.

Ni todos los trabajos se acomodan / Para todos los tiempos y lugar,
Los hay propios a días de sosiego / Y otros cuando el alma triste está.

El Alma:

¡Señor!, comprendo que, con gran cuidado, / En el buen tiempo debo preparar
Las cosas de mi alma, cual si fuera / Este mísero mundo abandonar.

Y guardar la observancia estrechamente, / Pensando que muy pronto he de partir
Con el único tesoro de las obras / Que son dignas de Ti.

¡Señor!..., comprendo que estudiar debemos / La austera ciencia de saber morir.
Es término de un viaje muy penoso / Que acaso lo hice mal, ¡pobre de mí!

Tú dijiste que es bienaventurado / El que vela esperándote, Señor,
Pues será levantado a las alturas / De tu Reino de Amor. (I)

(I) Lucas. Cap. XII

DIÁLOGO XX

Del amor a la soledad y al silencio

Cristo:

El tiempo has de buscar de estar contigo / En soledad con Dios.
Y pensar a menudo en los favores / Que recibiste de su Eterno Amor.

Deja las cosas vanas y curiosas / Y busca aquéllas que te ayuden más
A la mística unción, que sólo en ellas / Mis palabras de amor te llegarán.

Si te apartas de pláticas superfluas / De oír noticias y murmuración,
Tiempo tendrás para estudiar a fondo / La ciencia de las almas y de Dios.

La mayor parte de mis santos fueron / Grandes amigos de la soledad,
Que sólo abandonaban si debían / Sus servicios al prójimo prestar.

Evitaban el trato con los hombres / De frívolas costumbres y decir,
Y elegían retiro silencioso / Para encontrarme a Mí.

"Cuantas veces estuve entre los hombres / Menos hombre volví".
Díjome un día con fatiga y duelo / Un grande amigo que sentía así.

Y todos sienten este gran hastío / Cuando mucho han hablado sin control,
Más seguro es callar discretamente / Que el hablar mucho sin ningún valor.

Más fácil guardarás en tu morada / La paz del corazón,
Que entre seres que tienen en muy poco / La eterna salvación.

El que quiere llegar a lo divino / Mediante el adelanto espiritual,
Conviénele apartarse de tumultos / Y buscar junto a Mí la soledad.

No se encuentra ante el público, seguro, / Sino tan sólo aquél
Que de grado en soledad se aparta / A meditar en la Divina Ley.

No hay ninguno que mande sabiamente / Sino aquél que ha aprendido a obedecer;
Ningún gozo es seguro como el gozo / Del que sabe cumplir con su deber.

Son sabias las palabras del que calla / Hasta de ellas tener seguridad,
Que la firmeza de los justos siempre / Fue su amor invencible a la Verdad.

Y fueron tan solícitos y humildes / Y creían tan poca cosa ser,
Aunque grandes virtudes poseían / Sin echarlo de ver.

La seguridad del imperfecto suele / Nacer de presunción,
De creerse dotado de alta ciencia / Que en verdad, es engaño y sugestión.

Nunca te tengas por seguro y firme / En esta vida triste y tan falaz,
Aunque seas un hombre religioso / O un austero ermitaño en soledad.

Sucede a veces que el que fue estimado / Por muy buen cumplidor de su deber,
En muy graves peligros se ha encontrado / Por confiar demasiado en su saber.

Es por eso que a muchos les conviene / Sufrir de tanto en tanto, tentación,
Porque no les domine la soberbia / Ni se den demasiado a lo exterior.

El Alma:

¡Oh! ¡Si nunca alegría transitoria / Viniera a perturbar mi corazón!
¡Oh! ¡Si nunca los goces de este mundo / Llamasen mi atención!

Cristo:

¡Alza tus ojos a lo excelso y puro / Deja lo vano a los que vanos son,
Cierra tu puerta sobre ti y llama / A Aquél que te ama con Eterno Amor!

Piensa siempre curar tus negligencias, / Retirado en tu cámara interior,
Que allí te enseñaré secretamente / ¡Cómo es el cielo de mi Corazón!

Que allí se encuentra lo que en vano buscas, / En saber novedades sin valor;
Y si en ellas te gozas, ¿cómo quieres / Vivir sin turbación?

DIÁLOGO XXI

Del remordimiento de la conciencia

Cristo:

Si buscas avanzar en mis caminos / No quieras demasiada libertad,
Ni te entregues a vanas alegrías / Que fugaces cual sombras pasarán.

Si en cambio buscas contrición perfecta / Que mueve el corazón,
Sentirás mi presencia y mi ternura, / ¡Todo un cielo hallarás en la oración!

Maravilla es que el hombre en esta vida / La perfecta alegría pueda hallar,
Considerando su destierro amargo / Y los grandes tropiezos a pasar.

El Alma:

Tengo en mucho descuido mis defectos / Por mi gran liviandad de corazón,
Y no siento la angustia de mi alma / Que gime en lo interior.

Y muchas veces me solazo y río / Cuando tengo motivos de llorar,
¿Qué alegría si el alma está cautiva / Y no goza de santa libertad?

¡Vana alegría y libertad aquéllas / Que están lejos de Dios!...
Es bienaventurado el que se acoge / A tu divina inspiración, ¡Señor!

Cristo:

Si sabes alejarte de los hombres / Ellos también se alejarán de ti,
Y así tendrás la libertad que anhelas / Para entregarte a Mí.

En las cosas ajenas no te mezcles / Cuando no te lo impone tu deber,
Repréndete a ti mismo antes que a otros / Que acaso en ello llevarás más bien.

Si te niegan los hombres sus favores / No por ello te llenes de dolor;
Sólo una cosa debe serte grave / Y es no contar con el favor de Dios.

El Alma:

Cuán límpida conciencia guardaría / Si cortase con toda vanidad;
Y absorta en divinas esperanzas / Buscara sólo en Ti, mi eterna paz.

Mas no soy digna de beber las aguas / Del consuelo divino y celestial,
Si con gran diligencia no me entrego / A las cosas eternas de verdad.

Cristo:

Si quieres que haya compunción en tu alma / Del bullicio apartado, ven a Mi,
Y encerrado en tu cámara en silencio / Mi voz escucharás dentro de ti.

"Repréndete en tu cámara" está escrito (I) / Que en gran recogimiento encontrarás,
Lo que pierdes a veces por de fuera / Derramado en efímera amistad.

En silencio y sosiego llega el alma / Hasta el secreto que guardado está,
En la Santa Escritura, que no todos / Pudieron encontrar.

En silencio y sosiego halla el alma / Lágrimas puras de devota unción,
En que lava y purifica todas / Las manchas, que dejó la imperfección.

Más familiar al Hacedor Supremo / En soledad serás;
Cuanto más te desvíes del tumulto / Más cerca de Mí estás.

Es mejor que amistades engañosas / La amistad con los ángeles de Dios.
Cuidarte de ti mismo y tus deberes, / Más que hicieras milagros, es mejor.

Más loable es al alma religiosa / Pocas veces mostrarse al exterior.
¿Qué ha de ver en el mundo que no sea / Engaño y turbación?

¡El mundo pasa!, los deseos vanos / Tan sólo pasatiempos te darán,
Y después desconsuelo y pesadumbre / Cual si hubiera pasado un vendaval.

Que una alegre salida, muchas veces / Causa un triste volver,
Y el alegre paseo de la tarde / Es insomnio o cansado amanecer.

Todo gozo carnal de por sí trae / Amarga decepción,
Blando y suave al principio, muerde y mata, / Alevoso y traidor.

¿Qué puedes ver en un lugar cualquiera / Que no veas aquí?
Ves el cielo, la tierra, luz y agua, / Todo un conjunto de bellezas mil.

¿Qué puedes ver que largo tiempo dure? / ¿Tus anhelos acaso has de colmar?...
Y aun cuando vieras todo cuanto existe / ¿Qué te daría más que vanidad?

Es útil para el alma religiosa / No gozar de consuelo material,
Que más se ata a las cosas de la Tierra / Y le impiden el gozo espiritual.

El Alma:

Si busco ansioso los consuelos vanos / ¿Cómo los tuyos sentiré, Señor?
Mía es la culpa si no busco nunca / La honda contrición del corazón.

Cristo:

Si el alma tiene contrición perfecta / Todo en el mundo, amargo le será;
Que no es digno del Amor Divino / Bien reconocerá.

El hombre espiritual encuentra siempre / Motivo de dolerse y de llorar,
Ya se mire a sí mismo o a los otros / Sólo triste miseria encontrará.

Y cuanto más se mira, más percibe / Su torpe condición;
Grave angustia le causan los defectos / Que tuvo ayer y que los tiene hoy.

Si a menudo pensases que la muerte / Quizá antes que la esperas, llegará,
Con creciente fervor te entregarías / Tu vida a mejorar.

Si a menudo pensaras, en las penas / Que padece en el mundo espiritual
El que no anduvo por la vía recta / De la santidad.

De buena gana sufrirías todo, / Asperezas, trabajo, humillación;
Mas tales pensamientos si los tienes / ¡No van al corazón!

Y sigues procurándote blanduras / Y sigues perezoso cual te ves,
Excusándote en todo lo que pesa /Y buscando tu gusto y tu querer.

Ruega al Señor con humildad profunda / Que te de contrición de corazón,
Y di con el Profeta: / “¡Dame hartura de lágrimas, Señor!”

(I) Psalmo IV

DIÁLOGO XXII

Consideración de la miseria humana

Cristo:

Miseria eres por doquier que vayas / Si no vives con Dios;
¿Por qué te turbas si no sale todo / Tal como sueñas en tu corazón?

¿Quién es, di, el que consigue todo / Siempre a su gusto y a su voluntad?
Que por grande que sea, ningún hombre / Lo tiene de verdad.

Piensa que aquel que resignado sufre / Las miserias que no puede evitar,
Es el que pasa más tranquilamente / Aun por medio de la tempestad.

En la vida dichosa de los otros / Con amargura fijas tu atención,
Y dices, ¡cuán feliz es ese hombre / Rodeado de riquezas y esplendor!

Mas si miras los bienes celestiales / Y les comparas con lo terrenal,
Que todo esto se evapora y pasa / Bien lo comprenderás.

Que inciertos y efímeros los goces / De la materia son,
Y que no puedes retenerlos nunca / Sin cuidado y temor.

Que la dicha del hombre no consiste / En la abundancia de lo temporal;
Que en la penosa condición terrena / Una vida mediana bastará.

Cuanto el hombre mayores ansias tiene / De vida espiritual,
Más penosa y amarga la miseria / De esta vida será.

Porque más y mejor comprende claro / La humana corrupción,
Y que todo es ruindades y vilezas / Y que todo es grandísima aflicción.

Aquel que su miseria desconoce / Es muy digno de lástima y piedad,
¡Y más aún si complacido en ella / No vuelve su mirada al *más allá!*

Hombres necios que vais por esta Tierra / Cual si fuera una eterna posesión,
¡Tan atados a ella en vuestra carne / Y helado y descreído el corazón!

Sólo pensáis en los carnales goces / Y olvidáis que en los cielos está Dios...
Y así lamentaréis un día el tiempo / Que en efímeros goces se perdió.

Al revés de mis santos escogidos / Que despreciaron el placer fugaz;
Todo cuanto en la vida florecía / No era nada a sus ansias de verdad.

Suspiraba su afán y su esperanza / Por los bienes que nunca han de acabar,
Mientras todo lo vil y pasajero / Miraban con frialdad.

¡Hijo!... No pierdas el precioso tiempo / Que Dios te ha dado para ser feliz,
Con eterna ventura que ninguno / Podrá apartar de ti.

Levántate al momento y la tarea / De tu enmienda no quieras dilatar virtudes,
Que ahora es tiempo de sembrar / Cual mañana será de cosechar.

Piensa si tienes amarguras tantas / Que es la buena ocasión de merecer,
Y pasar por el fuego y por el agua / Hasta por fin vencer.

El Alma:

En tanto que traemos este cuerpo / No podemos estar
Sin angustias, miserias y pecados, / Sin lucha y ansiedad.

Nos conviene tener larga paciencia / Y en tu gran misericordia esperar,
Mientras triunfa la Vida de la Muerte / Y se acaba por fin toda maldad.

Que es grande y mucha la flaqueza humana / Que siempre al vicio inclinada está,
Hoy deploremos nuestros extravíos / Y volvemos mañana a retornar.

Es que tan flacos y mudables somos / Que jamás deberíamos sentir,
Nada grande ni bueno de nosotros / Que siempre vamos a lo bajo y vil.

Y perdemos por un leve descuido / Aquello mismo que costó adquirir,
¿Si tan tibios estamos al comienzo / Qué seremos al fin?

¡Ay de nosotros que queremos siempre / Tranquilos reposar,
Como si ya tuviésemos ganada / La perdurable paz!

Y siendo así que ni señal parece / De austera santidad.
¿Qué esperanza tenemos de la enmienda / Ni de avance en la vía espiritual?

DIÁLOGO XXIII

Del pensamiento de la muerte

Cristo:

Es conveniente que recuerdes siempre / Que la muerte muy pronto llegará;
¡Y que el hombre que hoy es, no lo es mañana!... / Ojos que no ven, recuerdo que se va...

¡Dura torpeza la del hombre incauto / Que vive sin cuidado al porvenir!
¡Consagrado tan sólo a lo presente / Cual si nunca tuviera que morir!

Si nadie de la muerte está exceptuado, / Es de los sabios esperarla bien,
Que llevando tranquila la conciencia / ¿Qué se puede temer?

Y si acaso no estás hoy preparado / ¿Mañana lo estarás?...
¡Qué incierto es el día de mañana / Y no puedes saber si le verás!...

¿De qué te servirá una larga vida / Si no reparas lo que ya pasó?
¿Si acaso añadirás más desaciertos / Que te serán causa de mayor dolor?

Muchos cuentan los años que han pasado / En vida religiosa y devoción,
Y no piensan que acaso un solo día / No lo vivieron sin imperfección.

Y así, grandes temores y ansiedades / Te produce la idea de morir,
Más peligroso puede serte acaso / Prolongado vivir.

Bienaventurados los que siempre tienen / La hora de su muerte fija en sí
Porque todo lo ordenan; de sorpresa / No les toma su fin.

¿Has visto alguna vez cómo la muerte / Troncha de pronto una existencia en flor?
Y, que el mismo camino será el tuyo / ¿No se mueve a reflexión tu corazón?

Cuando vivo te ves en la mañana / Medita si a la noche llegarás;
Luego piensa a la luz de las estrellas, / Si podrás a la aurora contemplar.

Es por eso que siempre aparejado / Y con gran vigilancia has de vivir,
Que "*nadie sabe el día ni la hora / En que el Hijo del Hombre ha de venir*".

Y comienza a vivir como quisieras / Encontrarte al final,
¡Qué feliz y tranquilo el que así piensa / En su hora postrera se hallará!

Entonces desearás haber vivido / Muy consagrado a practicar el bien,
En la austera renuncia de ti mismo / Y renuncia absoluta del placer.

Entonces desearás haber tenido / Gran paciencia con toda adversidad,
Y sentirte inundado de confianza / Que una pura conciencia te dará.

Nunca confíes la salud de tu alma / Al amigo, al pariente... ¡no, jamás!
El porvenir eterno que te espera / Son tus obras que deben preparar.

Es mejor si con tiempo vas labrando / Lo que tú anhelas encontrar después,
Si tú no eres solícito contigo / ¿Han de serlo los otros por tu bien?

Es el tiempo tesoro muy precioso, / Vanamente lo pierdes, sin pensar
Que él puede darte lo que más anhelas / Y fue tu sueño..., ¡la felicidad!

Te puede suceder que un día quieras / Los asuntos de tu alma disponer,
Mas, si lo has dilatado injustamente / ¿Sabes si ese día lo podrás tener?

¡De cuánta angustia te verías libre / Si pensaras que tienes que morir!
Esta es la hora de ordenarlo todo / Si quieres que tranquilo sea el fin.

Aprende hoy a morir para este mundo / Y comienza a vivir muy junto a Mí.
Aprende a despreciar todo lo vano... / Y hacia el Reino de Dios podrás subir.

Necio eres si piensas vivir mucho, / Y es de cierto, que no puedes contar
Ni con un día solo más de vida / Que dé seguridad.

Cuántas veces oíste referencias... / Que uno a filo de espada feneció,
Otro ahogado o a manos de ladrones, / ¡A hierro o a fuego, su final llegó!

Que es la muerte el término de todos, / Y la vida del hombre es tan fugaz
Como una sombra que en la tierra pasa / Para no volver más.

Y después de la muerte, dime, ¿cuántos / Se acordarán de ti?
Haz hoy lo que pudieres, que no sabes / Cuándo será tu fin.

Hoy es el tiempo de allegar riquezas / Y un tesoro inmortal;
Que tu Dios y tu alma viven siempre / Porque llevan en sí la Eternidad.

Con los santos y justos busca alianza / Imitando sus obras de virtud,
Y que al salir de la terrena vida / Te abran ellos el Reino de la Luz.

Imagínate que eres peregrino, / Huésped viajero, al que nada va
De las cosas efímeras del mundo / Donde vive, y que pronto dejará.

Si aquí no tienes tu ciudad durable / Guarda libre y en alto el corazón,
Bien desligado de terrenos lazos / Y levantado a Dios.

Endereza hasta allí tus oraciones, / Tus suspiros, anhelos y tu afán;
Y que pueda tu espíritu en la muerte / A mis brazos volar.

DIÁLOGO XXIV

Del juicio y penas de la otra vida

Cristo:

Mira el fin en las obras que realizas / Y piensa cómo le responderás
A aquel Juez, riguroso, Sabio, Eterno, / Que ha visto el bueno como el mal obrar.

Ante Él no quedó cosa encubierta / Ni los dones le mueven a piedad;
Ninguna excusa basta..., ¡lo vio todo!... / Es hora de justicia... ¡Pasó la de implorar!...

Tú que te afectas por un rostro airado / ¿Qué no será Él, inexorable Juez?
¿No es mejor que proveas por ti mismo / Su piedad infinita a merecer?

Ahora tu trabajo es meritorio / Y tus gemidos hallarán perdón,
Mas, en la hora del Eterno Juicio / Nada vale, ni el llanto, ni el dolor.

Aquí tiene toda alma que es paciente / Un ancho campo para la expiación,
Que en injurias, ofensas y desprecios / Tiene un gran purgatorio redentor.

Ruega a Dios por aquellos enemigos / Y perdona con noble corazón,
Y aun devuelve con bien el mal sufrido, /Y es holocausto que recibe Dios.

Es mejor la expiación en esta vida / Porque es mérito al alma de verdad,
Que sufrir en la otra, duras penas / Que no sabes por cuánto durarán.

El Alma:
¡Cierto obramos nosotros engañados / Por amor a la carne nada más!...
¡Que a mi mismo me perdono todo / Y a los otros no quiero perdonar!

Cristo:
En aquello que el hombre ha delinquido / Con mayor gravedad,
Con iguales dolores que ha causado / Castigado será.

Allí los holgazanes, perezosos, / Se verán apremiados a correr
Por una oculta fuerza misteriosa / Sin comprender ni cómo ni por qué.
Los golosos que sólo se ocuparon / De escogidos manjares saborear,
Sin jamás acordarse del mendigo / Que carece de todo..., hasta del pan.

Se verán angustiados duramente / Por el hambre y la sed.
¡Oh! ¡Cuán caritativos se tornaran / Si pudieran de nuevo aquí volver!

Los lujuriosos, buitres insaciables, / Que perdieron su tiempo en el placer,
Que destrozaron, honras, vidas, almas, / Qué espantoso tormento han de tener!...

Los envidiosos que obstaculizaron / La dicha de otros con ardiente afán,
Atormentados de tristeza amarga, / Sin amor ni esperanza se verán.

El soberbio que siempre se juzgaba / Por su mérito a todos superior,
Se verá tal cual es en su miseria / Cubierto de vergüenza y confusión.

Los avaros, desnudos y harapientos / Roídas las entrañas de ansiedad,
"¿Dónde están mis riquezas, mis tesoros?" / Con ayes lastimeros gemirán.

Más grave será allí sólo una hora / De acerba pena y hondo padecer,
Que cien años de dura penitencia/ En oprobio, desprecios y desdén.

Es aquí donde debes saldar cuentas / Y lavar con el bien tu imperfección,
Porque el día del juicio estés seguro / De tu entrada a los Reinos del Amor.

Será el día del triunfo y de la gloria / Para el virtuoso que en dolor pasó
Toda una vida de paciente lucha / De heroica inmolación.

Allí se verá grande el más pequeño / El que un grano de arena fuera aquí,
El que dobló al juicio de los hombres / Su propio juicio por amor a Mí.

Lleno de fe y de confianza el pobre / Que despojado, a nadie despojó,
Esperará que Dios le galardone / Con todo el bien que por su amor perdió.

Toda angustia sufrida con paciencia / ¡Oh!, cuán plácida y dulce le será!
Será delicia lo que fue amargura / Luz de sol lo que fue obscuridad.

En el gran día de la Luz Eterna / Lo que aquí es despreciado brillará,
Y el valor de las obras buenas, santas, / Con justicia infinita se verá.

Feliz te sentirás de haber morado / En una choza miserable y ruin,
Resignado y paciente en la pobreza / Más que en palacios de oro y de marfil.
Verás el fruto de tu gran paciencia / En un mundo de dicha y de esplendor,
Ante el cual los poderes de este mundo / Son humo de ilusión.

Y verás lo que vale la obediencia / Y la renuncia de tu voluntad,
Y el despojo de todas las riquezas, / Y el sufrido silencio y la humildad.

Entonces gozarás de haber orado / Mientras otros buscaban el placer;
¡Cuánto vale la vida estrecha y pura / Tan sólo entonces lo echarás de ver!

Y harás comparación de tu alegría / Con las angustias del que mal obró,
Para él un abismo de desdichas / Para ti, cantos del Divino Amor.

Sólo allí se conoce lo que vale / Un resignado padecer aquí,
Y se valora el mérito que tiene / Perdonar y sufrir.

No se puede tener dos paraísos / Deleites en la tierra y gozo allá,
Que el Reinado de Cristo se conquista / En heroicas batallas, de verdad.

Mira siempre que todo en este mundo / No es más que vanidad,
Y que sólo guardar la Ley Divina / Te dará una feliz eternidad.

¡Cuán seguros están de ser dichosos / Los que buscan a Dios de corazón,
Ni la muerte, ni el juicio, ni el infierno / Les producen el más leve temor!

Están seguros en su amor perfecto / Que a Dios les llevará,
Como llevan las brisas de la tarde / Las rosas deshojadas de un rosal.

DIÁLOGO XXV

Del mejoramiento de nuestra vida

Cristo:

Vela, hijo, con grande diligencia / En lo que has prometido a tu Señor,
Y piensa de continuo a *qué viniste* / Y si al mundo dejaste, fue por Dios.

Corre pues con fervor por el camino / Que debe conducirte a perfección,
En la cual, por los esfuerzos tuyos, / Tendrás el galardón.

Gran descanso y aun grande alegría / Te inundará, si permaneces fiel
En servir al Señor que has elegido, / Y que jamás defraudará tu fe.

Siempre debes tener buena esperanza / De victoria final,
Mas, no aflojes en la lucha ni por eso / Te creas superior a los demás.

Un hombre estaba acongojado y triste / Entre dulce esperanza y gran temor,
Ante el altar de un templo solitario / Llorando se arrojó.

"¡Si supiera que en el buen camino / He de perseverar!..."
Exclamaba entre llantos y congojas / Sin poderse aquietar.

La divina respuesta vino pronto, / La oyó dentro de sí:
"¿Cómo harías si aquello lo supieras?... / ¡Desde ahora comienza a hacerlo así!"

Y consolado en sus dolientes ansias / Se ofreció a la Divina Voluntad,
Turbación y congojas terminaron / Y retornó la paz.

No volvió a escudriñar curiosamente / Buscando de saber su porvenir,
Sino que averiguó qué cosa fuera / Más buena y justa y agradable a Mí.

Y comenzó a perfeccionar sus obras / Las frases del Profeta repitió:
"En la Tierra serás apacentado / Haz el bien esperando en el Señor" (I)

Un tropiezo detiene en el camino / A las almas que buscan perfección;
El espanto a la lucha, a la batalla / En ciertas cosas que contrarias son.

Es allí donde el alma se modela / Y donde alcanza claridad mayor
Porque salta el espíritu las vallas / En heroica y total renunciación.

Más fácil es el triunfo al decidido / Aun cuando lleno de pasión esté,
Que al de buen natural, si poco aliento / Pone en la lucha por obrar el bien.

Hay dos maneras de ayudarte mucho / A mejorar tu condición actual;
Es la una desviarte con esfuerzo / De toda inclinación que lleva al mal.

Es la otra, luchar fervientemente / Por la virtud de que careces más;
Y aquello que en los otros te disgusta / Cuidarte de evitar.

Y piensa siempre que de igual manera / Que tú a los otros sus defectos ves,
Ellos te miran, descubriendo acaso / Lo que tú no acertaste a conocer.

¡Oh! ¡Cuán dulce es mirar a los cristianos / Con entusiasmo practicar el bien!
¡Y cuán triste saberles apartados / Del austero camino de la Ley!

¡Cuánto daño recibe el negligente / Que al llamado divino le es infiel,
Para ocuparse en lo que no le atañe / Con la vana ilusión de que obra bien!

Acuérdate del fin que te has propuesto / Mira bien mi holocausto de la Cruz,
Y compara lo que haces por tu alma / Con cuanto padecí por tu salud.

Mucha causa tendrás de avergonzarte / Si meditas lo que hice Yo por ti;
Y tu descuido en conformar tu vida / Con los grandes ejemplos que te di.

Ha muchos años en que vas andando / Por los caminos de la Religión...
¿Cómo se explica que tan lejos te halles / De toda perfección?

El alma que medita asiduamente / En lo que mi vida de la tierra fue,
En mi heroico holocausto y en mi muerte / Le sobra ejemplo para obrar el bien.

El Alma:

¡Oh, mi amado Señor Crucificado!... / Si tú entraras en éste corazón,
Me parece que presto yo sería / A correr por la senda de tu amor.

Y sería solícito a seguirte / En perfecta obediencia y sumisión,
Convencido que sólo entre tus brazos / Tendré consolación.

Cristo:

El cristiano que vive descuidado / Gravemente está cerca de caer;
Y quien busca vivir en más anchura / Profundo descontento ha de tener.

Y se asombra de tantos religiosos / Que viven en estrecha austeridad,
Sin poner atención en lo terreno / Sino en lo espiritual.

Esa vida apartada y solitaria / De gran silencio y de continuo orar,
Negándose hasta el sueño y el descanso / Para más trabajar.

La Cartuja, el Carmelo, los del Cister / Y tantos otros más,
Viven vidas angélicas, no humanas, / La vida de la eterna realidad.

Cosa noble sería que empezases / La Santa obra de tu perfección,
Como esa multitud de religiosos / Que tienen fija su mirada en Dios.

El Alma:

¡Oh!, si siempre pudiéramos la vida / Vivirla consagrados al Ideal...
¡Ideal Supremo de Inmortal Belleza, / Ideal Divino de profunda Paz!...

Pluguiese a Dios que dejásemos de lado / La dura servidumbre material,
Que por ella, muy tarde es que buscamos / ¡Oh, Señor, tu consuelo espiritual!

Cristo:

Cuando el hombre no busca su consuelo / En criaturas o cosas sin valor,
Es entonces que encuentra la dulzura / Y la divina suavidad de Dios.

Entonces, ni se alegra en la abundancia / Ni le turba y contrista la escasez,
Por completo entregado a lo Divino / Todo tiene teniendo a Dios con él.

Que sólo Él no perece ni se muda / Es principio de todo y es el fin;
Acuérdate de esto, y de que el tiempo / Ya perdido, jamás volverá a ti.

Nunca alcanzarás virtud alguna / Sin gran esfuerzo y sin renunciación,
Y luego dulce hallarás todo trabajo / E inundado de paz tu corazón.

Tanto más adelanto será el tuyo / Cuanto más fuerza te haces hacia el bien,
Sobre ti vela siempre muy despierto / Si quieres serme fiel.

(1) Psalmo 36

PORTAL SEGUNDO

DE LA

MORADA INTERIOR

DIÁLOGO I

De la morada interior

Cristo:
Dije un día que "*dentro de vosotros / Está el Reino de Dios*",
Y que tu alma encontrará reposo / Si te tornas a Dios de corazón.

Despegado de cosas exteriores / Y entrado a lo interior, verás lucir
La claridad del Reino de los cielos / Que está dentro de ti.

Es el reino de la paz y del sosiego / Que sólo el que me sigue gozará,
Si dispones en ti bella morada / Toda mi gloria hacia ti vendrá.

Es al hombre interior a quien visito / Y dulcemente le hablo al corazón,
En confidencia familiar y tierna / ¡Mi amor vive en su amor!

¡Oh, pues, alma fiel!... Abre tu puerta / A este esposo que se llega a ti,
Para morar contigo en dulce alianza / Que no conoce fin.

Y ya lo dije: "aquéllos que me aman, / Mi palabra fielmente guardará,
Y Yo vendré para morar en ellos / Y no apartarme más".

Dame entrada, hijo mío, en tu morada / Y clausura tu puerta a lo demás
Que si a Mi me tuvieras, ya te basta, / ¡Que Yo soy para Ti la saciedad!

Y Yo seré tu proveedor en todo / Para que nada tengas que esperar
De los hombres mudables y ligeros / Que sólo turbación te pueden dar.

Que Yo soy el que siempre permanece / Como un faro alumbrándote hasta el fin...
Dame entrada, hijo mío, en tu morada, / ¡Que cargado de dones vengo a Ti!

Nunca debes poner mucha confianza / En el hombre mortal,
Quebradizo como una rama seca / Aunque él mismo te jure su lealtad.

Ni tampoco te apenes demasiado / Si un ser que mucho amas, te es infiel,
Que los que hoy son contigo, ya mañana / Son vueltos al revés.

Las criaturas se mudan como el viento / Que de un punto a otro se le ve cambiar
Pon en Mí, tu esperanza y tus anhelos, / Que soy inconmovible en la Verdad.

Deja en Mí tus afanes y temores / Que Yo muy bien responderé por Ti,
Si abandonado a mi querer tan solo / Caminas junto a Mí.

No es la Tierra ciudad de tu morada / Donde extraño viajero te verás;
Si no te unes conmigo estrechamente / Tan sólo desengaño encontrarás.

Di, ¿qué miras aquí, si no es la Tierra / Lugar de tu reposo y de tu paz?
Si eres ave de paso en esta vida /Como de paso todo has de mirar.

Piensa siempre que tienes tu morada / En mi Reino divino y celestial;
Las cosas de la tierra pasan pronto / Y tú también como ellas, pasarás.

Guárdate de afianzarte en lo mudable / Porque puedes caer,
Tu confianza, tu apoyo y tu firmeza / Búscalas siempre en el Eterno Bien.

Si no sabes pensar cosas profundas / Del Reino Celestial,
Descansa en los pasajes de mi vida / Y en mi muerte que tanto te dirán.

Si piensas los oprobios y desprecios / Que como Hombre en la tierra padecí,
Los dolores, angustias y martirios / Que tuve que sufrir.

Muy poca cosa te serán tus penas / Y fácil te será de soportar
Los vituperios de los maldicientes, / Los más duros agravios que te harán.

Si en el mundo Yo fui tan despreciado / Tan cargado de injurias y dolor,
Soportando abandono y desamparo / Aun de aquéllos que acercó el amor.

¿Osas quejarte, pretendiendo acaso / Que todos, tus amigos han de ser?
¡Tuve Yo tan tenaces adversarios / Y pasé por la tierra haciendo el bien!

Si nada quieres padecer conmigo, / ¿Cómo, di, tu paciencia has de probar?
Si no quieres sufrir como he sufrido / ¿Cómo mi amigo te podré llamar?

Si Conmigo padeces por mi causa / Así mismo Conmigo reinarás,
Y en los secretos de mi amor divino / Por siempre vivirás.

¿Qué podrían hacerte los desprecios / Si te ha inundado mi consolación?
¿Qué te hará el desamparo, el abandono / Si Yo desbordo sobre ti mi amor?

Si a mi amor encendido y sobrehumano / Lo llegas a entender,
Poco o nada te harán los abandonos / Ni el agravio, la injuria y el desdén.

Es sabio de verdad el que a las cosas / Las ve y entiende tales como son,
Pues que más que enseñado de los hombres, / Su Maestro fui Yo.

Y si estimas en poco lo de fuera / Y buscas el vivir dentro de ti,
Prontamente escucharás mis voces / Que te dicen bajito: ¡Ven a Mí!

Para el hombre interior es cosa fácil / Sus faltas corregir,
Porque huye el exterior tumulto / Y gusta de vivir dentro de sí.

Se conforma con cuanto le sucede / No le estorba el trabajo material,
Porque ordenada su morada interna / Lo de fuera le es fácil ordenar.

Se turba el alma cuando muchas cosas / Le absorben por completo la atención;
Que todo te vendría cual conviene / Si bueno y limpio está tu corazón.

Si las cosas externas te conturban / Y causan amargura y ansiedad,
Es señal de que estás atado a ellas / Y que muerto para ellas aún no estás.

Que es la cosa que más estorbo causa / A la vida interior,
El amor desbordado a las criaturas / Que obscurece y estruja el corazón.

Si desprecias consuelos exteriores / Te hartarás de dulzura celestial,
Y apartado en tu íntima morada / Te inundará mi paz.

DIÁLOGO II

Paciencia y humildad

Cristo:

Hijo, no te preocupes demasiado / De quién esté contigo o contra ti,
Cuida en cambio que en todo lo que haces / Me conformes a Mí.

Si cuidas de tener limpia conciencia / Dios te defenderá.
Si Dios ayuda, la malicia humana / Jamás puede dañar.

Los favores de Dios verás contigo / Si aciertas a callarte y a sufrir;
A Mí me pertenece el ayudarte / Si resignado te ofreciste a Mí.

El Alma:

Yo comprendo que a veces me conviene / Por mis faltas, estar en confusión,
Me humillaré por todos mis defectos / Y si he pecado pediré perdón.

Y mi humildad aplacará a los otros / Que airados se pusieron contra mí;
¡Tú defiendes, Señor, al que es humilde / Y a él Te inclinas por llevarle a Ti!

Al humilde descubres tus secretos / Y al humilde le das consolación;
Dulcemente le atraes a tu lado... / Y le invitas a tu cámara de amor.

Cristo:

El que es humilde, aunque reciba injuria / Y grande afrenta, se mantiene en paz,
Pues no le importa lo que diga el mundo / Sabiendo que su Dios con él está.

Al que no tuvo pretensión alguna / De parecer mejor que los demás,
No le afecta gran cosa que le tengan / Por lo que él mismo piensa ser verdad.

Piensa el humilde ser tan poca cosa / Que juzga a todos superiores a él;
Al que así se coloca sobre el llano / Nada le puede el vendaval hacer.

DIÁLOGO III

Del hombre bueno y pacífico

Cristo:

Si quieres dar la paz a tus hermanos / Busca primero de tener tu paz,
Que si estás turbulento, apasionado, / Aun hasta el bien convertirás en mal.

Si eres hombre pacífico y tranquilo / En toda cosa encontrarás la paz,
Porque siempre lo bueno y no lo malo / En todo pensarás.

El hombre descontento y alterado / De toda cosa se sospecha el mal;
Siempre turbado no descansa nunca / Ni a los otros les deja descansar.

Y dice siempre lo que no debiera / Y no hace nunca lo que debe hacer,
Gusta pensar en los deberes de otros / Pero nunca medita en su deber.

Hijo, que sea tu primer cuidado / Tener limpio y tranquilo tu interior,
Que es cosa necesaria a los que quieren / Guiar a otros a la perfección

Tú sabes excusar muy bien tus faltas / Y prohíbes que otros sus disculpas den,
Más justo es que te acuses a ti mismo / Y excuses a tu prójimo después.

Sufre, si quieres que te sufran otros, / Y piensa siempre qué distante estás
De la humildad que no desdeña a nadie / Y que sólo contra sí se puede airar.

No es gran mérito estar con los virtuosos / Porque nos place su dulzura y paz;
Todos amamos a quien bien nos ama / Y concuerda con nuestro razonar.

Vivir en armonía con los tercos, / Perversos y de dura condición,
Eso es virtud y abnegación muy grande / ¡Eso es la perfección!

Hay algunos que tienen paz consigo / Y con otros también,
Y los hay que sin paz en ellos mismos / A nadie le permiten de tener.

Molestos y enojosos para otros / Lo son más todavía para sí;
Gran prueba de virtud es soportarlos / Y con ellos vivir.

El Alma:

Veo, Señor, que el sufrimiento humilde / Es lo que puede procurarnos paz,
En este valle miserable y triste / Donde nos sobra la contrariedad.

Mayor paz y consuelo experimenta / El que sabe tranquilo padecer;
Vencedor de sí mismo ha conquistado, / Señor, tu herencia..., ¡el Supremo Bien!

DIÁLOGO IV

Pureza de afectos y sencilla intención

Cristo:

Son dos las alas con que el hombre asciende / De este mísero valle terrenal,
La *pureza* de todos sus afectos / Y en toda su intención, *simplicidad*.

Fácilmente hacia Mí suben los ojos / Si es sencillo y es puro el corazón,
Que se funde en amor dentro del mío / Hasta ser uno solo por la unión.

Ninguna obra te será impedida, / Si está tu corazón en libertad,
De deseos que son desordenados / Y te estorban de hacer mi voluntad.

Toda criatura te sería espejo / De vida, de belleza y de saber,
Si fuese el corazón ánfora llena / De pureza y de santa sencillez.

No hay criatura tan baja y tan pequeña / Que no refleje la Bondad de Dios,
Y así lo sentirías en ti mismo / Si tuvieras a Dios en tu interior.

Que no hay impedimento que le estorbe / Al que tiene muy puro el corazón,
Porque él penetra el cielo y el infierno, / Y su juicio es conforme a su interior.

Si es posible algún gozo en esta tierra / El puro corazón lo poseerá,
Y si existen angustias en el mundo / El de mala conciencia, tiene más.

El hierro pierde el óxido en el fuego / Y se hace reluciente a su calor,
Así el hombre es librado de torpezas / Si enteramente se convierte a Dios.

Y es mudado como en hombre nuevo, / Siente fuerzas en sí para vencer,
Lo que antes su tibieza lo tenía / Por muy grave de hacer.

Que cuando el hombre ha comenzado a enfriarse, / Un pequeño trabajo le es dolor,
Y entonces busca con afán y gana / El consuelo exterior.

Hijo, empieza a vencer valientemente / Cuanto te estorba en tu carrera a Dios,
Todo en Él te será suave y ligero / Pues que le tienes en tu corazón.

DIÁLOGO V

De la propia consideración

El Alma:

Pienso, Señor, que en los asuntos graves / Nunca en nosotros nos debemos fiar,
Que es tan poca la lumbre que tenemos / Si no viene, Señor, ¡tu claridad!

Y la perdemos por la negligencia / Y ciegos nos quedamos sin tu luz;
Mal obramos y peor nos excusamos, / Nos mueve la pasión, no la virtud.

En otros reprendemos lo pequeño / Y lo nuestro sabemos bien callar;
En silencio ocultamos faltas graves / Que en los otros buscamos divulgar.

¡Oh!, qué presto sentimos y agravamos / Lo que de otros tenemos que sufrir,
Y no vemos cuán duro es lo que a otros / Les damos que sentir!

Cristo:

Las almas recogidas anteponen / A cuidados ajenos el de sí,
Y el que está preocupado con lo suyo / Poco tiene de otros que decir.

Nunca tendrás espiritual sosiego / Si mucho miras al ajeno obrar;
Es a ti mismo que mirar te debes / Antes que a los demás.

Si tan sólo te ocupas de agradarme / Y de poner en orden todo en ti,
Poco importará lo que de fuera / Llegases a sentir.

¿Adónde estás cuando no estás conmigo? / ¿Adónde vas corriendo aquí y allá?
¿Qué has ganado ocupándote de todo / Y no de lo que importa de verdad?

Si quieres tener paz y unión conmigo, / No debes derramarte al exterior,
Te conviene dejar lo que no atañe / A los deberes de tu obligación.

Si libre estás de temporal cuidado, / A muchos con tu luz alumbrarás,
Que si en mucho estimares lo de fuera / Muy falto te verás.

Nada te plazca como grande y bello / Si agradable no fuera a tu Señor;
Lo que no sea Voluntad Divina / Para ti no tendrá ningún valor.

Estima como efímera y muy vana / Cualquier consolación,
Que viniera hasta ti de las criaturas, / Si no es para acercarte más a Dios.

El alma que ama a Dios desprecia todo / Y nada quiere donde no está Él,
Halla en Él su quietud y su alegría / Halla en Él su más íntimo placer.

DIÁLOGO VI

De la alegría de la buena conciencia

Cristo:

La alegría tranquila de los justos / Es testimonio de la interna paz;
Si pura y limpia tienes la conciencia / De una dulce alegría gozarás.

Una buena conciencia, muchas cosas / Con gran serenidad puede sufrir;
Y aun alegre en las adversidades / Es capaz de vivir.

En cambio la conciencia perturbada / Siempre agitada de inquietud está;
Si el corazón de nada te reprende, / ¡Qué suave descansar!

No te alegres sino cuando de cierto / Hubieses hecho el bien;
Sólo existe alegría verdadera / En el fiel cumplimiento del deber.

El Alma:

"No hay paz para el malvado"; nos ha dicho / Por boca de Isaías, el Señor,
Mas los malos en medio de placeres / Dicen que llenos de ventura son.

Cristo:

¡No los creas!... No saben lo que dicen, / Porque súbitamente, llegará
La Justicia Divina que a la nada / Sus obras y su gloria, tornará.

No es gran dificultad para el que ama, / Con amor recibir tribulación,
Como Yo con la Cruz de mis dolores / Me abracé con amor.

Breve es la gloria que te dan los hombres, / Con mezcla de tristeza siempre va;
La alegría del justo de Dios viene / Por Él y para Él, y es de verdad.

El que se afana por la eterna dicha / Muy poco cuida de la temporal;
Quien tiene el corazón preso en la tierra / Poco se afana por lo celestial.

Gran reposo tendrás si no te cuidas / De alabanzas que son humo y vapor,
Ni te afligen tampoco los desprecios / Si de nada te acusa el corazón.

Fácilmente se aquieta la conciencia / Que sabe lo que es dentro de sí;
La alabanza no te hace más perfecto / Como el desprecio no te hará más vil.

Lo que seas ante Dios, es lo que eres, / Las alabanzas no te harán mayor;
Los hombres sólo miran lo de fuera, / Sólo a Dios se descubre el corazón.

Mira el hombre las obras exteriores, / Dios mide con justicia la intención,
Haz el bien sin pensar en lo que vean / Que allí está la humildad de corazón.

El hombre que no espera de los hombres / Aplausos por sus prácticas de bien,
Claro muestra que sólo le complace / El agrado de Dios que todo ve.

No es mayor el que está más alabado / Ni es menor el que sufre humillación;
Es más grande el que tiene a Dios consigo / Y en Él sólo ha ocupado su atención.

DIÁLOGO VII

Del amor a Cristo sobre todas las cosas

Cristo:

¡Alma bienaventurada que conoces / Qué es amarme y recibir mi amor,
Y por mí despreciarte hasta ti misma / Y conmigo llenar tu corazón!...

¡Alma bienaventurada si comprendes / Que amado sobre todo quiero ser!
¡Engañoso y mudable en las criaturas, / Sólo Yo, en el amor, te seré fiel!

Quien se afianza en las débiles criaturas / Como ellas caen, caerá también;
El que se une conmigo, en Mí se afirma / Y baluarte de amparo le seré.

¡De los hombres serás desamparado / Que lo quieras o no, alguna vez!...
Fuertemente abrázate conmigo / Que si todos te faltan, Yo estaré.

Soy tu Amado y quiero estarme solo / En el nidillo de tu corazón...
Como rey asentado en propio asiento / Tal es mi condición.

¡Oh! Si acertases a vaciar tu nido / De todo afecto efímero y fugaz,
De buen grado contigo moraría / Para siempre en ti.

Cuanto amor y confianza tú pusieras / En criaturas mudables, y no en Mí,
Tanto más perderás de mis ternuras / Tanto más lejos me verás de ti.

No estribes sobre caña que es vacía / Que toda carne es heno que caerá,
"Toda su gloria como flor del campo / El viento de la noche llevará" (I)

Y si miras tan solo a la apariencia / Que por de fuera en las criaturas ves,
Engañado serás a cada paso: / Que hay en ellas secretos y doblez.

Y si buscas descanso en las criaturas / A veces mucho daño sentirás;
Sólo en Mí que te busco y que te llamo / Descanso verdadero gozarás.

Si a ti mismo te buscas sobre todo / Es bien seguro que te encontrarás;
Mas, aquel que a sí mismo sólo quiere / En fría soledad se quedará.

Mayor daño te haces a ti mismo / Que el más vil enemigo puede hacer,
Si no buscas en Mí tu fortaleza / Ni aun de ti te podrías defender.

(I) Isaías 40.

DIÁLOGO VIII

De la familiar amistad de Jesús

El Alma:

Cuanto Tú estás presente, todo es bueno / Y no hay nada difícil, ¡oh, Jesús!...
Y si ausente Tú estás, todo me es duro / Y hasta encuentro tinieblas en la luz.

Cuando Tú no me hablas aquí dentro / Todo consuelo me parece vil,
Mas, me lleno de gozo y de ventura / Si tu dulce palabra llega a mí.

¿No corrió presurosa Magdalena / De aquel lugar en que a llorar se dio,
Cuando Martha le dijo: / "*El Maestro Está aquí y te llamó*"?

Es bienaventurada y santa hora, / Aquella en que me llamas, ¡oh, Señor!
¡De las lágrimas al gozo de tus hijos / De la angustia a la gloria de tu Amor!

¡Cuán seco y duro sin tu amor me siento! / ¡Cuán necio y vano sin tu amor estoy!
¡Mayor desgracia que perder a todos / Es para mí tu ausencia, mi Señor!

Que el vivir sin tu Amor es un infierno / Y dulce paraíso el verte a Ti...
Cuando estás a mi lado no hay temores / Que ningún enemigo llegue a mí.

El que te halla, Señor, halla un tesoro / De verdad bueno sobre todo bien,
Y el que llega a perderte, ha perdido / Todo cuanto en el mundo hay que perder.

¡Pobre y mísero estoy sin tu presencia / Feliz y rico si tu Amor me das!...
¡Quiero el arte divino de atraerte..., / Quiero la ciencia de saberte hablar!

Cristo:

Si pacífico eres y humilde / Contigo Yo estaré;
Si amigo de silencio y de sosiego / Siempre a tu lado permaneceré.

Si te entregas a cosas exteriores / Poco tiempo a tu lado me tendrás,
Y si así de tu casa me destierras / ¿A dónde tú irás?

Dime, ¿dónde buscarás amigos / Si tu amigo no fuera siempre Yo?...
Sin amigos no puedes vivir mucho, / Que tu pan y tu vida es el amor.

Menos mal es tener como contrario / A todo el mundo que perderme a Mí...
Que el mundo pasa..., los amigos mueren, / Sólo Yo soy eterno para ti.

Por sobre tus amigos, soy tu amigo, / Ama a todos los hombres en mi amor,
No codicies afecto de criatura, / Ni busques ocupar su corazón.

En ti estaré como en mi casa propia / Si libre y puro en tu interior estás...
En el alma rendida a mis ternuras / ¡Qué dulce es reposar!

Te conviene tener siempre desnudo / De terrena afición tu corazón,
¡Si te quieres saciar de santo gozo / Y sentir cómo suave es tu Señor!

Es cierto que si llega a tu morada / Graciosa y dulce mi visitación,
Te sientes poderoso para todo, / Te sientes fuerte porque en ti "Yo estoy".

Y si ves que me alejo, pobre, enfermo / Y con la carga de tu soledad,
Te sientes como un mísero mendigo / Arrojado al arroyo sin piedad.

Nunca debes perder tus esperanzas / Y dispuesto estarás a mi querer;
Que al invierno le sigue primavera / y a la noche la luz de amanecer.

DIÁLOGO IX

Conviene carecer a veces de consolación humana

Cristo:

No es mucho despreciar consuelo humano / Cuando en ti sientes el Divino Amor,
Mas el verte privado de uno y otro / Es indicio de un fuerte corazón.

¡Qué maravilla si devoto, alegre / Te sientes lleno de mi Amor en ti!
Ese dulce horadar desean todos, / ¡Qué suave es el andar cerca de Mí!

¡Qué maravilla que no sientas carga / Si te lleva mi omnímodo poder!
¡Y te guío por plácidos senderos / Donde no sufrirás hambre ni sed!

El Alma:

Muy de gana tomamos pasatiempos; / Con gran dificultad
El hombre se desnuda de sí mismo, / Con gran esfuerzo y denodado afán.

Oí decir que el mártir San Laurencio / Al mundo y a sí mismo dominó.
Con la muerte de Sixto, su maestro, / Sacerdote de Cristo, que él amó.

Y sufrió por tu amor con gran paciencia / La triste soledad,
En que su alma quedó sin aquel guía / Que le abría la senda espiritual.

Y así venció con el Amor Divino / Aquel humano amor,
Y la noble afección de aquel amigo / En sólo tu amistad la refundió.

Cristo:

Aprende tú a dejar pariente o amigo / Cuando ello sea voluntad de Dios,
Y no es bien que te abata la tristeza / Si la muerte de ti les separó.

Conviene que en la lucha con ti mismo / Aprendas a vencer,
Y todos tus deseos se conformen / Al divino querer.

Cuando el alma no está sobre sí misma / A afecciones humanas pronto va...
Si se arroja por tales complacencias / Señal que no me busca de verdad.

Y si Yo te visito con mis dones / Y te inundo de gozo espiritual;
No pienses que es merecimiento tuyo / Sino tierna expresión de mi bondad.

Ni te ensalces ni alegres demasiado / Por la prueba de amor que se te dio
Porque puede pasarse aquella hora / Y tornar la tentación.

Y si fuera apagada en tu camino / Esa luz de radiante amanecer,
No te abatas en lóbrega tristeza / Porque de nuevo la podré encender.

No es cosa nueva para quien conoce / Los caminos de Dios,
Que mis Profetas y mis grandes Santos / Fueron privados de consolación.

Y uno de ellos decía, en la abundancia / De gracia, de consuelo y devoción:
"*No seré yo movido para siempre*" (I) / Mas, él también probó la turbación.

Imítale en el llanto y en el gozo / Y di también con él:
"*Llamaré a mi Señor con ruego intenso / A mi Dios llamaré*".

Y Él ha oído mi clamor profundo / Y envió misericordia sobre Mí.
En gozo se tornó todo mi llanto... / Me inundó la alegría de vivir...

El Alma:
Si así fue hecho con los grandes Santos / No debemos jamás desesperar,
Cuando sentimos que nuestra alma helada / No acierta ni tu Nombre a pronunciar.

Que por eso lo dijo aquel paciente / Y bienaventurado Job (II)
"*Me diste tu visita en la mañana... / Y de pronto me pruebas en dolor*"

¿Puedo esperar que diferente sea / Para mi alma el sendero espiritual?
¡Tu infinita Piedad será mi fuerza / Si me dejas, Señor, en soledad!

Tengo observado que aunque en torno mío / Haya almas buenas y de gran fervor;
Y a mano tenga los sagrados libros / Y suenen himnos de una suave unción,

Nada me vale ni dulzura encuentro / Si de mí te apartaste, ¡mi Señor!...
¡Que es tanta mi miseria y mi pobreza / Que no acierto a vivir sin tu calor!

Bien comprendo que no hay mejor remedio / Que la paciencia y la resignación;
¡A todo gusto y entregarme siempre / A tu Divina Voluntad, Señor!

Cristo:
Todas las almas que seguir quisieron / Por el camino que les trae a Mí,
Conocieron la aridez y las tinieblas / De este duro sufrir.

Ninguno de mis Santos se vio exento / De la gran soledad espiritual,
Que es la prueba de fuego por que pasan / Todos aquellos que me buscan más.

Y de cierto te digo que la angustia / De no sentirme, suele ser señal
De que pronto verás en tu horizonte / El iris de la paz.

Que a los probados con angustias graves / Es prometida la consolación;
Tal dice la Escritura: "Al que venciere / Daré el árbol de la vida y del amor".

Y el divino consuelo te hará fuerte / Para sufrir adversidades mil;
Que la carne no es muerta y la batalla / Te seguirá hasta el fin.

(I) Psalmo 29
(II) Job 7

DIÁLOGO X

Del agradecimiento por los dones de Dios

Cristo:
¿Por qué siempre buscando vas descanso / Pues que naciste para trabajar?
Prepárate a paciencia más que a dicha / Y a cargar con mi Cruz, más que a gozar.

Y no hay alma en el mundo que no tome / De buena gana la consolación,
Que excede en mucho a todos los placeres / Que tan torpes y vanos siempre son.

Es la alegría espiritual el fruto / De la virtud y del Amor de Dios,
Que desborda en corazones limpios / Como un torrente en la pradera en flor.

Mas no es a voluntad de quien lo siente / El gozar de continuo tanto bien;
Si así fuera, en la Tierra ya estaría / El celestial edén.

Hijo: la falsa libertad del alma / Mucho estorba al consuelo espiritual,
La excesiva confianza en ti mismo / Lo estorba mucho más.

Yo te doy el consuelo y es don mío / Y así debieras recibirlo tú,
Pensando que a mi gloria te he llevado / Desde los brazos de tu dura cruz.

Mas, ocurre que el hombre se atribuye / A sí mismo lo que Dios le da,
Y olvida en la embriaguez de su alegría / Cuál ha sido la fuente original.

Y por esto no abunda el don divino / Entre las almas de contemplación;
Ingrato el hombre a su Amador Supremo / Olvida el darle gracias por su don.

Y es por eso que aquel que no es humilde / Por más tiempo padece soledad,
Que a mí me atrae el que pequeño se hace / Y me rechaza el que se agranda más.

Que no es perfecto lo que está muy alto / Ni cuanto amamos agradable a Ti.
No todos mis anhelos son plausibles / Ni lo dulce es muy bueno para mí.

De muy buen grado aceptaré la gracia / De conocer mi nada, mucho más;
Y que me ayude a renunciarme en todo / Para así dar entrada a la Verdad.

Cristo:

El que fue enseñado por la luz divina / Y avisado con sabia corrección,
No osará el atribuirse bien alguno / Y hará de su pobreza confesión.

Serás justo si tomas lo que es tuyo / Y atribuyes a Dios lo que es de Dios,
Para Él sea la gloria y la alabanza / Y a ti las culpas y la humillación.

Ponte siempre en lo humilde, en lo pequeño / Y entonces, lo más alto te dará,
Que no está lo más alto sin lo hondo / Y es mejor que te suban que bajar.

Pequeños eran ante sí los Santos / Que a grande altura levantó mi Amor;
Cuanto más encumbrados más humildes / Que así los quiero Yo.

Llenas sus almas de la Luz Divina, / De Verdad y de gloria celestial,
No codiciaron glorias pasajeras, / Polvo y ceniza..., todo vanidad!

En ninguna manera son soberbios / Aquellos que afirmados son de Dios,
Y que a Él atribuyen cuanto tienen / De ciencia y de virtud en su interior.

Y no buscan jamás, el ser loados, / Que sólo buscan agradarme a Mí,
Sobre todas las cosas de la Tierra / Tienen a Dios como Supremo Fin.

Sabe, hijo mío, agradecer lo poco / Y te harás merecedor de mucho más;
Ten en mucho lo poco y despreciado, / Ten en cuenta que todo se te da.

Ningún regalo te será pequeño / Si meditas de dónde viene el don;
¿Puedes acaso ser mísero y mezquino / Lo que te viene del Supremo Amor?

Y aunque penas y angustias Yo te mande, / Igual lo debes tú de agradecer
Que es necesario a la salud de tu alma / A veces padecer.

Y si quieres guardar bien el tesoro / Del consuelo de Dios venido a ti;
Prudente, humilde, en oración continua, / Me buscarás a Mí.

DIÁLOGO XI

Pocos aman la cruz de Cristo

El Alma:

Veo, Señor, que hay muchos amadores / Para tu Reino de esplendor y luz,
Mas, hay muy pocos que de buena gana / Quieran llevar tu cruz.

Encuentras compañeros a la mesa / Del radiante festín espiritual,
Y muy pocos a la hora de abstinencia, / En que ni una migaja encontrarán.

Todos, quieren, Señor, gozar contigo / Y pocos quieren padecer por Ti.
Muy pocos gustan de beber tu cáliz / Pero sí cuando el pan vas a partir.

Muchos honran tu vida y tus milagros / Y engrandecen tu gloria en el Tabor,
Mas son pocos que aceptan la amargura / De todos tus dolores, ¡mi Señor!

Dulce cosa es amarte cuando brilla / Como un amanecer tu claridad,
Y en nuestro horizonte muy sereno, / No cruzan sombras de la adversidad.

Fácil es alabarte y bendecirte / Cuando nos brindas tu Divino Amor,
Mas si te ocultas a la vista, luego / Se llena el alma de desolación.

¡Oh, Señor! Si te amamos por Ti mismo / Y no por recibir consolación,
De igual manera te bendiga el alma / Aun cargada de angustia y de dolor.

El amor hacia Ti, si es verdadero / No admite mezcla con el interés,
Son mercenarios los que siempre buscan / En las cosas divinas su placer.

¿Dónde está uno que te siga amante / Lo mismo hacia la dicha que a la cruz?
¡Tan desnudo ha de estar de toda cosa / Como estuviste en el Calvario Tú!

Los pobres verdaderos del espíritu / ¿Dónde están escondidos, mi Señor?
Despojados de amor de las criaturas / ¡Qué grande es su valor!

Nada es repartir la hacienda toda, / Y el hacer penitencia poco es,
Y aunque tenga en sí mismo toda ciencia / Muchas cosas aún ha menester.

Que después de atesorado todo / Cuanto cabe en el alma de virtud,
Se abandone a sí mismo entre tus brazos / Extendidos en lo alto de la Cruz.

Y aun entonces como "siervo inútil" / Podríase tener,
Cual dijo tu palabra soberana / Que es para el alma ineludible ley. (I)

Cristo:
No hay ninguno más rico y poderoso / Y que tenga tan amplia libertad,
Como aquel que se deja a sí mismo / Y se entrega a la Eterna Voluntad.

(*I) Lucas 17*

DIÁLOGO XII

Del camino real de la Santa Cruz

El Alma:
Me has dicho *que me niegue a mí mismo* / En tu Santo Evangelio que es la luz;
Que te siga sereno y animoso / *Cargado con mi cruz.*

Y tal palabra nos parece dura / Penosa de cumplir,
Mucho más duro nos será que digas: / "Apartaos de Mí".

Es mejor escuchar de buena gana / Tu palabra brindándonos la Cruz,
¡Que oír que nos apartas de tu lado / En la hora postrera, mi Jesús!

La señal de la Cruz brillará en alto / Cuando a juzgarnos, Señor, Tú llegarás
Y los amigos de tu Cruz bendita / De gozo y alegría cantarán.

Cristo:
¿Si así es, por qué temes el llevarla / Sobre tus hombros y en tu corazón,
Si sabes que ella te abrirá las puertas / Del Reino de mi Amor?

En la Cruz de mi muerte esta tu vida / La confusión del que te quiere mal.
Está tu fortaleza, está tu triunfo / Y la corona de la santidad.

Toma mi cruz sin esquivez ni miedo / Si al Reino del Amor quieres llegar
¡Qué si mueres sobre ella y a mi lado / A mi lado, por ella, reinarás!

Que no hay otro camino más seguro / Y que lleve más pronto hacia la Luz,
Que abrazarte con todos los dolores / Que en esta vida formarán tu Cruz.

Y aunque corras de un lado para otro / En todas partes hallarás dolor...
Martirios en el cuerpo o en el alma... / Hoy y mañana la desolación.

Y peor sucederá que hasta ti mismo / Descontento y dolor te causarás,
Y no hallarás consuelo y refrigerio / Pues que será tan íntimo tu mal.

Padecerás hasta que Dios lo quiera / Y a veces sin alivio has de sufrir,
Que así tu corazón comprendería / Todo el dolor que padecí por ti.

El sufrir es la herencia de esta vida / Y en todas partes hallarás dolor;
Que aunque huyas, te llevas a ti mismo / Como una carga para tu expiación.

Si te vuelves de arriba para abajo / De dentro afuera y de aquí hacia allá,
Todo es angustia, desazón y lucha / Todo es contrariedad.

Te es pues necesaria la paciencia / Si quieres conservar paz interior,
El que quiere corona ha de ganarla / Venciéndose a sí mismo con valor.

¡Es pesada la Cruz! Mas, si la llevas / Con buena voluntad,
Suavemente y acaso sin sentirlo / Ella a tu cielo te conducirá.

¡Es pesada la Cruz! Si la llevas / Con mala voluntad
Se te hará doblemente más pesada / Y así mismo la habrás de soportar.

Si arrojas una cruz por muy pesada / Ten por seguro que otra encontrarás,
Y puede ser que más pesada y dura / La que tengas que llevar.

No hay hombre alguno que escapar pudiera / A la inmutable ley.
¿Y pensabas de ser tú exceptuado / Cuando ninguno de los justos fue?

Día por día que pasé en la Tierra / No estuve una hora sin sufrir dolor,
Para que sepas que la gloria eterna / Se conquista con grande abnegación.

¿Cómo quieres andar otro camino / Que no sea el camino de la cruz?
Si mi vida fue cruz y fue martirio / ¿Querías para ti rosas y luz?

Andas errado si otra cosa buscas / Que no sea el sufrir tribulación;
Que el camino de la vida está sembrado / Con cruces de dolor.

Y cuanto más te aproximes a la cumbre / Más cruces en tu senda encontrarás;
Que cuanto más adelantada tu alma / Más el triste destierro sentirá.

Y aunque afligido de diversos modos, / No estarás sin consuelo y sin mi luz;
Frutos y flores brotarán lozanos / A medida que avances con tu cruz.

Cuanto más a la cruz estés atado / Tanto más suave se te hará el dolor;
Llena tu alma de fe y de confianza / Mi paz desbordará de tu interior.

Y sucede que tanto es confortada / El alma enamorada de la cruz,
Que llega hasta desear sufrir dolores / Que le atraen divina plenitud.

Y más serena cuanto más sufrida / Y más y más se estrecha junto a Mí...
¡Oh, milagro de amor, rosas de sangre! / ¡Sólo al pie de la cruz pueden vivir!

Que allí se quema la flaqueza humana / Como escoria en un fuego abrasador;
Que es allí donde todos mis amados / ¡Encontraron la gloria del Amor!

Es cierto que por ti no puedes nada / Y que es muy grande tu fragilidad,
Mas si al pie de la Cruz vas a buscarme / Allí mismo tu fuerza encontrarás.

Aparéjate pues como fiel siervo / A cargar con la Cruz de tu Señor;
Que si Él murió crucificado en ella / Fue sólo por tu amor.

Prepárate a sufrir muchos dolores / En la vida que es prueba y expiación;
Y con la cruz a donde quiera fueres / Sabré encontrarte Yo.

El sufrimiento con amor es santo / Y en él se purifica el corazón.
Bebe pues de este cáliz que ha bebido / ¡El mismo Hijo de Dios!

¿No me dices que quieres ser mi amigo / Vivir mi vida y compartir mi paz?
Paciencia, abnegación, renunciación, / Es el camino donde me hallarás.

Y aunque fueses por ángeles llevado / Al tercer cielo como Pablo fue,
No estarás ni por eso dispensado / De hallar el padecer.

Que igual que a él te mostraré las cosas / Que en mi nombre tendrás que soportar;
El padecer es el glorioso signo / Que marca a aquellos que me amaron más.

¡Ojalá fueses digno de abrazarte / Con mi Cruz que es mi símbolo de amor!...
En ella está la gloria de los justos / ¡En ella está la bendición de Dios!...

¿Sabes, hijo, lo que es morir viviendo / Y que más vives cuanto mueres más?
¡Esto es vivir en Mí!... ¡Cosas divinas / Que sólo sabe el que conmigo está!

Los divinos misterios, no comprende / Sino aquél que ha subido hasta mi Cruz;
Junto a ella se esfuman las tinieblas / Sólo con ella te vendrá la luz.

Y no hay cosa más grande y más excelsa / Que padecer con buena voluntad,
Que allí está tu salud, tu paz, tu vida, / Que allí está tu adelanto espiritual.

No está el mérito en largas oraciones, / Ni en consuelos está la perfección;
El amor y paciencia con que sufres, / Fue siempre de mis santos el crisol.

El Alma:

Si en el camino espiritual hubiera / Algo más útil, para la salud
De las almas que te van siguiendo, / A la conquista de la Eterna Luz,

Ya lo hubiera enseñado tu palabra / Y tus ejemplos todavía más...
Es uno solo el senderillo que abres, / Señor, hacia la Eterna Claridad:

"Que nos neguemos a nosotros mismos / Si queremos seguir en pos de Ti,
Cargados con la cruz de los dolores / Hasta llegar al fin"

Y así, leído y estudiado todo / Lo que en ciencia del alma hay que saber,
Descubro, Señor, que todo estriba / En saber renunciarme y padecer.

PORTAL TERCERO

DE LA
VIDA INTERIOR

DIÁLOGO I

Habla el interior de Cristo al alma fiel

El Alma:
Escucharé las palabras de tu boca... / Oiré lo que hablas, ¡oh, Señor!, en mí,
Palabras de verdad y de dulzura / Son las que pueden descender de Ti.

Y bienaventurados los oídos / Que no escuchan la voz del exterior
Sino tan sólo la Verdad Eterna / ¡Que Tú me hablas en mi corazón!

¡Y bienaventurados son los ojos / Que cerrados están al oropel,
De este mundo que es todo vanidades / Y efímero placer!

¡Bienaventurados los que siempre atentos / Están a lo interior,
Y estudian con afán día por día / Los divinos secretos del Señor!

¡Y es bienaventurado aquel que vive / Tan solamente consagrado a Ti,
Y sacude cualquier impedimento / Conque el mundo le quiera seducir!

¡Alma mía!..., en soledad medita / Con tu puerta cerrada a la ruindad,
A los vanos tumultos que te impiden / Recibir la palabra de Verdad.

Como al Salmista te dirá tu Amado / "Yo soy tu vida, tu salud, tu paz". (I)
Deja las cosas transitorias, vanas, / Busca aquellas que nunca han de pasar.

¿Qué es lo temporal sino engañoso, / Y las criaturas qué te ayudarán?
Si te abandona tu Amador Supremo / ¿Qué es quien todo lo da?...

Y dejadas por fin todas las cosas / Que hacen más lento tu camino a Él,
Entrégate confiado y por completo, / Que es el único amor que será fiel.

(I) Salmo 34

DIÁLOGO II

La Verdad habla al alma sin ruido de palabras

El Alma:

Háblame, ¡oh, Señor!, que ya te escucho / Y te pido tu luz para entender,
La divina enseñanza de tu boca / Más sublime que todo otro saber.

Como suave frescura del rocío / Sobre el cáliz abierto de una flor,
Sea así tu palabra soberana / En mi pobre y sediento corazón.

Decían, caminando en el desierto, / Al gran Moisés, los hijos de Israel:
"No nos hable el Señor que moriremos; / Que por medio de Ti nos dé su Ley".

Yo, Señor, no te ruego de este modo, / Sino como Samuel,
Que te decía con su voz de niño: / "¡Habla, Señor, que yo te escucharé!"

¡Que no me hablen tus Santos, los Profetas, / Señor, que me hables Tú!...
¿No eres la luz que a ellos les alumbra / Y en los cielos la excelsa plenitud?

Tú sin ellos podrías enseñarme / Pero no ellos sin Ti,
Que pueden pronunciar bellas palabras / Y no hacerse comprender de mí.

Si Tú callas, Señor, ellos no encienden / Este duro y helado corazón;
Que la letra parece sin sentido / Cuando Tú no me das la comprensión.

Que ellos dicen en símbolos y misterios / Y Tú enciendes divina claridad;
Ellos pronuncian sabios mandamientos, / Tú ayudas a cumplirlos, en verdad.

Ellos me muestran el sendero recto, / Y Tú das fuerzas de poderlo andar;
Riegan el campo de los corazones, / Y Tú, Señor, les das fertilidad.

Ellos me llaman con palabras sabias, / ¡Y el claro entendimiento me das Tú!
¡Háblame, mi Señor, yo te lo ruego / Que sólo tus palabras me dan luz!

Y hagas Tú que la palabra oída / No sea causa de condenación,
Por haberla escuchado y no cumplido / Por la dureza de mi corazón.

Háblame pues, Señor, tu siervo oye: / Tus palabras son paz, vida y salud;
Que la voz tuya sanará mi alma, / Seré hombre nuevo cuando me hables Tú.

DIÁLOGO III

Las palabras de Dios se deben oír con humildad

Cristo:

Oye, hijo, suavísimas palabras / Que son gotas de miel al corazón
Y que exceden la ciencia de los sabios, / Y paz y vida son.

El Alma:

Feliz aquel a quien Tú enseñares / Los divinos secretos de tu Ley,
Porque les guardas en los días malos / ¡Y a tus fuentes les llevas a beber!

Cristo:

Yo enseñé a los Profetas del pasado / Y hablo siempre a los hombres hasta hoy,
Mas, muchos oyen con amor al mundo / Y sordos permanecen a mi voz.

Promete el mundo cosas pasajeras / Y le sirven los hombres con afán;
Yo les prometo la ventura eterna / Y ya ves, no me quieren escuchar.

¿Cuántos me sirven con igual cuidado / Con que sirven al mundo, que es banal?
Por un mundano beneficio corren... / "¡Ten vergüenza, Sidón!", dice la mar.

Por un pequeño beneficio el hombre / Hace un largo camino de verdad.
Por la vida sin fin, no más levanta / Un pie del suelo con dificultad.

Buscan los hombres las ganancias viles / Y pleitean por un maravedí...
Mas, ¡ay, dolor!, no quieren fatigarse / Por una dicha que no tiene fin.

Deberían tener grande vergüenza / De esta insólita y torpe condición,
De ser ineptos para el bien del alma / Y muy activos en la perdición.

Mucho más les alegran cosas vanas / Que la Eterna Verdad;
Y aunque a veces les miente su esperanza / Detrás de ella se van.

Y dejan de lado mi promesa augusta / Que a ninguno engañó,
Ni dejó vacío corazón ferviente / Que en mi amor hasta el fin perseveró.

Hijo, escribe en ti mismo mis palabras / Para estudiarlas con mayor afán,
Que estudias el girar de las estrellas / La flor del campo y el vaivén del mar.

Que día llegará que necesites / Para la herida de tu corazón,
Las divinas lecciones del Maestro / Que serán suavidad en tu dolor.

De dos maneras a mis escogidos / Les suelo visitar,
La una reprendiendo sus defectos / Y la otra impulsándoles a andar...

A andar por los senderos luminosos / Donde crecen virtudes cien a cien,
Donde brillan eternos arreboles / De Esperanza y de Fe.

DIÁLOGO IV

Pide el alma la gracia de la devoción

El Alma:

¡Mi Dios y mi Creador!... ¡Mi Bien Supremo!... / ¿Quién soy, Señor, para quererte hablar?
Menos que un gusanillo despreciable... / ¡Que soy mísero siervo desleal!...

¡Acuérdate, Señor, que no soy nada / Que nada tengo de valor en mí
Pero Tú que eres grande, dulce y bueno / Perdonarás a tu criatura vil!

¡Señor!... Recuerda tus misericordias / Y llena con tu Luz mi corazón;
Tú no quieres que yo quede vacío / Cual ánfora sin agua, árbol sin flor.

¡No me vuelvas el rostro! ¡No dilates / La hora de tu gracia y de tu Amor!
¿Cómo puedo sufrir tanta miseria / Si Tú me niegas tu consolación?

Como tierra sin agua estará mi alma / Si es que Tú no la riegas, ¡oh, Señor!...
¡Yo quiero tu querer si Tú me enseñas / A abrirte en confidencia el corazón!

¡Enséñame, Señor, a hablar contigo / Y a comprender cuál es tu voluntad;
Que Tú eres para mí, Sabiduría, / Paz, dulzura y eterna claridad!

Que en verdad me conoces mucho antes / Que el mundo fuera y que naciera yo...
¡Una burbuja en el espacio el mundo!... / Y yo un grano de arena, ¡oh, Señor!

¡No me vuelvas el rostro, no dilates / Enviarme un rayo de divina Luz!...
¡Soy un mísero enfermo!.., ¡estoy a obscuras / Ven a darme la paz y la salud!

Quisiera conversar siempre contigo / Y humildemente cual un siervo fiel...
Yo quisiera decirte a todas horas: / ¡Oh, Señor!, que yo quiero tu querer!

DIÁLOGO V

La verdad y humildad nos hacen agradables a Dios

Cristo:

Hijo mío, anda siempre en mi presencia / Con humilde y sencillo corazón.
Al que ante Mí con la verdad camina / Por Mí mismo seré su defensor.

Y mi Verdad te librará de engaños / Y de ruindades y murmuración;
Que las vanas palabras de los hombres / Nada podrán si te resguardo Yo.

El Alma:

¡Oh, Señor!... En tu Verdad Suprema / Descansa el corazón,
¡Haz comigo, Señor, tal como dices / Que yo espero de Ti mi salvación!

Cristo:

Y te diré lo que de ti deseo, / Y es que pienses que eres pecador,
Y lo que estimas como buenas obras / Quizás son hijas de tu propio amor.

De ti mismo caminas a la nada, / Pronto caes en grande turbación,
Nada hay de que puedas alabarte / Y sí mucho de qué pedir perdón.

Fácilmente tropiezas y te caes / Y tu flaqueza bien la sabes tú;
Si vas con mi Verdad serás humilde / Que sólo así recibirás mi luz.

Nada te turbe ni te espante nada / Sino el ser arrastrada por el mal.
Sólo debes buscar lo que es eterno / Sólo debes amar lo que es verdad.

Sólo debes temer el juicio mío / Y andar delante Mí con sencillez;
Deja atrás la curiosa vanagloria / Que secretos divinos quiere ver.

Los arcanos eternos, grandes cosas / Ocultan del Omnímodo Poder;
Mas a ti se te pide solamente / Que sigas el sendero de mi Ley.

Unos hallan consuelo entre sus libros / O una imagen los mueve a devoción,
Otros me nombran con fervientes labios... / Otros me llevan en su corazón.

Otros se alumbran en su entendimiento / Y depuran en sí toda afección;
Sólo gustan de hablar cosas divinas / Y escuchan las terrenas con dolor.

Estos son los que sienten en sí mismos / Lo que en ellos les habla mi Verdad,
Que les enseña a despreciar lo vano / Y amar lo celestial.

Que les enseña a despreciar el mundo / En lo que tiene de engañoso y vil,
Y desear las moradas celestiales / Que son tu último fin.

DIÁLOGO VI

De los maravillosos efectos del Divino Amor

El Alma:

¡Oh, Padre Celestial!... ¡Te has acordado / De este mísero siervo sin fervor,
De este sediento corderillo ciego / Que va detrás de Ti pidiendo amor!...

Yo te bendigo en tu misericordia / en tu dulce suavísima piedad.
Indigno de consuelo, me consuelas... / Indigno de tu amor, ¡me amas más!

Desde el fondo de mi alma, glorifico / Tu Grandeza, tu Eterna Majestad...
¡Oh, Señor!..., ¡aunque en el polvo me hunda / Entre el polvo tu Amor me encontrará!

¡Oh, excelso Amador de tu criatura, / Con qué anhelo te busca el corazón!...
¡Eterna fuente de mis alegrías, / Eterna fuente de consolación!

Fortaleza y refugio del que gime / En la dura terrena esclavitud,
¡Tú eres mi gloria, mi esperanza eterna / Divino manantial de mi salud!

¡Cuando Tú me visitas con tu gloria / Se estremece de amor mi corazón!...
¡No quiero más ternezas que las tuyas / Mi Divino Amador!...

Mas, soy flaco, Señor, soy imperfecto, / Soy escaso y mezquino en la virtud,
Necesito de ser fortalecido / En tu grande y serena plenitud.

Visítame, Señor, continuamente, / Seas Tú mi Maestro, mi Instructor,
Y libre me veré de mis pasiones / Y curado mi enfermo corazón.

Y sólo entonces seré fiel a amarte / Constante y firme en el perseverar,
Que tu Amor aligera todo peso / Toda carga se torna suavidad.

¡Nobilísimo Amor, puro y excelso / Es el tuyo amantísimo Jesús!...
Que nos impulsa a realizar tus obras, / E imitar tus ejemplos de virtud.

Tu Amor busca vivir en las alturas / Donde brilla la Eterna Perfección,
Como la nieve de las altas cumbres / En que refleja su fulgor el Sol.

¡Tu Amor quiere ser libre! No detienen / Las cosas de este mundo su ascensión,
¡Ni podrían los vientos de esta vida / Apagar el fanal que Él encendió!

¡Que no hay nada más grande en esta tierra, / Ni más dulce ni fuerte que tu Amor!
¡Y hasta en los cielos de la eterna dicha / La vida es vida del amor en Dios!

Cristo:

Nació el amor de Dios, y no descansa / Sino por siempre en ese mismo Dios,
Y nada satisface a los que aman / Sino su posesión.

¡Es el amor más fuerte que la muerte / Y hondo más que el mar!...
No se queja el amor ni se fatiga / Ni busca descansar.

¡Vela siempre el Amor!... No duerme nunca, / Ni tampoco le rinde el padecer,
Ningún dolor le desespera y turba / ¡Y no hay fuerza que iguale su poder!

Es un fuerte clamor en mis oídos / La voz del alma que me da su amor
Y que se entrega a su Amador Supremo / Como en una total renunciación.

El Alma:

¡Cuán suave es el amarte a Ti que sabes / Los divinos secretos del Amor!...
¡De ese Amor Tuyo que levanta el alma / Como en una suprema aspiración!

¡Sea yo preso de tu Amor Sublime, / Sea cautivo de tu Amor a mí!...
¡Y te siga por siempre, Amado mío, / Sin poder apartarme ya de Ti!

¡Vuele a lo alto en seguimiento tuyo, / Baje al abismo si es tu voluntad,
Sígate yo como una chispa errante / A fundirme en tu eterna claridad!

¡Y descanse mi amor en la esperanza / De amarte hasta morir!...
¡Y en gloria o en dolor después de muerto, / Amándote por siempre he de vivir!

Cristo:

Si así quieres amar, piensa, hijo mío, / Que a veces el amar es padecer,
Y que no es digno de llamarse Amado / Quien se deja vencer.

Si así quieres amar, sabe, hijo mío, / Que el amor es perfecta inmolación
Al querer del Amado, sobrehumano! / ¡Que es heroico el Amor que quiero Yo!...

DIÁLOGO VII

Cómo se prueba el verdadero amador

Cristo:
Hijo: quisieras caminar a prisa / Por los senderos del Divino Amor,
Mas, observo que no eres aún fuerte / Ni prudente amador.

El Alma:
¿Por qué, Señor?... Si Tú lo sabes todo / Enséñame la ciencia del querer,
Que enseñada por Ti, me será dulce / Y fácil de aprender.

Cristo:
Hijo, observa que aún pequeñas cosas / Te causan una gran contradicción,
Y faltas enseguida a lo empezado / Con grande anhelo y dulce devoción.

Y buscas de inmediato desahogarte / Pidiendo fuera alivio a tu pesar;
¡Dolorido, abandonas tu retiro / Y con ansia te vas!... ¿Adónde vas?

El constante amador es invencible / Como la roca que contiene al mar;
Más fuerte que el dolor y que la muerte / Nadie consigue que dé un paso atrás.

El constante amador cruza sereno / La selva obscura de la adversidad,
El desierto sin agua del olvido / De cuantos él amaba de verdad.

El discreto amador no considera / Más al don que al Amante que lo da;
Y no aprecia la dádiva en sí misma / Sino la voluntad.

Porque el noble amador no considera / Ni el ancho ni la hondura de aquel don...
Mira sólo la mano que lo ofrece... / Mira sólo el amor del corazón.

El dulce afecto que en el alma sientes / Como suave caricia maternal,
Es como un sorbo del licor divino / Que se bebe en la Patria Celestial.

Mas, tú no debes estribar en ello, / Porque es rayo de luz que viene y va;
En vencer a las duras tentaciones / Estará tu mayor seguridad.

Engañosos afanes tiene el alma / En su porfía por hallar la luz;
Desecharlos es gran merecimiento / Y una cierta señal es de virtud.

No te turben los vanos pensamientos / Ni lo que forja la imaginación,
Que aunque lleguen como olas turbulentas / Se estrellarán en tu firmeza en Dios.

Si arrebatado a veces a lo alto / En intensa adoración tú ves,
No pienses que es engaño porque luego / Atiendas lo terreno por deber.

Y aunque apenas pasado un alto vuelo / Se retorne a lo vano el corazón,
No por eso imagines ilusorios / Los éxtasis de amor que Yo te doy.

Que aunque amante amador, no estás exento / De ciertas faltas contra voluntad,
Si lo conoces y por ello gimes, / Se acrecienta tu mérito en verdad.

Sabe hijo, que el mal se esfuerza siempre / Por muchos modos a impedir tu bien,
Y así busca vaciarte de esperanzas / Que pudieran en tu alma florecer.

Y te pone malignos pensamientos / Cuando estás entregado a la oración,
Para espantarte del sereno huerto / Donde escuchas mi cántico de amor.

Y utiliza caminos muy diversos / Para desviarte del camino real,
A veces espantosos pensamientos / O bellezas que sueñas realidad.

Cuando comprendas que tal lucha existe / Persistente y tenaz dentro de ti,
Dile al mal como Yo le dije un día: / "Apártate de mí"...

"Mi Jesús del Amor, está conmigo. / "Mi Jesús del Amor, es mi poder...
"Con él quiero sufrir todas las penas / "Que en la vida yo deba padecer".

"Espíritu del mal, calla, enmudece, / "*Que el Señor es mi luz y mi salud* (I)
"¿A quién he de temer si Él es mi vida? / "¿Dónde habrá obscuridad si Él es mi luz?"

Y lucha cual valiente caballero / Por el bien, por el triunfo de mi Amor,
Y si caes a veces por flaqueza, / No desesperes, que a tu lado estoy.

Mas guarda tu alma del contento vano / Que suele la soberbia producir,
Y en la cual caen muchos engañados / Y no aciertan su engaño a descubrir.

Que sea para ti prudente aviso / Capaz de mantenerte en humildad,
Los tropiezos que ves en los soberbios / Que tan hondo cayeron en el mal.

(I) Psalmo 26

DIÁLOGO VIII

El don divino debe encubrirse bajo la humildad

Cristo:

Es conveniente de ocultar los dones / Con que alumbro tus horas de oración
Y que nunca te ensalces de tenerlos / Sino reconocer que son de Dios.

Y piensa cuando estés en ese estado / De intensa adoración y amor a Mí,
¡Cuán pobrecillo y en tinieblas quedas / Cuando no está mi claridad en ti!

No está la perfección ni el adelanto / En tener gracia de consolación;
Está en ser muy paciente y resignado / Cuando de ti me voy.

En angustia o fervor, constante siempre / La oración y el estudio atenderás.
La pereza no es flor que puede abrirse / En el huerto del que ama de verdad.

Es del buen amador acudir siempre / Allí donde el Amado esperará,
Aunque sepa que espinas y no rosas / De cierto ha de encontrar.

En la mano del hombre no está siempre / El camino que ha de recorrer,
Dios te da consuelo cuando quiere / Lo mismo que te manda padecer.

Algunos indiscretos fracasaron / En su afán de sentir grande fervor,
Presumiendo de hacer más que podían, / Sin atender a juicio ni a razón.

Se aventuraron a mayores obras / Que las pequeñas que mi Amor pidió.
Al cerro fueron a colgar su nido / Cuando en el valle les buscaba Yo.

Y perdieron su brújula y su guía / Y su estrella polar se obscureció;
¡No busques remontarte por ti mismo / Que debajo mis alas vas mejor!

Los más nuevos y escasos de experiencia / En el arduo sendero espiritual,
Deben ser recogidos y obedientes / A los maestros que les quieren guiar.

Fácilmente engañados y destruidos / Los que buscan seguir su parecer,
Les será peligrosa la salida / Y envueltos en tinieblas se han de ver.

Los que sabios se juzgan, de ordinario / Tardan mucho en sufrir con humildad,
El verse corregidos y guiados / De otra forma que a su voluntad.

Es mejor saber poco y ser humilde / Que la ciencia con gran celebridad;
Más resguardadas de las tempestades / Están las margaritas que el rosal.

No te des en exceso a la alegría / Cuando envuelto te ves entre mi Luz,
Olvidando las sombras que pasaron / Olvidando cuán poca es tu virtud.

El hombre espiritual no desespera / Aunque grande sea su tribulación
Porque sabe que en las duras pruebas / Muy cerca de él estoy.

Ni muy medroso en tiempo de combate / Ni muy confiado en la radiante paz,
Humilde y pequeño ante tus ojos / Es la norma que debes observar.

Tu mérito no está en tener visiones / Ni en un desbordamiento de fervor,
Ni en el dominio de las Escrituras / Ni en ser subido a dignidad y honor.

La grandeza del alma está fundada / En la noble y ardiente caridad,
En la humildad que te hace conocerte / Digno siempre del último lugar.

DIÁLOGO IX

Nada es el hombre ante Dios

El Alma:

Te hablaré, mi Señor, aunque conozco / Que soy polvo y ceniza y nada más;
Si no lo conociera, testimonio / Tú darías, Señor, de la verdad.

Que el alma que conoce su miseria / Y se aleja de toda presunción,
Atrae un rayo de tu Luz Divina / Y eso solo le inunda de fervor.

Y a tu Luz soberana he de verme / Tal como soy y como un día fui,
Un granillo de arena, un musgo seco / Y olvidado de todos..., ¡no de Ti!

Maravilla estupenda es que me mires / Y que me lleves con benignidad,
Al alcázar divino de tus gozos / Donde bien sé que no merezco entrar.

Esto lo hace tu Amor que se desborda / Como un incontenible manantial
Y su dulce corriente me conduce / Libre de engaños y de todo mal.

Amándome a mi mismo me he perdido / Y amándote, Señor, yo me encontré,
Y al hallarte y hallarme he conocido / Lo que fui, lo que soy..., ¡lo que seré!

¡Oh, mi dulce Jesús, piadoso y bueno! / ¿Qué más, conmigo, Tú podrás hacer?
¡Y a todo lo que has hecho he respondido / Cual hijo ingrato, olvidadizo, infiel!

¡Conviérteme, Señor! ¡La flor silvestre / En las praderas su perfume da,
/ El arbusto su nido a los insectos / Y el musguillo su fresca suavidad!...

¡Sólo yo no devuelvo tus favores / Y soy tan torpe con mi ingratitud,
Que hasta llego a creerme que soy algo / Cuando me alumbra tu inefable luz!

¡Conviérteme, Señor, en gota de agua / Que sin saberlo calmará la sed!...
¡Conviérteme en musguillo de los campos / Que es blando y suave para nuestros pies!

DIÁLOGO X

Dios es nuestro último fin

Cristo:

¡Hijo mío, Yo soy tu fin supremo / Yo soy tu último fin!...
Si deseas ser bienaventurado / No tardes pues, en acercarte a Mí.

Muchas veces te lleva tu deseo / A las criaturas que mudables son,
O te buscas a ti mismo y desfalleces / Olvidando que todo lo soy Yo.

Considera las cosas de tu vida / Como surgiendo del Eterno Bien,
Y todas ellas debieras dirigirlas / Constantemente a Él.

De Mí, saca agua, cual de fuente viva, / El pobre, el rico, el mendigo, el rey,
Bebe más el pequeño y el humilde / Bebe más, el que más quiere beber.

Y los que quieren deleitarse en algo / Que está fuera de Mí,
Luego hallarán su corazón vacío / Y como lleno de ansiedad febril.

No te apropies de cosa alguna tuya / Ni atribuyas a nadie su virtud, / Yo soy para las almas el gran Todo / Que desborda en amor su plenitud.

Sin Mí no tiene el hombre cosa alguna, / Es pues justicia devolverme a Mí,
Lo que Yo he dado con largueza a todos, / Procurando a las almas redimir...

La vanagloria quedará destruida / Con esa gran verdad,
No habrá envidia, quebranto ni amor propio / Que todo llenará la caridad.

Y la divina caridad triunfante / Entrará cual torrente celestial
Y ensanchando las fuerzas en el alma, / ¡Como un laúd comenzará a vibrar!...

Y si aciertas a ver con buen sentido, / Comprenderás que tu esperanza en Mí
Es lo único firme y verdadero, / Que ningún vendaval te puede hundir.

Y que todo tu gozo está conmigo, / ¡Tu esperanza y tu fe, firmes serán
Apoyadas en Dios!... ¡Él sólo es bueno / Y es lo único digno de alabar!

DIÁLOGO XI

¡Cuán dulce es servir a Dios!

El Alma:

Hablo otra vez, Señor, en tus oídos, / ¡Mi dulce Amor, mi soberano Rey!
A los cielos eternos de tu gloria / ¿Llegará el canto de mi pequeñez?

¡Oh, mi amado Señor!.. ¡Los que te amamos, / No podemos contar la multitud
De los dones dulcísimos, que guardas / De tus cielos, en la amplia magnitud!

¿Qué no será a los que mejor te sirven?... / ¿Qué será al que te da su corazón,
En la perfecta y generosa ofrenda / Que es como una amorosa inmolación?

Yo no existía ni como una sombra. / Y de una chispa de tu Eterna Luz
Me hiciste destinado a ser eterno..., / ¡Yo, un gusano!... ¡Y eterno como Tú!...

Ingrato y errabundo, enloquecido. / ¡Cuánto tiempo pasé lejos de Ti!...
¡Me tornaste de nuevo a tu regazo!... / ¿Por qué has hecho, Señor, tanto por Mí?

Después que me perdí en la selva obscura / Donde reina sin límites el mal,
Derramaste piedad sobre tu siervo / Tornándome de nuevo a tu amistad.

Que no a todos invitas a servirte / Tan de cerca cual lo hiciste a mí,
¿Qué maravilla es que yo te sirva / A quien toda criatura ha de servir?

Lo que es más de verdad maravilloso, / Es que Tú me has querido recibir
Como amigo a otro amigo en su morada. / Para con él su dicha compartir.

¡Todo es tuyo, Señor, cuanto yo tengo / Que digno sea de ofrecerte a Ti!
¡En mi huerto interior árido y seco / Hasta el momento que llegaste a Mí!

¡Todo cuanto en los cielos y en la Tierra / Pregona Tu Sublime Majestad,
Es concierto admirable de armonía / Que vibra a tono con Tu Voluntad!

¡Oh, si todos los día de mi vida / Pudiese amarte cual mereces Tú!...
¡Es verdad, oh, Señor, que soy tan pobre / Que soy tinieblas y que Tú eres Luz!

¡Oh, qué gloria más grande la de amarte / ¡Qué más dulce cadena que tu Amor,
Que hace al hombre señor de cuanto existe / Pues le da libertad al corazón!

¡Qué agradable y divina servidumbre / Es la del alma que se entrega a Ti,
Semejante a los ángeles del cielo / Cuya vida de amor no tiene fin!

DIÁLOGO XII

Los deseos del corazón se deben examinar y moderar

Cristo:
¡En el camino en que me vas siguiendo / Cuántas cosas te faltan de aprender!...

El Alma:
Enséñame, Señor, que cosas sean / Las que este siervo tuyo debe hacer.

Cristo:
Que te ames mucho menos a ti mismo / Y consultes mejor mi Voluntad.
Tus deseos te impulsan muchas veces / Y tú piensas que es mi caridad.

Si Soy la causa que te mueve en todo, / Sosegado y tranquilo quedarás,
Aunque Yo ordene de distinto modo / De cómo tú pensabas ordenar.

Mas, si pierdes la calma y el sosiego / Y el enfado te llega a dominar,
Señal de que había algo escondido / De amor propio en tu obra a realizar.

Nunca confíes en aquel deseo / Que persistente se adueñó de ti,
Pareciéndote ser obra muy buena / Y agradable a Mí.

Primero debes consultar conmigo / Que amoroso te escucho en la oración,
Y allí sabrás si tu deseo es tuyo / O Yo lo desperté en tu corazón.

Ni conviene seguir cualquier deseo / Por bueno que te pueda parecer,
Ni huir de golpe de afección ninguna / Sin antes consultar con mi querer.

Conviene usar de freno en los deseos / Que te llevan a ejercicios de fervor,
Que si son por demás exagerados / Puede en otros causar mala impresión.

La virtud verdadera es muy discreta / Y el Amor Verdadero, mucho más.
Un alma de oración conoce presto / Cuando es mi Voz la que sintió vibrar.

Conviene a veces mantenerse fuerte, / Para acallar la sensibilidad,
Y que esté la materia muy sujeta / Al alma que la debe sojuzgar.

Y tanto deberá ser enfrenada / Que dócil sea a la voz de tu deber,
Y aprenda a contentarse con lo justo / Y amar la sencillez.

DIÁLOGO XIII

De la paciencia y mortificación

El Alma:
¡Oh, mi Amado Maestro!... Según oigo / En esta vida de la adversidad,
Necesito paciencia y más paciencia / Si quiero junto a Ti, vivir en paz.

En cualquier forma que mi vida ordene / No puedo estar sin lucha y sin dolor.
Cristo:
Así es, hijo, y no quiero Yo que busques / Una paz que carezca de aflicción.

Cuando fueres probado reciamente / En toda suerte de tribulación.
Piensa entonces que hallaste el camino / Que te lleva a la paz del corazón.

Es de prudentes, entre dos trabajos / Escoger el menor.
Si no quieres sufrir en la otra vida / Padece en ésta con resignación.

¿Piensas tú que no sufren los mundanos / Que en pos de sus deleites siempre van?
Aun concediendo mucho en excepciones / Esto no puede suceder jamás.

Podrás pensar que su fastuosa vida / Es un jardín en flor.
Donde todos son goces y deleites / Y que olvidan con ello su dolor.

Y aunque posean cuanto imaginasen / ¿Sabes acaso cuánto durará?
Si recuerdas la historia del pasado / Todo esto lo sabrás.

Como es el humo que se lleva el viento / Así pasa la gloria terrenal.
Qué sólo queda del placer vivido / Una mísera loza sepulcral.

¡Oh, qué falsos los goces de este mundo / ¡Y qué fugaces son!...
¡Y embriagados los hombres con sus mieles / Envenenan su propio corazón!

Si quieres de verdad gustar placeres / Por los que nunca deberás llorar,
Deléitate en las cosas celestiales / Que nunca acabarán.

Son los goces supremos de las almas / Que dejaron el mundo del placer.
Y tendieron su vuelo hacia lo alto / Buscando claridad de amanecer.

Tu suerte y bendición será el olvido / Del efímero goce terrenal;
Si quieres penetrar al paraíso / De mi íntima amistad.

A veces duro te será el vencerte / La carne misma te murmurará.
La costumbre te hará contradicciones / Mas tú, apoyado en Mí, la vencerás.

En la oración encontrarás la fuerza, / Y en el trabajo sana distracción,
¡Hijo mío!.. Conmigo todo es fácil / Y sin Mí, para ti, ¡todo es dolor!

DIÁLOGO XIV

Cristo es ejemplo de obediencia y humildad

Cristo:

Quien procura quitarse a la obediencia / Se priva de la ayuda espiritual,
Y el que quiere guiarse por sí mismo / La senda puede errar.

El que no quiere sujetarse a mando / De buena voluntad,
Comprueba que rebelde su materia / Aún para sí mismo lo será.

Es virtud sujetarse a la obediencia / Si quieres tener paz en tu interior,
Gran sosiego es la vida de las almas / Que se sujetan a seguir mi Voz.

Que ningún enemigo es más pesado, / Hijo mío, que tú,
Si tu yo inferior no está de acuerdo / Con lo que sabes por Divina Luz.

Es señal de un amor desordenado / El negarte a doblar tu voluntad,
Que aunque juzgues mejor tus opiniones, / Más perfecto es a ellas renunciar.

No es gran cosa que tú, polvo y ceniza, / Te sujetes al hombre por mi amor,
Cuando Yo, omnipotente y soberano, / Me incliné a toda suerte de baldón.

Bajé hasta el fondo del dolor humano / Más abajo de todos descendí,
Porque vencieses tu soberbia loca / Mirando los oprobios que sufrí.

Tú debieras decir contigo mismo: / "*Polvo y lodo aprende a obedecer*
Y hasta humillarte a los pies de todos / Y a quebrar para siempre tu querer".

Y encendido y airado con ti mismo / No sufras que el orgullo viva en ti,
Tan humilde y pequeño has de ponerte / Cual musgo que se huella en un jardín.

¡Hombre flaco y vacío que te quejas! / ¿Podrías con razón contradecir
A quien te manda lo que no es tu gusto, / Si Yo que soy tu Dios, obedecí?

Más que otros pudieran humillarte, / Fue lo que Yo te perdoné en mi amor
¿Qué mucho es que soportes con paciencia / Ser humillado con la sujeción?

DIÁLOGO XV

Consideración de los secretos juicios de Dios

El Alma:

¡Oh, Señor! que tus juicios sobre todos / A mi alma la llenan de pavor;
¡Ni aun los cielos me parecen puros / Si los comparo con tu resplandor!

Aquellos cuyas obras parecían / Un reflejo de amor y de bondad,
Cayeron a lo bajo y se extraviaron / Por los caminos de la obscuridad.

¡Oh, Señor!... Que si apartas tu mirada / Un instante, no más,
La más firme virtud es sacudida / Y se estremece hasta la santidad.

No basta la prudencia, si has dejado / De tu mano el timón,
De la débil barquilla de las vidas / Que van buscando purificación.

No hay fortaleza que resguarde y salve, / Si Tú dejas de ser nuestro guardián;
Sin Ti no hay virtud que esté segura, / Que Tú solo eres fuerte de verdad.

Perecemos hundidos en el fango / Si en nosotros no velas Tú, Señor,
Somos débiles, flacos y mudables / En nuestro corazón.

¡Cuán profundos, Señor, los juicios tuyos! / Y ante tus juicios, ¡qué pequeño soy!
Me veo como un átomo de polvo / Ante el reflejo del Divino Sol.

Absorbida quedó la vanagloria / En tus juicios de vasta inmensidad;
¿Qué es el hombre, Señor, en tu presencia? / ¡Un grumillo de barro y nada más!...

¿Cómo puede engreírse con loores / Aquel que te conoce, oh, Señor?
Ni cabe aceptar las alabanzas / En el que ve la majestad de Dios.

Los aplausos humanos nada pueden, / En el alma que en Ti se confundió;
Los que hablan, pasarán con sus palabras, / ¡Tu verdad sola quedará, Señor!...

DIÁLOGO XVI

Todo deseo ha de conformarse a los de Dios

Cristo:

Hijo, debes conformarte a mis deseos / Si en verdad sientes que soy Yo, tu Señor,
Y repetirme en todos los instantes / Que no quieres más que lo que quiero Yo.

Yo penetro los hondos pensamientos / Y sé lo que conviene a tu salud,
Y te doy lo que tu alma necesita / Y aparto lo que es daño a tu virtud.

No siempre es el Espíritu Divino, / De tus deseos el inspirador,
Aunque a ti te parezcan puros, nobles, / Y muevan hondamente el corazón.

Es difícil juzgar si te ha inspirado / Un ángel o tu propia voluntad,
Y es por eso prudente y más seguro, / Pedir en la oración Mi Claridad.

Y en renuncia completa de tus gustos / Someterlos a Mí,
Repitiendo en el fondo de tu alma / Este humilde decir:

¡Oh, mi Amado Señor! Tú sabes todo / Cuanto palpita aquí en mi corazón,
Haz conmigo conforme te agradare / ¡Que en tus manos estoy!

Ves aquí a este hijo aparejado / Para cumplir tu excelsa Voluntad;
¡No deseo, Señor, vivir mi vida / Sino amparado por tu Majestad!

DIÁLOGO XVII

Se pide el cumplimiento de la Voluntad de Dios

El Alma:

Otórgame, Jesús, tu Luz Divina / Que acompañe mis pasos hasta el fin
Y que me haga querer lo que Tú quieres / ¡Y siempre caminar en pos de Ti!...

Otórgame, Jesús, que siempre sea / Como una aspiración de tu querer
O un rayito de luz de tus pupilas, / Que vea todo como Tú lo ves.

Dame el olvido de mis gustos vanos... / ¡Señor, hazme morir,
A todo lo que es en este mundo, / Contrario a tu sentir!

Y que ame por Ti, ¡ser despreciado / Y olvidado de todos, oh, Jesús!
Y que sólo tu amor quede en mi vida / Como un reguero de tu Eterna Luz.

Dame Señor, que toda mi alegría / Esté fundada solamente en Ti,
¡Que tu paz resplandezca en mi camino / Hasta mi último fin!

Tú eres la luz del alma que te busca, / En Ti se encierra su felicidad.
Y sin Ti, todo es duro y sin sosiego... / ¡Tan sólo en Ti conseguiré mi paz!

DIÁLOGO XVIII

En sólo Dios se debe buscar el verdadero consuelo

El Alma:

No espero aquí sino en la otra vida / Todo cuanto desea el corazón,
Que aunque tuviese aquí muchos deleites / ¡Cuán escasa será su duración!

Convéncete, alma mía, que no puedes / Ser consolada sino sólo en Dios;
Que Él recibe a los pobres y pequeños / Y es Él tan sólo su consolador.

La promesa divina, ¡oh, alma mía! / Espera un poco más,
Y una eterna abundancia de dulzura / En el seno de Dios encontrarás.

Cristo:

Si en exceso codicias lo presente, / Te expones a perder
Las eternas delicias que en mi Reino / He preparado para el hijo fiel.

Las cosas temporales son para uso / Y las eternas son para desear,
Con ardientes anhelos de obtenerlas / En la hora final.

Aunque todos los bienes fueran tuyos / No por eso serías más feliz...
Tu bienaventuranza está en mi seno, / ¡Toda tu dicha la hallarás en Mí!

No te hablo de la dicha cual la buscan / Los amadores del deleite vil,
Sino como la esperan mis amados / Los que sienten igual que mi sentir.

Cual la buscan los íntimos de Cristo / Los que llevan tan puro el corazón,
Cual vaso de cristal que transparenta / La luz radiante del Divino Sol.

Vano y fugaz es el placer humano, / Sólo es durable el gozo celestial,
Que perciben las almas que caminan / En pos de mi Verdad.

El hombre espiritual lleva consigo / Toda la dicha que mi Amor le da,
Y si tiene a Jesús, consuelo suyo, / A Jesús lleva por doquier que va.

El Alma:
Ayúdame, Señor, en todo tiempo / Para que huya la dicha terrenal...
Que sólo busque los consuelos tuyos / Y la gloria de hacer Tu Voluntad.

DIÁLOGO XIX

Todo nuestro afán sea puesto en Dios

Cristo:
Déjame hacer contigo lo que quiero, / Que nadie como Yo, conocerá
Lo que conviene a la salud de tu alma, Que Yo amo de verdad.

Tú piensas como hombre y sólo sientes / Cual humano afecto te enseñó a sentir.
El Alma:
¡Oh, Señor!..., es verdad que tu cuidado / Es mayor que el que yo tengo de mí.

Comprendo los peligros del que vive / Descuidado de hacer Tu Voluntad.
¡Oh, Señor!, que la mía esté muy firme / En hacer, lo que Tú quieras mandar.

Eres la Eterna Luz que todo alumbra / La inefable Bondad,
Cuanto hay de bello, de sublime y bueno, / De Ti, Señor, vendrá.

¡Si Tú quieres que esté entre las tinieblas / Bendito seas Tú!...
Y bendito también seas por siempre / Si Tú me inundas con radiante Luz.

¡Bendito seas mi Señor!..., bendito / Si desbordas en mí tu claridad...
¡Y bendito también si Tú me dejas / En triste soledad!

Cristo:

Así debes pensar, si es que conmigo / Unido quieres ser,
¡En alianza de amor que nunca acaba / En abrazo que nunca he de romper!

Tan pronto debes ser a las angustias / Que a la dulce alegría del amor;
Igual aceptarás ser un mendigo / Que un magnate del oro y del honor.

El Alma:

¡Oh, mi amado Señor!... De buena gana / Padeceré por Ti,
Todo cuanto quisieres que en mi vida / Descarguen sobre mí.

De tus manos lo bueno y aun lo malo, / Lo dulce o amargo quiero recibir,
Lo alegre o triste en una sola ofrenda / Hasta Ti he de subir.

Conque nunca me apartes de tu lado / Feliz seré de padecer por Ti,
No me borres del libro de la Vida / ¡Y no importa lo que haya de sufrir!

DIÁLOGO XX

Debemos sufrir con serenidad las miserias temporales, a ejemplo de Cristo

Cristo:

De mi Reino bajé hasta las tristezas / De esta mísera vida terrenal
Sólo impulsado por la eterna fuerza / De mi caridad.

Sólo me trajo el divino impulso / De amar al hombre y de subirlo a Mí;
Y marcarle las normas de la vida / Que debía vivir.

Desde la hora en que nací a la vida / Hasta mi muerte en Cruz,
Ni un momento faltaron los dolores / Que tuve que sufrir por tu salud.

Carecí de las cosas temporales, / Acerbas quejas escuché de Mí;
Desprecios y afrentas y oprobios / Mansamente sufrí.

Fui para todos bendición divina, / Por la Tierra crucé sembrando el bien
Y fue la ingratitud cual las espinas / Que luego se clavaron en mi sien.

El Alma:

¡Oh, Señor!... Si Tú fuiste tan paciente / En tu vida de heroico Redentor,
¿Qué mucho que yo sufra y que padezca / Si soy un pecador?

Es justo que soporte yo la carga / Que mi propia miseria pone en mí
Y que ya que mis méritos son nulos / Siquiera sepa con amor sufrir.

Si esta vida presente es muy pesada / De gran merecimiento puede ser,
Por tu gracia y ejemplo de tus santos, / Y cual ellos vencer.

¡Oh, Señor! Cuántas gracias no debemos / A tu excelsa y sagrada Majestad,
Que tuviste por bien darnos camino / Para tu Reino de felicidad.

Es tu vida, Jesús piadoso y bueno, / El camino que tengo que seguir,
Y eres Tú la corona que yo anhelo / Después de mi paciencia en el sufrir.

Si no fueras delante predicando / En cada paso tu gran Ley de Amor,
¿Quién pensará en seguirte, Amado mío, / Por esa senda de renunciación?

Y si dándonos tantas maravillas / En doctrina y prodigios, ¡oh, Jesús!
Aún estamos tan tibios y atrasados, / ¿Qué hubiera sido sin tu excelsa luz?...

DIÁLOGO XXI

Cómo se prueba el verdadero paciente

Cristo:

Hijo, ¿qué dices que te quejas siempre?... / Considera lo que he sufrido Yo,
Y mis santos y mártires que dieron / Su sangre y vida por la salvación.

No has resistido hasta verter tu sangre, / Ni has sufrido tan cruel tribulación,
Ni te has visto en las duras situaciones / En que ellos probaron su valor.

Te conviene traer a la memoria / Lo que otros supieron soportar,
Y así sufras sin quejas ni lamentos / Tu ligero penar.

Y si tus males te parecen grandes, / Tu impaciencia, mayores los hará;
Y grandes o pequeños, busca el modo / De soportarlos con serenidad.

Cuanto más a padecer te aprestas / Con más dulzura llevarás la cruz;
Que el alma predispuesta al sufrimiento / Aun en el dolor halla quietud.

No fijes la atención en quien te daña, / Si es un igual o superior a ti;
Piensa sí en tener mucha paciencia / Y en sufrir todo por amor a Mí.

El paciente perfecto no pretende / Elegir el dolor que ha de sufrir,
No averigua la causa de la injuria / Ni el porqué se le quiere perseguir.

Con muy igual serenidad de alma / Recibe cualquier mal,
Ya le venga de amigos o enemigos / Sólo piensa en saberlo soportar.

Piensa en Dios que permite dicha prueba / Y que aceptada con amor por Él,
Será como un avance en la subida / Hacia el Eterno Bien.

Aparéjate pues a la batalla / Si quieres la victoria conseguir,
Sin dolor ni corona de paciencia / No la podrás ceñir.

El Alma:
¡Oh, Jesús! Sólo Tú puedes hacerme / Posible y fácil, el más cruel sufrir,
Tú conoces mi poca resistencia / Que nada haría abandonado a mí.

Séame suave por tu Nombre Santo / Cualquier tribulación,
Y dulce y deleitable toda prueba / A que Tú me sometas, ¡oh, Señor!

DIÁLOGO XXII

Confesión de nuestra flaqueza

El Alma:
Confieso yo, Señor, mi gran flaqueza, / Que una cosa pequeña y sin valor
Me sacude causándome tristeza, / Cansancio y turbación.

Me propongo luchar varonilmente / Contra toda borrasca y tempestad,
Y un débil vientecillo me derriba / Como árbol seco que se ve arrastrar.

Mira pues mi bajeza manifiesta / ¡Y ten piedad de mí!...
Líbrame Amor de la corriente turbia / Que todo se lo arrastra en pos de sí.

Es todo esto, Señor, que me acobarda / Llenándome de grande confusión,
El verme tan liviano y deleznable / En la porfía con la tentación.

¡Cuanta es mi flaqueza y mi miseria! / Lo dice claro la imaginación,
¡Forjándome espantosos pensamientos / Que llenan mi alma de perturbación!

Ya es la hora, Señor, de que te apiades / De este siervo que quiere serte fiel,
Confórteme, Señor, tu fortaleza / Y ningún huracán me ha de vencer.

Ni el hombre viejo, ni la ruin materia / A mi espíritu pueden señorear,
Si estás conmigo por doquier que vaya / Sin dejarme jamás.

¡Ay, que dura y penosa es esta vida / Donde abundan miserias y dolor,
Donde todo está lleno de enemigos / Que forjan lazos para el corazón!

Apenas se ha esfumado la negrura / De una fiera tormenta, hay otra más,
Y aun antes de pasada la fatiga / Nuevas borrascas aparecen ya.

¿Cómo puede la vida ser amada / Si es como un hosco y turbulento mar,
Nidal de monstruos que amenazan siempre / Nuestro huerto de paz despedazar?

¿Cómo puede, Señor, llamarse *vida* / La que engendra la muerte y el dolor?...
Con todo esto la vemos y la amamos / Aunque nos traiga la desolación.

Muchas veces el mundo nos hastía / Por lo vano y engañoso que es,
Pero no lo dejamos fácilmente / Sino a fuerza de hacernos padecer.

Sus seducciones nos atraen a amarlo / Si están a tono con la inclinación,
Con el bajo deseo de las cosas / Que concuerdan con el yo inferior.

Las miserias y penas que se siguen / De los deleites que este mundo da,
Nos hacen despreciarle y alejarnos / Comprobada la triste realidad.

Mas, ¡ay!, que el alma se verá vencida / Si entregada está al mundo con afán;
Son muchos los deleites que le brinda / Y aunque envuelta en espinas, allá va.

Tal pasa al alma cuando no ha gustado / Tu dulce suavidad, ¡oh, buen Jesús!...
Ni la paz interior que Tú derramas / Sobre el alma abrazada a la virtud.

Quien al mundo desprecia en sus engaños / Y estudia el modo de llegarse a Dios,
Sabe bien que le está ya prometido / Un mundo de consuelo en su interior.

DIÁLOGO XXIII

Descansemos en Dios sobre todas las cosas

El Alma:

Alégrate, alma mía, sobre todo / Cuanto a ti te pudiera deleitar,
En tu Dios, alegría de los justos, / En tu Dios que es Amor y Eternidad.

Otórgame, Jesús piadoso y bueno / Que toda gloria la descubra en Ti;
Sobre toda alegría y todo gozo / Es tenerte, Señor, cerca de mí.

Sobre toda salud, toda hermosura, / Sobre toda potencia y dignidad,
Sobre toda promesa y esperanza, / Yo prefiero tu dulce suavidad.

Sobre todas las cosas de la Tierra / Y lo que hay en tu Reino Celestial,
¡Es en Ti, mi Señor, que yo descanso / Para siempre jamás!...

Sólo Tú eres bueno sobre todo, / Nada puede igualarse a tu bondad,
Sólo Tú das al alma la alegría / Que nadie puede dar.

Tu belleza, Señor, excede a todo / Cuanto de bello puedo concebir;
Tu amorosa ternura es la que puede / Calmar por siempre mi ansiedad febril.

Poco es para el alma que te ha visto / En su huerto interior, pleno de luz.
Todo cuanto sonríe en este mundo / Ni en la inmensa y magnífica amplitud.

¡Oh, esposo amantísimo y sereno, / Purísimo Amador,
¡Quién me diera dos alas poderosas / Para volar a Vos!...

¿Cuándo será que me disuelva todo / Como una chispa en tu Divina Luz,
Y que ya no me sienta ni a mí mismo / Sumergidos en tu Eterna Plenitud?

Muchas veces exhalo hondos gemidos / Y sufro mi miseria con dolor,
Grandes males azotan esta Tierra, / Gran tristeza conturba el corazón.

Conmuévate, Señor, más que mi llanto, / La inmensa destrucción
Que hay en la Tierra, heredad que es tuya / Pues que fuiste su augusto Salvador.

¡Oh, mi amado Jesús! Resplandor vivo / De la Increada y Eterna Claridad,
¡Eres consuelo y norte para el alma / Que peregrinando va!

Mi silencio te habla a todas horas, / Mis labios ante Ti quedan sin voz.
¿Hasta cuándo retardas, Amor Mío, / Venir a consolar mi corazón?

¡Ven a este tu siervo pobrecillo / Y hazme alegre, Señor, con tu venir,
Que tu mano desate mis cadenas / Y que libre por fin me vea en Ti!

¡Ven, Señor, que no tengo día ni hora / De descanso si estás lejos de mí!...
¡Vacía está mi mesa si no vienes, / Si estoy contigo, es celestial festín!...

Soy miserable, encarcelado y preso, / Hasta que Tú me des la libertad.
Y me muestres tu Divino Rostro / Irradiando ternura y suavidad.

Busquen otros doquiera su alegría / Que a mí nada me agrada sino Tú
Porque Tú eres mi Rey, mi Dios, mi Todo. / Mi más dulce esperanza y mi salud.

Y hasta que sienta tu amorosa endecha, / Señor, no callaré,
Y cual la Esposa del Cantar, llorando / He de clamarte, ¡oh, mi Amado, ven!

Y clamaré hasta escuchar que digas: / "Me llamaste, mi amada, Yo aquí estoy,
Tu humildad y las lágrimas de tu alma / Me han inclinado hasta tu corazón".

Y entonces te diré: "Yo te he llamado / Porque quiero dejar todo por Ti;
Los manzanos en flor, los ruiseñores / Y el rosal que perfuma mi jardín.

"La fuente en que se miran las estrellas, / Las mañanas teñidas de arrebol,
Los ocasos de púrpura y topacio / Con que a la tarde se engalana el Sol.

"Que ni en los aires ni en la tierra existe / Nada que pueda compararse a Ti;
¿Qué mejor cosa puede hacer tu siervo / Que seguirte hasta el último confín?"

DIÁLOGO XXIV

Debemos hacer memoria de los beneficios de Dios

El Alma:

Abre, Señor, mi corazón endeble / A la grandeza de tu augusta Ley,
Y que camine por tus Mandamientos / ¡Y que ajuste mi vida a tu querer!

Que con gran reverencia considere / Que me colmaste de favores mil,
Que en una eternidad que yo viviera / No pagaría lo que hiciste en mí.

Confieso que me encuentro más pequeño / Que el más pequeño bien,
De cuantos Tú me has hecho, Señor mío, / Sin que yo lo supiera comprender.

Cuanto tengo en el alma y en el cuerpo / Como don material o espiritual,
Tuyos son, Bienhechor piadoso y bueno, / Que no cesas de dar.

A algunos pesa recibir de menos / Que aquello que otro recibió de Ti,
Todo es tuyo, Señor, eres el Padre / Que sabe sus tesoros distribuir.

El que más recibiera de tu mano / Más obligado está a la gratitud,
Y mayores esfuerzos han de hacerse / Para ser un ejemplo de virtud.

No es mayor el que más ha recibido / Sino el que menos se atribuye a sí,
Y humilde, agradecido con lo poco, / Mayores dones ha de recibir.

Sólo Tú sabes lo que a cada una / De tus criaturas se les puede dar,
Y el *porqué* de que una tenga menos / Y otra mucho más.

No conviene a nosotros discernirlo / Sino a Ti que eres justo de verdad;
Y que conoces los merecimientos / Que tiene cada cual.

Si meditamos en la gran miseria / De nuestra pobre personalidad,
No será agravio ni tristeza alguna / Ver a otros en alta dignidad.

Tú, Señor, tan excelso y luminoso / Como un reflejo del Eterno Sol,
Escogiste por íntimos amigos / A quienes para el mundo nada son.

Allí están tus Apóstoles amados / Que manifiestan tu predilección,
Por las almas humildes y sencillas / De limpio corazón.

Sin malicia ni engaño se gozaban / En sufrir las injurias por tu amor,
Y se abrazaban con delirio santo / A todo cuanto su Señor sufrió.

Noble cosa es amar tus beneficios / Y gozarse en tu Santa Voluntad,
Ya sea que me suba a lo más alto / O me deje en el último lugar.

El que te ama, Señor, no mira al mundo / Ni quiere nada de él, / Sólo busca
el amor de sus amores / Que allí encuentra su gozo y su placer.

DIÁLOGO XXV

Cuatro cosas que causan grande paz

Cristo:
Hijo, quiero que aprendas el camino / Sembrado con las flores de mi paz,
Donde soplan las brisas perfumadas / De santa y verdadera libertad.

El Alma:
¡Haz, Señor, lo que dices, que yo te oigo! / Tu palabra es un cántico de amor,
No hay deleite más suave que el oírte / Ni música igualable con tu Voz.

Cristo:
Busca de hacer la voluntad de otro / Primero que tu propia voluntad,
Escoge siempre poseer lo menos / Y nunca lo que más.

Busca siempre los sitios más modestos / Y no el primer lugar,
Desea de continuo que se cumpla / En ti mi voluntad.

Tal es el caminito que conduce / Al huerto de mi paz,
Donde hay fuentes serenas de reposo / En que puedas tu sed refrigerar.

El Alma:
¡Oh, qué dulce tu plática y qué breve / Maestro, tu sermón!
Mas, comprendo que en él está escondido / El gran tratado de la perfección.

De pocas frases y abundante fruto, / Y si fielmente le guardase en mí,
Ninguna turbación me agitaría / Y podría sentirme muy feliz.

Ya que Tú, mi Señor, lo puedes todo / Y sólo quieres mi mayor quietud,
Graba en mi mente tus palabras todas / Con los vívidos rayos de tu luz.

Y las calque en mi vida y en mis obras / En cuantos pasos por la Tierra dé;
Y en mi vida, en mis pasos, en mis obras / Quede allí tu palabra que escuché.

DIÁLOGO XXVI

Plegaria para apartar los malos pensamientos

El Alma:

No te alejes de mí, Maestro mío... / ¡No te alejes de mí! / Se han levantado contra mí, huracanes... / ¡Fuertemente me siento sacudir!

No te vayas de mí, mi Bien amado, / Dejándome en zozobra y en temor, Son tenaces los malos pensamientos / Que me persiguen y me dan pavor.

¿Cómo, dime, pasaré entre ellos / Sin que el alma reciba una lesión? ¿Cómo, Señor, los borraré del plano / De mi mente agitada en turbación?

Cristo:

"Yo iré -dice Dios por el salmista-, / Iré delante de ti, Humillaré los soberbios de la Tierra / Te daré los secretos que escondí". (I)

El Alma:

Hazlo, amado Señor, como lo dices / Y huirá de tu presencia la maldad; ¡Brille en mi cielo la esperanza santa / Y enciéndame en amor tu caridad!

(I)Psalmo 70

DIÁLOGO XXVII

Oración para alumbrar el entendimiento

El Alma:

¡Alúmbrame, Jesús, en mis tinieblas / Con tu eterna y divina claridad!... ¡Apártame indecisas vaguedades / Y que sea yo firme en tu Verdad!

¡Alúmbrame, Señor, en la borrasca / Que levanta el deseo halagador, Cual un monstruo voraz que hundir quisiera / ¡La débil barca de mi corazón!

¡Manda al viento, Señor, que se sosiegue, / El viento loco de la vanidad, / ¡Y al mar de mis pasiones que se calme / Y al cierzo helado que no sople más!

¡Envíame tu luz sobre mis sombras / Porque soy tierra vana y sin calor,
Vacía mi alma hasta que Tú me alumbres / Y riega el corazón!...

Cargada llevo el alma con el peso / De las tinieblas de mi mal pensar;
¡Levántame, Señor, y que mi anhelo / Lleno esté de tu gloria celestial!.

¡Arráncame de en medio a las criaturas / Y libre de fugaz consolación,
Desprecie la luz fatua de este mundo / Por la tuya, Señor!

¡Úneme a Ti con el estrecho nudo! / Del puro amor que nunca morirá!
¡Sólo Tú bastas a alumbrar el alma, / Sin Ti la tierra es toda oscuridad!...

DIÁLOGO XXVIII

Debe evitarse el deseo de saber vidas ajenas

Cristo:
Hijo, no quieras los cuidados vanos / Que no te van a ti;
Poco interesa cómo viven otros / Mucho más cómo tú debes vivir.

No estás llamado a responder por otros, / Por ti sólo tendrás que dar razón;
Si así lo consideras, pronto acaba / Todo motivo de murmuración.

Yo bien veo el más hondo pensamiento / Y ante Mí la conciencia es un cristal;
Lo que piensa y quiere cada uno / Lo descubro con toda claridad.

Encomiéndame a Mí todas las cosas / Que te causen angustias o dolor,
Y consérvate en paz y en armonía / Seguro que tu afán lo aquieto Yo.

Y deja al turbulento que se agite / Cuanto quiera, que es él quien perderá
La interior alegría que Yo dejo / A los que buscan mantenerse en paz.

Hijo, no cuides de adquirir gran nombre, / Ni de investir ninguna autoridad,
Ni de ser conocido de las gentes, / Ni tener un amor particular.

Que todo esto produce las tinieblas / En que a veces está tu corazón,
Alterado con muchas distracciones, / Y grande turbación.

Muy de grado hablaría mi palabra / Revelando secretos de mi Amor,
Si esperases atento mi venida / Y tú me abrieses cuando llamo Yo.

Cuidarás de estar siempre sobre aviso / Velando en oración,
Recogido en el fondo de ti mismo / Que desde allí te llamará mi Voz.

DIÁLOGO XXIX

En qué consiste la paz del corazón

Cristo:
Hijo mío; Yo dije en cierto día (I) / "*La paz os dejo y mi paz os doy,*
Mas no la doy como la da el mundo / Sino que es en verdad".

Esta paz todo el mundo la desea / Mas son pocos que cuidan de cerrar
La puertecilla del jardín interno / Que abierto queda a todo vendaval.

Hijo, está con los humildes la paz mía, / Con los de limpio y manso corazón.
Tu paz estará pues en tu paciencia, / Y en escuchar mi Voz.

Ten cautela en todo cuanto dices, / Y encauza tu intención,
A agradarme a Mí sólo, sin codicia / De cosa alguna que no sea Yo.

De los hechos o dichos de los otros / No quieras tú ser juez,
Ni entremezclarte en lo que no te atañe / Ni en las cuentas que no te pediré.

Sólo de esta manera harás posible / El reino de mi paz en tu interior,
Y que sufras menores inquietudes / Y menos turbación.

Que el no sentir perturbación alguna / Ni fatiga del cuerpo ni ansiedad,
Hijo, no es de esta tierra de tristeza / Sino que es de tu patria celestial.

Si no sintieres pesadumbre alguna / Y todo te sucede a tu querer,
Y ningún adversario te molesta / Y todo corre como sobre un riel.

No por eso te creas muy seguro / De haber hallado verdadera paz;
Ni que llegaste a perfección muy alta / Ni te estimes por alma singular.

Que no está allí la perfección del hombre / Ni en esto se conoce a mi amador...
El Alma:
Pues, ¿en qué está, Señor?... ¡Dímelo pronto!...
Cristo:
¡En darte a Mí de todo corazón!

No buscar en lo poco ni en lo mucho / Tu interés personal;
Ni en los dones eternos y divinos / Ni tampoco en el orden temporal.

De tal manera que en cualquiera cosa / Con rostro siempre igual,
Lo midas todo con el justo peso / Y des gracias a Dios por su Bondad.

Si tan fuerte y sufrido en la esperanza / Aun quitada mi consolación,
No tuvieras ninguna rebeldía / En lo profundo de tu corazón.

¡Entonces sí que entraste en el camino / Que conduce al santuario de mi paz,
Donde Yo te mostraré mi rostro / E inundado serás de claridad!

(I) Juan 14.

DIÁLOGO XXX

De la excelencia del alma libre

El Alma:

Señor, es obra de varón perfecto / No entibiar el anhelo espiritual,
Y entre muchos cuidados de importancia / Pasar con excelente voluntad.

No a manera de torpe y bullicioso / Sino con muy tranquila libertad,
Sin llegarnos tampoco a las criaturas / Con ninguna afección particular.

¡Oh, piadoso Dios mío! ¡Yo te ruego / Que me resguardes del penoso afán
Por los muchos cuidados de la vida / Que pudieran mi alma quebrantar!

Quiero ser superior a las miserias / Que pesan sobre el mísero mortal,
Y que entorpecen el feliz camino / De tu santa y divina libertad.

¡Oh, dulzura inefable del Dios mío, / Tórname amarga la consolación
Que me venga del mundo y sus placeres, / Apartando de Ti mi corazón!

Que la carne y la sangre no me venzan / En esta lucha por subir a Ti,
Que el mundo no me engañe con su gloria / Ni la maldad con su egoísmo vil.

¡Otórgame, Señor, tu fortaleza / Y tu paciencia, para soportar
Los duros lazos que tendió la vida / Dificultando mi perseverar!

¡Dame a cambio de todos los consuelos / Que en el mundo pudiera recoger,
La suavísima unción de tu ternura / Más dulce para mi alma que la miel!

¡Cuán grave y pesado es al espíritu / Que vive el sueño del sublime Ideal
Atender a las duras exigencias / Del cuerpo material!

¡Otórgame, Jesús, usar de todo / Templadamente cual lo hiciste Tú,
Por sustentar tu cuerpo que era carne / Sin perjuicio de tu Alma que era Luz!

DIÁLOGO XXXI

El amor propio nos estorba el Bien Eterno

Cristo:
Darlo todo por todo es la consigna / De los que quieren entregarse a Mí,
Y que nada te quede como tuyo / Desde el principio al fin.

Esto quiere decir que el amor propio / Da más daño a tu vida espiritual,
Que el mundo con sus fáciles promesas / Y con el humo de su vanidad.

Si tu amor fuera puro y ordenado / Gozarás de completa libertad,
Sin codicia de nada que no debas / En las cosas del mundo desear.

Y te consumes con tristeza vana / Y te fatigas con cuidados mil,
Porque dejas vagar a tu apetito / Sobre las flores como el colibrí.

Que no siempre las cosas alcanzadas / En el mundo exterior,
Son convenientes a tu fuero interno / Aunque a ti te parezca lo mejor.

No entiendas esto solo de las rentas / O riquezas que Dios te permitió,
Si también del afán por los honores / Y la vanagloria todavía peor.

Todo esto pasa como pasa el mundo / Si te falta el espíritu interior,
Ni esa paz te será muy duradera / Si falta la humildad al corazón.

Si no estás en mi amor bien cimentado / Muchas veces te verás cambiar,
Porque llegada la ocasión propicia / Lo que firme creías, caerá.

DIÁLOGO XXXII

Oración para pedir la sabiduría celestial

El Alma:

Confírmame, Señor, en mis anhelos / De estar fortalecido en mi interior,
Y vacío de inútiles afanes / ¡Este pobre y mudable corazón!

¡Que no sea llevado en devaneos / Por luces fatuas que se apagarán
¡Al primer vientecillo que les sople / Como un ala fugaz!

¡No hay nada permanente en esta vida / No hay nada duradero bajo el Sol!...
Que todo es vanidad y pesadumbre / ¡Sólo Tú permaneces, oh, Señor!

¡Otórgame que aprenda yo a buscarte / Y en todo lo que existe hallarte a Ti!
¡Celestial Sabiduría! / ¡Quién pudiera comprenderte en tu esplendor sin fin!

¡Dame, Señor, esa prudencia sabia / Que me haga huir de la lisonja audaz,
Que el viento de palabras no me arrastre / Como hoja seca que rodando va!

Que no escuche mi oído a la sirena / Que halagando seduce al corazón;
Que no escuche otra voz que la Voz Tuya / ¡Mi Divino Amador!

DIÁLOGO XXXIII

Contra las lenguas maldicientes

Cristo:

No te apenes ni enfades si supieres / Que se tiene de ti mala opinión,
¡Y a ti mismo llegarán a decirte / Lo que otros hablan en murmuración!

Si conoces a fondo tus defectos / Nadie sabe mejor lo que eres tú,
Que tú mismo si bien te has estudiado / Comprobando cuán poca es tu virtud.

Si andas dentro de ti en recogimiento, / Muy poco pesarán
Las palabras que vuelan como pajas / Que lleva el vendaval.

Es muy gran discreción en ese tiempo / Hijo mío, el callar;
Volver a Mí tu corazón herido / Y no turbarte por el mal pensar.

En boca de los hombres maldicientes / No debe nunca descansar tu paz;
Pues no serás distinto del que eres / Porque ellos digan mal.

¿Dónde está tu verdadera gloria? / ¿Dónde está tu verdadera paz?
¡En Mí sólo por cierto! Y si me tienes / ¿Qué más te faltará?

Quien no busca agradar a las criaturas / Ni teme su disgusto y desamor,
Gozará de gran paz y de sosiego / Sin que nada le cause turbación.

DIÁLOGO XXXIV

Plegaria para el tiempo de la tribulación

El Alma:

¡Bendito sea tu sagrado Nombre, / Bendito, mi Señor!...
¡Que has dejado caer sobre mi alma / Como lluvia de escarcha este dolor!

Y si no puedo huirla, necesito / Cual ave herida refugiarme en Ti.
¡Ampárame, Señor, que estoy muy triste, / Acércate hacia mí!

Preso me veo de terrible angustia / Nadie puede salvarme sino Tú.
¡Mi alma gime rodeada de tinieblas, / Señor, dame tu Luz!

Si Tú no me socorres, Jesús bueno, / ¿Qué puedo yo hacer?
Si todo me es adverso, todo en contra / ¿Señor, adónde iré?

Sólo Tú puedes darme la paciencia / Con que debo vencer la adversidad;
Sólo digo entre tantas amarguras / ¡Sea hecha tu santa Voluntad!

Yo sé que he merecido estas angustias / Y que debo sufrirlas sin gemir,
Hasta que pase la tormenta y vuelva / El iris de Tu Paz a relucir.

Poderosa es tu mano sacrosanta / Para aliviarme de este cruel dolor.
¡Oh, Jesús, misericordia mía / De Ti sólo vendrá mi salvación!

DIÁLOGO XXXV

Cómo hemos de obtener el favor divino

Cristo:

Hijo; Yo soy el que concede fuerza / Cuando extiende sus nieblas el dolor.
Vente a Mí cuando te halles agitado / Por toda suerte de tribulación.

Lo que a veces impide mi consuelo / Es que tarde te das a la oración,
Y antes procuras otras recreaciones / En ambiente exterior.

De aquí resulta que te sientes tibio / Y embargado de triste soledad,
Porque aprendas que soy el que consuela / Como nadie te puede consolar.

Mas, cobrado el aliento y el sosiego / Cuando la fiera tempestad pasó,
A la luz de las misericordias mías / ¡Verás qué cerca estoy!

Y pronto a reparar cuanto has perdido / Y acaso mucho más,
Que Yo no soy como el que dice y no hace, / Ni existe para Mí dificultad.

Si desesperas en la obscura noche / ¿Dónde está tu fe?
Si firme perseveras esperando, / Yo vendré, hijo, y te consolaré.

Te atormentan malignas tentaciones / Que te llenan de espanto y de temor
¿Por qué tanta inquietud si aún no sabes / Si eso que temes llegará o no?

¿Por qué tener tristeza y más tristeza? / Le basta al día con su propio afán (I)
Vano es alegrarse o entristecerse / Por lo que no sabes si sucederá.

Espera en la misericordia mía / No se turbe jamás tu corazón,
Que cuando piensas que Yo estoy más lejos / Es quizá cuando a tu lado estoy.

Ni te creas que todo esté perdido / Porque un viento contrario te azotó,
Ni juzgues cómo sientes al presente / Bajo el influjo de la turbación.

Nunca pienses estar desamparado / Aunque sientas rugir la tempestad;
Que el Reino de los Cielos se conquista / En grandes luchas con la adversidad.

Los más ocultos pensamientos veo / Y a todos les conviene padecer
Contradicciones de diversas formas, / Más que si todo les viniera bien.

No te acobarden las angustias hondas / Que a veces helarán tu corazón,
Que Yo puedo mudar tu angustia en gozo / Y tu pobreza en singular favor.

Nunca debieras abatirte tanto / Por la rudeza de la adversidad,
Que es el crisol en que se prueba el alma / Que yo vengo a buscar.

"*Como el Padre me amó es que Yo os amo*" / Me oyeron mis discípulos decir (II)
Y en verdad que no a gozos temporales / Sino en dolores les mandé vivir.

No a honores sino a grandes desprecios / A dura lucha y recio trabajar,
Acuérdate, hijo mío, de estas cosas / Y como ellos tendrás perfecta paz.

(I) Mateo 6
(II) Juan 15

DIÁLOGO XXXVI

Despegados de las criaturas hallaremos al Creador

El Alma:
¡Oh, mi amado Señor!, cuán lejos ando / Si tengo todavía que llegar
A que alguna criatura no me impida / A tus brazos volar.

"¡Quién me diera las alas de paloma!..., / Para volar a descansar en Ti!..." (I)
Te clamo con el arpa del salmista / Porque a tono con él lo siento en mí.

¿Qué cosa puede haber más sosegada / Que el mirar simple de la sencillez?
Y ¿quién es el más libre en este mundo / Sino el que está contento de lo que es?

Conviene trascender todo lo criado / Y olvidarme a mí mismo más y más,
Y es lo más alto del entendimiento / Encontrarte, ¡oh, sublime Majestad!

Que el que no se vacía de lo criado / Y queda como un vaso de cristal,
Vaciado y limpio de su contenido / Esperando le vuelvan a llenar;

No podrá libremente en lo divino / Llegar a comprender,
Y así son pocos los contemplativos / Que ansiosos buscan la Divina Ley.

Para llegar a tan sublime estado, / Es precisa una fuerza singular / ¡Que
suba al alma en gigantesco vuelo / A la Eterna Bondad!

Mucho tiempo será el hombre pequeño / Si se goza en lo efímero y fugaz,
Y no siente en lo hondo de sí mismo / Que sólo Dios es grande de verdad.

Una profunda diferencia existe / De la ciencia del hombre espiritual,
A la que tiene el estudioso y docto / En orden puramente material.

Más pura y noble es la excelsa ciencia / Que bajó del Divino Manantial,
Que la que alcanza el ingenio humano / Aunque sea de mucha utilidad.

Muchas almas se encuentran que desean / La suavidad de la contemplación,
Mas, poco cuidan de poner los medios / Que ella exige a los hombres de oración.

Hay también otro gran impedimento / Y es poner demasiado la atención
En rituales externos y sensibles / Y nada en lo que atañe al corazón.

No comprendo qué espíritu nos lleva / Ni qué hacemos los hombres de oración,
Que cuidamos las cosas transitorias / Y casi abandonamos lo interior.

¡Oh, dolor! De un momento recogidos / Hacia fuera volvemos a salir,
Descuidando de hacer profundo examen / Del obrar, del pensar y del sentir.

No miramos adonde se han hundido / Los afectos de nuestro corazón,
Ni lloramos los bajos sentimientos / Que agostarán nuestro jardín en flor.

El dulce fruto de la buena vida / Viene del alma que en pureza está;
Más miramos lo que hace cada uno / Y no pensamos en *por qué lo hará*.

Se averigua con grande diligencia / Lo que al hombre le da brillo exterior,
Mas, poco se platica si es virtuoso, / Recogido y constante en la oración.

Nuestro yo inferior mira las cosas / Que a los sentidos les halaga más;
¡Nuestro Yo Superior busca lo interno / Que siempre existirá!

Nuestro yo inferior se engaña a veces / Dejándose llevar de la ilusión;
¡Nuestro Yo Superior está seguro / Porque ha fijado su esperanza en Dios!

(I) Psalmo 54.

DIÁLOGO XXXVII

El hombre espiritual debe negarse a sí mismo

Cristo:

Sin negarte a ti mismo por completo / No tendrás la perfecta libertad;
Los que son amadores de sí mismos / En prisiones están.

Son codiciosos y hasta vagabundos / Buscan siempre lo que ha de perecer,
Que todo es humo lo que no procede / Ni puede conducir al Sumo Bien.

Graba en ti mi palabra de este día; / *Déjalo todo, y todo lo hallarás*,
Deja toda codicia y devaneos / Y el reposo completo encontrarás.

El Alma:

¡Oh, Señor!... No es trabajo para un día / Ni es un juego de niños tu lección,
Porque en ella paréceme se encierra / La más amplia y cristiana perfección.

Cristo:

No te acobardes del camino largo / Ni sueñes, hijo, con volver atrás;
Si no puedes llegar a lo perfecto / Que a lo menos lo busques con afán.

¡Oh, si hubieses llegado a tanta altura / De vivir entregado sólo a Mi!...
Y olvidado de todo y de ti mismo / ¡Eso es el cielo!... ¡El Amor sin fin!

Aún tienes cosillas allá adentro, / Hijo mío, que debes ya dejar,
Y si no las renuncias por completo / Lo que pides no puedes alcanzar.

"Compra mi oro acendrado y serás rico" (I) / Que esto es sabiduría celestial,
La cual huella lo bajo y pasajero / Y la efímera dicha terrenal.

Conviene que compares, Yo te dije / Las cosas elevadas con lo vil,
Y que te apartes del sentir humano / Que busca de ordinario lo más ruin.

Fácil cosa es al hombre el olvidarse / De la ciencia del alma y la Verdad,
Que no quiere grandezas en la Tierra / Porque todo no es más que vanidad.

¡Oh! Eterna Verdad que estás en boca / De los que andan por vía espiritual,
¡Pero en su íntimo yo están muy lejos / De esa perla escondida *más allá*!

(I)Apoc. 3

DIÁLOGO XXXVIII

De la mudanza del corazón

Cristo:

No des mucho valor a tu deseo / Que hoy te agita y mañana mudará,
Que en tanto vivas y aunque no lo quieras / Sujeto a la mudanza siempre estás.

Tan pronto estás alegre como triste, / Ya tranquilo o con grande turbación;
Ya pesado o ligero, ya devoto, / O escaso en tu fervor y devoción.

Mas, sobre estas mudanzas anda el sabio / Que enseñado en la vida espiritual,
Ni mira lo que siente ni de dónde / La mudanza del viento soplará.

Con su recta intención en lo más alto / Camina siempre a conseguir el fin,
Sin cuidar de los vientos del deseo / Sino tan sólo de encontrarme a Mí.

Mas sucede que a veces se obscurece / La interna claridad con la ilusión,
De lo más deleitable que se ofrece / Pareciendo que en todo busca a Dios.

Así fueron las gentes a Betania / No a buscar la palabra de Jesús,
Sino al gozo de Marta y de María / Y a la vuelta de Lázaro a salud.

No es tan fácil limpiar perfectamente / El agudo mirar de la intención,
Y que recto y sencillo por completo / Sea por todo dirigido a Dios.

DIÁLOGO XXXIX

¡Cuán dulce es Dios a quien le ama!

El Alma:

¡Oh, mi Dios y mi todo, y sobre todo!... / ¿Qué cosa más podría yo querer,
Ni qué bienaventuranza más excelsa / Podría pretender?

¡Oh, divina palabra para el que ama / Tan sólo a Ti, Señor,
No al mundo y sus goces deleznables / Que me dejan vacío el corazón!

Cuando estás en mi alma todo es claro / Como luz deliciosa de arrebol,
¡Y si ausente, las sombras se apoderan / Y las escarchas de mi huerto en flor!

Ningún gozo me alegra mucho tiempo / Si no viene de Ti,
¡Todo es canto de gloria y de alegría / Si me dejas entrar a tu festín!

¡Ay, dolor!..., que los sabios de este mundo / No perciben tu gozo celestial,
Y menos los carnales que en los unos / Hay la muerte y en otros vanidad.

Los que te siguen despreciando al mundo / Son sabios de verdad,
De la carne al espíritu han pasado / Y del gozo terrestre al celestial.

Cuán diferente es la alegría Tuya, / Que es miel de eternidad,
¡A la del tiempo que tan pronto pasa / Como un meteoro por la inmensidad!

¡Cuán diferentes resplandores vierte / La Luz Increada a la terrestre luz!
¡Oh, Luz perpetua que trasciendes todo, / Con tu excelsa y divina plenitud!

¡Clarifica mi espíritu sombrío / Y en amor arrebátalo hasta Ti!...
¿Cuándo, Señor, me llegará aquel día / Que no sea más yo, sino Tú en mí?

Mas, ¡oh, dolor!, que aun el hombre viejo / No crucificado por completo fue,
¡Y no está muerto y me promueve guerras / Muy internas que me hacen padecer!

¡Mas Tú, Señor, que calmas cuando quieres / Hasta la horrenda tempestad del mar,
¡Extiende sobre mí la fuerza tuya / Y enseguida tendré serenidad!

¡Oh, mi amado Jesús!... ¡Yo te suplico / Que no olvides a tu hijo pequeñín,
Que no tiene refugio ni esperanza / Sino tan sólo en Ti!

DIÁLOGO XL

En esta vida no nos veremos libres de tentaciones

Cristo:

Hijo mío, en la vida tan grosera / De este mundo, nunca hay seguridad,
Y en tanto que esta vida estés viviendo / Escudo de paciencia llevarás.

Por todas partes en combates andas / Y sin herida no es fácil el salir,
Por eso te conviene con firmeza / Fijo tener tu corazón en Mí.

Conviene pues romper varonilmente / Los tropiezos que llegues a encontrar,
Que al perezoso se le da miseria / Y al vencedor se le dará el *maná*.

Y si buscas holganza en esta vida / ¿Cómo hallarás la dicha celestial?
No te ilusiones con tener descanso / Sino mucha paciencia de verdad.

Y no en los hombres ni en criatura alguna / Debes buscar tu verdadera paz,
Sino en Mí que la llevo con mi esencia / Sino en Mí que te la puedo dar.

Y por mi amor aceptarás de grado / Cuanto adverso te puede acontecer,
Vejaciones, dolores y pobreza, / Injurias y congojas..., ¡más tal vez!

Son rosales que esplenden en belleza / Bien que llenos de espinas en verdad.
¡Caballero de Cristo has de probarte / No en dulzuras sino en la adversidad!

A un breve trabajo bien sufrido / Le responde mi eterno galardón,
Y a una confusión que presto pasa, / La infinita dulzura de mi amor.

¿Piensas siempre tener consolaciones / Y alegría a sabor del paladar?
Ni mis grandes amigos las tuvieron / Sino mezcladas de contrariedad.

Mas, sufriéronlo todo con paciencia / Y descansaron mucho más en Mí;
No equivalen las penas de esta vida / Con la gloria y la luz que ha de venir.

¿Quieres tú recoger a la ligera / Flores y frutos que sembraste ayer?
¡Con trabajos y lágrimas llegaron / Unos antes que tú y otros después!

Esfuérzate y no huyas en la lucha / Espera en tu Señor,
Pon tu cuerpo y tu alma a su servicio / Que Él es tu salvación.

DIÁLOGO XLI

Los vanos juicios de los hombres

Cristo:

Nunca temas el juicio de los hombres / Cuando nada te acuse en tu interior,
Tu conciencia te dice lo que eres / Y lo sabe también Dios.

Es bueno padecer de tal manera / Y no es grave al humilde corazón,
Que más confía en Mí que no en sí mismo / Su justificación.

Y no es posible contentar a todos / Los que hablan siempre sin saber por qué;
¿Ni aun Yo mismo que me di completo / Pude acaso a los hombres complacer?

Por mucho que hagas no podrás librarte / De que el mundo te juzgue a su sabor.
Tú haz como mis santos y en silencio / Y paciencia encomiéndalo a Dios.

La humildad defendió siempre a los justos / De los que hablan mentiras y maldad;
Mas, a veces conviene que respondas / Cuando puede venir mal de tu callar.

¿Quién eres tú para temer al hombre / Que hoy existe y mañana ya no es más?
Teme a Dios que es Señor de cuanto existe / Y que es el dueño de la Eternidad.

¿Qué puede hacerte el hombre con injurias / Si su daño le vuelve contra sí?
Ténme a Mí ante tus ojos; no contiendas / Que Yo a su tiempo volveré por ti.

Si sabes que es injusta la vergüenza / Que te hacen padecer,
No te enfades y pierdas la corona / Que tu paciencia te ha de merecer.

Mírate en Mí que en lo alto de los cielos / Pienso siempre en tenerles compasión,
A quienes me cargaron con oprobios / Y a quienes respondí con el perdón.

DIÁLOGO XLII

La renunciación de sí mismo nos da la libertad de corazón

Cristo:
No quieras apegarte a cosa alguna / Déjate a ti y me hallarás a Mí.
Si nada de lo tuyo hay en tu huerto / Entonces Yo descenderé hasta ti.

El Alma:
¿En qué cosas habré yo de negarme? / ¿Cuántas veces, Señor, me negaré?
Cristo:
¡Siempre! ¡En todo!, ninguna cosa excluyo; / Desnudo en tu interior te quiero ver.

Mi unión contigo no ha de realizarse / Si no renuncias a tu voluntad,
Y cuanto más generosa tu renuncia / Mucho más hacia ti me atraerás.

Algunos se renuncian no del todo / Pues que ponen alguna condición,
Otros ofrecen al principio mucho / Mas, se dejan vencer por la ocasión.

Mi trato familiar, íntimo y suave / Que es un reflejo del Eterno Amor
Sólo puede gozarlo el que ha dejado / Por completo vacío el corazón.

Muchas veces te dije y hoy de nuevo / Lo vuelvo a repetir;
Si te renuncias por completo un día / También completo me tendrás a Mí.

No te afanes en búsquedas ansiosas / Descansa en mis promesas y en mi Amor;
Toda tiniebla en mi presencia huye / Y libre quedará tu corazón.

Déjate a ti, ya que dejaste todo, / Y desnudo de amor propio ven a Mí;
Al desnudo Jesús muerto en cadalso / Sólo muerto a ti mismo has de seguir.

¡Oh!..., morir para ti igual que muere / Una flor arrancada de un jardín,
Y que dispuesta sobre el ara santa / Su perfume derrama hasta morir.

Y morir como muere el gusanillo / Que tejió su capullo y se escondió,
Para luego salir transfigurado / Y abrir sus alas a la luz del Sol.

Que así mueren mis santos mientras viven / A manos llenas derramando el bien,
Cual si fueran un vaso de agua clara / Del que todos se acercan a beber.

DIÁLOGO XLIII

Lo exterior no debe absorbernos completamente

Cristo:

Hijo: debes mirar con diligencia / Que en toda material ocupación
Estés siempre muy dentro de ti mismo / Y nunca derramado a lo exterior.

Que no seas sujeto a cosa alguna / Sino las cosas sujetarse a ti
Porque seas señor de tu trabajo / Y no para el trabajo muy servil.

Eres hijo, no siervo ni comprado, / Y esa gran libertad de hijo de Dios
Debe hacerte pisar lo transitorio / Y a lo eterno apreciar en su valor.

En cualquier circunstancia de la vida / No juzgues su apariencia al exterior,
Ni con vista sensual has de mirarlo / Sin antes penetrar en su interior.

Tal entraba Moisés al Tabernáculo / A pedir el consejo del Señor;
La divina respuesta ha de venirte / En el hondo secreto de tu Yo.

Siempre tuvo Moisés grandes recursos / En el santo recinto del altar
Y tomó la oración como un remedio / Por curar a los hombres su maldad.

Tal debes huir tú para esconderte / En el secreto de tu corazón,
Esperando con fe y gran confianza / El bálsamo divino de mi Amor.

Dicen por eso los Sagrados Libros / Que engañado se vio un día Josué (I)
Por aquellos audaces Gabaonitas / Enemigos del pueblo de Israel.

No meditaron en su fuero interno / Ni esperaron mandato del Señor,
Y creyeron de pronto a las palabras / Cayendo luego en doloroso error.

(I) Josué 9.

DIÁLOGO XLIV

No sea el hombre importuno en los negocios

Cristo:

Encomiéndame siempre tus negocios / Y yo lo dispondré todo muy bien
Espera lo que Yo tenga ordenado / Que a su tiempo en tu ayuda acudiré.

El Alma:

¡Oh, Señor!, muy de grado yo te ofrezco / Todas las cosas que en mi mano están
Pues comprendo que todos mis cuidados / Sin tu ayuda de nada servirán.

Bien quisiera no ocuparme tanto / De sucesos que puédanme venir
Sino que me ofreciese sin tardanza / A lo que hayas dispuesto sobre mí.

Cristo:

Hijo mío, el hombre trata a veces / Las cosas que desea con afán;
Y sucede que apenas lo ha alcanzado / Se muda su querer y su pensar.

Un mismo pensamiento no perdura / Largo tiempo por un mismo querer
Y es aun en las cosas más pequeñas / Que suele acontecer.

Es por eso de grande conveniencia / Negarse a sí mismo siempre más,
Y entonces tranquilo abandonarse / A aquello que deba Yo ordenar.

Porque aun los negocios materiales / Te pueden traer lucha y turbación,
Por eso he dicho que "veléis orando / Que así no caeréis en tentación". (I)

(I) Mateo 26

DIÁLOGO XLV

Nada tiene el hombre de qué alabarse

El Alma:

¿Qué es el hombre, Señor, a quien visitas? / ¿Por qué te acuerdas de él?
Acaso ha merecido que le dieses / Una chispa de luz de tu saber?

Una cosa, Señor, puedo decirte; / Nada tengo que valga, nada soy,
Paréceme que en todo estoy vacío / Y que nada con nada siempre soy.

Y si Tú no me vales y me ayudas / Si no estás, oh, Señor, dentro de mí,
En todo me hago torpe y disoluto / Todo es error cuanto no estoy en Ti.

¡Sólo Tú permaneces para siempre, / Sólo Tú lo haces todo justo y bien!
Pero yo soy mudable en todo tiempo / Y poco permanezco en un querer.

Extiéndeme tu mano auxiliadora / Que Tú solo me puedes ayudar
Y que estable y constante en toda cosa / No mude a cada instante mi pensar.

¡Muchas gracias, Señor!... Todo procede / De Ti como de eterno manantial,
Mientras yo tan mudable y vacilante / Nada tengo sino mi vanidad.

¿De dónde podría yo gloriarme / Si nada existe de durable en mí?
¿Si en mí todo es mudable cual la ola / Que apenas es nacida ha de morir?

Mi gloria verdadera está en tu Nombre / Mi más pura alegría está en tu Amor,
Mi esperanza, mi luz, mi fortaleza / En Ti los hallará mi corazón.

Busquen los hombres las humanas honras / Mi alma sólo tu gloria buscará,
La gloria temporal es aire y humo / Inquieta ola que se viene y va.

¡Oh, Eterna Verdad, Grandeza Eterna, / Clara fuente de Amor y de Piedad,
A Ti sea la gloria y la alabanza / Para siempre jamás!

DIÁLOGO XLVI

Del desprecio de toda honra temporal

Cristo:

Hijo mío, no sufras si a los otros / Les ves mucha honra levantar
Y tú, ser despreciado y abatido / A grande indignidad.

Levanta a Mí tu corazón doliente / Mírate en Mí que lo sufrí también
Y ninguna amargura ha de causarte / El menosprecio que los hombres den.

El Alma:

¡Oh, Señor mío!... En ceguedad estamos / Y muy presto nos entra vanidad,
Pareciendo que todo se nos debe / Y en realidad no merecemos más.

Si bien miro en mis días ya pasados / Criatura alguna me injurió jamás,
Ni tendría en justicia que quejarme / Si alguno lo hubiese hecho de verdad.

Porque yo muchas veces gravemente / He traspasado tu sagrada Ley,
Y es razón de que todas las criaturas / Me arrojen a la frente su desdén.

¿Puedo quejarme con justicia entonces / De los desprecios y la confusión?...
A Ti sólo la gloria y la alabanza / Que Tú sólo mereces, ¡oh, Señor!

Y si no alcanzo a recibir de grado / La injuria, el desamparo y el desdén,
No merezco, Señor, tus alegrías / Ni ser considerado un hijo fiel.

DIÁLOGO XLVII

No debe nuestra paz depender de los hombres

Cristo:

Si depende tu paz de algún amigo / Por igualdades con tu parecer,
Movible estarás siempre y sin sosiego / Pues buscarás de conformarte a él.

Si en pos de la Verdad que no se muda / Buscas siempre de andar,
Que el amigo se fuere o se muriese / Tendrás siempre inalterable paz.

En Mí estará el afecto del amigo / Y le amarás por Mí,
Que en mi Amor caben todos los amores / Y aún no llega al fin.

Nada vale sin Mí, ni es duradera / Aunque fuerte parezca la amistad.
Ni es durable el amor que yo no uno... / Porque sólo Yo, ¡soy eternidad!

Tan muerto debes ser a los afectos / Que si de ellos te llegan a privar
No sientas conmociones tan profundas / Que afecten el santuario de tu paz.

Si más te alejas del placer humano / Tanto más cerca te pondrás de Mí;
Tanto más subes a lo puro y bello / Cuando más te separas de lo vil.

Si supieses de todo amor creado / Por completo vaciar tu corazón,
Sobre ti manaría de mis fuentes / Eterno Surtidor.

Ama a toda criatura de la Tierra / Sin apartar tu mirada del Creador,
Sólo así se inundará tu alma / Del gran Conocimiento Superior.

Cualquier cosa aunque pequeña sea / En que buscases de afianzar tu paz,
Te impediría mi supremo gozo / Poniendo en ella demasiado afán.

DIÁLOGO XLVIII

Contra la ciencia vana del mundo

Cristo:

No te entusiasmen los sutiles dichos / De los hombres; no está el Reino de Dios,
En palabras hermosas sino en hechos / Que estén conformes a mi Ley de Amor (I)

Mis palabras encienden corazones / Y vierten en las almas claridad,
Moviéndolas a contrición perfecta, / Llenándolas de paz.

Nunca busques de mostrarte sabio, / Pero estudia la forma de vencer,
Las viciosas costumbres que te quedan / Como resabios de lejano ayer.

Yo soy el que enseñó al hombre la ciencia, / Y a los humildes, claridad les doy,
Ningún sabio podrá enseñarte tanto / Como sabio es aquel que enseño Yo.

¡Ay de aquéllos que buscan insaciables / Curiosidades vanas aprender
Y descuidan la ciencia de las ciencias / Del servicio de Dios y de su Ley!

Tiempo vendrá que llegaré hasta ellos, / Maestro de maestros a pedir
Las lecciones que todos aprendieron / Quizá muy lejos de pensar en Mí.

¡Y mi Luz pasará por las conciencias / Como candelas en Jerusalén (II)
A escudriñar los íntimos rincones / Donde todo llegó menos mi Ley!

Y serán descubiertos los secretos / Que dejan las tinieblas al pasar,
Desflorando los huertos interiores / Como un negro huracán.

Yo soy el que levanto en un momento / Al humilde que busca en Mí la luz;
Yo le enseño sin ruido de palabras / Que la ciencia primera es la virtud.

Y le enseño a encontrar en el presente / El medio de buscar lo porvenir;
Huir honras, riquezas y codicias / Poniendo toda la esperanza en Mí.

Aprende el que busca tanta ciencia / En el secreto de mi Corazón,
Que encuentra luego despreciable todo / Lo que no es el saber que le di Yo.

A unos hablo de cosas más comunes / A otros de una altura singular,
Les revelo misterios de honda lumbre / Que luego les enseño a interpretar.

Yo soy Doctor de la Verdad Oculta, / Muy a fondo escudriño el corazón,
Desfilan ante Mí los pensamientos /Y a cada cual en su medida doy.

(I) Corintios 4
(II) Soph. I

DIÁLOGO XLIX

No debemos buscar con demasiado afán las cosas exteriores

Cristo:
Hijo mío, conviene que tú ignores / Todo aquello que nada va en saber,
Que te estimes un muerto para todo / Lo que es ajeno a la Divina Ley.

Te conviene ser sordo a muchas cosas / Y sólo oír lo que te infunde paz,
Ni fijarte en aquello que te agrada / Y a cada cual su parecer dejar.

Tiempo perdido el que en porfías gastas / Te basta y sobra mi conformidad;
Si de acuerdo Conmigo está tu juicio / Di, ¿quién te vencerá?

El Alma:

¡Oh, Señor!... aquí somos hoy vencidos / Que lloramos el daño temporal
Por fútiles ganancias trabajamos / Y olvidamos el daño espiritual.

Miramos mucho lo que poco vale / Y lo que es necesario se olvidó,
Como una cosa que no tiene importancia... / Y en ello está tu Voluntad, ¡Señor!

Casi todos los hombres nos lanzamos / A lo exterior con indecible afán,
Y si no viene la reacción muy pronto / El vértigo exterior nos vencerá.

DIÁLOGO L

No debemos creer a todos y cuán fácil es resbalar en palabras

El Alma:

¡Ayúdame, Señor, en toda angustia / Porque errados mis juicios siempre van!
¡Cuántas veces no hallé amistad sincera / Donde pensé encontrar sinceridad!

¡Cuántas veces hallé puros afectos / Donde menos pensé!
¡Cuán vana es la esperanza en las criaturas / Que tan mudables son en su querer!

¡Seas bendito, mi Señor, por siempre / Que en Ti está toda paz..., toda salud!
Y aunque engañados y mudables somos, / ¡Amigo fidelísimo eres Tú!

¡Qué hombre hay que se guarde tan seguro / Que enredado no sea en falsedad?
Mas, aquél que en tu poder confía / Aunque fuera ensalzado no caerá.

¡Tú consuelas y libras al que espera, / Señor, tan sólo en Ti!
¡Tú sólo me eres fiel en toda prueba / Tú sólo perseveras junto a Mí!

¡Oh, cuán bien supo el alma que decía: / "Fundada en Cristo mi esperanza está",
Y si así mantuviese yo la mía / Ningún temor me haría zozobrar!

¿Quién basta a resguardarse de los males / Que le pueden venir?
Y si lastima lo que está previsto / Lo que no, ¿qué será, pobre de mí?

Hombres somos, mudables, quebradizos, / Aunque ángeles a veces nos dirán,
Son nuestras palabras como el viento / Que hoy se siente y mañana pasará.

Cuánta fue tu prudencia al avisarnos / Que en guardarnos pongamos nuestro afán,
¡"Que enemigos están dentro de casa" / Y que es de humanos la infidelidad!

Defiéndeme, Señor, de estas ficciones / Y de aquéllos que hablan mucho mal,
Pon en mi boca las palabras firmes / En que siempre se encuentre la verdad.

¡Oh, qué bueno es callar lo que otros hablan / Y en secreto guardar,
Lo que no debe descubrirse a muchos / Que de seguida lo divulgarán!

Sólo en Ti dejaré mis confidencias / Y los secretos de mi corazón.
Y no me agitaré por las palabras / Que como un viento pasajero son.

¡Cuán seguro es huir las apariencias / Que son a veces pura falsedad!
¡Como todas las cosas que de fuera / Solemos admirar!

Los tesoros se guardan mucho tiempo / En gran seguridad,
Si en esta vida quebradiza y falsa / Tuviéramos cautela en el hablar.

DIÁLOGO LI

De la confianza en Dios cuando nos injurian

Cristo:

Hijo; palabras por el aire vuelan / Y ellas no hieren al que firme está;
Si eres culpado enmiéndate de grado / Y si no con paciencia sufrirás.

¿Por qué será que tan pequeñas cosas / Te penetran tan hondo al corazón,
Sino porque muy vivo el amor propio / Te sacude con honda vibración?

Mira, hijo, hasta el fondo de tú alma / Y allí conocerás que vive en ti
El afán de agradar a las criaturas / Mucho más que de agradarme a Mí.

Ese espanto de ser avergonzado / Por tus defectos o incorrecto obrar,
Muestra claro que no eres muy humilde / Ni muerto al mundo por completo estás.

Oye las palabras que Yo te hablo / Y así no cuidarás
De todas las que digan las criaturas, / Que poco o nada te podrán dañar.

Si cuanto hay de maligno se pudies/ Decir contra de ti,
Si no lo vieses ni como una paja, / Ni un cabello te puede suprimir.

Quién a Mí no me tiene ante sus ojos / Y no ando dentro de su corazón,
Una áspera palabra le sacude / En su íntimo yo.

Yo conozco el secreto de las almas / Y conozco también
Al que hace la injuria, al que la sufre / Y de todas las cosas sé *el por qué*.

Yo soy el juez que juzgará al culpable / Y al inocente si en verdad lo es,
Mi consuelo tendrá junto a la prueba / Y el mérito después.

El testimonio de los hombres falla, / Mas en mi juicio la verdad está,
Y aunque oculto y quizá desconocido / Nunca yerra y a tiempo se verá.

A Dios has de acudir en todo juicio / Que los hombres levanten contra ti;
¿Quién podrá conturbarte, hijo mío, / Si te apoyas en Mí?

Y piensa que mis juicios son profundos / No formados de humano parecer,
Y que es delito a veces a mis ojos / Lo que a los hombres les parece bien.

El Alma:

Mi Señor y mi Dios, mi juez paciente, / Que conoces del hombre la maldad,
Sé Tú mi fortaleza y mi defensa / Ya que sabes también mi nulidad.

Concédeme llevar con mansedumbre / Lo que Tú sabes y que yo no sé;
Y que baje hasta el fondo de mi nada / Si me dicen injurias otra vez.

¡Perdóname, Señor, piadoso y bueno / Todas las veces que no lo hice así!
¡Dame la fuerza de escuchar sereno / Todo cuanto de mí quieran decir!

DIÁLOGO LII

Grandes cosas debemos padecer por la vida eterna

Cristo:

No te quebranten los trabajos duros / Que has tomado por Mí,
Ni te abatan del todo los dolores / Que por mi causa te podrán venir.

Mi promesa te esfuerce y te consuele / Yo solo basto para el galardón;
Ni será mucho tiempo el que trabajes / Ni por siempre tendrás tribulación.

Esfuérzate en cumplir lo prometido / Y en mi viña trabaja con ardor;
Ora, sufre, calla, canta, que ya viene / El día del Señor.

No día o noche cual los de este tiempo / Sino eterna y divina claridad,
Una holganza serena y duradera / Y una perpetua paz.

Y entonces no dirás que se te libre / De ese cuerpo mortal,
Ni que se ha dilatado tu destierro / Entre las sombras y la obscuridad.

¡Oh, si vieses el gozo perdurable / De mis Santos en la Eterna Luz,
Los que fueron del mundo despreciados / Indignos de vivir junto a mi Cruz!...

No codiciarías los alegres días / De este triste y efímero vivir;
Te holgarías de ser tenido en nada / Y de sufrir por Mí.

Si vislumbrases la Belleza Increada / Por un resquicio de la eternidad,
Jamás te quejarías de la angustia / Que te ofrece la vida terrenal.

¿No te parece que tus penas todas / Son como nada, si a medirlas vas
Con la gloria divina que en mi Reino / Por siempre poseerás?

Levanta pues tu corazón al cielo / Y mira que te miro desde allí,
Entre la augusta corte de mis santos / Que padecieron por seguirme a Mí.

¡Felices en el Reino de mi Padre / Seguros en inmensa eternidad
Vieron trocarse las angustias hondas / En Amor Inmortal!

DIÁLOGO LIII

Del día de la Eternidad y de las angustias de esta vida

El Alma:

¡Oh, morada feliz y soberana!.... / ¡Oh, día claro de la eternidad!...
¿Cuándo será que tu arrebol se extienda / Sobre la obscura playa terrenal?

Los moradores de los cielos saben / Cuán hermosa es la patria celestial;
Y nosotros andando en el destierro / Sólo sabemos el dolor de acá.

¡Días malos y pocos vive el hombre / Cargado de ansiedades y dolor,
Quebrantado con múltiples trabajos / Y hasta humillado por la tentación!

¿Oh, cuándo acabarán estos dolores / Y libre me veré de esclavitud?
¿Cuándo, Señor, se alegrará mi alma / Sumergida en tu eterna plenitud?

¿Cuándo sentiré por dentro y fuera / Esa serena inconmovible paz?
Seguro de que no será turbada, / Que es tu Amor, ¡oh, Jesús, quien me la da!

¡Me has dejado muy pobre y desterrado / En tierra de enemigos, oh, Señor!
¡Y con ansias suspira mi deseo / Clamándote consuelo en mi dolor!

Los placeres del mundo son mi carga / Me entorpecen los vuelos hacia Ti.
¡Quisiera comprenderte y me obscurecen, / Quisiera remontarme y quedo aquí!

Buscando paz a la oración acudo / Me doy luego a pensar lo celestial
Y un tropel de bajezas materiales / Se me viene como una tempestad.

¡Señor, tan grande es la miseria mía / Que me veo en el lodo hundido así!
¡Por piedad no te alejes de tu siervo, / Y apiádate de mí!

Resplandezca tu luz en mi horizonte, / Brille en mi cielo el iris de tu paz,
Que se esfumen los torpes pensamientos / En la presencia de tu santidad.

Perdóname, Señor, mi gran flaqueza / Que estando en el recinto de oración
Me voy a donde va mi pensamiento / Como llevado de alucinación.

Por eso Tú dijiste: "*Donde tienes / Tu tesoro allí está tu corazón*" (I)
Y esa oculta atracción a lo terreno / Me sirve de tormento en la oración.

Si amo el cielo en los cielos me deleito / Si amo el mundo, belleza encuentro en él,
¡Si amo la carne, sus ruindades todas / Me acosan en tropel!

¡Feliz aquél que por tu amor aquieta / Todo ruido en su huerto espiritual,
Y te ofrece oración férvida y pura / Como ángel de tu Corte Celestial!

(I)Lucas 21

DIÁLOGO LIV

Del deseo de la vida eterna

Cristo:

Hijo, si tienes un deseo vivo / De la eterna y celeste beatitud,
De salir de la cárcel de tu cuerpo / Y vivir en mi excelsa plenitud.

Da lugar a ese noble sentimiento / Y con él ensancharás tu corazón,
Pensando que está cerca mi clemencia / Que soy Yo quien te da esa inspiración.

No la recibes por tu solo esfuerzo / Sino por mi solícito querer,
Para alentarte en los combates rudos / Que pronto has de tener.

Mi hijo: muchas veces arde el fuego / Mas no sube la llama sin humear;
Tal arden los deseos celestiales / Pero envueltos en humo terrenal.

Tal me llegan a veces tus deseos / Manifestados con tenaz afán,
Y te digo: no es puro ni perfecto / Lo que envuelve interés muy personal.

No pidas lo que te es muy deleitable / Y conveniente según tu parecer
Sino lo que es conforme y ajustado / A mi sabio querer.

Hijo mío, conozco tu deseo / Y oído hasta el cansancio tu gemir
Y querrías ya estar entre los hijos / Que llegaron al Padre junto a Mí.

Aún es tiempo de lucha y de trabajo / No es llegada esa hora para ti;
Espérame, Yo soy el que a su hora / Por ti ha de venir.

Muchas veces harás lo que no quieres / Y lo que quieres no podrás hacer,
Lo que dicen los otros será oído / Y lo dicho por ti nadie lo oirá.

Cuanto pidan los otros será dado / Y a ti nada que pidas te darán,
Poca cosa en los otros será grande / Y tus grandes esfuerzos no valdrán.

A otros se darán honrosos puestos / Por inútil serás tenido tú...
Si todo esto sufrieres en silencio / Es un gran adelanto en la virtud.

De tal manera y otras semejantes / Es probado el fiel siervo del Señor;
Que eso es negarte y quebrantarte en todo / Y es abrazarte con la abnegación.

Si buscas de morir para ti mismo / Como medio de hallar tu perfección,
El verte contrariado en cuanto quieres /Es camino más rápido y mejor.

Piensa, hijo en el fruto que recoges / Como piensa en su campo el labrador,
Que no mira fatiga ni intemperie / Ni helada, escarcha, ni el ardor del Sol.

Por eso tu querer que sacrificas / Tu paciencia tendrá consolación;
Ganarás en despego de lo criado / Y más te abrazarás con tu Señor.

Porque en perpetua negación se llega / Al Reino de la Luz,
Donde hallarás lo que por Mí dejaste / Y rosas sin espinas en mi Cruz.

Allí será una misma con la mía, / Hijo, tu voluntad.
Nadie osará contradecirte en nada / Que es Patria del Amor y de la Paz.

Allí te daré Yo perpetua gloria / Por las injurias que te vi sufrir,
El fruto te daré de tu obediencia / Y de tu humilde sumisión a Mí.

Allí todo tendrás, junto conmigo, / Por tus angustias mi divino Amor,
Y palio de loor por tu tristeza / Y mi aureola por tu humillación.

Busque cada uno lo que bien quisiere / Y alzado sea hasta el almo azul;
¡Gózate tú con la esperanza firme / De la gloria y amor de tu Jesús!

DIÁLOGO LV

Debe ofrecerse a Dios el alma desconsolada

El Alma:

¡Señor, Dios mío!... Te bendigo siempre / Que tal como Tú quieres sucedió;
Y todo cuanto haces es perfecto / Porque todo lo sabes, ¡oh, Señor!

¡Alégrese tu siervo en tus mandatos, / Regocíjese en Ti!
¡Tuyo es mi gozo, mi esperanza toda, / Y tuyo es todo lo que hay en mí!

Pobre soy y muy lleno de trabajo / Desde aquella primera juventud;
Y hasta el llanto se conturba mi alma / Cuando escondes el rayo de tu Luz.

¡Dame, Señor, tu paz y tu dulzura, / La paz de tus praderas siempre en flor,
Donde apacientas a los hijos tuyos / Junto a la lumbre de tu santo Amor!

Y guárdame debajo de tus alas / Defendido de toda tentación,
Que me vuelvan los días ya pasados / En que alumbraba mi jardín el Sol.

¡Padre justo!, comprendo que es llegada / La hora en que probado debo ser;
¡Esta hora marcada en mi camino / Por tu eterno y santísimo querer!

No me conturba este dolor profundo / Ni el sentirme abatido en lo exterior,
Si me dejas vivir interiormente / Sintiendo la dulzura de tu Voz.

Si has querido que sea quebrantado / Con vejaciones y hasta enfermedad,
¡Concédeme que vea el alba nueva / En los cielos serenos de tu paz!

Como helada llovizna han descendido / Los más rudos dolores sobre mí;
¡Oh, Señor!... En la Tierra y en los cielos / Todo lo ordenas para un justo fin.

Te agradezco que me hayas abatido / Porque aprenda tu rígida lección,
Y destierre de mi alma la soberbia / Y aprenda la humildad de corazón.

¡Nadie puede aliviarme en mi amargura / Dios mío, sino Tú!...
¡Oh, Médico divino de las almas / Que hieres y devuelves la salud!

¡Oh, mi amado Señor!... Soy en tus manos, / Recibo con amor tu corrección,
Que ella enderece mi torcida senda / En todo aquello que tu Ley mandó.

¡Un humilde discípulo piadoso, / Señor, yo quiero ser!...
¡Y que me rijas y reprendas siempre / Hasta que ande conforme a tu querer!

Haz conmigo conforme a tus deseos / No me apartes por ser un pecador,
Tú conoces mi vida y mis flaquezas / Mucho mejor que las conozco yo.

Muchas veces se engañan los sentidos / Al pretender juzgar;
Nadie es mejor por la alabanza de otros / Ni nadie es peor porque le quieran mal.

Que cada uno de nosotros somos / ¡Oh, Señor!, lo que somos ante Ti,
Como lo dijo tu dilecto siervo / San Francisco de Asís!

DIÁLOGO LVI

De los trabajos humildes

Cristo:

Hijo mío, no puedes de continuo / Pensar en las virtudes con fervor,
Ni tampoco vivir por largo tiempo / En alto grado de contemplación.

La pesada materia que revistes / Ya te hará muchas veces descender
Para llevar la carga de esta vida /En las cosas que son de tu deber.

Mientras vives, mi hijo, revestido / De un cuerpo material,
Tu corazón en grande pesadumbre / De continuo estará.

Porque estando en la carne, el peso de ella / Te obligará a gemir
Estorbándote estudios superiores / Y hasta el buscarme en la oración a Mí.

Cuando así te encontrases fatigado / Te conviene hacer obra exterior
Y que te alegres con hermosos actos / Hasta que vuelva mi consolación.

Y sufre con paciencia este destierro / Y en tu espíritu la honda sequedad,
Hasta que Yo te venga nuevamente / Con la suave dulzura de mi Paz.

Te haré olvidar de tus amargos días / Y tendrás gran reposo en tu interior;
Y a la luz infinita de mi gloria / De nuevo inundará tu corazón.

Extenderá a tu vista las floridas / Praderas de mi Ciencia Espiritual,
Que en la Santa Escritura desbordara / Como un incontenible manantial.

Porque ensanchado el corazón recorras / En carrera el mandato del Señor,
Y luego digas con mi Apóstol Pablo: “Con tus glorias no hay comparación”.

DIÁLOGO LVII

No somos dignos de consuelos sino de tormentos

El Alma:

¡Oh, piadoso Señor! Yo no soy digno / De tu dulce consuelo espiritual,
¡Y es justicia que haces si me dejas / En triste soledad!

Que aunque contrito el corazón llorase / Tantas lágrimas cual aguas lleva el mar,
No sería aún digno que vinieses / Con tu amor mis heridas a curar.

No soy digno sino de ser tratado. / Como hijo ingrato, como siervo infiel,
Que muchas veces y en diversos modos / Contra tu augusta Ley me rebelé.

Mas, Tú, piadoso, desbordando siempre / Misericordioso Amor,
Sin mirar merecimiento mío / Me brindas tus consuelos, ¡oh, Señor!

Y tu Luz no es la luz que hay en la Tierra / Ni tus delicias las humanas son,
Que son más que esplendores de la aurora / Bellos y suaves más que el arrebol.

¡Oh, Maestro Jesús!... ¿Qué hizo este hijo / Que mereciera tu consolación?...
Pocas fueron mis obras y aun ellas / Ensombrecidas por la imperfección.

¿Qué hice yo para que hagas Tú, memoria / Del indigno discípulo que fui?
Que aunque yo no quisiera confesarlo / Mi conciencia estará contra mi.

Yo conozco en verdad que soy muy digno / De todo agravio que me quieran dar,
Porque yo he traspasado tu Ley Santa / Por muchas veces con mi mal obrar.

Sólo tengo palabras en mí boca / Para decir como tu santo Job:
"*Antes de entrar a obscuridad de muerte / Permíteme que llore en mi dolor*". (I)

¿Qué es lo que pides al que ha delinquido / Contra el mandato de la augusta Ley?
Que humilde reconozca su miseria / Y repare su mal haciendo el bien.

Para Ti es holocausto suave y dulce / El alma conmovida en contrición;
Es la esencia de nardos que te agrada / Que se vierta a tus plantas, ¡oh, Señor!

Allí está el lugar de mi refugio / Cuando a todos mi rostro he de ocultar...
¡Sólo Tú no rechazas al que llega / A tus pies sus delitos a llorar!...

(I) Job. 10

DIÁLOGO LVIII

La Luz Divina no se mezcla en los placeres humanos

Cristo:

Hijo mío, mi gracia es muy preciosa / Y no sufre mezcla con lo terrenal;
Y todo cuanto te sea impedimento / Para con ella lo debes apartar.

Es mi gracia esa suave fortaleza / Mezclada de energía y decisión,
Que te lleve a buscar mi acercamiento / Y te da compunción de corazón.

Busca un sitio tranquilo de reposo / Donde apartado en tu interior jardín,
Estimes como nada todo el mundo / Y confiado te acerques hasta Mí.

En las fiestas y alegres vacaciones / A todas cosas antepón a Dios;
No podrás deleitarte en goces vanos / Y a la vez en mis cálices de amor.

Mi Apóstol Pedro te lo dice claro: / "*Que te abstengas cual cristiano fiel*
De los goces groseros de este mundo / Puesto que eres peregrino en él".

Con qué confianza llegará a la muerte / El que nada le ata a lo carnal,
No el alma perturbada que no sabe / Qué cosa sea el gozo espiritual.

Si quieres de verdad entrar conmigo / A mi huerto secreto del Amor,
Renuncia los deleites transitorios / Y estúdiate a ti mismo en lo interior.

Renúnciate a ti mismo y si te vences, / Todo estorbo vencido quedará,
La perfecta victoria es de ti mismo / Que tú la alcanzarás.

El que hizo obedientes sus sentidos / A la sana razón,
Y la razón a Mí en todas las cosas, / Es heroico y glorioso vencedor.

Si deseas subir a tales cumbres / Empieza con esfuerzo varonil,
En tu huerto a cortar la planta estéril / Poniendo la segur a la raíz.

Del amor excesivo que se tiene / Todo hombre a sí mismo viene el mal.
Aun en los asuntos materiales, / ¡Cuánto más en la vida espiritual!

Porque pocos trabajan con ahínco / Para morir perfectamente en sí,
No acaban de salir del amor propio / Ni pueden levantar vuelo hacia Mí.

El que quiere andar libre y a mi lado / Sus jardines de afectos podará,
Pues todo amor desordenado es lastre / Que estorba al espíritu volar.

DIÁLOGO LIX

De los movimientos superiores e inferiores en el alma humana

Cristo:

Hijo mío, con grande vigilancia / Observa día a día tu interior,
Donde se mueven de sutil manera / Dos corrientes en tu propio *yo*.

Todos desean en palabras y hechos / Ir buscando y encontrando el bien,
Y esto mismo les engaña a muchos / Como el espejismo que el viajero ve.

Es la parte inferior de grande astucia, / Y a sí misma se pone como fin;
La parte superior no busca engaños / En todo busca de agradarme a Mí.

El yo inferior no quiere ser vencido / Ni sojuzgado a otra voluntad,
La parte superior gusta humillarse / Y se inclina a servir y a trabajar.

En la inferior naturaleza humana / Trabaja de continuo el interés,
Tiene siempre a la vista la ganancia / Y el dejar satisfecho su querer.

La parte superior del alma humana / Chispa divina de la Increada Luz,
Busca siempre subir hasta su origen / A fundirse en su eterna plenitud.

La inferior naturaleza humana / Ama el ocio y la holganza corporal,
Se goza en las grandezas terrenales / Y está llena de pompa y vanidad.

La parte más sutil del alma humana / Sólo se goza y se complace en Dios
Porque puso en el cielo su tesoro / Y hacia el cielo se va su corazón.

No busca deleitarse en lo visible / Huye el mundo y su necia vanidad,
Sólo busca lo que ha de conducirle / A obtener su dichosa eternidad.

Excelso don que el justo ha merecido / Es esta fortaleza espiritual,
Gracia divina de los que se esfuerzan / En ruda lucha por la santidad.

Es la propia señal de los que suben / El monte santo de la perfección,
¡Que en los cielos pusieron su tesoro / Y a los cielos se va su corazón!

DIÁLOGO LX

Corrupción de la naturaleza humana y eficacia de la gracia divina

El Alma:

¡Oh, Señor y Dios mío, que me hiciste / Como una chispa de tu propia Luz,
Imagen tuya, semejanza tuya / Destinado a una eterna plenitud!

Yo siento en mi materia una fuerza / Que contradice tu Divina Ley,
Y me lleva cautivo y miserable / Hasta ser lo que yo no quiero ser!

No puedo resistir a las pasiones / Si tu auxilio no viene en mi favor;
Mi viciado natural me inclina / A los pecados y a la perdición.

De tu Luz emané como una chispa / Que a tu Luz algún día he de volver...
¡Dame, Señor, tu claridad divina / Y contigo en mi día yo seré!

En esta cárcel material hundido / Cercado de profunda obscuridad,
Soy chispita de luz en la ceniza / Que apenas si distingo el bien del mal.

Y aunque conozco dónde está lo bueno / Y lo malo lo sepa distinguir...
¡Oh, Señor!..., ¡que me voy por el camino / Donde mieles y flores percibí!...

De aquí viene, Señor, la grande lucha / Entre el hombre interior que ama tu Ley,
Con el hombre carnal que va al pecado / Queriendo o sin querer.

De aquí viene también, que conociendo / La senda recta de la perfección,
Me voy por la torcida y escabrosa / Llevado por mi propia corrupción.

¡Oh, mi amado Señor, Luz infinita, / Sin Ti no puedo practicar el bien,
Ni siquiera desearlo si no acudes / A ser mi fortaleza y mi sostén!

Mas en Ti, mi Señor, todo lo puedo / ¡Oh, grande fortaleza celestial!
Nada hay en las criaturas que se iguale / A la fuerza divina que Tú das.

¡Oh, Divina y purísima Energía, / Fuerza que emanas del Supremo Bien!
¡Ven, desciende hasta mí, que no desmaye / En el sendero de la Santa Ley!

¡Oh, mi amado Señor!... Yo te suplico / Que halle gracia a tus ojos en verdad,
Que aunque todo me falte en esta vida / ¡Todo me sobra si conmigo estás!

DIÁLOGO LXI

Debemos negarnos a nosotros mismos y seguir a Cristo por la Cruz

Cristo:

Hijo mío, yo quiero que tú aprendas / La más perfecta negación de ti,
Y que sin quejas ni contradicciones / Salgas de ti para venirte a Mí.

Yo soy camino y verdad y vida; (I) / Sin un camino no hay por dónde andar,
Sin verdad no hay acierto, y sin la vida / ¡Eres muerto que anda y nada más!

Si tú quieres encontrar la vida / Guardarás los mandatos de la Ley,
Si quieres la Verdad, Yo te la enseño, / Llevándote a mis fuentes a beber.

Si quieres ser perfecto, deja todo / No tan sólo en la vida material,
Sí, en la interna negándote a ti mismo / Entregado a mi eterna Voluntad.

Y si quieres reinar junto conmigo, / Conmigo has de llevar también la Cruz;
Que en cruz vivieron mis amigos todos / Para entrar en los Reinos de la Luz.

El Alma:

Señor mío, tu camino estrecho / Y despreciado por el mundo es;
Hazme parte, Señor, de tus desprecios / Que bien tratado yo no puedo ser.

"*No será tu discípulo tratado / De mejor modo que el Maestro fue,*
Ni el siervo que el Señor", ¡Tú lo dijiste / Y tal cual lo dijiste, así es!

Cristo:

Hijo, si esto sabes, y leíste tanto, / Ponlo por obra, que feliz serás,
Que cumplida la Ley y bien guardada / Ella sola te basta y nada más.

El que bien guarda los mandatos míos, / Es quien me ama como Yo le amé,
Y conmigo en el Reino de mi Padre / Por siempre le tendré.

El Alma:

¡Ayúdame, Señor, que así suceda, / Si de tu mano recibí la cruz,
Hasta la muerte la tendré conmigo, / Tal cual me la pusiste Tú!

Una cruz es la vida del cristiano / Si quiere ser lo que su nombre es;
¡Ea, hermanos, vayamos todos juntos / Llevando nuestra cruz hasta vencer!

Por Jesús la tomamos, la llevamos / Por Él sobre ella habremos de morir;
Mirad que nuestro Rey marcha adelante / Porque es de nuestra causa el adalid.

(I) Juan 6

DIÁLOGO LXII

No debe acobardarnos nuestra flaqueza

Cristo:

Grandes son la humildad y la paciencia / Cuando te azota la contrariedad,
Más valen que fervientes devociones / En buenos tiempos de prosperidad.

¿Por qué te tornas apesadumbrado / Por pequeñeces hechas contra ti?
Déjalo pasar, que esto no es nuevo / Y mucho de esto deberás sufrir.

Esforzado te muestras cuando nadie / Tu paz viene a turbar,
Y consuelas y esfuerzas a los otros / Y consejos prudentes sueles dar.

Cuando llega a tu puerta la tristeza / Luego pierdes de súbito el valor,
Y te ves derribado por el suelo / Y hasta sientes desesperación.

Tu flaqueza la ves por experiencia / En cuanto viene la tribulación;
Es gran cosa si sufres con paciencia / Si no puedes alegre y con amor.

El silencio prudente es grande medio / Para calmar la interna tempestad,
Que las criaturas inconscientes causan / Y que a veces no puedes evitar.

Pondrás en Mí tu corazón cansado / Cuando sientas bullir la indignación;
Preparado, hijo mío, a socorrerte / Bien sabes que Yo estoy.

Sosiega tu alma y a mayores trances / Te debes preparar
Y no pienses que está todo perdido / Si tan pronto no puedes levantar.

Eres hombre y no Dios, carne y no ángel, / Y no debes pensar que tu virtud
No sufra las mudanzas de la Tierra, / Cual si vivieras en el ancho azul.

Yo soy el que consuela a los que lloran / Y el que conforta al que caído está,
Doy aliento al que siente su flaqueza / Y remedio al que ve su enfermedad.

El Alma:

¡Oh, piadoso Señor, Bendita sea / Tu palabra de tierna suavidad!...
Como esencia de nardos en mis llagas / Como miel de dulcísimo panal.

¿Qué haría yo en todas mis angustias / Si no vinieses en mi ayuda Tú?
¿Débil y enfermo, adónde acudiría / En busca de salud?

¡Ayúdame a llegar hasta ese puerto / Que es vida y salvación!
¿Qué me importan las penas de este viaje / Si al final te encontraré, Señor?

Dame, Señor, paciencia y fortaleza / En todo cuanto tenga que sufrir;
Dame dulce partida de este mundo, / Que contigo me es suave hasta morir.

DIÁLOGO LXIII

Los juicios ocultos de Dios

Cristo:
Hijo mío, si evitas discusiones / Sobre cosas que no puedes saber,
Ganarás en tu paz y en tu sosiego / Y será por tu bien.

La infinita Grandeza, el Poder Sumo / Más alto está que tu capacidad,
Cuando Yo quiero descubrirme a un alma / Las áridas disputas son de más.

¿Quién puede penetrar los altos juicios / Que en el Divino Pensamiento están?
¿Quién puede comprender la Eterna Idea / Que marca leyes en la inmensidad?

El Alma:
"*Justo eres, Señor, justo tu juicio*, (I) / *Justificado y verdadero en sí*"
Temido debe ser, no escudriñado / Por mente humana limitada y vil.

Día y hora vendrán en tus arcanos / Tan profundos como es la Eternidad,
Que corridos los velos del Enigma / Podamos comprender tu Majestad.

Cristo:
Hay otro escollo a la paz de tu alma / Y es la estéril y vana discusión
Sobre cual de los Santos de mi Reino / Es mayor o menor.

Controversias son éstas que no llevan / Sino a la disensión;
A fermentar soberbia y vanagloria / En los de débil e incauto corazón.

Engendra las envidias, las discordias, / En tanto que unos quieren preferir
A un santo sobre otro, cual si fuera / La virtud lienzo que se va a medir.

Ninguna flor espiritual recoges / De ese indiscreto y vano disputar;
Y disgusta a mis Santos que me cantan: / "*No eres Dios de discordia y sí de paz*".

Yo soy el que llamé a todos mis siervos / Por los senderos de la Redención,
Les di mi fortaleza y mis piedades, / La suavidad de mi consolación.

Entre martirios y espantosas luchas, / Entre hondas tristezas y penar,
Les ayudé a subir hasta las cumbres / Del Amor Inmortal.

Y con poner en menoscabo a unos, / De seguro no se honra al que es mayor.
Que todos ellos son un solo arpegio / En el canto infinito de Mi Amor.

Rosas rojas y blancas que he cuidado / En los viveros de la santidad,
Son guirnaldas de amor y de pureza / Que unen los lazos de mi caridad.

Callen pues los espíritus mezquinos / Que en todo buscan su satisfacción;
Y pretenden medir con su ignorancia / La inescrutable Majestad de Dios.

Guárdate, hijo, de discursos vanos / Sobre cosas que no puedes saber;
Busca sí en los ejemplos de mis santos / Las lecciones que debes aprender.

Más me agrada que pienses en la forma / De cortar vicios y adquirir virtud,
Tal cual lo hicieron mis amados hijos / Hasta entrar en el Reino de la Luz.

Es el camino de la gran sapiencia / Ya que quisieras conocer a Dios.
¡A Él le encuentran los que bien le aman / Con un limpio y humilde corazón!

Imagínate a Dios como una esencia / Que no deja una fibra sin tocar;
O como una suavísima armonía / Que a toda inteligencia hace vibrar.

Como un mar infinito de aguas claras / Donde se bebe hasta la saciedad,
De donde manan todas las corrientes / Que hacia todas las almas llegarán.

Es ola formidable de Energía, / De omnímodo Poder,
Que da vida y calor a cuanto existe / Y fue sólo creación de su querer.

Es cual irresistible marejada / De una Luz sin principio y sin final,
Y las almas son chispas desprendidas / De esa eterna explosión de claridad.

Y en medio a esa grandeza sin medida / Pretende la criatura racional,
Definir, ¿cuál es grande o más pequeño? / Quién más arriba o más abajo está?

Las risueñas praderas galileas / Escucharon un día este decir:
"*No entraréis en el Reino de los Cielos / Si no os tornáis como este pequeñín*".

Y era un niño que apenas si podía / Con pasos vacilantes caminar,
Que senté con amor en mi regazo / Y lo di como ejemplo de humildad.

Gozad humildes, y alegraos pobres, / Que en la Tierra gemís y sollozáis;
Los que niños se vuelven por mi Nombre / Son los dueños del Reino Celestial.

(I) Psalmo 118

DIÁLOGO LXIV

Toda esperanza debe ponerse sólo en Dios

El Alma:

¿Qué confianza yo tengo en esta vida / Y cuál es mi alegría sino Tú?
¡Oh, Señor mío, que piadoso y bueno / Todo lo ordenas para mi salud!

¿Adónde fui feliz sino a tu lado / Dónde encontró mi corazón la paz?
¡Donde Tú estás, Señor, está mi cielo / Y es el infierno donde Tú no estás!

Imposible confiar en ser alguno / Que mitigue mis penas y ansiedad.
¡En Ti solo, Señor, he descansado / Que Tú sólo me puedes consolar!

¡Eres Tú la dulcísima esperanza / Que siembra flores en mi triste andar
Y la estrella polar que marca rutas / Al viajero anhelante de llegar!

En Ti descansan mis fatigas hondas / Cuando todo se hundió bajo mis pies.
¡Que Tú solo, Señor, eres amigo, / Los demás sólo buscan interés!

Cuanto veo alrededor, vano y mudable, / Encuentro todo lo que no eres Tú.
Como viento que pasa y que no vuelve, / Es así todo bajo el cielo azul.

Cuando Tú estás ausente, todo sombras / Se extienden ante mí como la mar,
No hay amigos, ni hermanos ni letrados / Que puedan mis tinieblas alumbrar.

Sólo Tú eres la paz y la bonanza / Cielo estrellado de mi largo andar.
Única fuente de las aguas dulces / Que mi fiebre de amor apagará.

A Ti, Señor, mis ojos se levantan / En busca de un sereno amanecer,
¡Enciéndeme la luz de tus auroras / Y no pierda el camino de tu Ley!

¡Bendíceme, Señor, y santifica / Mi espíritu con santa bendición,
Y que sea morada digna tuya, / Templo sagrado de tu eterno amor!

¡Dame, Señor, que tu piedad divina / Torne en gozo mi férvida ansiedad
Y escucha la oración que en el destierro / Elevo hasta tu Excelsa Majestad!

En el Santuario del Amor Divino

De Josefa Rosalía Luque Álvarez

Hora de Tinieblas

CANTO I

Se queja el alma de la obscuridad en que la ha dejado el Divino Amor

¡Hora de tinieblas / Pavorosa y fría...
Hora de ansiedades / Hora de agonía!...

Tiniebla muda, pavorosa y fría / Que amenaza secar mi huerto en flor
Y acallar la dulcísima armonía / Que ensaya el alma cuando siente a Dios.

Tiniebla helada de fantasmas mudos / Que todo lo destruyen sin piedad...
Decidme, ¿quién os pudo / De tan lóbrego aspecto rodear?...

Toda envuelta en zozobra y espanto / Toda envuelta en sudario de escarchas,
Alma mía, sumida en quebranto / ¿Hacia dónde marchas?

¡Las tinieblas todo lo invadieron!... / ¡En mi huerto la luz apagada,
Las ánforas secas, las flores murieron / Y en los pebeteros, cenizas heladas!...

¡Recio viento de muerte ha pasado / Destruyendo los místicos huertos
Su arpegio han callado / Mis pájaros muertos!...

¡Sin luz en la mente / Sin fuego en el alma
Sin agua en mi fuente / Sin paz y sin calma!...

¡Oh, qué viento de muerte ha pasado / Destruyendo mi plácido huerto!
¡Todo se ha secado / Todo está desierto!

Hora de tinieblas / Pavorosa y fría...
¡Cuán densas tus nieblas, / Hora de agonía!

¡Más que yo, te sintió el Nazareno, / El Dios-Peregrino,
El Hombre más bueno, / El Cristo Divino!

¡Hora desolada / Hora de amargura,
Cuando el alma se ve abandonada / Entre el laberinto de la selva obscura!...

¡Más que yo, te sintió el Nazareno / En la intensa tristeza del Huerto,
Bajo aquellos olivos serenos / Que le vieron entre vivo y muerto!...

¡Muerto de la angustia / De verse en la angustia olvidado,
Como lirio que dobla ya mustia / La corola que nadie ha regado!...

¡Como un cáliz te vio en la negrura / De la noche helada,
Y de un sorbo bebió tu amargura / Tiniebla pesada!...

¿Por qué llegas al alma que vuela / En busca de auroras rosadas
Y apagas su cirio que vela / Con tus blancas cenizas heladas?

¿Por qué rompes las cuerdas sonoras / De la lira mía?....
¿Por qué, dime, tiniebla, tus horas / Son como agonía?

¿De qué son las angustias que viertes / Sobre el alma sumida en quebranto?
¡Si eres vida, me traes la muerte!... / ¡Si eres muerte, me traes espanto!

¡A tu paso el Amor se ha escondido / Y apagó la esperanza sus cirios,
Y la Paz recogió sus floridos / Y místicos lirios!...

¡Hora de tinieblas, / Hora de agonía!...
¡Como roca me pesan tus nieblas / Y tu escarcha fría!

¡No te quiero..., lo sé, no te quiero / Porque apagas la luz y la vida,
Y la hermosa Visión que yo espero / Se queda dormida!

¡La Visión del Amor se ha dormido / Muy lejos..., muy lejos!...
¡No le llega mi triste gemido, / Ni percibe si río o me quejo!...

¡Visión adorada / De los sueños míos,
Que esperándote estoy afiebrada, / En cruel desvarío!...

¡Dios Amor, de mis grandes anhelos, / Dios Piedad, de mis sueños dorados,
Bellos como cielos / De miríadas de soles poblados!...

¡Cristo Luz, tu palabra divina / La veo yo escrita
Con estrellas de luz opalina, / Con cendales de luz infinita!

Tu silencio me corta la vida, / ¡Oh, Señor, cuando mi alma te evoca,
Y entre angustias de muerte sumida / Soy como una luciénaga loca!...

Visión que persigo / En los sueños míos;
¡Que buscando de unirme contigo / Me aventuro en desiertos vacíos!...

¿No me escuchas que ansiosa te llamo? / ¿No me ves que llorando te espero?
¿No me sientes que enferma te clamo: / Por piedad que de angustia me muero?

¡Dios Amor que te vas y me dejas / Sola en este mundo!...
¿No te llegan mis ansias, mi queja, / Mi dolor profundo?...

¿No me ves en la obscura hondonada / Como un ave herida,
Que ha sido olvidada / Que está dolorida?...

¡Ven conmigo piadoso y amante, / Ven conmigo Visión de mis horas
De gloriosas uniones radiantes / Cual rosadas y eternas auroras!

Yo no puedo vivir sin sentirte / Como un astro de amor a mi lado;
Yo no puedo vivir sin oírte / Que me dices: "*No te he olvidado*".

¡Dios Amor!... ¡Dulcedumbre divina / De mis ansias de todas edades,
Resplandor que grabó en mi retina / La visión de tus hondas piedades!...

¡Yo no puedo vivir, sin tu aliento / De amor sobrehumano,
Y mi andar se detiene al momento / Que no me abre sendero tu mano!

¡No me dejes tan triste, tan sola, / Que es angustia penosa el no verte;
Es sentirme aplastada por olas / De tristeza que causan la muerte!

¡Luz de Dios!... No me dejes a obscuras / En la senda que me has elegido!...
¡Soy feliz si me das tus ternuras, / Soy feliz cuando te he presentido!...

CANTO II

Clarea en el alma la esperanza de recobrar al Divino Amor que se había ocultado

¡Como un sol te vislumbro en mi cielo, / Como fresco raudal en mi fuente,
Como el ampo de nieve de un velo / Que cubre mi frente!

¡Como eterno arrebol que se asoma / En lo alto de agreste colina,
Como arrullo de blanca paloma / Que me canta las glorias divinas!...

¡Eres Tú el ruiseñor que ha cantado / El Eterno Poema en mi puerta;
Y con flores de luz has sembrado / Mi senda desierta!...

¡Por Ti sé los secretos profundos / De los cielos poblados de vida;
Te he seguido a través de los mundos, / Mi visión querida!...

¡Dios Amor de mis sueños eternos / Yo no puedo vivir sin tu aliento;
Sin la luz de tus ojos tan tiernos, / Es tiniebla mi vida al momento!

¡No me dejes sin luz en la mente, / Sin fuego en el alma,
Sin agua en la fuente, / Sin paz y sin calma!...

¡Dios Poder!... ¡Te obedece hasta el viento, / Y los cielos se cubren de estrellas
Si Tu Pensamiento / Se refleja en ellas!...

¡Manda a las tinieblas / Que huyan de mi lado,
Y tu aliento disperse nieblas / Como polvo helado!

¡Que no venga la duda a robarme / Esa paz que bebí de tu boca,
Ni la furia del mal a arrastrarme / Como a una luciérnaga loca!...

¡Que los hielos no sequen las flores / De luz que me has dado!...
¡Dios Piedad, de mis grandes amores, / Dios Amor de mi sueño dorado!

Almas compañeras / Que en la misma senda
Venimos siguiendo / Los puros ideales.
Y vamos tejiendo los mismos cendales... / Y andamos buscando
La Causa primera / Y vamos llorando tristezas iguales.

¡Sembrando..., sembrando / Los pétalos secos
De nuestros rosales / Que se van secando!...

¡El Amor otra vez se ha encendido / Y encendió la Esperanza sus cirios!
¡Y la Paz derramó sus floridos / Y místicos lirios!...

¡Y enlazados en férvido abrazo / Al Justo,
Al Bueno / Al Dios Hombre, piedad de piedades!...
Al Divino Rabí Nazareno, / Le contemos nuestras ansiedades
Como niños cargados de espanto / Como exhaustos viajeros cansados.

"¡No podemos vivir sin sentirte / Como un astro de amores al lado!
No podemos vivir sin oírte / Que nos dices: "¡*No os he olvidado*!"

La Hora de la Esperanza

CANTO I

Elevación del alma al Supremo Amor

¡Oh, Señor!... ¡los mundos surgieron / De tu potente y formidable Fíat!
De aquellos mundos que la mente humana / No alcanza a vislumbrar.

De todas las bellezas / Que llenan tu creación,
¡Es *Jesús Salvador* lo que más habla / De amor al corazón!...

Grandeza eterna que la mente en vano / Quisiera descifrar;
¡No puede el corazón más que sentirla / Y arrobado y extático adorar!...

Adorar la humildad de aquella cuna / Donde el Sol del Amor vela su Luz;
¡Y adorar el Calvario que encadena / Las almas a la Cruz!...

¡Adorar lo inmortal que nunca acaba / Lo que llena de vida al corazón!
Adorar y adorar la imagen pura / Que para el alma simboliza amor.

Aquella imagen que se alzó riente / De la niñez en el primer albor.
La que formó crepúsculos azules de interna claridad / Para infundir en el alma la pureza de un sueño celestial.

La visión luminosa que en secreto / Le dice al corazón:
"El Ideal del Amor está muy alto / Más alto que el dolor.

Más alto que las negras tempestades / Donde se siente el huracán bramar,
Donde la duda al corazón ahoga... / ¡Más alto..., mucho más!...

Más allá de los vuelos de la mente / Donde no se oye al corazón latir,
Porque el recuerdo que estremece al alma / Lo lleva hasta morir...

Más allá de las sombras sin orillas / Donde no puede el corazón creer,
Y de nieve y escarcha las pupilas / Mirando van sin ver...

¡Más allá de ese vértigo sin nombre / Donde no puede el corazón amar,
Más alto que todo eso / Más alto está tu Ideal!"

¡Señor!... Te siente el pensamiento mío / Siempre en sus horas de nostalgia azul,
¡Como la estrella que predice el día / Con su blanca luz!

En la oración que se alza en mis auroras / Te siento cual la flor
Que entre las grietas del sepulcro escucha / ¡La historia de un dolor! ...

¡Como una hebra de luz que desde el cielo / Se tendiera hasta el lodo terrenal,
Como signo glorioso de Esperanza / De Júbilo y de Paz!...

CANTO II

Encuentra el alma al Supremo Amor en todo cuanto existe

Todo me habla de Ti cuando me interno / Bajo las selvas al morir el día,
Y escucho los murmullos de las brisas / ¡Y siento de los cielos la armonía!

¡Todo me habla de Ti!... Todo me canta / Una trova inmortal, arrobadora,
El viento que se agita entre las flores, / ¡Y el beso del ocaso que las dora!...

Canta el ave sus rítmicas canciones / El aura cruza inquieta,
Susurran las pintadas mariposas / En búcaros de rosas y violetas;

¡Y la inmensa y eterna sinfonía / Que exhala de su seno la Natura,
Se transforme en un cántico divino / Desbordante de amor y de ternura!

¡Todo me habla de Ti!... Te nombra el viento / Cuando cruza rozando mis cabellos.
¡Tu Nombre, escriben en el ancho espacio / De los astros los vívidos destellos!...

¡Las hojas que del árbol se desprenden / Y amarillentas ruedan por el suelo,
Tu Nombre escriben y lo escribe el ave / Con raudos giros y atrevido vuelo!

Esos lirios tan blancos y tan puros / Que entrelazan sus pétalos de nieve
Con los jacintos de aromoso cáliz, / Con la azucena de ropaje leve;

Esas grandes estrellas luminosas / Flotantes reverberos del espacio,
Relatan la leyenda misteriosa / Del Infinito, en que se abisma el Alma
¡Cuando llega la noche con su manto / De sombras y de calma!

¡Es el Amor Divino que gorjea / Dentro del alma como oculta lira!...
¡Es el que rima estrofas celestiales / Y el que canta poemas y delira!...

¡Es que el Amor cual lámpara encendida / Por la belleza del Ideal Divino,
Esparce llamaradas que son ansias / Y estrellas que son versos cristalinos!

Es que el Amor con majestad sublime / Manda al mundo callar sus tempestades
Y absorta el alma en el silencio augusto / De dulces soledades.

¡Sólo siente el vivir de sus anhelos / Y el cantar de sus ansias infinitas!
¡Sólo siente el concierto de los cielos / Eterna vibración que allí palpita!

Es que el Amor con majestad suprema, / Porque *Dios es Amor*, manda
hasta el viento / De la miseria humana
Enmudecer su despreciable acento, / Que perdiéndose va como los ecos
De evaporada tempestad lejana;

¡Y calla ante el Amor y todo calla! / Para el Alma que vive suspendida
Bajo las alas del Ideal Divino...
Solo saciarse del Infinito quiere... / El espíritu atado a la materia
¡Es un triste y errante peregrino

Que muere si no muere!... / Sólo siente el latir de sus anhelos
Y el palpitar de sus febriles ansias. / ¡Allá en la azul inmensidad del cielo!...

¡Ideal divino que los cielos cantan! / ¡Ideal divino que la tierra ignora!
Porque es tierra, hacia Ti no se levanta, / Y a la tierra adora!

Todo me habla de Ti cuando descienden / Quedo las sombras al morir el día,
¡Y callan los rumores de la tierra / Y vibra de los cielos la armonía!

CANTO III

El alma prosternada ante la Divinidad llama al Amado con dulce voz.

¡Ven, Señor, con tu infinita calma / Que es un mar de celeste claridad,
¡A endulzar el obscuro sacrificio / De tantas almas que llorando van!

¡Ven, Señor!... ¡Los afectos de la tierra / Me dejaron vacío el corazón!
¡Su ternura es tan honda..., es infinita / Que solamente llenará tu Amor!

¡Ven, Señor!... ¡En el quebranto amargo / Que la vida nos brinda sin cesar
Y en las ansias supremas que la muerte / Nos ofrece en su copa cineral!

¡Ven, Señor!... ¡No te tardes, no demores / Porque el alma abrasada está de sed,
Va cruzando el desierto solitario / Y a los pies de tu Cruz quiere beber!

¡Ven, Señor, que conoces como nadie / La historia del humano padecer
Y sabes de abandono y de torturas / Que tienen la amargura de la hiel!

¡Ven, Señor, en las horas de alegría / Que coloran de rosa nuestro hogar
Y en la suave ternura que hoy espera / La dulzura inefable de tu paz!...

¡Ven, Señor!... Yo te pido por las almas / Que enceguecidas al abismo van.
Acércate, Señor, y en su camino / Deja un destello de tu claridad!

La Hora de Confidencias

CANTO I

Siéntese el alma sola ante lo Infinito que ve acercarse y se abre como una flor al rocío de los cielos...

¡Pon tu mano aquí, en la herida / Que la vida me dejó...
Y en mis horas de amargura / La dulzura de tu Amor!

¡Pon tus ojos en los míos / Que están fríos y sin luz!
¡Si no ríen, si no lloran / A la sombra de tu Cruz!

¡A tu sangre, Jesús Mártir, / Recogerla quiero yo!
¡En el cáliz de esta herida / Que la vida me dejó!

¡Pon tu mano aquí, en la herida / Que la vida me dejó,
Y mis penas serán rosas muy hermosas / De tu Cruz que es redención!

CANTO II

Vibra el alma con más intensidad al recuerdo del Divino Martirio que siente en sí misma.

Yo quisiera contarte mi tormento... / Tan hondo es como el mar...
¡Escúchame, Señor, sólo un momento, / Sin Ti no puedo estar!...

Este llanto que nubla mi pupila / ¡Tú lo sabes, Señor!...
Lo desata esa pena que lastima / Mi herido corazón.

No podría vivir si no sintiera / Tu Amor dentro de mí,
¡Ni podría buscarte si no fuera / Que me llamaste a Ti!...

¡Y me diste tu Cruz!... La llevo en mi alma; / Cual prenda que me das;
Como signo glorioso de esperanza / De júbilo y de paz.

Esos ojos divinos han llorado, / Allá en Gethsemaní;
¡Tus lágrimas de sangre resbalaron / De tu Faz hasta mí!

En la interna agonía que sufriere / Tu amante Corazón,
¡Estás viendo, Señor, a los que pasan / Sin escuchar tu Voz!

Estás viendo las sombras de la muerte / Del que llora sin fe...
¡Pon tu mano, Señor, en esa frente / Y la fe volverá a resplandecer!

Por tu llanto, por tu pena / ¡Oh, Señor, yo quiero ver
Que se postran a tus plantas / Tantas almas que hay sin fe!

Por tu llanto, por tu pena / Que yo vea, ¡oh, Señor!
¡Que te buscan y te imploran / Que te piden tu perdón!

CANTO III

Desprendida el alma del amor de las criaturas oye la voz del Divino Amador y se vacía toda en Él.

Cristo:

"Venid conmigo los que estáis cargados / De más angustias que podéis llevar; (I)
Sois vosotros los bienaventurados / ¡Porque lloráis!... ¡Yo os puedo consolar!"

El Alma:

¡Sólo Tú sabes de mis hondas penas, / Sólo Tú sabes de mi soledad!...
¿Es porque sientes en tu Alma buena, / Todas mis tristezas, toda mi ansiedad?

Mi llanto amargo que se lleva el viento / Va caer a tus plantas, ¡oh, Jesús!...
Y yo sé que recoges mi lamento / Y que estás a mi lado... ¡Sólo Tú!

Yo sé que alumbras mi espinosa senda / Con la luz de tu límpido mirar,
Y cuando espero que tu mano tiendas / Ya me estás ayudando a levantar.

Cuando doblo mi frente fatigada / De trepar la montaña con mi cruz,
Yo sé que hablas a mi alma desolada / Para darle esperanza... ¡Sólo Tú!

Tú sabes la borrasca con que lucho / Sobre las olas de un bravío mar
Y sé que me oyes cuando digo: / ¡Mucho!... ¡Mucho padezco porque quiero amar!

¡Oh, Divino Amador de los que aman / Astro sereno del que busca luz,
Voz de Dios que responde al que te llama, / ¡Señor, consolar sólo sabes Tú!

En Ti vibra, Señor, la triste queja / Que arranca el desengaño al corazón,
¡Tú sólo sabes la ansiedad que deja / En el fondo del alma el desamor!

¡Sólo Tú sabes el secreto mío... / Ese amor de rosal junto a una cruz
Donde caen las rosas al vacío / Y el viento las dispersa..., sólo Tú!

¡Ese poema de los blancos lirios / Deshojando sus pétalos de luz,
Sobre el ara callada de martirios / Que no comprende nadie, sólo Tú!

Cristo:

¡Venid conmigo los que andáis doblados / Bajo un peso que no podéis llevar!
Ya os dije: ¡Sois bienaventurados, / Vuestro llanto Yo solo he de secar!

El Alma:

¡Es tu Voz el cantar de la esperanza / Agua en que apago mi infinita sed,
Visión azul de eterna bienandanza, / Y una estrella polar para mi fe!

Tú sólo sabes del amor profundo / Que llena con amor su soledad,
Porque anduviste solo por el mundo / Brindándole tu amor y tu piedad.

Eres el Cristo y el Divino Ungido / De todos los dolores, ¡oh, Señor!...
Tú sabes cómo duelen los olvidos / La helada indiferencia... ¡Sólo Tú!

¿Quién sino Tú, comprenderá de Amores, / Poema vivo del Eterno Amor
Cristo Ungido de todos los dolores / ¿Quién sino Tú, comprenderá el dolor?

¡Oh, Divino Amador de los que aman / Astro sereno del que busca luz,
Voz de Dios que responde al que te llama, / De amores grandes sabes, sólo Tú!

(I) Matheo II

CANTO IV

El alma escucha absorta como una música lejana, la Voz Divina que la invita y llama.

Cristo:

Las orillas del lago Tiberíades / Me escucharon decir:
"*Venid a Mí los que tenéis tristezas, / Los que solos lloráis, venid a Mí*".

¡Venid todos en compacto enjambre / Tengo llenas mis ánforas de miel;
Pecadores y justos, venid todos / De mis ánforas llenas a beber!

¡Almas tristes que vais por los caminos / De la vida, cansadas de gemir,
Sin un faro que alumbre vuestros pasos / Venid todas a Mí!

Pobres almas heridas por el odio / Que vagáis por senderos de dolor,
Con mis brazos abiertos os espero / Y con mi cáliz que reboza amor.

¡Ven, María de Mágdalo, a mis plantas / Con tu esencia de nardos para Mí,
Con tu llanto de amor que te redime / Y arrastra multitudes tras de ti!...

¡Ven, Zaqueo, que miras desde lejos / Al Cristo del milagro y del amor!...
¡Soy el que curo las heridas hondas / Que la vida te abrió en el corazón!

Venid los que lleváis negro sepulcro / De desengaños y de angustias mil;
Soy amigo que no abandono nunca... / ¡Venid todos a Mí!

Venid huérfanos, pobres y mendigos / Que en mi Alcázar de amor hay un festín...
¡El festín del consuelo y la esperanza / Para todo el que sufre y viene a Mí!

Veinte siglos pasaron de aquel día / En que sobre esta Tierra Yo viví...
Es posible que no hayáis conocido / Que vuestra paz la encontraréis en Mí?

¿Es posible que no hayáis comprendido / Que si a los muertos les mandé vivir,
Tengo el mismo poder para deciros / Levántate del mal y ven a Mí?...

¡Misioneros, ascetas, sabios, niños, / Madres, vírgenes, jóvenes, venid!...
¡Soy el dulce pastor que va llamando / Sus tiernos corderillos al redil!

Si al correr de la vida habéis caído / En hondos precipicios de dolor,
Tengo Yo una piscina milagrosa / Escondida en mi amante Corazón.

¿Estáis tristes?... Yo tengo la alegría / Y en mis huertos de amor hay un festín,
Donde todos encuentran lo que anhelan. / ¡Venid todos a Mí!

Vestid todos las túnicas de fiesta / De blanco lino y oro del Ofir,
Que mi Alcázar nupcial está sembrado / De azahares y jazmín.

Soy el Príncipe Azul de la leyenda / Que os llama ardiente a la gloriosa lid;
La cruzada de amor que os hace a todos / Una alma sola que se une a Mí.

¡Alma conjunta de la humana estirpe / En cuya ara mi vida Yo ofrecí!...
¿Has olvidado que no hay otro amante / Que por siglos te diga: "Ven a Mí"?

¡Alma conjunta de la humana estirpe / Sonando está en los cielos el clarín,
Que os anuncia llegada ya la hora / En que el odio feroz debe morir!

Veinte siglos pasaron desde el día / En que el pan con vosotros compartí,
Y de mi cáliz rebozando amores / Os di a beber el jugo de la vid.

Y vibrando sollozos en mi pecho / Que se rompía en el supremo *adiós*,
Así dije: "*Haced esto a mi memoria, / Tal como lo hago, en señal de amor*".

Tenéis hambre de ver a la *Justicia* / Medir todos con rígida igualdad,
Anheláis el *Amor* sobre la Tierra, / Tenéis sed insaciable de *Verdad*.

Toda esa hermosa trilogía eterna / Que es Justicia es Verdad y Amor,
¡Vive en mi augusto Alcázar soberano / Y la llave de entrar la guardo Yo!...

¡Tengo lirios de *Paz* en mis jardines / Y rosas rojas de Divino Amor...
Y el sagrado licor de la *Esperanza* / Que brota de mi propio corazón!

¡Almas todas heridas por el odio / Que vagáis por senderos de dolor,
Con mis brazos abiertos os espero / Y con mi cáliz que reboza amor!

El Alma:

¡Cristo Amor!... Tu palabra me arrebata / En un delirio de ansiedad febril...
¡Señor!... ¡Un día, nada más, espera / Que ya la humanidad volará a Ti!...

* * * * * * *

La autora comenzó a escribirlo el 25 de Agosto del año 1.942
Finalizado el 29 de Octubre del mismo año.

Azucenas de mi Huerto
Poesía Mística

¡TODO CANTA A DIOS!

Oíd allá en el bosque, meciéndose en las frondas, / La tórtola que arrulla, la alondra, el ruiseñor,
Preludian sus cantares, con trinos melodiosos. / Apenas el oriente se tiñe de arrebol.

¿Qué cantarán las aves? / ¿Qué dirán en sus trinos, / Ocultas en la umbría cuando aparece el sol?
¿Serán quizá las rimas / Que expresan sus amores / O acaso la plegaria que elevan al Creador?

Orquesta de huracanes / Y nube enrojecida / Por ráfagas de fuego, eso es la tempestad;
Gemidos de violines / El viento en la arboleda / Y trémolos de flautas, el fresco manantial.

Grandiosa sinfonía, / Concierto formidable, / Ya manso, ya bravío, modula el ancho mar;
Y es música el balido / De las majadas mansas / Que en busca de la fuente por las praderas van.

Es música el zumbido / Que exhalan las abejas / Bebiendo de las flores el néctar que da miel;
Es cántico el del agua / Saltando entre las piedras / Y hasta en las tumbas cantan las ramas del ciprés.

Hay música en el ruido / De las abiertas alas / Del cóndor, cuando surca la vasta inmensidad;
Y canta la alameda / Cuando el céfiro la agita, / Y canta la hoja seca que el viento hace rodar.
Y en el reír del niño / Vibrante de alegrías, / Y en el reír del joven vibrante de ilusión.
¡Hay música lo mismo / Que en el sollozo mudo / Del viejo que ha agotado la copa del dolor!

Y todos son acordes, / Y todo es armonía / Y arpegios y sonidos y eterna vibración;
¡Es la oración perenne / Que al Infinito ofrendan / Los mundos y los seres que forman su Creación!

¡CÓMO MIRAN TUS OJOS... SEÑOR!

¡Cómo miran tus ojos!... / ¡Cómo miran, Señor,
Cuando en honda oración te encuentra el alma / Que busca tu calor!

¡Señor, tus ojos miran / Como una suave luz
Que parece venir desde muy lejos... / Más allá del azul!

¡Cómo miran tus ojos / Buscando el corazón
Que solloza en las sombras de la vida / Temblando de pavor!

¡Cómo miran tus ojos / Y sonríe la paz,
Cual caricia de ángeles muy blancos / Que vienen y que van!

¡Cómo miran tus ojos / Con viva claridad,
Cual si fueran estrellas encendidas / Con luz de eternidad!

¡Y el alma canta a gloria / Con tu mirar, Señor!...
¡Porque irradian tus ojos cuando miran / Un infinito amor!

¿Quién no busca tus ojos / En la inmensa quietud
De la oración en que se absorbe el alma / Buscando plenitud?...

¡Qué piedad en tus ojos, / Qué ternura, Señor,
Cuando el alma llorando sus congojas / Te cuenta su dolor!

¡Cuando miran tus ojos / El alma siente a Dios
Que la inunda de paz y de esperanza, / Que la inunda de amor!

¡Es que son tus miradas como besos, / De un fuego vivo que se enciende más
Cuando el alma se olvida de sí misma / Y sólo sabe amar!...

¡NO TE VAYAS, AMOR!...

¡No te vayas, Amor, aunque a la Tierra / Inundada la veas de maldad,
De venganzas, de crímenes, de odio / Como nunca la vieras en verdad!

¡No te vayas, Amor, aunque los hombres / Blasfemen como necios contra Ti!...
¿Saben ellos acaso lo que dicen / Sumergidos en loco frenesí?

No te vayas, Amor, porque a la Tierra / Convertida la ves en un erial
Donde no encuentras los serenos huertos / De frescura, de amores y de paz.

Es verdad que los hombres te olvidaron / Y al dios oro llevaron al altar,
Y rompieron las cuerdas de tus arpas, / Que arrojaron con furia al muladar.

¡Es verdad que de Ti, tan sólo queda / Flotando en el espacio tu cendal,
Tejido con las ansias del que busca, / Entre tantas tinieblas, claridad!

¡No te vayas, Amor, aunque tus fuentes / El hombre de esta Tierra envenenó
De lascivia, traiciones y venganzas, / De cuanto mal para su mal sembró!

¡Es verdad que las madres olvidaron / Su misión de guardianas del pudor
Y sonrientes dan paso a la avalancha / Que arrasará su huertecillo en flor!

¡Es verdad que las vírgenes perdieron / El pudor, su defensa natural;
Y arrojaron al fango la diadema / Tejida con capullos de azahar!

¡Es verdad que los jóvenes se hundieron / En la búsqueda incauta de placer,
Y apagaron la luz de los ideales / Y extinguieron la antorcha de su fe!

¡Es verdad que es un caos esta Tierra / Y un fantasma la humana dignidad,
Y es un mito el honor del hombre justo / Y se viste de harapos la lealtad...!

Es cierto que los hombres han manchado / De lodo y sangre hasta el sagrado altar,
Donde se ungen las almas consagradas / A decir a los hombres la verdad.

Es muy cierto que triunfa la mentira / Y de gloria se cubre al impostor...
Es verdad que se ultraja a la inocencia / Y el crimen se reviste de esplendor...

¡No te vayas, Amor! ¡Oh, no te vayas / Aunque todo este horror sea verdad!...
¿Qué sería del triste peregrino / Que buscándote siempre, morirá?

¡No te vayas, Amor, aunque las fieras / Hayan hecho de todo un lodazal,
Que acaso quedará entre la jauría / Algún pájaro azul para cantar!

¡No te vayas, Amor, aunque los cielos / Tiñan de sangre su sereno azul,
Que algún mártir habrá que te reclame / Aunque sea clavado en una cruz!

¡No te vayas, Amor, aunque tus arpas / Estén mudas, colgadas de un sauzal!...
¡No te vayas!... ¡Que siempre alguna mano, / A escondidas sus cuerdas pulsará!

¿Dónde su lumbre encenderá el viajero, / En qué agua clara apagará su sed?...
¿Qué dulce estrella alumbrará su paso, / Por qué sendero llevará su pie?...

¿Qué fresca brisa soplará en su vida? / ¿Qué llama suave alumbrará su hogar?
¡Si te escondes, Amor, le das la muerte, / Y es la vida una muerte si te vas!...

¡No te vayas, Amor, y dejes sola / A tu dulce elegida, la Virtud,
Arrastrando a lo largo del camino / El peso de su angustia y de su cruz!

Vive soñando que contigo alienta, / ¡Se siente fuerte si te siente a Ti!...
Va corriendo sobre ásperos guijarros / ¡Cual si fueran las flores de un jardín!

¡No te vayas, Amor!...¡Oh, no te vayas / De esta Tierra cargada de dolor!...
¡Espera un día más, que acaso sea / El que florezca para Ti de Amor!...

¡SEÑOR!... ¡YO VENGO A TI!

Al ver que muere la penumbra de oro / Entre pálidos velos de zafir,
Corto aprisa las redes de la vida / Y buscando consuelo vengo a Ti.

Me fatiga el dolor de las criaturas, / Me atormenta su honda incomprensión,
Sus afanes por míseros placeres; / Y Tú esperando sin quejarte... ¡Amor!

Cuando a solas me encuentro en el Santuario / Donde a los que amas les esperas Tú,
Descanso en Ti mi carga de ansiedades, / Y en blancas rosas se tornó mi cruz.

No vibra el alma si no está contigo; / Es penoso arrancarse a tu festín;
A tu lado las horas son tan breves / Que siglos pasaría sin sentir.

Son de acero las redes que en la Tierra / Nos aprisionan a las cosas mil,
Que entorpecen sus vuelos a las almas / Que no viven, Señor, más que por Ti.

Hasta la dulce soledad tranquila / Donde siempre te espera el corazón,
Llega a veces rugiente la borrasca / Que arrastra a los incautos al turbión.

¡Sálvame, Amor, de la inconsciencia obscura, / Que no quede mi lámpara sin luz!...
Es de noche en la Tierra si estás lejos, / Es incierto el andar si faltas Tú.

Todo mal se desborda en este mundo / Como un torrente que no tiene fin.
Yo no quiero ahogarme en ese cieno / Y es por eso ¡oh, Señor!, que vengo a Ti.

Y me siento segura si a tu lado / Me he refugiado con creciente afán,
Fortaleza de roca es tu presencia / Y ternura infinita es tu piedad.

¡Dulce Amor que me buscas si te busco / Y que todo te das si vengo a Ti;
Te quedas con mis penas cuando lloro / Y todo tu esplendor me das a mí!...

Yo vengo a Ti cuando se muere el día, / Y vengo a Ti cuando clarea el sol
A buscar tu palabra, que me dice: / "*El fiel de tu balanza es el amor*".

Yo vengo a Ti cuando la luna riela / Como un disco de plata en el azul
Y clavo la mirada en sus cendales / Porque sé que hasta en ellos estás Tú.

Vengo a Ti cuando ruge la tormenta / Y rompe su cadena el huracán,
Y no más al pensarte estás conmigo / Deshojando los lirios de tu paz.

Yo vengo a Ti cuando la duda asalta / Cual pirata mi alcázar interior,
Y escucho que le manda la voz tuya: / "*No des un paso porque velo yo*".

Yo vengo a Ti cuando mi fe vacila / Sacudida por recia tempestad,
Y tu voz llama al alma que se aduerme / Como un niño cansado de llorar.

¡Señor, que acallas los dolores grandes / Y coronas de paz el corazón!...
¿Qué poder sobrehumano tienes, dime, / En la magia divina de tu voz?

Y te busco en la luz de las estrellas / Que bordan jeroglíficos sin fin,
Siguiendo de tus órbitas el rumbo / En un campo infinito de zafir.

No comprenden a veces las criaturas / Del alma que te busca, la ansiedad,
Ni aciertan el porqué de sus angustias / Cuando dejan de ver tu claridad.

Es verdad que hay bellezas en la vida / Que son un prisma de colores mil;
Mas para el Alma que te halló en su senda / Nada supera a lo que encuentra en Ti.

¡Señor..., yo vengo a Ti!... Si las praderas / De sus flores me dan el esplendor,
¿A dónde he de llevarlas, sino al ara / Donde el alma te encuentra en la oración?

¡Todo *eres* Tú, Amor de los que te aman, / Clara fontana de ternura y paz,
Estrella del cansado caminante, / Libro abierto que enseña la verdad!

Llega el dolor con su cortejo obscuro, / Llega helada también la decepción,
Mas todo ello resbala sobre el alma / Que en su eterno camino te encontró.

Todo eres Tú para el que te ha buscado / Con ansias de beber tu clara luz.
Y te sigue incansable aunque lo lleves / A morir en lo alto de una cruz.

Que la muerte es un éxtasis contigo / Y esplendores de aurora y arrebol,
Es pasar de un obscuro calabozo / A las moradas de radiante sol.

Es un canto nupcial que no termina, / Es un abrazo que se estrecha más;
¡Morir por Ti, Señor, es confundirse / Con la Eterna Armonía Universal!

¡SEÑOR!... ¡EN TI CONFÍO!...

I

¡Confío en Ti cuando la duda airada / Como un dardo me hiere el corazón,
Y cuando llega la tristeza helada / Confío en Ti, Señor!...

¡Cuando las rosas del amor se mueren / Agostadas por recio vendaval,
Confío en Ti, Señor, que si Tú quieres / Ellas revivirán!...

¡Los cardales silvestres de la vida / Sus espinas me clavan con furor,
Y mi alma temblando estremecida / Confía en Ti, Señor!

Yo sé que en tu presencia toda amores / Nada falta al vehemente corazón;
Frescura de agua clara, luz y flores / Resplandecen en todo su esplendor.

¡Yo bien sé que tu amor vigila atento / Sobre esta chispa que de Dios surgió,
Y es por eso que en todos mis momentos / Confío en Ti, Señor!...

¡Aunque en sombras de muerte yo camine / Doblada de cansancio y de pavor,
Tú serás quien mis pasos ilumine / Y el que llene de paz mi corazón!

Tú serás el que guíe mis andanzas / Por todos los caminos..., ¡oh, Señor!
Ya llevando en el alma la esperanza / O la cruel y tenaz desolación.

¡Confío en Ti cuando camino a ciegas / Entre arenales que calcina el sol!
¡Tú me das en las dunas o en la vegas / De tus aguas el fresco surtidor!

¡Confiaré en Ti aunque sin pan ni techo / Me viera abandonada en un erial!...
¡Del seco arroyo el pedregoso lecho / Convertirás en pan!...

¡Hasta en la entraña de la roca viva / Abrirás un refugio para mí
Y si va mi barquilla a la deriva / En la espuma del mar me harás vivir!

¡Dame, Señor, que pueda prometerte / Esta firme confianza hasta morir!
¡Y que nada, en la vida ni en la muerte / Me separe de Ti!

Y que todas mis grandes alegrías / Lo mismo que el más íntimo dolor
Sea un himno de eternas armonías / Desglosado a tus plantas, ¡oh, Señor!...

Y que sean mis lágrimas cual perlas / Que en amor se diluyan junto a Ti...
¡Y que puedan tus manos recogerlas / Y por todos los mundos esparcir!...

II

No confío, Señor, en las criaturas / Mudables como el viento y como el mar,
Son ráfagas que cruzan fugitivas, / Son oleadas que vienen y que van.

¡Confío en Ti que inconmovible siempre / Como un faro vertiendo claridad,
Se estrellan a tus pies las tempestades / Y Tú quedas donde estas!...

No confío, Señor, en las criaturas / Que no saben de amor y de amistad,
Estas son flores con fulgor de estrellas, / Las que Tú has elegido ¿dónde están?...

Y así meditando / A la luz difusa / De estrellas lejanas / Escucho una Voz...

¡Es la suya, divina y excelsa! / ¡La conozco tanto!... ¡Tanto la escuché
Que la captaría mi débil antena / Entre mil sonidos!... ¡Es la Voz de Él!

Y *esa voz* a tono con mis sentimientos / Y con cuanta fibra tiene el corazón,
Me dice en susurros de flores con alas: / ¡*El mundo es la muerte!... ¡La Vida soy Yo*!

Es la amistad una Diosa / De tan noble majestad,
Que cuando tiende su mano / Nunca la retira más.

Tiene firmezas de roca, / Frescuras de Manantial,
Esgrime espadín de oro / Por defender la lealtad.

No entiende ella ambigüedades, / Ni la dobla el interés,
Quien pone precio a sus dones / Es un vulgar mercader.

Es el Amor, Dios oculto / Tras de un silencioso altar,
Donde arden cirios dorados, / Que no se apagan jamás.

Viven allí lirios blancos, / Vida de inefable paz
Tejida de sacrificios / Porque es aureola inmortal.

Y muchas rosas bermejas / Sobre el ara del altar
Que saben de inmolaciones / Y de un infinito amar.

Y ese Amor es Dios velado / En tan excelso vivir,
Que si se ve al descubierto en su oculto camarín, / Vuélvese púrpura viva sus blancuras de jazmín.

¡Ya no quiero escuchar a las criaturas / Sólo quiero, Señor, tu dulce voz!...
¡Déjame oírla en todos mis instantes / Y en tu paz vivirá mi corazón!...

LA PLEGARIA DEL PERDÓN

¡Llena, Señor, mi alma de perdones / Que quiero derramar
Sobre todos aquellos que en la vida / Me hicieron sufrir más!

¡El desamor de los amados duele / Como herida profunda al corazón,
Y quiero perdonarlos / Muchas veces, Señor!...

Que no pierda mi paz por sus olvidos, / Que para ellos florezca siempre igual
La misma ternura / Cual blanco rosal!

¡Llena, Señor, con los perdones tuyos / El vaso frágil de mi corazón!
¡Perdónalos, Señor!... ¡Yo los perdono / Y es ésta mi oración!

¡La oración del amor que sólo sabe / Amar y perdonar!...
¿Y no fue acaso la plegaria tuya, / Señor, al expirar?

La oración es la queja que del alma / Se escapa en los momentos de dolor,
Y olvidando sus propias ansiedades / Sólo dice: ¡Perdónalos, Señor!

¡La oración es el llanto que del alma / Va rodando en silencio ante el altar,
Como pétalos blancos que cayeran / De un oculto rosal!

¡Yo te ofrendo, Señor, lágrimas mudas / Que vierte estremecido el corazón,
Cuando ve como mueren los afectos / Que fueron su ilusión!...

¡Recíbelos, Señor!... Son la corona / Que deposito a tus sagrados pies.
No tengo sino llanto en esta vida / ¡Oh, Señor!... ¡Ya lo ves!

SALÍ A SEMBRAR ROSAS...

Salí a sembrar rosas... / Volví enamorada / De todas las rosas
Que el Cristo me dio...
¡Las unas pintadas / De púrpura vivo, / Las otras rosadas
Y algunas vestidas de níveo color!

Salí a sembrar rosas / Y encontré floridos / Los místicos huertos
Que el Cristo me dio.
¡Cuánto he bendecido / Su mano divina! / ¡Cuánto he recogido
De lo que Él sembró!

¡Sagrados rosales del amor del Cristo / Traigo en mi retina, cual una visión
Tejida de gasa sutil, diamantina, / Bordada de rosas como una ilusión!...

Los pájaros cantan / Entre tus rosales / Salmodias sagradas,
Conciertos de amor...
¡Como si un enjambre de místicas hadas / Prendieran sus arpas de cuerdas doradas / En las verdes ramas / Del rosal en flor!...

Todo ha florecido, Señor, en tu huerto, / Todo está dorado por rayos de sol,
No hay retoños muertos, ni flores marchitas, / ¡Todo resplandece con luz de arrebol!

¡UNA VEZ... NADA MAS!...
Meditación

Una vez nada más se entrega el alma / Con la dulce y feliz renunciación
Del que todo lo da y nada espera / ¡Sino sólo el Amor!

Una vez nada más se abre en el alma / La flor divina del Eterno Ideal,
Que le dice al oído suavemente, / ¡Ya nunca..., nunca volverás atrás!

¡Y florecen entonces los rosales / En un glorioso amanecer de sol...
Y en el místico huerto las campanas / Tocan a fiesta para el corazón!...

Y se encienden las lámparas votivas / Que ningún vendaval puede apagar...
Encendiólas el alma al entregarse / ¡Una vez, nada más!...

¿Por qué el alma se entrega en holocausto, / Con la dulce y feliz renunciación
Del que todo lo da y nada espera / Sino sólo el Amor?

Porque un día sintió que la subían / Más allá de los velos del azul
Donde todo lo efímero se apaga / Entre el incendio de la Eterna Luz.

¡Porque un día escuchó las melodías / De una voz que en la Tierra nunca oyó,
Más dulce que el cantar de las alondras / Mucho más que el cantar del ruiseñor!

Y esa voz, en silencio tan profundo / Cual si nada existiera junto a sí,
Desgranó como perlas sus palabras: / ¡*El ideal que tú buscas está en M*í!

"¡Soy la estrella polar para tu senda, / Soy fresco manantial para tu sed...
Soy saciedad de la esperanza tuya / Y eterna realidad para tu fe!

¡Y el Cristo del Amor y la Esperanza / Con sus brazos abiertos esperó,
Que aquella alma feliz que le buscaba / Se entregara en total renunciación!

No comprenden los hombres la vehemencia / Del alma que escuchó la vibración
De ese Amor Soberano que la arrastra / Hacia una inmolación.

¡No comprenden los hombres, / *Que es más fuerte el Amor que la muerte*!...
¡Mucho más!
¡Que no todas las almas han llegado / A la santa locura del Ideal!...

Les da vértigo el vuelo de las águilas, / Les asusta el afán de un *más allá*...
¡Es feliz la torcaza con su nido!... / ¡Es feliz el cocuyo en el rosal!...

¿No era Teresa de Jesús dichosa / En el claustro feliz de su niñez,
Entre los brazos de su amante padre / Unido a ella por la misma fe?...

Y aquel Juan de la Cruz, ¿no era dichoso / En el hogar tranquilo en que nació?
¿Por qué se aventuraron a lo incierto, / Y al oprobio, a la cárcel y al dolor?...

Los mártires de Cristo hablan muy alto / En los archivos del Eterno Amor;
¡Mas, no todas las almas han llegado / A la heroica y total renunciación!

¿Por qué Elías Profeta bajó al llano / Y enfrentó con Acab y Jezabel?
¿Qué le faltaba en el retiro austero / De su vida de estudio en Israel?...

¿Por qué Juan el Bautista ha descendido / De las áridas cumbres de Moab;
Y su palabra, llamarada ardiente, / Prende fuego en los bosques del Jordán?

¿Y por qué Juana de Arco, pastorcilla, / Dejó el rebaño y se lanzó a la lid,
Arrastrándolo todo, honra y vida, / Hasta la hoguera donde fue a morir?...

¡Oh!... No entienden los hombres la vehemencia / Del alma que escuchó la vibración
De ese Amor Soberano que la arrastra / Hacia una inmolación.

Los caminos de Dios son muy secretos / Como es inescrutable su pensar...
¿Qué sabemos nosotros, gusanillos / Del giro eterno de Su Voluntad?...

¡Alma ansiosa de amor y de holocausto / En los altares del Supremo Bien...
Tú escuchaste la voz que oyeron todos / Los mártires gloriosos de la Fe!

¡Y el Hombre-Dios de los amores grandes / Con sus brazos abiertos esperó
Que tu alma feliz que le buscaba / Se entregara en total renunciación!...

El Hombre-Dios, el Visionario Eterno, / Con sus voces sin ruido te dirá
Que a su amor te entregaste para siempre ¡*Una vez, nada más*!

YO SOÑÉ...

¡Yo soñé que unas alas muy blancas / Me subían, Señor, hasta Ti,
Y que nunca ya más a la Tierra / Quería venir!...

Arcos iris radiantes formaban / Tus divinos santuarios de amor,
Y entre tantos millares de seres / ¿No podía también estar yo?

Miré abierto un pasaje azulado / Que llegaba, Señor, a tus pies;
Y en un ¡ay! de suspiro muy hondo / ¡La anchurosa distancia salvé!...

¡Yo no quiero volver a la Tierra, / Yo no quiero estar lejos de Ti!
Le dije, tendiendo mis trémulas manos, / Que Él tomó en las suyas llevándome a Sí.

"*Me diste perfumes de nardos y rosas*" / Me dijo, secando mi amargo llorar.
"*¡Aun no es llegado tu día de gloria... / Más rosas y nardos me tienes que dar*!

EL PROFETA DE FUEGO

La aurora ha encendido sus lámparas de oro / Y esparce topacios, que asoma ya el Sol
Dorando las cumbres del Monte Carmelo / Que guarda en sus grutas al hombre de Dios.

Austero y adusto como adusto el Monte / Que sirve al vidente de albergue y de altar,
Envuelta en silencio su figura humana / Ni llora, ni canta: su vida es pensar.

Los pájaros cantan, pero él no les oye, / Los ciervos retozan, pero él no les ve;
Le atrae con fuerza de imán lo Infinito / Y en ansia suprema se sumerge en él.

¡El hombre que piensa!... Elías Profeta, / El hombre que sueña con mundos de luz,
Y lee los arcanos que escribe el Eterno / Con nubes y estrellas en el ancho azul.

Él ve los caminos que siguen los hombres / Desde largos siglos que no volverán...
Ciudades en ruinas como una hojarasca / Que rueda dispersa por el vendaval.

Y mares que tragan viejos continentes / Y hambrientos devoran oro y oropel
De tronos y cetros, que el orgullo humano / Les rindió engañado su amor y su fe.

El vidente ora, sumido en las grutas / Del Monte Carmelo, sin fuego y sin Luz,
Y ve los secretos que escribe el Eterno / Con nubes y estrellas en el ancho azul.

¡El hombre que piensa!... Elías Profeta, / El hombre que sueña con llenar de Dios
Las almas heladas de los hombres muertos... / ¡Muertos a la vida del Eterno Amor!

¡Elías Profeta!.., el hombre que sueña / Con almas como arpas de eterno cantar...
Con lámparas vivas que ardiendo y ardiendo / Alumbren las sendas de la humanidad.

Contempla a la aurora con antorchas de oro / Sembrando de rosas el espacio azul
Y sueña con valles cubiertos de lirios / Como almitas blancas radiantes de luz.

Y llena su alma de fe en el futuro, / Deja dilatarse su infinito afán
En sueños ardientes de místico fuego, / Que siglos y siglos no habrán de apagar.

¡Vidente de fuego!... Tus líricos sueños / Desbordan de tu alma cargada de fe...
Tan pronto pareces torrente que arrastras, / O un ánfora de oro cargada de miel.

¡Elías Profeta!... Tu alma de bronce / Tiene resonancias de una tempestad,
Que abate a los reyes hinchados de orgullo / Y arrulla al humilde con honda piedad.

Llevas en tus ojos fuego de infinito / Y son tus palabras antorchas de amor,
Sabes el secreto que guarda cada alma, / Sabes los caminos ocultos de Dios.

Y ves gran vidente brotar a millares / De entre los celajes de un naciente sol
Los hijos de tu alma cual lámparas vivas / Que llevan al mundo la luz y el amor.

Visión percibida por tan largo tiempo / Que sobre tu frente la nieve cayó...
¿Qué importa si has visto tan cerca el futuro / Y te ha descubierto sus secretos Dios?

¿No has visto que brotan en áridos yermos / Huertos silenciosos de amor y de paz?
¿Y que entre las rocas de hirsutas montañas / Se abrieron los lirios de la soledad?

Y el éxtasis, dueño de grandes secretos / Que guarda en su Reino el Dios del Amor,
Le cortó la vida en plácido sueño / ¡Y Elías Profeta la Tierra dejó!

EL HUERTO SAGRADO

Cortando azucenas la Virgen María / Pensaba en silencio: / "¡Qué preciosas son!...
Sus pétalos blancos parece que cantan / En vagos rumores / La gloria de Dios.

¿Quién os ha vestido de tanta blancura / Con gasas de nieve, / Con velos de luz?"
El Niño la sigue con pasos queditos / Y le dice: "¡Madre, / Más blanca eres tú!

Más bellas las flores cuando tú las miras / Tus manos las riegan... / Las besa tu amor...
Las flores no cantan como tú imaginas / ¡Oh, Madre!..., es tu alma / La que canta a Dios!

Dame de tus flores, esas que tú cuidas / Con igual ternura / Que si fuera a Mi...
Blancas azucenas, rosas encarnadas / Amor y pureza / Que yo encuentro en Ti!"

La Madre le mira, le sonríe y corta / Las gráciles varas / De azucena en flor,
Y el Niño encantado las pone en su pecho, / Flores de su Madre, Él quiere tenerlas / Junto al corazón.

Felices las flores -canta el arroyuelo- / Que lleva en sus brazos / El Niño que es Dios.
Flores que ha regado la Virgen María, / Son arpas que cantan / Al Divino Amor.

Felices las flores -murmuran las brisas- / Que cuida la Madre / Del Niño Jesús.
Sus pétalos vibran de dulce armonía, / Su cáliz irradia / Clarísima luz.

Y entre las penumbras del huerto sagrado / Que la Jardinera cuida con amor,
Se oye a todas horas un laúd que llora, / Que canta, que ríe, / Que suelta a los vientos su dulce canción

"Soy flor de tu huerto, / Jardinera buena" /¡Consuélame, Madre! / Por tu santo amor...
Pon en mí tus ojos misericordiosos, / Que me den tus manos / Una bendición.

Soy humilde musgo de los senderillos / Que recorre siempre / Tu bendito pie...
Dame de tus aguas, / Jardinera buena / Porque tengo sed.

Soy flor de tu huerto / Y cual todo muere / También moriré...
¡Acógeme entonces en tus dulces brazos / Y con nueva vida / Sé que viviré!"

La Madre escucha / La canción alada / Del tierno laúd...
¡Y sigue en silencio / Cortando azucenas / Llenando los brazos del Niño Jesús!

¡SOLO TÚ!...

Sólo Tú sabes de mis hondas penas, / ¡Sólo Tú sabes de mi soledad!...
¿Es porque sientes en tu alma buena / Todas mis tristezas, toda mi ansiedad?

Mi llanto amargo que se lleva el viento / Va a caer a tus plantas ¡oh, Jesús!
Y yo sé que recoges mi lamento / Y que estás a mi lado... ¡Sólo Tú!

Yo sé que alumbras mi espinosa senda / Con la luz de tu límpido mirar,
Y cuando espero que tu mano tiendas / Ya me estás ayudando a levantar.

Cuando doblo mi frente fatigada / De trepar la montaña con mi cruz,
Yo sé que hablas a mi alma desolada, / Para darle esperanza... ¡Sólo Tú!

Tú sabes la borrasca con que lucho / Sobre las olas de un bravío mar;
Y sé que me oyes cuando digo: ¡Mucho... / Mucho padezco porque quiero amar!

¡Oh, Divino amador de los que aman, / Astro sereno del que busca luz,
Voz de Dios que responde al que te llama!... / ¡Tú solo sabes consolar, Jesús!

En tu alma vibra la doliente queja, / Que arranca el desengaño al corazón;
¡Tú solo sabes la ansiedad que deja / En el fondo del alma el desamor!

Sólo Tú sabes el secreto mío... / Ese amor de rosal junto a una cruz,
Donde caen las rosas al vacío / Y el viento las deshoja... ¡Sólo Tú!

Ese poema de los blancos lirios, / Esparciendo sus pétalos de luz
Sobre el ara callada de martirios / Que no comprende nadie... ¡Sólo Tú!

"*Venid conmigo los que vais cargados / De más angustias que podéis llevar;*
Sois vosotros los bienaventurados / Porque lloráis... ¡Yo os puedo consolar!"

Y es tu voz el cantar de la esperanza, / Agua en que apago mi infinita sed,
Visión azul de eterna bienandanza / Y una estrella polar para mi fe.

Sólo Tú sabes del amor profundo / Que llena con amor, su soledad,
Porque anduviste solo por el mundo, / Brindándole tu amor y tu piedad.

Eres el Cristo y el Divino Ungido / De todos los dolores, ¡oh, Jesús!...
Y sabes cómo duelen los olvidos, / La helada indiferencia... ¡Sólo Tú!

¿Quién sino Tú comprenderá de amores, / Poema vivo del Eterno Amor?
Cristo Ungido de todos los dolores / ¿Quién sino Tú comprenderá el dolor?

¡Oh, divino amador de los que aman / Astro sereno del que busca luz!...
¡Voz de Dios que responde al que te llama, / De amores grandes sabes!...
¡Sólo Tú!

¡ME OLVIDASTE, SEÑOR..., EN ESTE DÍA...!
Plegaria de Navidad

¡Me olvidaste, Señor, en este día, / Que todo es alegría / Como un jardín en flor!...
¡Me olvidaste! Y yo que te esperaba / Creyendo que llegabas / Con luces de arrebol...

Me olvidaste en mi luto y mi tristeza / ¡Y mustia mi cabeza / Al polvo se inclinó!...
¡Flor silvestre perdida en el camino, / Donde hosco remolino, / Señor, la destrozó!

Te esperaba con ánforas de flores, / Con férvidos amores, / ¡Con cuanto guardo en mí!...
¡Me olvidaste, Señor, en este día / Que mi alma florecía / Tan sólo para Ti!...

Anulé para siempre los rencores / Como infecundas flores / Que sólo vierten hiel...
Acallé para siempre los agravios / Dejando que mis labios / Destilen sólo miel...

Y todo eso por Ti que me olvidaste, / Señor, y que pasaste / De largo junto a mí...
No escuchaste mi voz que te llamaba, / Mi amor que sollozaba / ¡Señor, sólo por Ti!

En mi alma, ya ves, no brillan luces / Y sí tan sólo cruces / En esta Navidad...
¡Olvidaste, Señor, mis penas hondas / Y envuelta en negras blondas / Quedó mi soledad!...

Todos cantan, Señor, en este día / La tierna melodía / De un sueño pastoril;
¡Sólo a mí me dejaste entre la obscura / Tiniebla de amargura / Dolorosa y febril!

Acaso nadie como yo anhelaba, / Ni nadie te esperaba / Con más íntimo afán...
Y aún así me olvidaste en Nochebuena / Como planta en la arena / Reseca del erial...

¡Mi anhelo descontaba cada día / Por ver si llegaría / Más pronto el de tu amor!...
Que olviden las criaturas, lo comprendo / Y de ello no me ofendo... / ¡Es tan flaco el humano corazón!...

Pero que Tú, Señor, así olvidaras / A quien sobre tus aras / Sonriendo se inmoló.
¡Eso nunca, jamás yo lo esperaba / Y amante deshojaba / Todas mis flores para Ti, Señor!...

¿No es acaso tu amor un mar inmenso / Más grande que yo pienso, / Océano sin fin?...
¿Era mucho, Señor, que Tú me dieras / Una gota siquiera... / Sólo una para mí?

Mi vaso de cristal tendí a tu paso, / Cuanto daba mi brazo / Buscando tu raudal...
Y tus aguas corrieron para tantos, / Y mi vaso de llanto / Llenóse a desbordar...

¿Por qué, Señor..., por qué te has olvidado / Y en sombras has dejado / Mi triste corazón?...
¿No te amé cuanto puede la criatura / Sumida en la negrura / De un mundo de expiación?

¿No te amé sin pedirte recompensa / Y con ternura inmensa / Que nunca se apagó?
¿No te dije que yo nada quería / Sino la melodía / Inmortal y divina de tu amor?...

¡Tú sabías, Señor! ¡Tú lo sabías / Que yo sólo vivía / De esta santa ilusión! Ilusión deslumbrante de terneza, / De divina realeza... / ¡Vivir la vida del amor que es Dios!...

¿No es bastante perder la madre amada, / Benéfica como hada / Que alumbraba mi andar?
¿No es dolor el partir día tras día / Los que mi alma quería / Y a mi lado no verles nunca más?

Sin más riego que lágrimas amargas / En esta senda larga / Que corro sin parar...
Mi ardiente fe en Ti, ¿acaso era / Fantástica quimera / Y nada realidad?
¿Puede acaso fallar al navegante / La antorcha deslumbrante / De la Estrella Polar?...

¡Mi alma floreció en renunciamientos, / Y en santos pensamientos / De interna adoración!...
¿No sentiste mi voz como campana / Que suena en la mañana / Llamando a la oración?

Y aún así, mi Señor, Tú me olvidaste / Y sola me dejaste / Sin luz y sin calor...
¡Me olvidaste, Señor, y te esperaba / Soñando que llegabas / Con luces de arrebol!...

LA VIRGEN DE LAS AZUCENAS

Virgencita de la vara de azucenas / ¡Virgencita azul!... / ¡Tu estático rostro, tus ojos dormidos / Deshojan poemas / Y ensueños divinos / Radiantes de luz!

¿Qué redes de seda tejía tu mente mirando a la flor?... / ¡No es ella más blanca que la frente tuya; / No es ella más pura que tu corazón! / ¡Virgencita dulce de los ojos mansos cargados de amor!... / Eres arpa de oro con cuerdas de seda / Jardín silencioso ¡delirios en flor!...

¡Virgencita de la vara de azucenas... / Si el mundo te viera cual te veo yo. / No habría tinieblas de odios profundos, / Ni cárceles negras, ni víctimas tristes, / Ni madres que lloran / Junto a aquellas rejas que causan horror!

El mundo va ciego corriendo al abismo; / No ve tus piedades, / Ni ve las congojas / Que deja tras él, / Cual rastros sangrientos de mil corazones / Que beben a sorbos acíbar y hiel.

Y aunque son los hombres fieras desbocadas, / Virgencita azul, / Tu estático rostro, tus ojos dormidos / Deshojan poemas / De ensueños divinos / ¡De amor y de luz!

LA MONTAÑA DE LAS CRUCES

I

¡La noche!... ¡Libro cerrado / De estupendas concepciones!...
¡La noche!... ¡Templo callado / Donde desfilan visiones!...

¡Noche de frío y obscura / En que ruge la tormenta
Y el alma sedienta apura / El dolor que le atormenta!...

¡Noche hermosa en tus tinieblas / En tu calma o tus furores,
Cuando te vistes de nieblas / O de estrellas como flores!

¡Te ama el amor y deshoja / Sus rosas sobre tu manto,
Te ama la angustia que moja / Tu vestidura con llanto!...

¡Te ama el pecador que oculta / Con tus velos su vergüenza
Y en tus sombras se sepulta / El que en sus crímenes piensa!

¡Y te ama el justo que llora / De todos abandonado!...
Soplo fugaz son tus horas / Para el místico arrobado.

¡Yo también, noche callada / De furores o de calma,
Te ofrezco ya deshojadas / Las rosas blancas del alma!

Tú conoces mi quebranto / Y el peso de mi cadena
Has recogido mi llanto / Y has visto toda mi pena.

¡Oh, noche!... ¡Libro cerrado / De magníficas creaciones!...
¡Eres el templo callado / Donde desfilan visiones!...

II

Y envuelta en tus cendales, noche amada, / En las alas del sueño yo subí,
Por un sendero de zarzales negros / A una montaña solitaria y gris.

Y un viento helado cuanto más subía, / Y más obscuro el infinito azul;
Iba a huir con el alma acongojada / Cuando vi la silueta de una cruz.

¿Era un recuerdo de un horrible crimen? / ¿Era recuerdo de algún muerto amor?...
¿O era exponente de la fe de un pueblo / Que en aquel monumento la plasmó?

Parecía un recorte de azabache / Estampado en la azul inmensidad.
¡Era inmensa..., era fría..., era de piedra..., / Era el alma de aquella soledad!

Gruesos bloques de roca cenicienta / Simulaban el ara de un altar...
"Y la víctima -dije-, aquí esperada, / ¿Dónde irá...?"

¡Era inmensa..., era fría..., era de piedra..., / Y era muda también aquella cruz;
Mas sentí como si alguien me dijera: / "*La víctima eres tú*!"

Y entonces pude ver que muchas cruces / Se alzaban allí cerca..., muchas más.
"¡Horror! -dije en voz baja y temblorosa-, / ¿Tantas víctimas hay para inmolar?..."

Y al conjuro de aquel interrogante / Surgieron los penados en montón,
Cual si hubieran estado todos ellos / En aquella montaña antes que yo.

¡Y a muchos conocí!... Todos sus nombres / A mi mente acudieron en tropel;
Eran todos amigos los penados / Que se inmolaban en el monte aquel.

Eran todos más fuertes y serenos, / ¡Mucho más firmes de lo que era yo!...
Como las cruces, mudos, silenciosos, / Ninguno respondía a mi clamor:

"¿Qué habéis hecho?... ¿Cuál es vuestro pecado? / ¿Por qué vais a morir?...
¿No fuisteis bienhechores de los hombres?... / ¿No fue un canto de amor vuestro vivir?

¿No consolasteis amarguras tantas?... / ¿No partisteis con todos vuestro pan?...
¿No fuisteis siempre copas rebosantes / De ternura y de paz?...

¿Hubo acaso un dolor que no encontrara / Eco vibrante en vuestro corazón?...
¿Qué holocausto no ha sido consumado / Por vuestra abnegación?...

III

Como las cruces, mudos y silenciosos, / Ninguno respondía a mi clamor,
Pero vi que me hablaban con sus ojos / Que irradiaban amor y compasión.

Y en silencio treparon a las rocas, / Cada cual a clavarse de una cruz...
"¿Quién sube a ésta que dejáis vacía?" / Y una voz a mi lado dijo: ¡*Tú*!...

¡Yo volví mi cabeza atormentada / Hacia el lugar en que sonó la voz,
Y mis ojos, Maestro, se encontraron / Con los tuyos cargados de dolor!...

"¿Cómo es -me dijo- que vacilas tanto? / ¿No es la prenda de amor que Yo te di?
Mas, si ya no la quieres, dame el sitio, / Que yo de nuevo subiré por ti!..."

¡Oh, no, Señor! -le dije entre sollozos, / Cayendo de rodillas a sus pies-,
¡Que si estás a mi lado siempre, siempre / En esta inmensa cruz yo viviré!

Y moriré con las palabras tuyas / Para quienes me hartaron de dolor:
"¡No saben lo que hacen cuando hieren!..., / ¡No lo saben.... ¡Perdónalos, Señor...

"*Cruz de oprobio es la tuya, cual la mía / -Dijo Él-; te lo digo yo en verdad.*
El amor te subió a este Calvario / Y el amor sobre él te sostendrá.

¡El amor verdadero es compasivo, / Es un ánfora llena de piedad;
Nunca el amor se buscará a sí mismo / Porque él todo lo da!...

No es amor el amor hecho a medida / De una inconsciente y arbitraria ley;
¡Son tan pocas las almas de esta Tierra / Que saben del amor y de la fe!...

Hay quien padece, y los humanos dicen: / *Es un justo, subámosle a un altar.*
Otros sufren martirios estupendos... / ¡Es un malvado!... ¡Atormentadle más!

No es mi Reino, mujer, en este mundo, / Aún no es ésta la patria del Amor
No pidas rosas al zarzal mezquino / Ni a las tinieblas claridad de sol.

¿No viste que pasé por esta Tierra / Haciendo siempre el bien,
Sin ser comprendido / Por esta humanidad que tanto amé?

Por darme a todos, renuncié a la dicha / Que las ternuras del hogar nos dan...
Y fui calificado *aventurero / Sembrador de desorden y maldad*.

¿Habrás tú consolado a tantos tristes / Como Yo consolé?...
¿Habrás tú devorado tanta injuria / Como Yo en el olvido sepulté?...

¿Habrás salvado a tantos del abismo, / A tantos ciegos habrás dado luz
Como hice Yo en la jornada mía / Que acabó en el Calvario con la Cruz?

Sembrar amor y recoger traiciones, / Responder con agravio a mi piedad,
Colmar de infamia al que la luz le daba, / ¡Eso fue para Mí la humanidad!

Cómo, pues, esperabas galardones / Y coronas de mirtos y laurel,
Si vas en seguimiento del que dijo: / ¿Solo de ésta agua calmarás tu sed?

Agua es ésta que sabe a humillaciones / A desprecios, a oprobio y a baldón,
A olvido silencioso de sí mismo. / Mientras va derramándose en amor.

"Así es el Cristo al que tú vas siguiendo / Así es el Cristo que te quiere a ti;
El que te abre sus brazos y te dice: / ¡La Cruz Soy Yo! ¿Te espantarás de Mí?..."

Ya no vi la montaña cenicienta, / Y la cruz negra ya no estaba más,
Ni los dolientes mártires serenos, / Ni las cruces que viera más allá.

Tú solo estabas, ¡oh, Maestro mío, / Como un sol de radiante claridad,
Y tus brazos abiertos esperaban / A que en ellos me fuera yo a clavar!

¡Me vi cobarde!..., me llené de angustia / Y sollozando me abracé a tus pies...
¡Perdóname, Señor!... ¡Tú sólo puedes / Perdonar otra vez!

Si en esa cruz tan pavorosa y negra, / Maestro, estabas escondido Tú...
¡La quiero para mí!..., ¡la quiero siempre! / ¡Y eternamente viviré en la Cruz!

Y en los velos azules de la noche / Cual un blanco cendal se disgregó
El sueño mío que dejó en mi pecho / Como el eco de una honda vibración.

¡Oh, noche!... Libro cerrado / De magníficas creaciones.
¡Eres el templo callado / Donde desfilan visiones!...

¡SEDLO TODO PARA MÍ!...

¡Sedlo todo para mí, Maestro mío, / En la hosca selva de mi soledad!...
Tiembla el alma de espanto muchas veces / ¿Dónde están los que amaba?...
¿Dónde están?

Sedlo todo para mí que ya no tengo / De la madre el suavísimo calor,
Ni escucho ya del compañero bueno / La confidente voz...

Todo lo ha devorado aquel silencio / Inmenso como el mar,
Donde sólo la Fe puede asomarse / Con la luz de su lámpara inmortal.

Sedlo todo para mí, Maestro bueno, / Sombra y refugio, fortaleza y paz.
¡Consuelo en la tristeza de mi vida / Y luz en la siniestra obscuridad!

Golondrinas viajeras fuimos todos / De un mismo nido que tejió el amor,
Tu voz les fue llamando uno por uno... / Y de mí te olvidaste... ¡Oh, Señor!

Nada puedo ofrecerle yo a la vida, / Ni ella puede brindarme nada a mí;
De cuanto fui capaz y cuanto tuve / ¡Tú lo sabes, Señor..., todo lo di!...

Chispas de idea, pensamiento alado, / Rosas bermejas de vehemente amor,
Gráciles nardos de piedades hondas, / Violetas de amistad... / ¡Todo, Señor!...

¿Qué más puedo ofrecerle yo a la vida / Ni ella brindarme a mí?...
¡Cuando cae la noche todo duerme / Imagen de un suavísimo morir!...

Es la noche caída ya en mi vida / ¿No es justo acaso que descanse yo?..
Ellos durmieron aquel dulce sueño / ¿Y yo no puedo descansar, Señor?

Mientras ellos vivieron, yo era fuerte / Para darles aliento en el andar,
Mas ahora que no están a mi lado / ¿Qué tengo que esperar?

Les busco a tientas en la sombra muda / De mis lóbregas noches de dolor...
No veo, madre, tus pupilas mansas. / ¡Compañero!... no escucho ya tu voz.

¡Sedlo todo para mi, Maestro bueno, / Sombra y refugio, fortaleza y paz,
Consuelo en la tristeza de mi vida / Y luz en la siniestra oscuridad!

Golondrinas viajeras fuimos todos, / Ellos volaron al inmenso azul
Yo quisiera seguirles y me dejas / Suspendida en los brazos de tu Cruz.

Tú quieres que yo viva de esta vida / Que es un lento morir...
¡Porque mueren afectos y esperanzas / Como hojas en otoño, mil a mil!

¡Tú lo quieres, Maestro, Tú lo quieres! / Y a tus plantas estoy
Para decirte en medio de mi llanto: / ¡Lo que quieras, Señor, lo quiero yo!

¡QUIERO VERLO TODO!...
Al Cristo piadoso

¡Quiero verlo todo cual Tú lo veías, / Y quiero sentirlo con tu corazón!
¡Quiero ir caminando por sobre tus huellas / Recogiendo espigas que tu amor sembró!

¡Quiero verlo todo con los ojos tuyos / Cargados de inmensa y divina piedad!...
¡Y que no me espante la miseria humana / Por grande que sea, Señor, su maldad!

¡Quiero verlo todo con los ojos tuyos / Que ven en cada alma reflejos de Dios...
Y curan la llaga que piadosos miran / Y la cubren luego de dulce perdón!...

¡Quiero verlo todo con los ojos tuyos / Llenos de la lumbre de la Eterna Ley,
Que marca las rutas y cuenta los pasos / En la marcha lenta de la humana grey!

¡Quiero verlo todo con la mente tuya / Que busca en cada alma lo que puede dar...
Tus ojos no buscan, Señor, en la zarza, / Las blancas corolas que te da el rosal!

Tus ojos no buscan en el cardo agreste / La suave frescura del blanco jazmín,
Ni nunca reclaman del tosco granito / Las luces que brotan del limpio rubí.

¡Señor!... Soy injusta cuando busco ansiosa / Lirios de ternura, rosas de bondad,
En los espinillos de duras cortezas / Que nunca supieron lo que es suavidad.

¡Señor!... Soy injusta cuando pido trinos / Al rústico canto de aves de corral;
Y luces de estrellas al cocuyo errante / Que siembra chispitas en la oscuridad.

¡Quiero verlo todo con los ojos tuyos / Que auscultan a fondo todo corazón!...
¡La luz de tus ojos como una alborada / Que ahuyentan las sombras de todo dolor!

Quiero verlo todo con los ojos tuyos / Cargados de inmensa, divina piedad,
Y que no me espante la miseria humana / Por grande que sea, Señor, su maldad.

EL POEMA DE MIS SUEÑOS
Diálogo del alma con el Cristo

I

¡Era de noche!..., pavorosas sombras / Cubrían de tinieblas el sauzal
Y deshojaban sobre el alma mía / Las rosas negras de la soledad.

¡Soledad en los cielos!..., las estrellas / Escondidas por nubes de crespón
¡Soledad en la Tierra!..., sólo oía / El latir de mi propio corazón...

Y en las alas del sueño..., ¡blancas alas! / El alma voló a la inmensidad
Buscando brisas, cantos y armonías / En el seno infinito del Ideal.

Y mi alma sedienta de belleza / Una sarta de perlas desgranó...
¡Perlas negras de súplicas y quejas, / Perlas blancas de interna adoración!...

¡Perlas del alma!..., quejas o plegarias, / ¿Al abismo rodáis?...
Y una voz conocida y amada me responde: / "*Todas tus perlas las recojo Yo*"

¡Maestro!... -dije-. Los vientos arrecian / Y mi lamparilla pueden apagar.
¿He de quedarme, acaso, en las tinieblas, / Con las rosas negras de la soledad?

"*Lamparilla de amores es la tuya... / ¡Lamparilla de amor!...*
¿Quién podrá apagarla / Si la encendí Yo?...

Los vientos repliegan sus alas cuando oyen mi voz, / ¡Vientos de egoísmo, vientos de furor,
Plegad vuestras alas, que esta lamparilla / La encendió mi Amor!"

Y .los cantos del sueño... ¡dulces cantos! / Desgranaban sus notas de cristal!
Que se rompían con rumor de besos / Entre los velos de la inmensidad!...

Y el diálogo del alma continuaba, / Sedienta de escuchar
Esas voces sin ruido / Que caían como pétalos blancos de un rosal.

"*Yo soy la luz en que el planeta gira / Como pez en el mar...*
Y si vas por mis huellas y a mi lado ¿Quién apagará tu claridad?"

Luciérnaga dorada con alas de ilusión. / ¡Mujer! ¡Eso eras tú
Antes que tu lámpara encendieras / Con hebras de mi luz!...

Me has llamado con ansias, / Me has llamado, mujer,
¡Y me pides la paz y la esperanza, / Y me pides la fe!...

Y todo eso..., en verdad, / Yo te lo digo, ha mucho te lo di.
¡Cuando cayeron como rosas rojas / Las gotas de mi sangre sobre ti!...

Y te di la esperanza que fulgura / Como estrella polar,
Y trasplanté a los jardines tuyos / La dulce madreselva de mi paz.

Tempestades y vientos te azotaron, / Tempestades y vientos rugirán,
Pero tu lamparilla..., ésa que Yo encendiera / ¡Jamás se apagará!...

Te asustan las tinieblas y te espantan / Las rosas negras de la soledad...
¿Olvidas que soy luz y vas conmigo; / Que no está solo el que conmigo está?

¿Has olvidado que Yo nunca duermo, / Y que siempre velará mi corazón?
¿Has olvidado que mi amor de siglos / Jamás te abandonó?...

El amor y el dolor, niños con alas, / Te abrazan a la vez,
¡Y ríes en el éxtasis con uno, / Y lloras con el otro!... ¡Oh, mujer!

Ambos son bellos y en sus alas subes / a lo más puro del Eterno Ideal...
¡No porque tenga espinas punzadoras / Perdería belleza el rosedal!"

II

Nostalgia de otro mundo y otro cielo / Llenan el alma de ansiedad febril.
¡Oh, Maestro! ¡La Tierra es un desierto, / Y yo quiero partir!...

Todos se sacian con las aguas turbias / Que yo no sé beber...
¿Por qué gozan los otros con esa agua / Y yo vivo con sed?

¡Sus oasis son áridos y secos; / Helados siempre están!...
¡Efímeras sus flores se marchitan / Y todo es tan fugaz!...

"*¡Perlas negras y blancas son tus quejas / Que recojo, mujer!...*
Ven conmigo -te dije-; en mis fontanas / Te daré de beber...

¿No te dije que doy el agua viva / De salud inmortal, / Y aquel que de esa agua se alimenta / No tendrá sed jamás?...

La ruidosa algazara de las turbas / Que viven del festín,
Es hastío y cansancio para el alma, / Que de otra vida comenzó a vivir.

Por eso dije: "¡Bienaventurados / Los que viven con limpio corazón
Y los que buscan la justicia ansiosos / Del reino del amor".

Y dije más: "¡Oh, bienaventurados / Los que sienten tan honda la piedad,
que les hace olvidarse de sí mismos / y pensar en los demás!"

¿No eres dichosa ayudando al débil / A soportar su cruz?
¿Y no sientes internas alegrías / Cuando alumbras a otros con tu Luz?

¿No te apasiona hasta el delirio, dime, / De tus ternuras derramar la miel,
Y beber hasta el fondo de la copa / Toda..., toda la hiel?

Todo esto te dice a grandes voces, / ¿No lo oyes, mujer?...
Que vas sobre mis huellas, y a mi lado / Encuentras alegría en padecer.

¿Quién comprende en la Tierra los poemas / Silenciosos y heroicos del amor?
¡Sólo aquel que posee los tesoros / Del reinado de Dios!

No son míos, mujer, ¡Oh!, no son míos / Los que pasan de largo sin mirar
Al hermano caído en el camino / Sin poder levantar.

No son míos aquellos que no viven / Sino para el festín...
¿No dije yo que para dos señores / No se puede servir?

Los que buscan la Tierra son de tierra, / Los que buscan el Cielo son de luz;
Los placeres mezquinos son orugas... / ¡Son estrellas las rosas de mi cruz!...

¿Por qué vives, mujer..., por qué me amas / Si no es que buscas diluirte en Dios,
Como chispa de luz en una hoguera / Donde cada chispa se convierte en sol?

¿Por qué te apenas, dime, cuando miras / El informe tropel,
De los que viven nada más que hundidos / En olas de placer?...

Ellos no saben de la dicha tuya, / Van retardados sin hallar la luz...
¡No conocen las aguas ni las flores / Que has encontrado tú!...

¡Feliz de ti que vas en seguimiento / De una luz que jamás se apagará...
La luz inextinguible y soberana / Del amor inmortal"...

III

Y la estrofa impalpable de mi sueño / Desgranaba su nota de cristal
Como un susurro de dormidas alas / Que de pronto se abrieran a volar.

Y soñé que mi alma preguntaba: / ¿Cómo es, Maestro, que te veo aquí?...
¿Cómo es que percibo tus palabras / Llegar acariciantes hasta mí?...

"El amor y el dolor, niños con alas, / Te abrazan a la vez;
El dolor te desprende de la Tierra / Y el amor te da el éxtasis... ¡Mujer!...

Es la escalera de marfil y oro / Que tú llamas ensueño de cristal...
No es un sueño, mujer, es mi promesa / Convertida en eterna realidad.

¿No he dicho un día que el que busca encuentra, / Y al que llama, la puerta se abrirá?
¿Y si tú me has llamado tantas veces, / Cómo puedo callar?...

¡Has buscado durante tantos siglos / El tesoro inefable del amor
Que por fin le has hallado y se desborda / En raudal infinito, porque es Dios!...

No hay distancias ni tiempo entre las almas / Que bien saben amar.
No hay ausencia, ni duda ni abandono / Ni pueden olvidar...

Se van siguiendo sin cansarse nunca, / Como ondas concéntricas de luz,
O reflejos de crepúsculos eternos / En un inmenso azul.

¿Quién puede separar lo que está unido / Por el amor que es Dios,
Ni separar los átomos dorados / De que se forma el resplandor del Sol?...

¿Quién puede separar a las estrellas / Que entrelazadas por los cielos van?
¿Quién puede interrumpir aquellas rutas / Que la ley les marcó en la Eternidad?

¡Las estrellas, los soles y las almas / Se parecen!... ¿Lo ves?
Se encontraron, se amaron, se siguieron / En el seno de Dios, ¡sabrás por qué!...

El amor y el dolor, niños con alas, / Te han traído hasta aquí,
Y si tanto has amado, / ¿Quién podría separarte de mí?...

¡No hay distancia ni tiempo entre las almas / Que se encontraron en la Eterna Luz,
Que de un mismo crepúsculo nacieron / En lo infinito de infinito azul!...

-No quiero despertarme de este sueño-, / Sé que dije en el sueño... ¡Por piedad!
¿Qué haría yo de nuevo sumergida / En tanta obscuridad?

Y la voz que era amor... ¡Oh, la voz suya / Deshojó madreselvas sobre mí!...
"No es un sueño -me dijo- *es la promesa / De amor que Yo te di.*

Es la vida verdadera que comienza / Apenas a clarear,
Para aquel que se olvida de sí mismo / Y piensa en los demás.

¡Son los lirios, mujer, del sacrificio / Convertidos en luz,
Y el amor es el mago que transforma / En estrellas, la rosas de tu cruz!...

IV

Y la estrofa impalpable de mis sueños / Acalló sus arpegios de cristal,
Como un susurro de dormidas alas, / ¡Cansadas de volar!

¡Soledad en los cielos! ¡Las estrellas / Se cubrieron con velos de crespón!...
¡Soledad en la Tierra!... ¡Todo duerme / Y hasta apaga su ritmo el corazón!

¡El diálogo del alma ha enmudecido / Y todo en el silencio se esfumó,
Como pétalos blancos deshojados / Que el viento se llevó!...

Y otra vez las arenas de la tierra / Y de la vida el turbulento afán,
Las cenizas dispersas y apagadas / ¡Y rosas negras de la soledad!...

¡Pero, no!... ¡que hay un punto fulgurante, / Un camino muy largo más allá!...
¡Un nidillo con pájaros que cantan! / ¡Una cruz entre piedras y un rosal!...

Y frases que son música del alma, / Grabadas allí están:
¡Esperanza y paz -dicen las piedras-, / Y un Amor Inmortal!...

LA INMOLACIÓN

¡Oh, Maestro!... ¡De nuevo he venido / De un vuelo hacia Ti!...
¡Es obscura la Tierra y no puedo / En sus lóbregos valles vivir!

¡Oh, Maestro!... Yo vivo soñando / Que percibo tu acento sutil,
Que me dices innumeras veces / "*Amar es sufrir*"...

¡Y prefiero sufrir a tu lado, / Y prefiero sufrir junto a Ti!...
¡Abrazarme a tu cruz de martirio / Y postrada a tus plantas morir!

TERESA DE JESÚS
En su centenario

¿Quién ignora tu nombre, quién no te ama / Teresa de Jesús incomparable?...
¿Quién no se une al concierto que te canta? / ¡Salve Doctora del Carmelo!...
¡Salve!

Y el mundo cristiano / Ferviente te aclama,
Y sigue tus huellas / Feliz, luminoso, torbellino de almas.

¿A dónde vas, divina aventurera / Arrastrando a tu paso corazones,
Como el aura que cruza por los prados / Llevándose el perfume de las flores?

Te vas a la cumbre / Do no hay tempestades
Que turben el alma... / ¡Oh, cumbres azules que sólo tú sabes!

Tus páginas sublimes como esencia / Derramada del hálito divino
Van despertando el corazón humano / En cansados desmayos adormidos

Y la austera ciencia / Te aclamó Doctora...
Que la luz de tu ciencia es de aquellas / Que no tienen sombras.

¿Quién te ha enseñado a penetrar osada / En el hondo misterio de las almas,
Y disecar sus fibras más ocultas / Y adivinar sus infinitas ansias

Y el secreto mudo / Y el febril anhelo
Que en el pecho hierve / Con frío de nieve y oleajes de fuego?

Como Juan el amado, reposaste / Tu cabeza en el pecho en que latía
Aquel divino corazón que amando / Venció a la muerte y nos brindó la vida;

Por eso el misterio / De las almas sabes,
Y son tan profundos / ¡Oh, mística alondra, tus dulces cantares!...

Y te busca el asceta en los silencios / De su rústica celda solitaria
Porque siente a tu lado que es más dulce / La amorosa nostalgia de la patria.

¡Y al áspero yermo / Lo encuentra más suave
Siguiendo tus huellas / Cubiertas de rosas y de blanca nieve!

Cada palabra de tus libros de oro / Despierta un eco en el humano pecho,
Y ora levanta llamarada ardiente / O suave brisa de aromado aliento;

¡Sollozan y ríen / Las palabras tuyas,
Que, dardos o flechas, / O luces, espantan la sombría duda!

¡Y tienes arpa de oro y has cantado / Con versos que son quejas y latidos,
Y explosiones de amor y ardientes ansias / Y sollozos y éxtasis divinos!

¿Quién podrá, Teresa / Cantar tus cantares?...
¡Que pocos entienden / Tu mística clave!...

"¡*Que muero porque no muero*!"... cantabas, / En la ansiedad de los delirios tuyos,
Y de tu ardiente corazón caían / Jirones palpitantes en el mudo

Papel que aspiraba, / Genial poetisa,
Tus versos alados / ¡Que lloran y cantan y de amor deliran!

¡Y tienes lirios blancos de inocencia, / Y tienes rosas del amor sagrado.
Y miríadas de estrellas que derraman / En las almas magníficos chispazos!

¡Yo quiero tus rosas! / ¡Yo quiero tus lirios!...
¡Quiero tus estrellas / Y alumbrar con ellas el sendero mío!...

EL CRISTO DE BARBERIS

Soledad silenciosa y mortecina / De aquella tarde nebulosa y gris,
Con un pálido ocaso agonizante / Que destiñe celajes de rubí...

Hay tragedia en los cielos y en las almas / Y en los ojos cansados de llorar;
Hay tragedia en las manos que se cruzan / Y en el último beso que se da...

Una árida montaña y un cadalso, / Una estatua yacente de marfil...
Unas sombras de angustia que sollozan / Y un anhelo supremo de morir...

Vivir la vida sin la vida suya / Seguir andando por donde Él no está...
¡Buscarle en todas partes sin hallarle... / No escuchar su palabra nunca más!

Hay tragedia en los cielos y en las almas / Y un silencio de muerte en derredor...
Cual si hubiera el dolor paralizado / Hasta el hondo latir del corazón.

Sólo hay ojos que miran desolados / A la estatua yacente de marfil.
¡Emblema del dolor! con sus heridas / Como flores de rojo carmesí.

¡Han herido sus manos que eran lirios / Perfumados de amores y de paz
Sobre cien cabecitas infantiles / Que no le sentirán ya nunca más!...

Han herido sus pies que caminaban / Buscando a todas horas el dolor
¿Quién irá a la pocilga del leproso / Que imploraba su tierna compasión?

¿Quién dirá al pecador que se levante / Del abismo profundo en que cayó
Si los labios del Cristo están cerrados / Y los hombres no entienden de perdón?

Hay tragedia en los cielos y en las almas / Y en los ojos cansados de llorar...
Si Él ha muerto ¿qué queda en esta Tierra / Sino el crimen y el odio nada más?...

Y la Madre mirando a lo infinito / Parecería preguntarle a Dios...
¿Qué hicieron los hombres con el Hijo / Que era un reflejo del eterno amor?

La amante Magdalena en la locura / De su amor que es delirio y ansiedad
Con mirada abismal está pensando / ¡Que sus besos le pueden despertar!...

La pequeña María, reverente / Apretando su propio corazón
Con sus manos cruzadas le recita... / "¡Muere también porque murió el amor!"

Y los ojos que miran abismados / A la estatua yacente de marfil
Parecen preguntarle enloquecidos / ¿Cómo el Hijo de Dios pudo morir?

Y morir como un vil ajusticiado / Enclavado en lo alto de una cruz,
Entre un pueblo feroz que maldecía / Y un cielo mudo que apagó su luz.

¡Y morir como muere el que no tiene / Ni familia, ni amigos, ni un amor!...
¡Sin oír una frase de consuelo / De parte de los hombres o de Dios!

Y abierto en una herida su costado / Como un cárdeno labio de rubí...
¿Será que quiere que los hombres beban / La miel de sus perdones por allí?

Yace el Cristo en la roca cenicienta / Del sangriento patíbulo a los pies,
Manojo de nenúfares tronchados / Sobre el alba blancura de un mantel.

Su adorable cabeza aletargada / En un sueño que no despertará
Deja ver sus cabellos esparcidos / Que las brisas remueven al pasar.

¡Es la vida en la muerte!... ¡Escena muda / Que desborda en el lienzo su dolor!...
¿Qué horrenda angustia estremeció al artista? / ¿En cuáles tintas su pincel mojó?

Plasmó relieves de escultura griega / Y una danza de sombras y de luz
De las cuales emerge vagamente / ¡La divina belleza de Jesús!

Hay supremo dolor en esa frente / Que un burlete de espinas lastimó
Hay tortura de nervios que se rompen / En esa manos que crispó el punzón.

Es la augusta Piedad martirizada / Aliento vivo del Eterno Amor
¡Es el Verbo hecho carne de dolores / Pensamiento de Dios, hecho oración!

¡DESDE EL ABISMO TE LLAMO!...
Invocación a Cristo

¡Desde el abismo te llamo / Con un profundo clamor,
Cuando los cielos se nublan / Y entre sombras muere el sol!

¿Por qué, Señor, me dejaste / En este abismo sin luz
Viendo agonizar los astros / Lejos allá en el azul?

¡Desde el abismo te llamo / Cuando contemplo avanzar
La marejada rugiente / Que todo lo arrasará!

¡Huyen los pájaros blancos / A climas de tibio sol
Y queda aquí la jauría / Loca y ebria de furor!

Tus flores son ofrendadas / Por idólatras sin fe
A los ídolos nefandos / Del crimen y del placer.

¡Señor! ¿Por qué me dejaste / Con vida si Tú no estás
En este abismo sombrío / Donde reina la maldad?

¿Qué es el justo en esta Tierra? / ¡Un harapo y nada más!...
¡Un montoncito de paja / Que sacude el huracán!

¡Un corazón que se estruja / Comprimido de terror
Sin exhalar una queja... / Que descubra su dolor!...

¡Una libélula errante / Que quiere la libertad
En los espacios dorados / Por la luz crepuscular!...

Mas, la jauría rabiosa / Rompió sus alas de tul...
¿Dónde estás en esta Tierra... / Señor, dónde está tu luz?

¿Es que he perdido el camino / Donde Tú quieres que esté?...
¿Es que el viento me ha apagado / La lámpara de la fe?

¡Desde el abismo te llamo / Porque no acierto a entender
Que esté el mal glorificado / Y pisoteado está el bien!

¿Es ésta la herencia tuya / Que el Padre te dio, Señor,
Para llevarla a su Reino / Como en un vuelo de amor?

¡Oh, Señor!... ¡Tus sacrificios / Rosas bermejas de luz,
No germinan en la tierra... / Que son para el cielo azul!

¿Qué sabe la fiera hambrienta / De un fresco rosal en flor?
¿Qué saben los sucios puercos / De la luz del arrebol?

¿Qué sabe el reptil taimado, / Buscando a quien devorar.
Del canto de las alondras / En lo alto del pinar?

¿Qué sabe el vicio y el crimen / De las glorias del amor,
Que se da día por día / Sin esperar galardón?

¡Desde el abismo te llamo, / Sin saber si viva estoy
O encerrada en un sepulcro / Donde no me alumbra el Sol!

Me azotan ráfagas turbias. / De un invisible huracán....
Y aullidos de fieras oigo / Día y noche ¡nada más!

Es pavorosa negrura, / De un lóbrego anochecer...
¡Señor!... ¡Enciende, te ruego, / Tu luz divina otra vez!...

¡Que vea tus claridades, / Que sienta vibrar tu voz
Como un clarín de victoria, / Como una estrella de amor!

¡Desde el abismo te llamo / Con angustiosa ansiedad!
Si estoy viva..., ¡dame vida! / Si estoy muerta, ¡dame paz!

¡TODO ERES TÚ!

¡Todo eres Tú, amor de mis amores!... / ¡Astro sereno de mi cielo azul!
¡Agua clara que sacia mis anhelos!... / ¡Señor!... ¡Todo eres Tú!...

Cuando la angustia me desgarra el alma, / Cuando caigo agobiada por mi cruz,
Cuando a obscuras recorro mi camino, / ¡Señor!... ¡Todo eres Tú!...

¡No me dejes, te ruego, en abandono! / Cuando en mi cielo se eclipsó la luz
Porque todo es tinieblas a mi lado, / ¡Señor!, si no estás Tú.

No me dejes, Señor, sin tu presencia / Caminando ante mí como una luz,
Que de siglos yo sigo sin cansancios / ¡Porque todo eres Tú!

Cuando estás a mi lado yo me veo / Flotando en halos de nevado tul,
En que has sembrado tus estrellas de oro. / ¡Señor, todo eres Tú!...

Pero ¡ay de mí!..., cuando me dejas sola / No resisten mis hombros esta cruz...
¡Es tanta la amargura de la vida! / ¡Señor, ¿dónde estás Tú?!...

¡No te olvides, Amor, que soy cautiva / En un presidio sin calor ni luz!...
¡No me dejes, te ruego!... que en mi vida, / ¡Señor! todo eres Tú.

LA HORA DEL AMOR

**Arrobada el alma por la presencia divina que siente en sí,
le escucha silenciosamente.**

Voz De Cristo

*¡Palomita del valle solitaria / Que diste un vuelo hasta mi cumbre azul!
La puerta de mi alcázar está abierta... / ¡La he abierto Yo para que entraras tú!*

*¡Es la hora solemne y sosegada / En que todo ante ti se acallará,
Los ásperos sonidos de la Tierra / Y la rugiente tempestad del mar!*

Es la hora solemne y sosegada / En que se abren los cielos para ti,
Como el velo sagrado de un santuario / Que quiere sus secretos descubrir.

Vistes túnica blanca de pureza / Y corona de lirios y jazmín,
Y el ara santa de los holocaustos / Está llena de rosas carmesí.

Es ésta la morada esplendorosa / Donde todo secreto has de saber;
Que el Amado no esconde de la Amada / Las purísimas glorias de su edén.

Tú sabes que por siglos te llamaba / Como llama a su amada el ruiseñor,
Que prisionera en redecillas de oro / No respondía a su canción de amor.

Desde la enhiesta torre del alcázar / Miraba hacia el camino con afán,
Cuando la aurora deshojaba rosas / O el ocaso tendía su cendal.

Has llegado con blancas vestiduras, / Coronada con rosas de marfil,
Al ara santa de los holocaustos/ Que está llena de rosas carmesí.

¡Ven, amada, a decirme si estas rosas / Color de sangre, de tu huerto son!...
¡Frescas, lozanas, aún se sienten en ellas / Todo el perfume de tu corazón!

¡Tuyas son!... ¡Las recogí en un día / Que renunciaste a tu querer..., por Mí,
Y hoy brillan de hermosura extraterrestre / Transformadas en gloria para ti!

Rosas rojas de obscuros sacrificios, / De humillantes desprecios y baldón
Soportados por ti en serena calma / ¡Sin que nadie lo viera más que Yo!...

Rosas rojas de crueles desengaños, / Que hirieron a puñal tu corazón,
Son gotas de tu sangre, iluminadas / Por la fúlgida luz de tu perdón.

Rosas rojas de duras negaciones / Y de heroicas renuncias que Yo vi...
¡Amada mía!..., en tu jardín oculto, / ¡Sin tú saberlo, Yo las recogí!...

Y aquí te esperan, como Yo te espero, / Convertidas en búcaros de amor
Mientras cantan los ángeles del cielo: / "¡Paz y gloria al heroico vencedor!"...

Comprendo tus miradas silenciosas / ¡Dulce gacela de mi huerto en flor!...
Vas mirando las rosas una a una / Y viviendo de nuevo aquel dolor...

Y en el diáfano espejo de tu mente / Se amontonan en sórdido tropel
Las tremendas borrascas que has sufrido / Por conformar tu vida a mi querer.

Tórtola mía del arrullo eterno / ¡De sereno y suavísimo mirar!...
Veo en tus ojos asomarse el llanto / ¡Y yo no quiero que tú llores más!...

Pasó el invierno con su helada escarcha / Y esfumóse también la oscuridad...
¡Todo florece cuando a Mí has venido / Y los cielos te dan su claridad!

Ven conmigo a la Fuente de Aguas Vivas / Donde guardo tesoros para ti.
No son perlas, brillantes ni rubíes, / Que nada de eso se valora aquí.

El Eterno Poder guarda secretos, / También los tiene el Inmortal Amor,
La fiel Sabiduría los recoge / Y en esta Fuente los custodio Yo.

Pon tu mano en la mía y vamos juntos / Hasta los bordes de la Fuente Azul,
La que oculta en sus cofres de zafiro / ¡Todo el secreto de la Eterna Luz!...

Buscan los hombres el amor, la dicha, / Tienen ansias profundas de saber,
¡Mas no vienen aquí por lo que anhelan / Y a otras fuentes acuden a beber!...

Solos estamos ¡oh, gacela mía!... / ¡Al margen de la Fuente del Amor,
Bordeada de jacintos y azucenas, / Y sombreada de arrayán en flor!...

¡Nadie ha venido!... Que hasta aquí no llega / Sino el manso y humilde corazón
Y el que todo lo dio como holocausto / A la inmutable Voluntad de Dios.

El que en férvida ofrenda a sus hermanos / Hasta a sí mismo se llegó a olvidar...
Y forjó del Amor su ley suprema, / ¡En la vida, en la muerte y más allá!

¿No dije un día que la Luz Divina / A los soberbios se les negará,
Y la tendrán en cambio los humildes / Como en una explosión de claridad?

Mis palabras no pasan... ¡Tú lo sabes! / Aunque el cielo y la Tierra pasarán,
Que es mi palabra la Verdad Eterna / ¡Soy el Verbo de Dios, que es Inmortal.

Solos estamos, ¡oh, Amada mía! / Al margen de la Fuente del Amor
Bordeada de jacintos y azucenas, / ¡Bajo doseles de arrayán en flor!...

¿Ves estas aguas irisadas de oro / Que a intervalos se tiñen de turquí
Y luego de esmeraldas y topacios, / Aureoladas del fúlgido carmín?

¿Ves cómo de ellas se levantan brumas / De transparente resplandor azul,
Luego rosa, plateado, verde y oro / Y en oleadas se extienden como un tul?

Las Aguas Vivas de la Fuente Eterna / Son el tesoro del Divino Amor
Que fluyen como ríos caudalosos / Y se lanzan en toda dirección.

Si a los cielos elevas tu plegaria / Brotada de tu propio corazón,
Como un grito de tu alma que reclama / La poderosa protección de Dios.

A ti van las oleadas de la Fuente / Convertidas en ancho manantial,
O en hilillo de agua imperceptible / Si no hay en tu plegaria intensidad.

Fue por eso que dije en mi enseñanza: / "Que montañas traslada una gran fe".
Y la Esperanza bien fundada, llega, / ¡Y el Amor, todo abismo ha de vencer!

Es el cauce dorado donde corren / Las aguas del Divino Manantial,
Según que en tu plegaria hayas sentido / Honda Fe y Esperanza y Caridad.

¡Qué grande es el poder, Amada mía, / Que tiene la oración,
Cuando no es de los labios solamente / Sino del corazón!...

¡No se engaña a la Fuente de Aguas Vivas / Cual se engaña a la incauta multitud,
¡Con ruidosas plegarias que no llegan / Ni aún a vibrar en el etéreo azul!

Mas puede suceder algunas veces / Que intensa y honda sea tu oración,
Y no obstante el Manantial Divino / No te conceda el suplicado don.

Veo el asombro de tus serenos ojos / ¡Mística alondra de mi huerto en flor!...
¡No temas nada, que nada hay obscuro /Para el que ha visto el esplendor de Dios!

El Eterno Poder mira en conjunto / Cuanto encierra su vasta Creación,
Y percibe de cada una criatura / La más débil y tenue vibración.

Ve presentes la dicha y los dolores / Que cada alma por ley debe sentir,
Según que sus acciones se encaminen / Hacia el Amor como supremo fin.

Tu pensamiento, aunque profundo sea, / No puede dominar el porvenir
Y a veces pides lo que a juicio humano / Estaría en la Ley el conseguir.

El Eterno Poder sabe que ignoras / Las causas por qué no oye tu clamor,
Y aunque no eres culpable de ignorarlo / No recibes cual pide tu oración.

Y las corrientes de las Aguas Vivas / Se transforman entonces para ti,
En una paz dulcísima y serena / Que aun en el dolor te hace feliz.

Y una gran conformidad te invade / Con la excelsa y divina Voluntad,
Cual si leyeras el Arcano Eterno / En toda su magnífica verdad.

Y del fondo de tu alma se levanta / Esta firme y profunda convicción:
"En los hechos no veo la respuesta / Porque es otro el designio del Señor".

Una gran claridad se hace en tu mente / Sobre el hecho que impulsa tu oración,
Y tranquila lo dejas al cuidado / ¡Del Padre de las almas que es Amor!

Solos estamos, ¡oh, Amada mía!... / Al borde de la Fuente del Amor,
Entre lirios, violetas y azucenas, / ¡Bajo doseles de arrayán en flor!...

Cayendo vas en el divino ensueño /De que unas alas te levantan más,
Y hasta el vago recuerdo de la Tierra / Se evapora en la luz de un, ¡más allá!

Ya estás conmigo, tras del velo augusto / Que te separa de lo material...
¡Estás conmigo en el altar secreto / Donde sólo un instante has de morar!

Ya estás conmigo en el ferviente abrazo / Que te convierte en una aspiración,
En un afán de inmolación completa / Sobre el ara sagrada de mi amor.

¡Tórtola mía del mirar profundo!... / En un rapto de amor te atraje a Mí,
Y te ves confundida con mi esencia / Y olvidada de todo..., ¡hasta de ti!

¿Nada me pides, ¡oh! Amada mía? / ¿Nada quieres de aquel tierno Jesús,
Del Cristo que estudiaste paso a paso / De su cuna en Belén, hasta la Cruz?...

¿Quieres tesoros de profunda ciencia / O el ancho espacio sideral correr?...
¿Quieres ver cómo surgen en miríadas / Los mundos del omnímodo Poder?

¿Quieres ver en los Reinos celestiales / A millares de almas en la Luz?
¿Quieres ver en los cielos superiores / Esas vidas de eterna plenitud?

¿Quieres entrar en el profundo arcano / De la áurea Luz que todo lo auscultó,
Sin dejar el más leve pensamiento / Que cual meteoro en la extensión cruzó?

La Verdad y la Luz, potencias sumas / De la Eterna y Divina Perfección,
Archivan en el Libro de la Vida / Todo cuanto en la Vida es vibración.

¡Habla, tórtola mía, no enmudezcas En esta hora de divina unión!...
Voz del Alma:
¡Soy pequeña, Señor, para todo eso! / ¡Yo sólo quiero tu inmortal Amor!

Lirios de la Tarde

Rosas rojas como sangre
De un corazón que sufrió
La ausencia de los amados
Que la muerte se llevó

Como un beso de la aurora
Delicada rosa-té...
¿Eres el feliz augurio
De un radiante amanecer?

Josefa Rosalía Luque Álvarez

EL RUISEÑOR CAUTIVO

Tras de las rejas de una ventana / Se oye el arpegio de un ruiseñor
Que al despertarse de la mañana / Cautivo y triste canta su amor.

Desde su estrecha jaula dorada / Cuenta sus penas al arrebol,
Para que el viento de la alborada / Lleve hasta el nido su amante voz.

Y el viento suave fue el confidente / Que llevó al canto del ruiseñor,
Hasta que un día junto a la fuente / Se oyó la rima de otro cantor.

Tras de sus rejas el prisionero / Salta y se agita..., quiere volar,
Pero tropieza con el acero / Que le ha robado su libertad.

Hasta las rejas de la ventana / Donde sus flores, abre un rosal,
Vino a buscarle cierta mañana / La compañera que hizo llamar.

Y un dúo triste como un sollozo / De almas que juntas van a llorar,
Sobre un sepulcro viejo y ruinoso / Que está perdido bajo un sauzal.

Se escucha siempre por las mañanas / Antes que asome la luz del sol,
La dulce rima de aves hermanas / Que ocultas cantan su tierno amor.

-¡Es cruel el hado que te aprisiona / Y que tus alas mandó cortar!...
-¡Es cruel el hado que te abandona / Sola en la selva triste a llorar!...

-¡Horas pasadas, horas tardías / Que nunca pasan para el sufrir,
Tú estás cautivo, yo en la agonía / De ver que nunca me has de seguir!

¡Muramos juntos bajo este cielo / Que tú no puedes libre surcar!
-¡Oh, no, amor mío!... ¡Tiende tu vuelo. / Déjame solo con mí penar!

-¡Muramos juntos bajo la gama / Púrpura y verde de este rosal,
Si nunca juntos sobre sus ramas / Libres y amantes hemos de estar!

Yo triste y sola, tu encadenado. / ¿Qué es esta vida sin nuestro amor?
¡Es como un día siempre nublado, / Es como noche sin un fulgor!

¡La rama aquella de nuestro nido / Se inclina al peso de tanta flor!...
Más nunca en ella será tejido / De nuevo el nido de nuestro amor.

Y entre sus rejas el prisionero / Salta y se agita, quiere volar,
Mientras los trinos del compañero / Como un suspiro, muriendo van.

Fue así hasta un día que en la ventana / Se encontró muerta bajo el rosal,
A la avecilla que una mañana / A su cautivo vino a buscar.

Y el prisionero salta y se agita... / Desde su cárcel la vio morir...
Su voz no canta, convulso grita / Buscando un hueco para salir.

¡Hados o genios, seres humanos / Que os llamáis reyes de la creación
Y a cada paso sois los tiranos / De toda vida, de todo amor!

¿Os hace daño la dicha ajena? / ¿Os turba el sueño todo cantar?
¿Queréis el mundo lleno de penas / Que así a la dicha mandáis callar?

¡Pobre cautivo..., en su garganta / Murió su canto junto a su amor!
¡Fue tan profunda su pena..., tanta / Que siempre mudo fue el ruiseñor!

EL AMOR A LOS VEINTE AÑOS

Es un valle cubierto de azucenas... / ¡De azucenas en flor!
Doblado de arrayanes y de mirtos / Donde canta perenne un ruiseñor.

Es un huerto cerrado y silencioso / Donde sólo el amor puede vivir.
Con un rayo de luna y una estrella / Que brilla solitaria en el cenit.

Y aguas claras que manan incesantes / De oculto manantial.
En que miran las blancas azucenas / Su nacarada faz...

El amor de veinte años es un huerto / De azucenas en flor.
Con un rayo de luna y una estrella / Y el perenne cantar de un ruiseñor.

¡YO QUISIERA!...

Yo quisiera decirte a todas horas / Que mi alma en la tuya se esfumó.
¡Y que ya nada tengo que no sea / Diluido como un átomo en tu amor!

¡Y que el rayo de luz de tu mirada / Aprendiera a leer dentro de mí,
Las rimas de cristal hondas y mudas / Que mi espíritu ensaya para ti!

¡Y que tu alma en la mía se escondiera / Cual blanca mariposa en un rosal,
Para oír que sus pétalos te nombran / Y en susurros te cantan sin cesar!

Y que todos los rítmicos latidos / Que en silencio gorjea el corazón
Son poemas de aquel amor excelso / Que en tu alma y la mía puso Dios!

Yo quisiera decirte: ven conmigo / A beber de mi claro manantial,
Donde cantan las aguas musicales / Lo que sólo por ti saben cantar!

¡Y que vieras detrás de mis miradas / Como un iris de tibia claridad,
Donde flotan mis blancos pensamientos / Que hacia el éter huyendo siempre van!

Y que fueras la música del viento / Que pasa acariciando mi rosal...
¡El rosal de mis blancas ilusiones / Que encontraron en ti la realidad!

Y que fueras la gota de rocío / Y que fuera mi alma un lirio en flor,
¡Y en vapor y en esencia confundidos / Por siempre nos quedáramos los dos!

Y que tu alma y la mía como estrellas / Que irradian juntas en un mar azul,
¡A la vista de Dios eternamente / Se esfumaran en un beso de luz!

Diciembre 1919

FUE UNA FLOR DEL AIRE...

¡Yo besé tus labios / Tan breve y fugaz
Como un ala de raso que pasa / Por la inmensidad!...

¡Como ala rizada / De encajes y tul
Fue el beso que te dio mi alma, / Libélula azul!...

Fue el beso que deja / La luna en el río
Que quiebra sus ondas / De rubio cristal;
Fue gota de agua / Sobre una corola
De rosa bermeja / Que se abre a la vera de algún manantial.

Fue una flor del aire /Que rozó tus labios
Ardientes, febriles, / Temblando de sed,
¡Fue una mariposa /Que posó un instante
Sobre la corola / De un rojo clavel!

¡Fue una tibia /Gota de miel
Que en tus labios / Sin ruido cayó!...
¡Fue la ofrenda santa, / Sublime y piadosa
Que te dio mi alma / Vibrando de amor!...

Marzo 1920

LAS FLORES DE TU HUERTO...

¡Tus rosas bermejas / Tus gladiolos blancos / Se buscan, se besan delante de mí!...
¿Tienen ellas alma / Y entretejen suaves / Mensajes de ti?...

Tus gladiolos blancos / Me traen los efluvios / De amores tan puros que siempre busqué,
Tus rosas bermejas / Me esbozan amores / Que no mueren nunca y apagan mi sed.

Mi sed de sentirme / Viviendo en otra alma / Como un claro espejo refleja otra faz;
Mi sed de sentirme / Viviendo enlazados / Como dos gladiolos junto al manantial.

Gladiolos tan blancos / Son copos de nieve, / Son chispas de estrellas de tu cielo azul;
Las rosas bermejas / Son besos de tu alma / ¡Que en la mía dejas en silencio tú!

Tus flores me cuentan / Que lloraste mucho / Cuando las sembraban solo en tu jardín;
¡Y hoy ellas me dicen / Que al acariciarlas / Pensabas en mí!

¡Qué bellos mensajes / Me traen hoy tus flores / Cargadas de esencias, cargadas de amor!
Me dicen que siempre / Tu mundo y el mío / Vivirán unidos como una oración.

¡QUIERO SER PARA TI!...

Quiero ser para ti la esencia pura / De un jazmín que en la tarde floreció
Y el llanto de la noche silenciosa / Sus pétalos besó.

Quiero ser para ti la fuente clara / En que vengan tus labios a beber,
Cuando sientas cansancio de la vida / ¡Y te abrase la sed!

Quiero ser para ti la sombra amiga / Que amorosa te brinda el robledal,
Donde con todas las fatigas tuyas / ¡Vendrás a descansar!

Luz de luna en tus noches solitarias. / Luz de aurora en tus días de dolor...
Pecho amigo en que posas tu cabeza / ¡Y descanse tranquilo el corazón!

Quiero ser para ti canción de cuna / Que te arrulle en tu sueño sin cesar
Y que te hable al oído de una madre / ¡Que siempre te amará!

Quiero ser para ti el altar florido / Donde dejas sin ruido tu oración
Cuando en medio de todos los dolores / ¡Te refugias en Dios!

Para ti quiero ser un ala blanca / Que te ayude la senda a recorrer
Y que siembre de rosas los caminos / ¡Que hollarán tus pies!

Quiero ser para ti cuanto hay de bello / De grande y puro en la creación de Dios
Y que todas las zarzas de la vida / ¡Se claven antes en mi corazón!...

Y que al tuyo no lleguen sino luces / Irisadas de amores y de paz...
Amor postrero de la vida mía / ¡Para ti nada más!

EL HUERTO ESCONDIDO

Andando y andando / Por largos caminos / Encontré escondido mi huerto de amor.
Rosales bermejos, / Peral florecido / Cantaban a coro divina canción.

Bajaba el ocaso / De la vida mía / Y todo lloraba mi gran soledad...
¡Señor de los cielos!... / ¿Por qué me dejaste sola / Entre las dunas de ardiente arenal?

Y se abrió un celaje / De albos cortinados / Purpúreos y malva de aurora boreal
Y encontré en el huerto / Al huérfano niño / Que buscaba a tientas amor maternal.

Lloraba aquel niño / Cargado de penas / Todo él era un vaso de crudo dolor!
¡Ven!, dije, a mis brazos / Huerfanito triste / Que tengo en mi pecho un cielo de amor.

Y tímido y suave se llegó temblando / Hacia quien le hablaba de amor maternal,
Recostó en mi pecho / Su frente cansada / Y en hondos sollozos comenzó a llorar.

Su llanto eran perlas / Que yo recogía / Tejiendo con ellas un salmo de amor,
Y desde ese instante / Nuestras soledades / Unidas formaron como una oración.

Ya no estamos solos / Ya no estamos tristes / Tomadas las manos / andamos los dos.
¿Qué importa que sea / Muy largo el camino / Si va con nosotros el Amor que es Dios?

¡Que bello es el huerto / Que encontré en mi ocaso / Con rosas bermejas y un peral en flor;
Con un huerfanito / Muy triste y muy solo / Que buscaba amor!

¡Que hermoso encontrarse / Que bello es amarse / Cuando toda vida parecía huir...
De nuestro camino / Con sombras inciertas / Y heladas escarchas que no tienen fin!

¡Hoy todo ha cambiado! / Los pájaros cantan / Y el cielo más claro, más puro el azul!
¡Las brisas murmuran salmodias de fiesta / Que en el alma suenan / Con mil resonancias de oculto laúd!

Huerfanito triste / Que llorabas solo / Buscando una madre,
Mis brazos abiertos / Mi pecho anhelante / Te dicen muy quedo:
¡a tu lado estoy!

¿POR QUÉ VIVO, SEÑOR ?...

¿Por qué vivo, Señor, si no es que vivo / Por un amor como el que ayer soñé?
¡Que me llevó por un instante al cielo / Y vuelvo a descender!...

¡Descender a la tierra siempre helada, / Sin luz y sin calor!...
¡Cenizas muertas que se lleva el viento!... / ¿Por qué vivo, Señor?

¿Por qué andar y andar buscando vida / Si todo es en la vida muerto erial?
¿Y las flores efímeras se mueren / Y todo es tan fugaz?...

¡Soñé un amor vibrante como el mío / Pleno de vida, de calor y luz,
Como un desbordamiento de ternuras, / Rosas bermejas y nevado tul!

¡Pero nada en la vida es duradero, / Todo se esfuma!... ¿Oh, por qué Señor?
¿Es que debo vivir de soledades, / De anhelos nada más y de ilusión?...

¿Es que debo vivir mirando lejos / Los claveles del aire que soñé?...
¿Es que debo vivir toda una vida / Con el alma en completa desnudez?

Desnuda el alma de afecciones hondas / Que le dan un alivio en el penar.
¿Es que debo tronchar todas las flores / Y a todas las ternuras renunciar?

¿Es que no debo coronar mis sienes / Con las rosas bermejas del amor
Porque hay hilos de plata en mi cabeza / Y heridas viejas en el corazón?

¿Es que debo arrancar una por una / Todas las flores que el amor sembró?
¿Y quedarme solo con el alma escueta / Como una peña que no besa el sol?

¿Debe vivir mi corazón helado / Sin acercarse a otro nunca más?...
¡Oh, que oscura será la senda mía / Si toda claridad debo apagar!

Y cual aman las flores en el prado / Y las estrellas en el cielo azul,
Así mi alma amará sin esperanza... / ¿Es sólo así como lo quieres Tú?...

¡Oh, Señor!... ¡Soy pequeña todavía, / Busca mi alma la luz de otro mirar,
El calor de otra mano que a la mía / Se una al caminar!

¡Es tan larga la senda de la vida / Y oscuros los caminos!... ¡Oh, Señor!
¿No puedo reposar de mis cansancios / En otro corazón?...

TUS FLORES ME HABLAN...

Sin voz y sin ruido, / Sin ruido y sin voz, / ¡De ti me hablan tus rosas bermejas vibrando de amor!
En suaves susurros me dicen adiós... / El adiós de tu alma a la mía / ¡Sin ruido y sin voz!

¡Que hermoso es amarse / Que bello es sentir / Que se vive por siempre en otra alma de eterno vivir!...
¡Así dicen tus rosas bermejas / Temblando en mi mesa, / Temblando de amor!

¡Las escucho cerrando mis ojos / Para ver los tuyos / Que buscan ansiosos la amada visión!
Y la encuentras flotando en el aire con velos de gasa color de ilusión...
¡Y así yo la encuentro / Cuando muere el día y se esconde el sol!

Tus rosas bermejas / Llenan de rumores y suaves recuerdos / Mi gran soledad.
¡Yo cierro mis ojos y siento tus manos / Rozar mis cabellos con temblor de alas / Que quieren volar!...

¿Eres tú que vienes / Entre los perfumes / De tus rosas rojas que vibran de amor?
¿Eres tú que me hablas / Cuando yo las beso / Pensando en tus labios que dicen adiós?

¿Eres tú que lloras / Y tus rosas sienten / El hondo sufrir?
¿Será que ellas cantan / El poema eterno / Que nos ven vivir?

¡Ellas tienen alma /Como tú la tienes / Y la tengo yo!
¡Y ellas también sienten / La ternura intensa / De un beso de amor!

¡Oh, tus rosas!... / ¡Tus rosas bermejas / Que de ti me hablan sin ruido y sin voz!...
¡Que entre los que se aman / No existe el adiós!...

¡Entre los perfumes de tus rosas rojas / Vienes en la tarde / A mi soledad!...
¡Escucho tus pasos, /T e siento, te espero, / Cerrando los ojos te veo llegar!

Y dicen tus rosas / Que están a mi mesa / Que ansiosas se agitan queriendo cantar:
¡Qué gloria es la vida si el amor florece, / Que dulce es amarse, / Que bello es soñar!

GARDENIAS DE RASO BLANCO...

Gardenias de raso blanco / Bordadas sobre el azul
Fueron los mudos acordes / Que exhaló nuestro laúd.

-¿Cuándo?...
Por las tardes cuando triste / Y entre nubes muere el sol
Con tus ojos me decías: / ¡Más triste será el adiós!...

-¿Por qué?
Porque el sol muere en la tarde / Pero torna a refulgir
En los brazos de la aurora / Y entre púrpura y zafir.

-¿Y qué?
Que nuestra aurora ha dormido / Y tardará en despertar...
Nuestra noche será larga... / ¿Qué estrella la alumbrará?...

-¡No sé!
No sé si será un lucero / O un relámpago fugaz...
No sé si será un meteoro / O una estrella polar.

Gardenias de raso blanco / Bordadas sobre el azul
Eran las mudas preguntas / Que a mi alma le hacías tú.

Mirabas hondo..., muy hondo / Cual si quisieras leer
En el iris de mis ojos / Si era eterno este querer.

-¿Y fue?
Y fue la respuesta mía / Un diseño de rubí
Sobre el oro del ocaso / En que el sol iba a morir.

-¿Decías?
Decía con la mirada / Temblorosa de emoción
Porque es un amor de madre, / Es grande como el de Dios

Y tus ojos adquirían / Reflejos de amanecer,
Éxtasis, delirio, ensueño / ¡Y un infinito querer!...

Gardenias de raso blanco / Deshojaba el corazón
Mientras los ojos tejían / ¡Todo un poema de amor!...

TUS ROSAS SE HAN SECADO...

¡Tus rosas rojas / Yacen marchitas / Y silenciosas sobre el mantel,
Donde descansan / Mudos retratos / De los que amé!...

Muertos son ellos / Para esta vida. / Muertas tus rosas sobre mi altar...
¿Será mi alcoba un cementerio / Pleno de sombras y soledad?

Y en su perfume / Tus rosas secas / Me dan efluvios de tu querer...
Me dicen suaves / Palabras hondas / ¡Que mi alma sola sabe leer!

¡Quizá copiaron / Tu pensamiento, / Quizá trajeron la vibración,
Intensa y suave del alma tuya / Que a la distancia / Decía adiós!...

Dulces poemas / De amores santos cantan tus rosas, / Tus rosas secas /
Yacentes mudan sobre el mantel,
Donde reviven en sus retratos / ¡Todos aquellos que un día amé!

Tus flores secas siguen viviendo, / El alma de ellas no muere..., ¡no!
En sus rumores / Me dicen suaves / ¡Palabras hondas que entiendo yo!

¡A veces tienen rumor de llanto, / Rumor de besos que huyendo van...
Buscando acaso / La frente amada / La boca suave para anidar!...

¡Revive en ellas a todas horas / La luz difusa de tu mirar
Cuando en el aire / Suave y sereno / Lenguaje mudo solía hablar!

¡Que hondos recuerdos / Tus rosas secas / Van diseñando cerca de mí!...
Son cuadros vivos que me acompañan / Son remembranzas, / Son mensajeras ¡me hablan de ti!

Rumor de alitas / De mariposa. / Rumor de besos que huyendo van,
Suspiros, quejas..., ¡todo eso tienen / Tus rosas secas / Que se consumen sobre mi altar!...

DUENDECILLO RUBIO

Duendecillo rubio / Color de marfil, / Ojos verde jade, / Labios de rubí...

Te veo que corres inquieto, afanoso / Que vienes y vas
Qué secretos buscas... / ¿Qué quieres hallar?

Buscas en mis ojos / Que mansos te miran sin huir de ti;
Buscas en los hondos repliegues del alma / Perlas escondidas..., ¿qué quieres de mí?

¿Quieres que mis manos / Deshojen claveles en tu corazón?
¿Quieres que mis labios te canten poemas / Y en los tuyos viertan un suave licor?

Duendecillo rubio / Color de marfil, / Ojos verde jade, / Labios de rubí...

¿Qué buscan tus ojos en los ojos míos / Que fijos se clavan en hondo mirar?...
¿Es que te fascina, duendecillo rubio, / Mi amor maternal?...

¿Qué buscan tus manos en las manos mías, / Abiertas y lacias delante de ti?
¿Buscas la certeza de una alianza eterna / Que no ha de morir?

Todo eso lo tienes, lo sientes, lo vives / Como siente el ave su propio cantar,
Y sienten las flores el suave rocío / Que las va a besar!

¡Todo lo has oído!... ¡Ya lo sabes todo! / ¿Quieres saber más
Del alma que te ama con hondas ternuras / Y te canta salmos de amor maternal?

¿Saber por qué canto, por qué lloro o río? / ¿Y extático ensueño me sube a las cumbres de infinito azul?
¿Saber por qué vienen imágenes santas / Y puras visiones de gasas y tul?...

¿Por qué vienen ellas por unos instantes / A hablar con mis labios, llorar con mis ojos, conmigo sentir
Todas las angustias, todos los dolores, / Que en ellas se agitan con ansia febril?

¡Duendecillo rubio!... / ¡Eso ni yo misma lo sé descifrar!...
¡Pregunta a los cielos por qué se desbordan / Sobre mi existencia como un manantial!

¡Pregunta a los cielos por qué me trajeron / En las condiciones de exótica flor,
A esta turbia Tierra donde todo suena / De diverso modo que en mi interno yo!

¡Mis sueños son alas de palomas blancas / Que siempre acarician sin herir jamás!
¡Son mis ilusiones azules laguitos que besa la luna / Reflejando en ellos su luz de fanal!...

¡Baja hasta el abismo profundo y secreto de mi corazón!... / ¡Oh!..., no temas nada..., hay rosas bermejas / Y gladiolos blancos vibrando de amor.
Un cofre escondido, repleto de llanto / Y un cirio encendido:
¡Mi esperanza en Dios!

PUESTA DE SOL

¡En la puesta de sol tu pensamiento / Ya no vuela hacia aquí!...
A susurrarme las salmodias hondas / De tu alma para mí.

En la puesta de sol ya no te siento / Llegar en el run-run del colibrí,
Que acude tembloroso a mi ventana / Donde borda sus flores un jazmín.

En la puesta de sol ya no percibo / Entre el oro y rubí crepuscular
De tus ojos mirándose en los míos / ¡La tibia claridad!

Espesos nubarrones cenicientos / Esparcen sus crespones sin color
Que me esconden la estrella / Vespertina de tan suave fulgor.

Y más pronto los velos de la noche / Extienden su cendal
Que salpican de chispas los cocuyos / ¡Que vienen y se van!

Amor que mueres como muere el día / Entre velos de pálido arrebol.
¿Por qué viniste a acariciar mi frente? / ¿Por qué hiciste latir mi corazón?

Si era el ocaso de la vida mía / Y es la hora en que todo ha de morir.
¿Por qué viniste amor como un meteoro? / ¿Por qué huiste de mí?

¡Cuánto he llorado en el silencio largo / De mis días y noches de dolor!
Sin una luz que alumbre mi sendero. / ¡Sin una sola flor!...

¿A dónde van tus pensamientos dime / Que no llegan aquí?
¿Se quedan a lo largo del camino / O los retienes tú lejos de mí?...

¡Oh, pobre amor el que nació al ocaso, / Que efímero y fugaz!...
¡Yo no quiero que mueras!... ¡Ven conmigo / A vivir con mis muertos en mi altar!

LAS TRES LLAVES

I

Con tres llaves de fuerte calado / Tenía encerrado / Mi corazón.
Y una mañana que quedó abierta / La blanca puerta / Se me escapó.

Dio un breve vuelo por la pradera, / Vio a la quimera / Sembrando luz.
Mientras un ángel de alas de nieve / Pulsaba leve / Áureo laúd.

De aquella siembra tan misteriosa / Brotaban rosas / Color rubí...
¡Él tomó una!... ¡la besó luego!... / ¡Era de fuego!... / ¡Y ardiendo en llamas volviese a mí!...

II

¡Infeliz corazón!... ¿Por qué has besado / Una rosa de sangre?... ¡Corazón!...
¡Tranquilo estabas en tu cárcel de oro / Y escapaste a morir con la ilusión!

¿Qué haré contigo ahora?... ¡Estás herido, / Te envolvió la quimera en tu arrebol!
¿No miraste a la noche que llegaba / Y debías dormir, ¡oh!, corazón?...

Llamaba *ocaso* a la primera llave / Que cerraba la puerta de marfil;
¿Por qué, dime corazón incauto / La quisiste abrir?

Decepción se llamaba la segunda / Y era negra de hierro sin forjar...
¡Daba miedo tocarla!... / ¡Y no has temblado al hacerla girar!...

La tercera, de plata cincelada / Se llamaba muy dulce: ¡*soledad*!
¡Infeliz corazón! Le diste vuelta... / ¡Y tuviste por fin la libertad!...

III

¡Y hoy, herido y deshecho.., llorando / Te vienes quejando / Sin vida, ni amor!
¡Más valiera no haberte escapado, / Sino sosegado / Vivir, corazón!...

En tus quejas amargas, dolientes, / Me dices que sientes / Hundirse a tus pies,
El áureo castillo que crearon tus sueños / Cual firmes diseños / De divino Edén.

¡Y dices llorando que fue un espejismo / Forjado en ti mismo / Por bella ilusión!...
¡Vuelve!... Vuelve a tu jaula dorada / La puerta cerrada / Con triple aldabón...
No abras nunca aunque sientas llamada. / La noche es llegada / ¡Duerme corazón!...

TU RECUERDO

Tu recuerdo es igual que luz difusa / Que a distancia me envuelve en un cendal...
Es reflejo de estrella muy lejana / ¡Que el amor encendió en mi soledad!

Tu recuerdo es un salmo permanente / Que se va desgranando sobre mí
Como un collar de perlas nacaradas / Con engarces de ópalo y rubí.

Tu recuerdo es rumor de alas doradas / Que me brindan frescura matinal,
Efluvios de las flores de tu huerto / Que vienen en la luz crepuscular.

Es la cadencia de tu voz querida / Que acompaña en silencio mi oración,
Es la luz de tus ojos verde jade / ¡Y es un suspiro de tu corazón!...

Tu recuerdo revive a cada instante / Como una llama que se agranda más!
¡Ola azul coronada de alba espuma / Que vino hasta mi playa y no se va!...

Tu recuerdo es la lámpara encendida / Cuando empieza la tarde a descender.
¡Y se hacen todos los silencios hondos / Con grises brumas del anochecer!

¡Es el pájaro azul que canta siempre / En las ramas que besan mi balcón,
En las penumbras de la alcoba tibia / Y en lo hondo también del corazón!

Es tu recuerdo cual la sombra amiga / Que me sigue..., y me sigue sin parar,
Y me dice al oído: ¡Voy contigo... / Ya no puedes sentir la soledad!

¡Oh, bendito recuerdo que has llenado / El hondo abismo que la muerte abrió!
¡Oh, mis muertos queridos!... ¡Sois vosotros / Que me habéis encendido
otro arrebol!

¡Oh, bendito recuerdo!... Luz difusa / Que de nuevo me envuelve en un cendal!
¡Esplendores de estrella vespertina / Que me da con amor su claridad!

LA ROSA SECA...

La rosa roja que tú besaste / Porque era ofrenda de tu querer,
Está en mi cofre marchita y seca / Pero está viva / ¡Yo bien lo sé!...

Duermen en ella los besos tuyos / Tus pensamientos, mudos..., sin voz.
¡Cuánto aleteaba dentro del alma, / Cuanto quería / Tu corazón!...

Si de tus manos vino a las mías / Y yo en mi alcoba la acaricié
¡Qué intensa vida se escondió en ella / Que aún palpita / Lo que ayer fue!...

Y en su perfume de rosa seca / Revive cuanto le dio el amor...
Y si él es fuerte más que la muerte, / La rosa guarda cuanto dejamos en
su corola / ¡Nosotros dos!...

¡Dicha, ternura, dulce esperanza / Amor supremo y ansia febril!...
¡Cuanto palpita dentro del alma / Cayó en la rosa / Color rubí!...

¡Oh, feliz rosa la que besaron / Labios vibrantes de tanto amor,
Que estando seca dentro de un cofre, / Aún vive en ella / Tu corazón!...

¡Oh, feliz rosa que acariciaron / Tanto mis ojos pensando en ti!...
¡Una por una conté las hojas / De la corola / Color rubí!...

¡Qué de esperanzas, qué de ilusiones / Cuanta quimera de seda y tul
Flotan en torno a la rosa roja / Que aquella tarde / Me diste tú!...

¡QUÉ LARGO ES EL CAMINO!

¡Oh, qué largo es el camino / Que te separa de mí!... / ¡Mas, yo con el pensamiento / Estoy siempre junto a ti!...
Y cuando siento / Que el alma llora / Busco tu imagen y le pregunto: / ¿Piensas en mí?

¡No llores, madre, que estoy contigo! / Parece que oigo / Suave tu voz...
Y mi honda pena se desvanece / ¡Al ver que vienes / A mi clamor!...

Cuando la tarde se va esfumando / Entre celajes / De oro y rubí,
Vuela a tu lado mi pensamiento / Para buscarte / Lejos de mí.

Y en ese encuentro mudo y callado / Se unen las almas / Como una luz
Que sube y baja, que va y viene / ¡Como un meteoro / Del ancho azul!...

¡Y en ese encuentro tan silencioso / Se dan las almas / En oblación...
Ofrenda santa que las confunde / En una sola!... / ¡Ya no son dos!

¡Y el pensamiento devora leguas / Y abarca toda la inmensidad!...
¡Te va buscando visión amada / Y al fin te encuentro sobre mi altar!

¡Y caen gotas de llanto mudo / Sobre tu imagen que está ante mí!...
No llores, madre, que estoy contigo. / ¡Parece que oigo / Tu voz aquí!...

¡Mas, hay momentos que pesa tanto / La ausencia dura / Penosa y cruel!...
¿Por qué, Dios mío, por qué tan lejos / Está el amado, / Señor, por qué?...

Busco en tus cartas, busco en tus flores / Que guardo juntas / En mi joyel...
¡Y sigue y sigue la ansiosa espera / Y el llanto mudo / Vuelve a correr!

¿Por qué es a veces el amor santo / Una agonía / Y un cruel penar?...
¿Por qué en la tierra las flores blancas / No siempre juntas pueden estar?...

Y una voz honda, queda, armoniosa / Como el gorjeo de un ruiseñor,
Siento que canta: "La ausencia aviva / La llama santa de un gran amor".

¿POR QUÉ TE AMÉ?...

¡Yo te amé porque llevas en tu frente / La augusta aureola que te dio el dolor
Y a tus ojos asoma la nostalgia / De otro mundo mejor!

¡Yo te amé porque llevas en el alma / La luz divina del Eterno Ideal
Y sueñas desposarte con la gloria / De un amor inmortal!

¡Yo te amé porque llevas en el pecho / En vez de corazón
Una rosa bermeja perfumada / Con todas las bellezas del amor!

¡Yo te amé porque llevas en los hombros / Una pesada cruz,
Sin tener una madre como aquella / Que hasta verlo morir, siguió a Jesús!...

¡Yo te amé porque llevas en tus ojos / De una interna visión la claridad
Cual si en una radiante lejanía / Percibieras la realidad!

¡Yo te amé como el lirio de la tarde / Que acaricia la luz crepuscular...
Y el rocío le ofrenda por las noches / Sus gotas de cristal!

Yo te amé porque subes anhelante / La montaña en que se abre aquella flor
Que tiene la blancura de la nieve / Porque nunca a la tierra descendió...

Y te amé más que todo porque llevas / En el pecho y en vez de corazón
¡Una rosa bermeja como un cáliz / Rebosante de amor!

¡CUÉNTAME LUNA!...

¡Cuéntame luna del amado ausente / Tú que le miras desde el cielo azul!
¡Envuélvelo de paz y de bonanza. / Envuélvelo de luz!

¡Seca su llanto cuando veas que llora, / En su gran soledad, llévale amor,
Diluye en claridades su tristeza / Espántale el dolor!

¡Haz, oh, luna, con él como yo haría / Si estuviera un instante cerca de él!
¡Volveríame efluvio, arpegio, canto / Y esencia de jazmines y clavel!

¡Volveríame luz acariciante / Cual dulce rayo de tu faz lunar...
Besaría sus labios suavemente / Mientras él se entregaba a meditar!...

¡Volveríame intensa melodía / De laúdes vibrando junto al mar,
Con rumores de olas y de espuma / Que acarician la playa y que se van!...

¡Volveríame ensueño y cerraría / Sus ojos en el éxtasis feliz...
Del que siente en sí mismo la presencia / De un amor que embellece su vivir!

¡Volveríame pétalo llevado / Por la brisa que cruza en su jardín;
Besaría sus sienes, sus cabellos / Aunque luego tuviera que morir!

¡Volveríame alondra en la mañana / Y para él cantaría, nada más
Un gorjeo suavísimo y muy largo / Que le hiciera del sueño despertar!

¡Cuéntame luna del amado ausente / Si le ves sonreír o padecer.
Si me busca en sus horas solitarias / Y me siente junto a él!

MI ROSARIO

A mis amados ausentes

Rezando voy un rosario / Que no tiene Avemarías / En cada perla al correr,
Que no pide en Padrenuestros / El pan de todos los días... / El Dios bueno
ya lo sabe / Porque bien todo lo ve...

Un rosario que no pide / Para las deudas perdón, / Porque es ley pagarlas
todas / Con el oro del amor. / ¡Santo rosario del alma / Con perlas de áureo
cristal / Que van corriendo una a una / Sin detenerse jamás!...

Son pensamientos callados / Que a los labios no se asoman. / ¡Son quejas del alma herida / Que nunca se expresarán! / ¡Son lágrimas que se lloran / Bajo el manto del silencio, / Tejido de remembranzas / Y de austera soledad!...

¡Son besos de amor que huyeron / Cual pájaros fugitivos / Por la azul inmensidad! / ¡Son flores secas que viven / Entre un cofre de cristal / Y cuyos pétalos guardan / Palabras hondas, profundas, / Pero no habladas jamás!

¡Son miradas que se encuentran, / Extáticas, silenciosas, / En el ancho espacio azul, / Cual luciérnagas doradas / Que en las noches tropicales / Van flotando en los rosales / Ebrios de amor y de luz!

¡Santo rosario del alma / Que vive en el pensamiento / Como el profundo lamento / De un cautivo ruiseñor!... / Te lleva el alma escondido / En sus cámaras secretas / Perfumadas de violetas / De azucenas y jazmín, / Mientras sueña que a lo lejos / Y entre indecisos sonidos / Percibe el dulce gemido / De un invisible violín...

¡Oh, rosario del recuerdo / Suave, místico, divino / Con engarces de oro y luz!... / ¡En la mano entretejido / Sobre mi pecho anhelante / Vas viviendo a cada instante / Con tus perlas y tu cruz!...

¡GRACIAS SEÑOR!...

¡Gracias, Señor, porque en la senda mía / Hicisteis florecer
Entre un vergel de perfumados lirios / Un purpúreo clavel!...

¡Gracias, Señor, porque en la senda mía / Una estrella piadosa se encendió
Y su luz serenísima azulada / Me da su resplandor!...

Una fresca fontana en el desierto / Abristeis para mí
¡Cuando añoraba la ambrosía dulce / De todos los amores que perdí!

¡Gracias, Señor, que tu bondad me brinda / Una vívida chispa de tu Amor
Para encender de nuevo las cenizas / Que cubrieron mi viejo corazón!...

¡Tu lo sabes!... Rodeada de sepulcros / Y entre ruinas de todo cuanto amé
Contemplaba apagarse lentamente / ¡Mi triste atardecer!...

Y acercarse la noche con sus sombras / Y sus hondos silencios ¡oh, Señor!...
¡Sólo Tú que sabías mi secreto / Encendiste en mi senda tu arrebol!

Es hermosa una luz en las tinieblas / Para el viajero en su penoso andar.
Es dulzura de miel la mano amiga / ¡Que me brinda su apoyo al caminar!...

Es suavísima esencia de jazmines / Una dulce mirada sin doblez,
Que me cubre como una blanca aureola / ¡Y se esfuma otra vez!...

Suave es la luz de unas pupilas mansas / Que me envuelven en tibia claridad
Cuando me cuentan el poema santo / ¡Que en el fondo del alma vivirá!...

¡Viviré eternamente como un cirio / Que un ángel encendió sobre mi altar
¡Cuando ardía en mis labios la plegaria / Y el incienso subía en espiral!...

¡Gracias, Señor, porque en la senda mía / Hicisteis florecer,
Entre tus blancos y sedosos lirios / Un purpúreo clavel!...

EL LIRIO BLANCO

I

Se abrió un lirio en mi ventana / Con pétalos de cristal
Esmerilados de raso... / ¿Cuánto tiempo vivirá?

Lirio blanco, lirio bueno / Que descubrí al despertar
Una mañana azulada... / ¡No te mueras..., no, jamás!

¿Eres el beso de un ángel / Que desde el cielo cayó?
¿Eres un copo de espuma / Que el céfiro entretejió?

¿Eres el claustro sagrado / De una libélula azul
Que busca para sus nupcias / Altar de nácar y tul?...

Frente a la mesa en que escribo / En mi ventana se abrió
Hoy mismo al venir el día / ¡Un blanco lirio de amor!

¿Qué vienes buscando dime / En mi austera soledad?...
¿Quieres riego de agua clara / Como agua de manantial?...

¿Quieres silencios muy hondos / Hondas miradas de amor
Que a través de mi ventana / Te lleven suave calor?...

Lirio blanco, suave y mudo / No me sabes tú decir
¿Si sientes lo que yo siento / Cuando me acerco hasta ti?

¿Por qué has nacido en la tierra / Si toda ella es lodazal?...
¿No ves que vientos de fuego / Tu corola abrasarán?...

Y un susurro quedo y suave / Dijo sin ruido ni voz:
¡Vine buscando las almas / Que son capaces de amar!

Amar como aman las flores / Que su perfume te dan.
¡Felices de lo que sientan / Sin pedirte nada más!

¡Lirio blanco!... ¡No eres mudo / Como hasta ahora creí!...
¡También la Idea Divina / Como en todo, vive en ti!

Un celestial Peregrino / Hijo de Dios me enseñó
En un día muy lejano / ¡A amar como ama la flor!

Desde entonces vivo en sueños, / Buscando siempre ese amor
Que encuentro en ti, lirio blanco / ¡Abierto hoy en mi balcón!

¡No te vayas!... ¡No te mueras!... / ¡No te deshojes jamás...,
Yo te quiero tal como eres, / Con tus hojas de cristal!...

Con tus frágiles bellezas, / Con tus blancuras de ideal...
¡Lirio blanco en mi ventana / Es presagio celestial!

II

El lirio blanco de mi ventana / Guarda un secreto que yo le di,
Y aunque esté seco su blanco cáliz / Allí el secreto se irá a morir...

Y el lirio ha muerto cual todo muere / En esta vida de transición...
Mueren los seres, mueren las rosas / Y también muere..., ¡muere el amor!

Aves de paso, las almas grandes / Que son capaces de amor sin fin,
Se van volando por otras vegas, / ¡Que ellas no pueden vivir aquí!

Y el lirio blanco de mi ventana / Cual todo muere, también murió...
Y su recuerdo vive en mi mente / Como la imagen de un casto amor.

Pasó en mi vida como un suspiro, / Como el reflejo de un luminar,
Entre las sombras de este camino / Largo y pesado que debo andar.

Mi lirio blanco de terciopelo... / ¡Cuanta ternura mi alma te dio!...
¡Porque en tu cáliz prendida estaba / La viva imagen de un santo amor!...

LAS VISIONES DEL POETA

I

Brilla en su frente luminoso rayo / Y en sus ojos chispea
Un destello del genio soberano / Que animaba su alma de poeta.

Arrullaron las tórtolas su infancia / Y su cuna mecieron
De Saint Point las musicales auras / Y sus céfiros blandos y ligeros.

Bebió en la flor del aire los aromas / Que su numen derrama,
Y las líricas ondas del Saona / Remedó con tiernísimas baladas.

La Poesía imprimió sobre su frente / Un beso mudo y largo...
Las Musas lo envolvieron con laureles / Y en su arpa de oro deshojaron nardos.

II

Bajo el sol claro del Mediodía / Donde es el cielo límpido azul,
Entre las auras tibias de Italia / Vio su primera visión de luz.

Como un suspiro dulce, aromoso, / De entre azucenas la vio surgir.
Junto a él flotaba como una estrella / Y en su salterio cantaba así:

Yo soy Graciela / La flor de fuego / Que hasta ti llego / Con mi cantar.
Guardo tesoros / En mi alma inquieta... / ¡Oye poeta!... / ¿Sabes amar?...

Le dio a mi frente, / Diana un destello, / Nápoles bello / Su cielo azul.
Me dio la aurora / De sus celajes / Rubios ropajes / De oro y tul.

Llevo en mi alma / Tanta ternura, / Mi fe tan pura, / Mi albo candor.
Que el que se acerca / A mi alma inquieta... / ¡Oye, poeta! / ¡Muere de amor!...

III

Y bajo el cielo del Mediodía / Bañado siempre de claridad
Supo el poeta lo que era la dicha, / Lo que era angustia, lo que era amar.

Bajo el sol claro del Mediodía, / Donde es el cielo límpido azul,
De entre azucenas surgió Graciela... / ¡Fue su primera visión de luz!

Y fugitiva como un destello / De astro que pasa, cruzó ante él,
Cubriendo luego densas tinieblas... / ¿A dónde lleva su errante pié?

Bajo las naves del templo augusto / Sólo poblado de oscuridad,
Prosterna el vate su alma doliente / Bajo el eterno supremo fíat.

Y como el mártir de la Idumea / Levanta al cielo doliente voz:
¡Señor!... Son tuyos mundos y seres / Y cuanto existe bajo del sol.

El viento es tuyo Señor, lo mandas / Que arranque el árbol ya secular
Y a mi me mandas que arranque flores / Que cautivaba con tanto afán.

Tuya es la vida que en mí se agita, / Tuyas las rosas de mi ilusión...
Lo que era tuyo vuelve a tu seno / ¡Y a mí me queda solo el dolor!...

IV

Llegó la juventud como la aurora / Deshojando a torrentes sus fulgores.
Del poeta, la ardiente fantasía / Soñaba con alcázares de flores,
Con querubes de blonda cabellera, / Mares de luz y oleajes de armonía...

¡Oh, genial soñador..., cuanta quimera / Tan efímera y bella has perseguido! / ¿Flores buscabas entre helada nieve / Y estrellas en un cielo ensombrecido?

V

¡Estupendo misterio!... Lleva el hombre / Dentro de sí, inconmensurable anhelo / De algo grande y hermoso como el cielo, / De un hondo abismo que no tiene nombre!...

Quiere lo bello y la realidad adora, / Busca la luz y en las tinieblas se hunde. / Al que ansiaba lo grande, amor le infunde / Hasta una flor..., y si la pierde ¡llora!...

Como el águila altiva alza su vuelo / A la cumbre en que el vértigo se siente. / Luego se arrastra, frágil, inconsciente / Como una larva en pantanoso suelo.

Surcar audaz el infinito quiere, / Su afán de libertad el mundo llena. / Y un átomo de polvo lo encadena / Y una mirada lo aprisiona o hiere.

La inconstancia lo irrita / Lo fugaz y lo mudable lo atormenta. / Y es él como los vientos..., inestable / ¡Y el que va con afán tras la quimera!

Busca la dicha y al dolor se abraza, / Para el cielo nació y ama la tierra. / Goza la paz, pero en continua guerra, / Sin piedad, al hermano despedaza.

¡Estupendo misterio!¡Lleva el hombre / De obras y anhelos tan revuelto mundo, / Tan oscuro y extraño, tan profundo / Como un abismo que no tiene nombre!

VI

Forjado en esa arcilla estaba el vate / De fantástico ideal enamorado... -¡Audaz mariposilla!... Di ¿y tus alas? / -¡En la luz que busqué se han abrasado!

De las cumbres grandiosas de Saboya / Donde vagaba con incierto paso, / Bajó envuelta en los velos de ocaso / Su celeste visión, su blanca Julia.

Rayo de luz serena, desprendido / Como un aliento / Del piadoso seno de Dios, que enternecido / Por aquella ansiedad, honda, secreta

¡A la Tierra la manda como lágrima / De luz sobre la frente del poeta!... / ¡Luz pálida de luna / Que esclarece a la noche!

¡En sus cendales engarza Lamartine, / Cual miríadas de estrellas, sus ideales! / ¡La brisa se detuvo a acariciarla, / Bésala con amor la luz del día!

¡Los pinares del Cenit le cantaban / Si bajo de su sombra se escondía! / Alfombra daban a su paso incierto / Narcisos y violetas; / ¡Y su lira y sus sueños y sus cantos / Extasiado de amor, le dio el poeta!

VII

Y al verlo llegar, le dijo: / No te acerques, ¡oh, poeta! / ¡Que impalpable como el aura / Sólo soy una visión!
Vivo en las flores del aire / Rendidas en la montaña. / Vivo en la luz de la aurora / Y en tu ardiente corazón.

Vivo en los rizos plateados / Que desenvuelve la luna / Donde se mece mi cuna / Como un oleaje de tul.
Intangible como el éter, / Como la esencia en las flores. / No te acerques ¡oh, poeta, / Que soy tu visión de luz!...

VIII

Y luego al cielo se remonta y sube / Como esencia en el éter se evapora,
Como estrella se oculta en una nube. / ¡Mientras el vate arrodillado llora!...

Y en medio de aquella serranía abrupta / Donde vagaba solitario, errante,
Comprendió por qué sufren los que sufren, / Por qué gime el espíritu anhelante.

¡Comprendió la amargura / Que al alma deja la ilusión tronchada
Cuando angustiado y solo / Buscaba su visión amada!

Comprendió la nostalgia / De aquel que siente el corazón vacío,
Cuando sintió que su ilusión quedaba / ¡Ya convertida en un cadáver frío!...

Y otra vez el poeta desolado / Ante el gran fíat su corazón prosterna.
¡Levanta al cielo su cansada frente / Levanta al cielo su plegaria tierna!

IX

¡Señor..., son tuyos mundos y seres / Y cuanto existe bajo del sol!...
¡Tuya la hermosa quimera blanca / Que perseguía mi corazón!

¡El viento es tuyo, Señor, lo mandas / Que arranque el árbol ya secular
Y a mi me mandas que arranque el lirio / Que perfumaba mi soledad!

¡Tuya es la vida que en mi se agita, / Tuyos los lirios de mi ilusión...
Lo que era tuyo vuelve a tu seno / Y a mí me queda solo el dolor!

Es una queja, Señor, que brota / De la honda herida que en mi alma abrió,
La cruel partida de la que amaba / Sin que me diera su último adiós.

¡Es un manojo de siemprevivas / Que en su sepulcro vengo a dejar
Mientras que su alma vuela en el éter / Como un celaje de eternidad!...

X

Y el dolor infinito que enlutaba / Su alma de poeta,
Se infiltra en cada verso, en cada nota / Que al oído le dicta musa inquieta.

El mundo para él es un vacío, / Y el canto de las aves un lamento.
Ve el llanto de la noche en el rocío, / Gemidos de dolor oye en el viento...

Si una flor se desprende / De la rama que ayer le daba vida, / Adivina su alma dolorida / Una angustia secreta...

¡Que añorar inefables ideales / Y sentir el dolor de cuanto existe, / Es el afán del que nació poeta! / Ruiseñor de las márgenes del Sena

Cuyas ondas sonantes y armoniosas / Cuando las bate el viento, / Te dictaron tal vez, las tempestuosas / Odas de fuego que exhaló tu lira.

¡Donde vibró genial tu pensamiento! / La brisa que suspira / Al besar la violeta de los prados, / Dio a tu numen ternura;

¡Y al sentir tus suavísimas salmodias / Sueña el alma con fuentes que murmuran, / Con caricias de luz que hace a las flores /El sol desde el ocaso!...

Y volando el espíritu hechizado / Por el mundo ideal de tus amores, / Se siente grande como tú... / ¡Se siente sumergido en las vívidas auroras / Del blanco cielo que forjó tu mente!

¡Oh, poeta genial!... Cantor sublime, / Doliente soñador, vate inspirado / En visiones de nácar y de nieve, / En ensueños de nardos perfumados.

Explosiones de luz, lluvia de lirios, / Derrama ¡Oh, bardo! tu cantar sonoro / Y Apolo al escucharte ha deshojado / Un laurel inmortal en tu arpa de oro.

Premiada con medalla de oro en el Certamen Literario organizado en la ciudad de Córdoba por el Club de Residentes Extranjeros.

Diciembre de 1912

¡OLVIDA..., CORAZÓN!

Recordando a Emelina

¿Por qué no olvidas corazón doliente? / ¿Por qué te empeñas en sufrir así? ¿Por qué llevas en ti tantos recuerdos / Grabados a buril?

Si fueron tan profundos los amores / Que absorbieron tu vida..., corazón. ¿No es hora de que acalles tus sollozos / Y te duermas en Dios?...

Era una noche de radiante luna / Cuando en el viejo solariego hogar, Un ángel blanco desplegó sus alas / ¡Y fue a la inmensidad!

¡Veintidós de septiembre! Blanca luna / Rodando sobre un campo de zafir, Parecía esperar la media noche / En que ibas a partir.

¡Emelina! Emelina bien amada / Tú fuiste la primera en emigrar
De este valle de llanto y de dolores / ¡En busca del ideal!

¡Feliz de ti criatura idolatrada, / Blanca flor del hogar en que surgió,
La vida tuya como un rayo leve / De luz que se esfumó!

Cinco años de sonrisas y de amores, / De flotar como un ángel junto a mí
Compartiendo las tiernas alegrías / De nuestro hogar feliz...

Hermanita adorada, si en tu cielo / El dolor de la tierra puedes ver,
Hoy verás el llorar de tus hermanas / Por nuestra madre que también se fue...

Se fue Rafael y nuestro padre, / Y de todo el hogar, quedamos tres:
La alegre Celia en el Carmelo austero, / Esther y yo en el mundo, ¡ya lo ves!

¿Por qué no olvidas corazón doliente? / ¿Por qué te empeñas en sufrir así?
¿Por qué guardas en ti tantos recuerdos / Cual si fueras un cofre de rubí?...

Tú sabes, Emelina, cuanta pena / En nuestros padres tu partir causó.
¡Eras la última hija!... Inesperada, / Fuiste para ellos como un don de Dios.

Fuiste el astro radiante de su ocaso, / Visión de amor, de dulcedumbre y paz;
Fue un pasaje de estrellas que aparece / ¡Y hacia el otro mundo va!

¡Niña mía! Paréceme estar viendo / Tus bucles negros y tu blanca tez,
Donde brillan tus hermosos ojos / ¡Con luz de atardecer!

¡Esos tus ojos de mirar tan hondo, / Extraño, acaso, en tu infantil edad!
¡Eran ojos que amaban y pensaban / Como llenos de interna claridad!

En mi cofre sagrado de recuerdos / Guardo un rizo, que muerta, te corté.
¡Un rizo tuyo!... ¡Lo único que resta / De tu vida que fue!

¡Si no fuera por él yo pensaría / Que tu vida era un sueño que pasó
Como un astro benéfico en mi cielo / Y tan solo el recuerdo me quedó!

Pero veo tu rizo entre mis manos / Y él me vuelve a la triste realidad...
¡Emelina!... Emelina, vas llevando / Una a una las flores de este hogar.

¡Y paréceme verte que en los cielos / Nuestro hogar reconstruyes junto a ti!...
¡Te amamos tanto!... ¡Nos amasteis tanto / Y el amor que es de Dios, no tiene fin!

Septiembre 22 de 1943

LA CANCIÓN DEL SUICIDA

Dictada por C.E.L. para Esther

I

Quiero ser el cantar de las alondras / En el hosco desierto de tu vida. / Rayo de luna en la quietud dormida / De la fuente en que nadie va a beber. Quiero ser la frescura del oasis / Para tu alma, viajera fatigada... / ¡Que es muy larga y penosa la jornada / Sin esperanza, sin amor ni fe!

Sombra inmensa y pesada fue la sombra / En que me hundió la falsedad humana, / Mas, la luz de una estrella muy lejana / Mi senda interrumpida, iluminó.
Me negaste el amor sobre la tierra, / Y mi ilusión se transformó en locura... / ¡Oh, que noche de vértigo!... ¡Que oscura / Fue aquella noche en que mi amor murió!

Algún día sabrás la triste historia / Que comenzó en la sepultura mía... / ¡Largos años de sombra y agonía, / Sin esperanza, sin amor, sin fe!... ¡Saber que estaba muerto y verme vivo / Con el mismo dolor que antes sintiera / Por ese amor que se esfumó en quimera / Sin que yo lo pudiera detener!...

Pero hoy vuelve mi lámpara encendida / Al esparcir claridad en mi camino. / Anda, anda mi triste peregrino, / Me dijo el Cristo al encender mi luz Yo caí de rodillas a sus plantas / Y le dije: Señor..., es que soy muerto. / Tú dormías -me dijo- y te despierto / Para que vueles por el amplio azul.

Yo no quiero vivir en tu recuerdo / Como el grito perenne del martirio. / Quiero ser para ti la luz de un cirio / Que jamás se consuma en el altar.
¡Mujer que yo amé un día!... ¡Sólo quiero / La oración de tu amor tan puro y santo, / Que resuene en mi alma como un canto / De fe radiante, de esperanza y paz!

Si como ave viajera del espacio / Me poso en tus jardines silenciosos / Buscando los salmos más piadosos / Que me puede ofrecer tu corazón... ¡El amor de este lado del sepulcro / Tiene dejos de mística plegaria / Y perfumes de flor de pasionaria / Entre velos rasgados de ilusión!

II

Dime, mujer de mi ilusión primera, / ¿Por qué vive tu mente / atormentada? / ¿En qué abismo se pierde tu mirada / Que no esté lleno con la luz de Dios? Si una chispa de amor en tu alma guardas / Para quién por amor buscó la muerte, / Dame la dicha de que pueda verte / Tan feliz como mi alma te soñó...

Comprendo como mía la amargura / De verte siempre incomprendida y sola, / Como en el mar la solitaria ola / Que a una playa desierta va a morir... Pero, hoy vuelvo a tu lado a consolarte / Y a sembrar de jazmines tú sendero. / ¡Encendiendo de nuevo aquel lucero / Que una hora me hiciera tan feliz!

Dime que me oyes cuando te hablo quedo / Para decirte con mi voz sin ruido, / Que el morir no es ausencia ni es olvido / Para quien amó como yo te amé. Al amor verdadero no lo extingue / Ni el tiempo, ni la ausencia, ni la muerte. / Me hundí en la sepultura por quererte / ¡Y queriéndote siempre, desperté!...

¿No me sientes, Esther, cuando a ti llego / Como un suspiro de las tardes suaves, / Rumor de aves de ligeras aves / Que llegan a cantar a tu jardín?... Y en rayo de luz de alguna estrella / Que desde lejos tus pupilas besas. / ¿No has encontrado la febril terneza / Del que te dio su amor hasta morir?

Hay un Dios en los cielos infinitos / Es sólo amor su inextinguible vida / Y si soy una chispa desprendida / De la hoguera infinita de ese amor, ¿Cómo habrás de pensar que no perdona / Un error inconsciente a su criatura, / Gota de sangre en la insondable anchura / De su inmenso y eterno corazón?

Cuarenta años estuve prisionero / De mi negro dolor desesperante... / ¿Qué cerrojos no rompe el alma amante / Por volver a la ansiada libertad?... ¡Si una chispa de amor en tu alma guardas / Para el cautivo que a tu lado torna, / Como la Esposa del Cantar adorna / Tu frente con capullos de azahar!...

Quiero rosas de paz para tu frente, / Dulce mujer de mi ilusión primera, / Hoy es la realidad, no la quimera / Velada entre penumbras como ayer. La vida de este lado del sepulcro / Es eterno poema de verdades / Donde encuentran las almas realidades / Que antes vieron veladas por la fe.

Cuanto canta el amor dentro del alma, / La materia sólo es polvo y cenizas, / Los más viles deseos hechos trizas / Se desmenuzan en un mar de luz. ¿Qué importa que mi cuerpo en el sepulcro / Sea un puñado de ceniza fría?... / ¿No sabes ¡oh, Esther!, que el alma mía / Es la que te ama porque me amas tú?

No me digas que soy un imposible, / No pienses, por piedad, que te ama un muerto. / Soy arpegio de amor en el concierto / De las almas amantes del Ideal ¡Soy el rayo de luz que te acaricia / Cuando tiende la luna sus cendales / Y en las plácidas noches estivales / La sigues en la vasta inmensidad!

Yo vivo como viven las estrellas / Viajeras de sus rutas eternales, / Como viven de luz los rosedales / De la aurora, teñidos de arrebol. ¡Y vivo de esperanza!... ¡Yo te espero / En esta clara inextinguible vida, / Donde un día vendrás, mujer querida, / A vivir en la luz y en el amor!...

No pienses en los años que pasaron / Cual si fueran barrera a mi cariño, / Lo mismo ama el anciano que ama el niño / Que un grande amor no reconoce edad.
Es flor divina que bajó del cielo, / Es loto blanco en la tranquila aguada... / ¡No lo arrojes de ti, mujer amada, / Porque vino de Dios y es inmortal!...

Para mí eres la misma de otra hora, / Y conservo tu imagen en mi mente, / Es el amor maravilloso lente / Que anula al tiempo con su viva luz,
Tú lo mismo conservas el recuerdo / De aquellos veinte pensativos años / Que viví presintiendo el desengaño / Que me cargó con su tremenda cruz,

Aquel Dios bueno de la infancia santa / Nos abre a ambos horizonte nuevo. / La imagen tuya que en mi mente llevo / Me acompaña en mi marcha hacia el ideal...
Quiero ser para ti la luz del alba / Que te anuncia el llegar de un nuevo día / Porque quiso el amor que fueras mía / ¡No nos podremos olvidar jamás!

Carlos
Septiembre 10 de 1948

LOS LIRIOS VOLVIERON

A mi nietito Carlos Manuel

Otro año ha pasado / Y los lirios blancos / Florecen de nuevo bajo mi balcón.
¿Por qué éstos han vuelto / Y se abren lozanos?... / ¿Por qué no florecen los del corazón?

Los lirios que mueren / En el alma humana / Nunca más resurgen a la luz del sol.
Son fósiles yertos / De oculto museo, / ¡Son eco lejano de un canto de amor!

¡Volvieron los lirios / Del año pasado / A avivar cenizas en el corazón.
Y el recuerdo mago / Tiñe sus pinceles / Y pinta en el éter con luz de arrebol!

¡Otro año ha pasado / Y él pesa en el alma / Como una gran loza que en ella cayó!...
¡El tiempo que pasa / Arrastrando todo / Jamás nos devuelve lo que él se llevó!

Son buenos los lirios / Que de nuevo extienden / Sus blancas alitas bajo mi balcón.
Son dulces amigos / ¡Que mudos comparten / Lo que añoro y pienso, lo que siento yo!

Parecen decirme / En leves susurros / ¿No ríes ni cantas al mirarnos hoy?
¿No encuentras hermosa / La nívea corola / Que se abre radiante con la luz del sol?

¡Oh, lirios queridos / Que tembláis de nuevo / Como mariposas bajo mi balcón!...
¡Esta vez no canto, / Esta vez no río / Porque tengo penas en el corazón!

¡Os miro en silencio / Y en silencio pienso / Que el tiempo pasado todo se llevó!...
Risas y alegrías / Y entre ramas secas / ¡El nido vacío, deshecho quedó!...

Octubre 11 de 1953

EL NIDO DESHECHO

De la luna los rizos plateados / Me habían formado / Mi nido de amor,
¡Y los vendavales de la vida ingrata / Que ríe y que mata / Me lo destrozó!

En suaves glicinas lo había prendido / Y estaba tejido / Con flores de azahar,
Con heno de Pravia, con plumas de seda / Y entre rosales / ¡Mi nido brillaba con luces de altar!

Todos los gorjeos, todos los cantares / De aves a millares / Se hacían sentir,
En los abanicos de lacias palmeras / Y entre enredaderas / De fragante y tierno jazmín del país.

Los amores santos desgranaban rimas / Desde la alta cima / De aquel monte azul,
Hasta donde el alma se había subido / A colgar su nido / ¡Con cintas de raso, con lazos de tul!

¿Qué viento maligno destrozó el encanto / De mi templo santo / De amor y de fe?...
¿Qué aquilón siniestro apagó los cirios / Y en lentos martirios / De sombras y duelo por siempre quedé?

¡La vida es mudable!... Y es hondo misterio, / ¡Ya es un cementerio / O es un rosedal!...
¡Ora resplandece como antorcha de oro / O se torna en lloro, / Triste funeral!

¡La vida es mudable! tan pronto nos ríe, / Los cielos deslíen / Tintas de rubí...
¡Y luego se cubren de nubes oscuras / Y el alma en honduras / Se siente sumir!

A veces es llano sembrado de flores / Bañado en fulgores / De un radiante sol...
¡O es un abismo de sorda tormenta / Que en tragedia lenta / ¡Todo se llevó!...

¡Señor de los cielos!... ¡Tú solo sereno, / Tú solo Inmutable, el Único Bueno, / El que siempre fue!...
¡El que nunca cambia, el que nunca muere / El que siempre quiere / Porque todo es Él!

¡Señor de los cielos que me diste un nido / ¡De amores, tejido / Con luz de arrebol!...
Y hoy que fue deshecho por vientos helados, / Así destrozado / ¡Te lo doy, Señor!...

Octubre 11 de 1953

FLOR DE LA LUNA

I

Flor de la luna, pálida y bella / Que tímida huyes la luz del sol.
Tu cáliz se abre como una estrella / Cuando en la sombra todo durmió.

Flor de la luna, dulce y medrosa / Que hasta un murmullo te hace temblar
Tiemblas si sientes la mariposa / Que en torno tuyo viene a danzar.

Sobre tu cáliz llora el rocío, / Su llanto bebes llena de amor.
Te da la noche su beso frío / Te dan los astros tibio fulgor.

Buscas silencio y amas la sombra / Porque te encanta la soledad.
Nadie te mira, nadie te nombra / ¡Porque escondida tú siempre estás!

Son las estrellas tus confidentes / Y el manso arroyo te ve al pasar,
Sólo la luna besa tu frente, / ¡Sólo en la noche sabes amar!

Es tu corola copa de nieve / Donde algún genio baja a beber
En un suspiro trémulo y breve / De tus efluvios la dulce miel.

Y el genio teje de cien murmullos / Tiernas cadencias para la flor
Que abre en silencio nuevos capullos / Y se da en prenda de aquel amor.

Tienes un alma tan pudorosa / Que huyendo vives la luz del sol,
Que si le vieras, acaso en rosa / Se tornaría tu albo color.

Y como un copo de blanca espuma / La mansa aguada te ve temblar
Como una estrella que entre la bruma / Derrama a gotas su claridad.

II

¿Eres hermana de las estrellas / Que tejen redes de plata y luz?...
¿Por qué viniste por esta huella / Dejando lejos tu cielo azul?

Y en tu lenguaje sin resonancia / Y entre susurros dices así:
También tú estabas en otra estancia / De luz y amores, y estás aquí.

¿Quién te ha mandado, quién te ha traído / Cautiva Psiquis a este turbión?
¡Oh, flor bendita!... ¡Hemos venido / Tú y yo corriendo tras del amor!

¿No lo recuerdas?... ¡Tú y yo vinimos / Desde Venus..., Amor ideal!...
Y hoy preguntamos, ¿cuándo salimos / De este desierto y hosco arenal?

Entre esta arena dejó su huella / El que nos trajo de un vuelo aquí.
¡Fue su pasaje como una estrella / Que hasta su cielo volvió a subir!

Cuando agotemos en este suelo / Tanta amargura, tanto llorar,
El que nos trajo en un audaz vuelo / ¡Hasta su cielo nos llevará!

¡Flor de la luna!..., tan solitaria / ¿Nunca has sabido de un gran amor?
¿Tienes tristeza de cineraria... / Será que a muerto tu trovador?

¡Flor de la luna!... La noche sola / Sabe tu vida de oscuridad...
Ebria de ensueño, tu alba corola / Muerta en silencio, se quedará.

Noviembre de 1938

SOL DE LA TARDE

Duerme la tarde opalina / El sol muriéndose va
Todas las alondras huyen / Al refugio del sauzal.

Y huye también de la vida / Solitario el corazón...
¡Se refugia en los recuerdos / De cuanto en la vida amó!

Como alondras fugitivas / Pasan huyendo ante mí
¡Las breves horas felices / Que pasé cerca de ti!

Y pregunto a los celajes / De la luz crepuscular
Que me envuelve como un manto / ¿Esas horas volverán?

Lentamente va muriendo / La luz del atardecer,
Como si un mago invisible / La quisiera destejer.

Es hora en que el pensamiento / Teje guirnaldas de amor
Y los recuerdos profundos / Toman formas de visión.

Sumida el alma entre mares / De luces multicolor
¡Pregunta a todas las cosas / Si será eterno este amor!...

Cinerarias

Ofrenda

¡Padre!... ¡Madre!... ¡Esposo!... ¡Hermanos!... ¡Luz y calor del Templo augusto del hogar, surgido del Amor Eterno y destinado a Él!...
¡Rosal bendito de la familia que no destruyen los huracanes de la vida, ni el tiempo marchita, ni la muerte agosta, aunque sus ramas se quiebren unas después de otras al empuje formidable de la Ley inexorable!
¡Ánfora sagrada de la familia llena de suave elixir, vaciada hoy una gota, mañana otra... y otra más en el río caudaloso del tiempo que las disuelve en sus olas de cristal y la lleva lejos y silenciosamente!...
¡Porque el amor es más fuerte que la muerte, porque lo que el amor ha unido, nadie ni nada puede separar, y florecen rosas hasta en los sepulcros como dulce ofrenda de ternura a los que partieron al más allá luminoso!...
¡Rosas que se abren en las almas, plenas de esperanza y de fe, de los que aún bregamos en las sombras y vivimos de su amor y su recuerdo!

Josefa Rosalía Luque Álvarez

Noviembre 12 de 1942

MI ESTRELLA FIEL

A la querida memoria de mi madre

¡Ya no estás en la tierra como sombra / De vieja encina protectora y fiel!...
¿Adónde madre llevaré mis ansias, / Bajo que sombras yo descansaré?

Ya no estás en la tierra como lumbre / Que llenaba de vida nuestro hogar,
Y en dulzuras tornabas las fatigas, / Y las penas en místico cantar.

Ya no estás en la tierra como vaso / Del agua clara que apagó mi sed...
Si eras fuente de paz y de consuelo / ¿Adónde madre acudiré a beber?...

¡Madreselva de amor, todo envolvías / En las suaves guedejas del perdón...
¡Madre buena!..., ¡la bondad de tu alma / Era un reflejo del amor de Dios!

La vida te brindó sus amarguras / Y la muerte te hirió en el corazón,
Y tu fe de cristiana halló el secreto / De sembrar flores hasta en el dolor.

¡Ya no estás en la tierra!... ¡Te ha llevado / El Padre de las almas que es Amor
A flotar como luz de la alborada / En un eterno amanecer de sol!

Eres tú la que veo en mis auroras / Como una blanquísima de luz
Reflejada en el iris de mis ojos / Cansados de buscarte... ¡Eres tú!

Al dormirse las tardes tan serenas / Eres tú la que llegas hasta mí,
Como el suave perfume de las flores / Cuando estoy acordándome de ti.

¡El Amor es más fuerte que la muerte... / Nadie separa lo que Dios unió...
El por eso que siento a todas horas / El suavísimo beso de tu amor!.

¡Madre buena!... Yo sé que estás conmigo / Cuando mi alma te busca con afán
Y siento que te llegas a mi lado / Con toda la dulzura de tu paz.

Sé que vives feliz en ese cielo / Concedido a los que aman como tú
A los que pasan deshojando flores / De ternura, de paz y de virtud.

Nadie puede cubrir el gran vacío / Que has dejado al partir en el hogar,
Que llenaste de amor como se llena / Una copa hasta hacerla rebozar.

Te encuentro en todo lo que fue escenario / De tu vida serena de mujer,
Iluminada por la luz radiante / De tu inquebrantable Fe.

En la quieta penumbra de este huerto / Donde paseabas al atardecer,
Espigando en las flores y los frutos / Como una mariposa en un vergel.

En la mesa hogareña donde veo / Vacío tu lugar,
A través de mi llanto se diseña / La imagen tuya en el partir del pan.

¡Que dulce es verte madre, así grande, / En mi propia retina como un sol
Que mirando de cerca mucho tiempo, / Se sigue viendo siempre el resplandor!

Así te veo madre en cuanta cosa / Tocó tu mano o pisó tu pié;
El reloj que marcó tus horas / ¡Y la última también!...

Los libros que leías horas y horas / Sin cansarte jamás,
Cual si fueran el agua milagrosa / De un claro manantial.

Los manuscritos que durante años / Copiaste con paciencia sin igual,
Cooperando a la obra redentora / Que es un libro que dice la verdad.

Y te encuentro en el místico silencio / Del tranquilo recinto de oración,
Entre suaves efluvios del incienso / Donde elevaste el pensamiento a Dios.

Parece que el amor grabara a fuego, / Madre, tu imagen para siempre aquí
¡Y no puedo esta vida ya vivirla / Si no es pensando en ti!

Tu recuerdo ha quedado en todas partes / Como un suave perfume de clavel...
¡Madre!..., te veo hasta en el vaso de agua / Cuando quiero beber!

¡Madre mía, me parece un sueño / Del cual no me quisiera despertar!...
¡Es sólo un sueño la partida tuya!... / ¡Tú conmigo por siempre quedarás!...

¡El Amor es más fuerte que la muerte! / ¡Nadie separa lo que Dios unió!
¡Por eso estas conmigo para siempre / Como oculta en mi propio corazón!

Y aquí en mi corazón siento que vives / Y que me haces querer tal como tú...
¡Y sigo amando lo que tú amabas / Y sigo viendo tu amorosa luz!

Serena estrella de la senda mía, / Piadosa estrella de mi cielo azul;
¡Ni la muerte es capaz de arrebatarme / La dulce compañía que eres tú!...

Porque Dios es Amor estás conmigo / Cuando mi alma te llama con afán;
¡Porque Dios es Amor sigues vertiendo / Sobre mí, tu ternura maternal!...

¡Madre amada!... Me parece un sueño / Del que no me quisiera despertar...
¡Es sólo un sueño la partida tuya!... / ¡Tú conmigo siempre vivirás!...

Diciembre 8 de 1942

TREINTA DÍAS DE AMOR

A mi madre

¡Treinta días de Amor en ese Reino / Del Padre celestial,
Que el Divino Maestro nos pintara / Con sus vivos esbozos de oriental!...

¡Treinta días de Amor, madre adorada / Tras ese inmenso azul,
En el cual te os vi entrar, como se entra / A un áureo templo de infinita luz!

¿Eres feliz?... ¡Oh, mucho!... Yo lo siento, / Aún en medio de gran dolor
Por no verte a mi lado a todas horas / Como un sereno resplandor de sol.

Mi fe cristiana que en raudales claros / De ti misma bebí,
Me canta con su música divina / ¡Que un milagro de Amor te trae aquí!

Con los ojos abiertos se perciben / Las cosas de la vida material,
Mas, los ojos del alma te descubren / Como un ángel de amor y de piedad.

Ángel que flota en el azul sereno / Cuando brilla la luna en el cenit.
Y yo inclino mi frente a esos reflejos... / ¡Son tus manos que quieren bendecir!

Tu amor te acerca, madre, hacia los hijos / Que te dio el Amor,
¡Y hemos quedado en el oscuro valle / Esperando el llamado del Señor!...

Y el llanto a veces nos delata, madre, / Ante ti que te sientes tan feliz...
Y paréceme oír tu voz serena / Que nos repite: ¡No lloréis por mi!

Y entonces el Amor hace el milagro / De acuerdo con la Fe
¡Y te vemos al lado como un rayo / De luz de amanecer!

Estos ojos de carne sólo miran / Un sepulcro florido y una cruz...
Mas los ojos del alma van muy lejos... / ¡Van más allá del infinito azul!

Y escalando las cimas luminosas / Que deslumbran de blanca claridad,
Van percibiendo la Ciudad Divina / Que es vida de verdad.

Son muchas las moradas de la / Casa del Padre Celestial,
Nos decía el Maestro de Maestros / Durante su existencia terrenal.

Y los ojos del alma te perciben / Entre las almas que enlazó el Amor
¡Flor de luz de la corona inmensa / Formada por los justos del Señor!

Y tú nos miras con ternura inmensa / Cuando sientes la fuerte vibración
Del amor de los hijos que has dejado / Esperando el llamado de tu voz.

¡Y el amor que es más fuerte que la muerte / Y salva abismos!... ¡Que el amor es Dios!
¡Hace el milagro de la unión eterna / De la madre a los hijos que ella amó!

¡Oh, milagro de Amor, madre adorada / Que en un vuelo te traen hasta aquí,
Como un rayo blanquísimo y sereno / De la luna que brilla en el cenit!

¡Oh, milagros de Amor que hacen posible / Que a tu cielo te llegue nuestro amor,
Y que sea verdad la gran palabra: / ¡Nadie separa lo que Dios unió!

Si el llanto a veces nos delata, madre, / Ante ti que te sientes tan feliz,
Las almas de tus hijos oyen siempre / Que les repite: ¡No lloréis por mí!

Diciembre 12 de 1942.

MI DULCE ESCLAVITUD

A mi madre

Si yo era, madre, tu amante esclava / Que te servía con tierno afán...
Si era tu sombra que te seguía / ¿Por qué me diste la libertad?...

Si esa cadena era de flores / Y eran mi vida y eran mi amor,
¿Por qué rompiste, madre querida, / Las ataduras de mi prisión?...

Si era tan dulce verme cautiva de mis cuidados, madre, por ti... / ¿Por qué de pronto me has desatado para dejarme tan libre así?...
¡Si era mi gloria servirte siempre / Y era dulzura mi esclavitud!...

Qué hiciste madre, cuando volaste / Hacia los huertos del Dios Amor!
Dejando libre por los desiertos / A la cautiva, ¡que eso era yo!...

Desorientados mis pasos andan / En mi camino donde no estás;
¡Me veo al centro de un remolino / Que triste es madre mi libertad!...

Si era mi gozo sentirme atada / A tus deseos, a tu querer...
Y hoy con tristeza, madre me veo / Como una barca sin timonel.

Nadie me llama, nadie me pide / ¡Cuál cada instante llamabas tú!...
Lloro pensando que estás distante... / ¡Madre!..., ¡yo quiero mi esclavitud!...

Y entonces corro por consolarme / A cortar flores para tu dulce imagen adornar...
¡Hija, no llore! / Tú me repites: ¡No llores más!

¡Tú eres la amada, la dulce carga / Que hacía suave, madre, el vivir!...
¡Y eras de cierto como la llave / Que me guardaba dentro de ti!...

Y ahora libre, vago en silencio / Como una sombra por el jardín.
¡Todo a mi paso, madre, te nombra / Cual si estuvieras dentro de mí!

Si a veces miro como se arrullan / Blancas palomas junto al nidal
Luego a mis ojos el llanto asoma... / ¡Que en este nido tú ya no estás!...

Si al oratorio, madre, me acojo / Buscando calma de mi inquietud,
¡Allí te busca también el alma / Que allí en tu sitio me faltas tú!

Si en la fastuosa ciudad camino / Por donde el oro se ve brillar,
Bajo mis velos de luto lloro, / ¡Que nada de eso quiero mirar!...

¡Que hermoso y suave mi cautiverio, / Que dulce vida de esclavitud!...
¡Y esa cadena, madre querida, / Que era mi gloria la has roto tú!...

Y hoy me asemejo a una avecilla / Que en rejas de oro siempre vivió...
¡Madre!..., soy libre, por eso lloro, / Que mi áurea reja ya se rompió.

¡Si era tan dulce verme cautiva / Junto a tu lecho o a tu sillón!...
¡Y hoy, ya me siento dentro del pecho / Que soy esclava de un gran amor!

Amor de madre que nunca muere / Porque es reflejo del Dios amor...
¡Yo era tu esclava, tú eras espejo / Donde yo hallaba la Luz de Dios!...

Diciembre 24 de 1942

EL ROSAL DE MI ESPERANZA

A mi madre

Como la esposa de los Cantares / Yo tengo un huerto pleno de sol
Donde gorjean las golondrinas / Y los rosales están en flor.

Rosales míos que me acompañan / Rosales blancos de dulce paz...
Rosales rojos de amor vehemente / ¿Cuál será de ellos que viven más?

Hay uno, humilde más que los otros / Siempre florido de rosas-té,
¡Suaves al tacto!..., son terciopelo, / ¡Dulce el beso!..., ¡que son de miel!

La luna vierte sobre sus rosas / Chispas de plata y azul turquí...
¡Y yo presiento que son los besos / Que yo recibo, madre, de ti!

Dulce esperanza que nunca muere / Simbolizada por mi rosal.
Ese que nunca pierde las hojas / Porque es reflejo de lo inmortal.

Rosal oculto del alma mía / Que con ternura regabas tú
Y hoy que no vives en esta tierra, / Madre, le anima con tu virtud.

Antes vivía con el anhelo / De verte, madre, siempre feliz
Aunque azotaran las tempestades / Y las escarchas nuestro jardín.

Y cuando ausente tú de mi huerto / ¿Por qué, di, madre, vive el rosal?
¿Por qué no ha muerto junto contigo?... / Y tú me dices... ¡Es Inmortal!

Rosal oculto de mi esperanza / Que ayer vivía, madre, por ti
¡Y ahora vive de tu recuerdo / Que tú has dejado tan hondo en mí!

Rosal divino de mi esperanza / Que hoy se alimenta de eternidad,
¡Y aunque cerrado, de tristes ruinas / El rosal mío florece más!...

Yo ya no espero verte en la tierra / Siempre serena, siempre feliz...
¡Mas, la esperanza me abre un sendero / Que me conduce, madre, hasta ti!

Y mi hondo anhelo siempre interroga, / Madre querida, ¿cuándo será?...
Y tú, sonriente desde tu cielo / Me has respondido: ¡Espera más!

¡Rosal oculto de mis esperanzas / Igual que este otro de rosas-té,
Suaves al tacto, dulces al beso / Te veo siempre reverdecer!

¡Rosal piadoso de mi esperanza / Que hoy sólo vives de eternidad
Y que cercado de tristes ruinas / Pensando en Ella floreces más!

Tu amor, oh, madre, me ha dado vida / Una vez antes..., muchas después,
Y hoy esta vida de la esperanza / Que aún entre el llanto ves florecer.

Que yo a tu muerte, morir quería / Pues que vivía sólo por ti,
Mas la esperanza de ir a tu lado, / Madre, me manda vivir aquí.

Rosal oculto de mi esperanza / Que en tu lenguaje mudo de flor,
Me hablas de eternas transformaciones / En otros mundos de luz y calor.

¡Y entre paisajes de estrellas de oro / Que van corriendo su eternidad,
Nuestros amados ven deslizarse / Radiantes días de amor y paz!

Ni un vaso de agua -nos dijo el Cristo- / Que a un pequeñuelo le des por Mí,
Ha de quedarse sin recompensa / Que mis tesoros no tienen fin.

Todo esto me hablas en tu lenguaje / Rosal querido de rosas-té...
Y la esperanza diseña cuadros / Que son visiones de amor y fe.

Si nuestros muertos fueron en vida / Ánforas llenas de caridad,
Que desbordaban sobre los tristes / Que no tenían techo y ni pan...

Pienso que en ellos se habrá cumplido / La gran promesa del Hombre-Dios;
Que sus palabras nunca se mudan / Lo dijo un día su augusta voz.

Y en un desfile radiante y mudo, / Madre querida, veo pasar,
Como alas blancas tus obras todas / Siempre inspiradas por tu piedad.

Y sueño que oigo la voz del Cristo / Dulce y sonora como un clarín:
¡De cierto os digo que cuanto hicisteis / A los pequeños fue para Mí...!

Alma de madre tierna y sencilla / Como son suaves las rosas-té,
Del rosalito de mi esperanza / Que me habla siempre de amor y fe.

Pétalos dulces, suaves y tiernos / Que se deshojan sin padecer...
¡Abejas de oro se van volando / Las lleva el viento de atardecer!...

Así tu vida se esfumó, madre, / Como las rosas de mi rosal...
Y en un suspiro salió volando / Hacia horizontes de amor y paz.

Rosal divino de mi esperanza / Que ayer vivía madre por ti
¡Y hoy se alimenta de tu recuerdo / Que tú has dejado tan hondo en mí!

Enero 12 de 1943

¡CUÉNTAME MADRE!...

Cuéntame madre de la vida nueva / Que vives hoy en el espacio azul
Entre el cielo y la tierra suspendida / Como un celaje de la eterna Luz.

Yo sé que piensas en los que has dejado / Y percibes la intensa vibración
De la elegía que solloza el alma / Entre gotas de llanto y oración...

Yo sé que bebes en la Eterna Fuente / Que reboza ternuras y piedad
Y que ruegas con voz queda y amante: / ¡Haz Señor, que les pueda consolar!

Madre que ora por los hijos tristes, / Madre que bebes del Divino Amor
Para verterlo en las dolientes almas / Cual flores de esperanza y bendición.

Días largos de años y de siglos, / Panoramas del mundo sideral
Todo desfila ante tu vista, madre, / ¡Que tienes ante ti la eternidad!

Mas, antes vives de tu amor de madre, / No puedes en tu afán sino decir:
¡Consuélalos, Señor!..., !los amo tanto / Que me entristece su llorar por mí!

Yo sé que sabes de las penas hondas / Que tu ausencia dejó en mi corazón,
Pues que flotas y vives a mi lado / Como un sereno resplandor de sol.

Sigue madre contándome tu vida / De dulzura y de paz en el Señor
Dime... ¿qué ves en los divinos huertos / Que reserva a sus hijos, Dios-Amor?

¿Ves que en las flores diminutas, tiernas, / Igual que en astros de radiante luz
Resplandece el poder y la grandeza / Del que tiene la eterna Plenitud?

¿Ves que todo obedece al Plan Divino / De armonía y de amor universal?
¿Y que todas las almas somos chispas / De la eterna y excelsa Majestad?...

¿No es verdad que comprendes claramente / Que en cada chispa resplandece Dios?
¿Y que todas avanzan a reunirse / En el piélago inmenso de su amor?

¿No es verdad que comprendes el secreto / De todas las piedades de Jesús,
Que por amor renunció a Sí mismo / En la heroica locura de la Cruz?

¡Madre, que hoy sabe los misterios hondos / Que se encierran en cada corazón!
¡Lee en el mío!..., y sabrás la causa / De tanto amor que te profeso yo!

En ti encontré la mansedumbre suave / Siempre inclinada a conceder perdón,
Cual si hubieras bebido de los labios / Que dijeron: ¡Perdónalos, Señor!

¡Vanidad de vanidades..., madre buena, / Son los juicios humanos, ya lo ves!...
¡Apedrean a Esteban inocente / Y era un malvado su implacable juez!

¡Comprendes a Simón el fariseo / Que condena a María en su interior,
Mientras le grita su conciencia airada / Que muchas almas arrastró al dolor!

Comprendes la ceguera de los hombres, / Su inaudita inconsciencia...,
y mucho más.
¡Que erigen monumentos de ceniza / Y no perciben la Inmortal Verdad!

¡Comprendes a tus hijos, uno a uno, / Los que están a tu lado y los de aquí,
Y a la luz celestial que te ilumina, / Sólo sabes amar y bendecir!

Comprendes al amante compañero / Que durante años esperó
Tú llegada a los huertos florecido / Bajo brumas dorada de arrebol.

¡Cuadros sublimes de un amor radiante / Iluminado de Esperanza y fe!...
¡Cubriéndote de rosas, Emelina, / Cubriéndote de besos, Rafael!...

Y unidos al sentir el pensamiento, / De los que hemos quedado en la prisión,
Deshojáis en sus almas sollozantes / ¡Todas las flores del Amor de Dios!

Y entonces nos amáis como Dios ama, / Con amor que es piedad y bendición,
Con amor que es tiernísima tutela / Y es consuelo al doliente corazón.

Y es entonces que al triste cautiverio / Nos llegan rayos de serena luz,
Cual si estrellas benéficas bajaran / Hacia nosotros desde el ancho azul.

¡Oh, amados ausentes que llegasteis, / A esa vida que es vida de verdad,
Libres ya de ilusiones y de engaños, / Libres ya de la escoria terrenal!...

¿No es verdad que comprendéis ahora / Las profundas piedades de Jesús,
Que acallando los más hondos afectos / Se entregó a los oprobios de la Cruz?

¿No es verdad que comprendéis la gloria / De amar por solo amar, sin interés,
Sin esperar compensación terrena, / Sin soñar con aplausos ni laurel?

¿No es verdad que vais viendo los secretos / Que en sí guarda la vasta inmensidad
Y que el alma como átomo se torna / Al vislumbrar la eterna Majestad?

¿Miráis cómo la Luz Increada vibra / Y escribe con su dedo de zafiro
En Moradas que guardan Querubines, / Todas las vidas del principio al fin?

Ni un pensamiento se escapó a su alcance / Ni una frase quedó sin escuchar,
Obras buenas y malas, todas fueron / Grabadas en su esfera de cristal.

Llegaréis a esos pórticos... / Es breve el tiempo transcurrido aún.
¡Oh, ausentes amados!... ¡Casi os veo / Penetrando al Santuario de la Luz!...

Es allí donde nada queda oculto, / Es allí donde todo se ha de ver;
¡Que en los valles opacos de la tierra / Sólo vivimos de Esperanza y Fe!

Cuando riela la luna en el espacio / Y bordan las estrellas el cenit,
Se va mi pensamiento hacia vosotros / Y ansiosa, madre, te pregunto a ti:

¿Has visto la cadena misteriosa / Que une las almas del ayer y de hoy?...
¡Forjada de diamantes y rubíes, / No la rompen ni los siglos ni el dolor!...

¡Y pasan las edades como polvo / Que se lleva rugiendo el huracán...
Se destruyen ciudades, razas, pueblos, / Y se hunden continentes en el mar!...

¡Mas las almas prosiguen su carrera / A través de infinita Eternidad!...
Es hermoso saber, ¡oh, madre mía! / Que este amor que nos une es inmortal.

¡Inmortal como el Dios que lo encendiera, / Inextinguible cual su Eterna Luz...!
¡Nadie separa lo que Dios ha unido / Dijo un día el dulcísimo Jesús!...

Inefable consuelo hablar contigo / Al través, madre, del espacio azul,
¡Sintiendo en cada vibración del éter / La armonía del mundo en que estás tú!

Inefable consuelo el de encontrarte / Viviendo del amor y entre la Luz,
¡Atándonos con lazos de Esperanza, / Coronada de eterna juventud!

¡Se esfuma el alma como débil soplo / En esa viva inmensidad que es Dios!...
¡Tú le adoras en medio de tu dicha, / Yo le adoro sumida en el dolor!...

Madre!..., el cielo se nubla y las estrellas / Me han encendido su radiante luz...
¡Es hora de acallar la confidencia / Y tornar a la vida, que es mi cruz!

¡LLÉVAME CONTIGO!...

Plegaria a mi madre

Llévame madre a descansar contigo / En los huertos serenos de tu paz,
Donde sonríen los que aquí lloraron... / Los que el Cristo ha querido consolar.

Son bienaventurados los que lloran / Su palabra en el monte resonó...
Tú sabes, madre, que he llorado mucho / Y espero en la promesa del Señor.

Déjame que repose mi cabeza / En tus rodillas cual lo hiciera ayer,
¡Ese ayer tan lejano de la infancia / Que ya no ha de volver!...

Déjame, madre, que a tu lado vaya / Como un ave que escapa a su prisión
Y posada en un árbol de tu huerto / Te cante mis tristezas y mi amor.

Yo sé que ves la soledad que sufro / Yo sé que sabes mi llorar por ti...
¡Tuve una madre que me amaba mucho, / Me digo siempre! ¡Y no la tengo aquí!

Y con las brisas que cantando pasan / A mi lado en el tibio anochecer,
¡Te mando mis caricias y mis besos / Empapados de llanto!..., ¡tú lo ves!

Yo sé que vives de la eterna vida / Que toda alma inmortal ha de vivir...
Y quisiera vivir la dicha tuya / Y acallar la congoja y el sufrir.

Sólo tu puedes comprenderme, madre, / En este inconsolable padecer...
Que te busca y te llama a todas horas / Y no se cansa de decirte: ¡ven!

Yo sé que ves mis pensamientos todos / Porque en todos estas vibrando tú,
Cual blanca estrella en la doliente senda / Que recorro abrazada con mi cruz.

Fuiste luz para mí sobre la tierra, / Fuiste rosal blanco en mi jardín...
Y suavísimo arrullo en mis tristezas... / ¡Y un retazo de cielo junto a mí!

¡Llévame, madre, a descansar contigo / En la morada que te dio el Señor!
¡Es hondo el padecer y hondo el vacío / Que tu ausencia dejó en mi corazón!

¡Hija! ¡No es hora todavía!, dices / Con tu voz de dulzura y paz,
¡Como un susurro que la brisa deja / En las noches serenas al pasar!

No estoy ausente de tu lado, sigue / Tu voz amante en lo interior de mí,
Mi pensamiento que responde al tuyo / Como una exhalación me atrae a ti.

Y mi llanto se seca en las pupilas / Cuando así escucho tu amorosa voz,
Y toda la congoja de mi pecho / Se transforma en suavísima oración.

Milagros de tu amor, madre querida, / Que surgen de tu huerto, todo luz,
Y vacías en mí los arreboles / Que resplandecen en tu cielo azul.

Muchos nombres te doy en los silencios / A que el alma se da pensando en ti;
Te llamo paz, serenidad, dulzura, / Suavidad de azucena y de jazmín.

Ven conmigo luciérnaga dorada / Que salpicas de luz la oscuridad...
Tú me recuerdas a la madre buena / Que mi venda llenó de claridad.

Golondrina que surcas el espacio / Y te pierdes allá en la inmensidad;
Tú me recuerdas a la madre amada / Que en un vuelo se fue a la eternidad.

Mariposa sutil que vas y vienes / Cual un soplo de luz y de color,
Sin zumbidos, sin quejas y sin cantos / Tal como era Ella en su callado amor.

Reguero de agua refrescante y suave / Que corres por los surcos del Jardín...
¡Así era su palabra sobre el alma / Cansada de sufrir!

Flores todas, suavísimas y bellas / Que acarician mis ojos con afán,
Cuando os dejo en su blanca sepultura / Que hagáis guardia de amor en mi lugar.

¿No es verdad que habéis todas aprendido / Lo que yo digo cuando estoy allí?...
¡Aquí reposa su materia inerte... / Pero su alma inmortal no vive aquí!

Rumores de los vientos en la noche, / Ecos perdidos en la inmensidad
Es verdad que sabéis decir su nombre / ¿O es que en todo lo encuentra mi ansiedad?

Yo supe siempre que te amaba mucho / Y que amándote a ti, amaba a Dios...
¡En tu amor, madre, se encerraba un mundo / De esperanza, de fe y de bendición!

¡Llévame, madre, a descansar contigo / En tu morada del inmenso azul!...
¡Estoy cansada!... ¡Y el camino es largo / Y penoso de andarlo con mi cruz!

Déjame, madre, que a tu lado vuele / Como un ave que rompe su prisión,
Y en los rosales de tu alegre huerto / Cantemos juntos al Eterno amor.

Febrero 12 de 1943

¡ÓYEME, MADRE!...

¡Todo llora en tu ausencia, madre mía, / Todo llora por ti!...
¿O será que ese llanto está en mi pecho / Y desborda de mí?...

Es una ola infinita de tristeza / Que viene y se va,
Como llega callada la marea / Que no se hace esperar.

¡Es tristeza de amor!..., es agonía / Amarga y lenta sin poder morir!
¡Es falta de mirarme en tus pupilas / Que siempre parecían sonreír!

Es falta de escuchar tu voz amada / Que siempre hablaba para consolar
Como el hada benéfica que guarda / La lámpara de amor en el hogar.

Es falta de tu sombra protectora / Como una irradiación de Dios-Amor.
Es falta, madre, de la luz tan suave / Que tú irradiabas a mi corazón.

Paréceme que soy un navegante / Que busca en vano por la inmensidad
El resplandor de la lejana estrella / Que su ruta certera marcará.

¡Oh!, ¡qué don más divino y más excelso / Es de la madre el sin igual amor,
Que se olvida de todo y de sí misma / Para darse en tiernísima oblación!

El Supremo Hacedor me dio la vida / Forjada en el materno corazón...
Y al faltarme tu vida, madre buena, / ¡Ansiedades de muerte siento yo!...

Llega la tarde y opalinos velos / El crepúsculo teje en el azul
Donde aparece la primera estrella / Como un beso de luz.

Y veloz el pensamiento vuela / Buscando madre tu inefable amor
¿Con qué otra cosa soñaré despierta / Que más me acerque a la Bondad de Dios?

Este huerto sumido en el silencio / Y en las penumbras del atardecer
Me despierta tan vivo tu recuerdo / Que me ilusiono de volverte a ver.

El viejo sauce de sedosas ramas / Recorta su silueta en el azul,
En él buscan las aves su refugio / Cuando se extingue la postrera luz.

Como a las aves el callado sauce / Era paz y quietud en derredor...
¿En qué nidal descansará sus ansias / Este huérfano y triste corazón?...

Vente conmigo en las calladas horas / Que paso solitaria en el jardín
Viendo abrirse tan tiernas las plantitas / ¡Que luego serán flores para ti!...

Cuán poderoso es el amor, ¡oh, madre, / Que no se aquieta su ansiedad jamás!...
Cuanto más da de sí a sus amados / Mucho más quiere dar.

Yo bien sé que en tu cielo estas colmada / De cuanto es dicha, alegría y paz...
Mas, mi vida terrestre sólo es cielo / Cuando libre te puedo recordar.

Y mirarte a través del pensamiento / Tal cual toda tu vida yo te vi,
Consagrada al amor de los que amabas / Hasta la hora suprema de morir.

Y era tu amor tan silencioso y suave / Cual bruma de oro del atardecer,
Difundido en internas radiaciones / Que sólo Dios y tú podían ver.

Déjame oír tu vocecita amada / Que hablaba siempre para acariciar,
Como el hada benéfica que siembra / Azucenas de paz en el hogar.

¡Déjame reflejarme en tus pupilas / Que siempre parecían sonreír!...
¡Qué tristeza de amor, que honda agonía / Es ésta, madre..., sin poder morir!

Marzo 12 de 1943

SOLEDAD...

A mi madre

¡Soledad en los cielos!... Densas nieblas / Envuelven en ceniza el ancho azul...
¡Tan solo ahora lo percibe el alma / Porque antes todo lo aclarabas tú!...

Soledad entre tanta muchedumbre / Que el viento de la vida hace correr,
Como hojas arrastradas en otoño / Que por sí no se pueden detener.

Seres y hojas se asemejan mucho / En que corren y corren siempre más.
Las unas arrastradas por el viento, / Empujados los otros por su afán.

Son los vientos de fuego del deseo / Que a las almas arrastran mil a mil,
Por senderos oscuros y tortuosos / Donde no es fácil el poder salir...

Golondrinas errantes, buscan siempre / La riente primavera tropical...
¡Así olvidan los seres el nidillo / Que en la borrasca les brindó la paz!

Son como olas inquietas, inestables / Que en busca de otra orilla siempre van,
Soñando que la brisa de otras playas / Más dulce y suave les será quizá.

Sólo me queda tu recuerdo, madre, / Como faro alumbrándome en el mar...
¡Este mar de la vida en que navego / Perdida en una inmensa soledad!

Hay soledad en el santuario augusto / Del dulce hogar en que reinabas tú.
¡Soledad en mi vida que a tu lado / Era un ánfora plena de quietud!

Sólo tú fuiste roca inconmovible / A los embates del airado mar,
¡Este mar de la vida en que navego / Con rumbo a la insondable Eternidad!

Sólo tú fuiste cual la fuerte encina / Que entre las rocas su raíz prendió.
¡Palpitando al unísono del mío, / Junto a mí se durmió tu corazón!

Y de tus labios el postrer suspiro / Junto a mis labios le sentí pasar...
Desde entonces, ¡oh, madre!... ¡he comprendido / Lo que es la soledad!

Antes nada buscaba en torno mío / Que no lo hallase de inmediato en ti,
Luz y sombra, fortaleza y calma / Todo eso eras, ¡oh, madre, para mí!

Más me dice mi fe que no estás lejos / Y me lo dice mi anhelante amor.
Que el amor es más fuerte que la muerte. / ¡Es Ley suprema!... ¡Que el amor es Dios!

Abril 12 de 1943

SEIS MESES...

A mi madre

Seis meses que no me veo / Reflejada en tus pupilas,
¡Que eran tan suaves y mansas / Como una fuente tranquila!

Seis meses que yo no escucho / Tu dulce voz madre buena,
Que era como una caricia / Entre el rigor de mis penas.

Seis meses que no me alumbra / Esa apacible luz tuya,
Irradiada en tus palabras / Como una suave aleluya.

¡Madre!..., que hermosa tu vida / Blanco reguero de amores,
Como si hubiera pasado / Una hada sembrando flores.

Te veo en mi pensamiento / Como un cáliz de dulzura,
En medio de tantas sombras / De pavorosa negrura.

Ningún odio te alcanzaba / Ninguna maldad te hería,
Tal como si fueras un ángel / Que en una cumbre vivía...

Los humanos egoísmos / A tus pies se deslizaban,
Sin lastimarte cual sierpes / Que tu bondad subyugaba.

Seis meses de orfandad, madre, / ¡Que tristes son y penosos!...
Como un rosario de gotas / De mi llanto doloroso.

¡Es cierto que el alma mía / Vuela a veces a la altura,
Para unirse a ti en abrazos / De indefinible ternura!

Es cierto que tu recuerdo / Me acompaña permanente,
Como una lámpara de oro / Que alumbra constantemente...

Es verdad que en torno mío / Todas las cosas te nombran,
Cual si en todas estuvieras / Flotando como una sombra.

Tus ropas que yo conservo / Como reliquias amadas,
Van desgranando recuerdos / Como flores deshojadas...

Al sutil velo de nieve / Que cubrió tu rostro muerto,
Le beso cuando me duermo / Le beso cuando despierto.

La blonda color de oro / Cortinado de tu lecho
Que recibió tantos años / Los suspiros de tu pecho...

Sueño con verte sonriendo / Tras la amplitud de sus pliegues,
Que luego desengañada / Dejo que mi llanto riegue...

El rizo de tus cabellos / Que guardo en mi relicario
Y en la cruz que tú besabas / Enlazado tu rosario.

Los retratos de los tuyos, / Íntimos seres amados,
Que circundaban tu lecho / Cual corte de amor sagrado...

¡Oh, madre, cómo te siento / En cada inquieto latido,
De este corazón doliente / Que está mortalmente herido!...

Muchas cosas he perdido / En el correr de la vida,
Pero estando tú a mi lado / Nada era, madre querida.

Todas las grandezas juntas, / Todas las glorias soñadas,
Con un amor como el tuyo / No pueden ser comparadas.

¡Qué grande es Dios, madre buena, / Que enciende dentro del alma,
Estrellas de amores santos / Como una infinita calma!

De amores que no se apagan / Aunque los azote el viento,
Cual si el dolor les sirviera / De continuado alimento.

La inconstancia en los amores / Es de la humana criatura;
Amor que Dios ha encendido / No muere en la sepultura.

¿Qué son seis meses pasados / En quererte, madre mía,
Sino una tierna elegía / A tu memoria cantada?

Amor que Dios ha encendido / Es inextinguible cirio,
Que si entre lágrimas vive / Es como un dulce martirio.

¡Madre!... ¡No pido otra gloria / Al Eterno Rey de amores
Que morir como se mueren / En tu sepulcro mis flores!...

Mayo 12 de 1943

¡DAME TU PAZ!...

Plegarias a mi madre

I

¡Madrecita santa, madrecita buena / Que en amor diluyes
Mi profunda pena!...

¡Dame te lo ruego..., dame la paz tuya / Que tenía arpegios
De suave aleluya!...

¡Paz de rosas blancas, paz de madreselva, / Haz, madre, que a mi alma
Para siempre vuelva!

Desde que te fuiste yo tiemblo de frío, / Me asusta la hondura
De este dolor mío...

A tientas te busco por miedo a las sombras, / ¡Que se hacen más densas
Porque no me nombras!...

Si tú eres el hada de la vida mía / Y tu paz llenaba
Mi alma de armonías;

¿Ves, madre, cuan mudo se quedó mi huerto / Que todo en tu ausencia
Me parece muerto?...

Yo escucho que dices con tu pensamiento: / "Te dejo en el alma
La paz que yo siento".

Y yo la recibo como lluvia mansa / De santo consuelo,
De santa esperanza.

Y en luz se transforma la neblina helada / Que envuelve a toda alma
Que está desterrada...

¡La Patria está lejos!... ¡Qué larga jornada / Para andarla sola
Sin ti, madre amada!...

¡Dame la paz tuya... tu paz de azucena / Suave y delicada
Como tu alma buena!...

Si el llanto me inunda como oleada mansa, / ¡Dame, madre amada,
Tu santa esperanza!...

¿De qué efluvio dulce, de qué esencia pura / Estaba formada
Tu suave dulzura?...

¡Tu paz era elixir en que se diluía / Toda la amargura
De la vida mía!

¡En todos tus libros encontré señales / De cuanto formaba
Tus santos ideales!...

Tu Kempis, borroso en la hoja aquella / Que la frase irradia
Fulgores de estrella:

"En la Cruz se encuentra la salud del alma, / La paz, la dulzura
De infinita calma.

En la Cruz se oculta la virtud excelsa / Que en ella termina
Y en ella comienza.

Sigue a Jesucristo con la Cruz cargado / Que es el real camino
Que Él nos ha marcado".

II

¡En todas tus cosas encontré señales / De lo que eran, madre,
Tus puros ideales!...

Cartas de los hijos cargadas de amores / Que eran en tus sienes
Coronadas de flores.

Cartas del esposo compartiendo penas / ¡Que triste vaciaba
Sobre tu alma buena!...

¡Oh, madre!... ¡Qué senda nos marcó tu huella / En las que has dejado
Resplandor de estrellas!...

Porque te conozco, porque te comprendo / Es que a todas horas
Yo te voy diciendo:

¡Dame te lo ruego..., dame la paz tuya / Que tenía arpegios
De suave aleluya!...

¡Tú eres, madre, el hada de la vida mía / Y tu paz, mi salmo
De eterna armonía!

Junio 12 de 1943

¿DÓNDE ESTÁS?...

A mi madre

¿Dónde estás que no te veo / ¿Dónde estás que no te siento?
Y tú responde bajito: / "Estoy en tu pensamiento".

Estoy sentada en el huerto / Mirando pasar las nubes
Pienso que en alguna de ellas / Hasta el cielo te subes.

En medio de los afanes / Que me absorben todo el día,
En nuestra alcoba tan tibia / Se calma la angustia mía.

La alcoba en que muchos años / Tu dulce sueño he velado
Como viva lamparilla / Que ningún viento ha apagado.

Y más que en ninguna parte / En esta alcoba te siento
Y hasta parece que oigo / Llamarme a cada momento.

Y cuando en esta penumbra / Vengo a esconder mi tristeza,
Siento, madre, la caricia / De tu inefable terneza.

Todo vibra en esta alcoba / Como si tuviera vida...
¡Y todo en ella esperase / Tu vuelta, madre querida!

Aquí no pregunto nunca: / ¿Dónde estás que no te siento?
¡Pues tan claro comprendo / Que estás en mi pensamiento!

El mundo de mis recuerdos, / El mundo de mis dolores,
Todo vive en esta alcoba / Que es un vivero de flores...

Flores de lazo como sueños, / Flores vivas, flores muertas,
Todo aquí se consumía / Detrás de esta austera puerta.

Junto a tu sillón callaban / Mis dolientes ansiedades,
Que como gotas de sangre / Diluíanse en tus piedades.

¿Quién se atrevía a quejarse / Ante ti de alguna pena?
El Señor padeció tantas / Y no se quejaba apenas.

Contestabas de inmediato / Como alma bien convencida,
De que estaba en la paciencia / El mérito de una vida.

Morían junto a tu lecho / Todas las tristezas mías,
Cuando en las largas veladas / Algún libro te leía.

Y como estábamos juntas, / Los más hermosos pasajes
Asombrándome la clara / Lucidez de tus mirajes.

¡Oh, mundo de mis recuerdos!... / ¡Oh, mundo de mis dolores
Que vivís en esta alcoba / Como un vivero de flores!...

Aquí he velado su sueño, / Aquí la amé con delirio,
Aquí la he visto apagarse / Suavemente como un cirio.

¡Tanto vives aquí, madre, / Que aún me parece verte!...
¡Aquí hemos orado juntas / Y aquí te besó la muerte!

Por eso aquí me pregunto / ¿Dónde estás que no te siento?
Pues tan claro te veo / Viviendo en mi pensamiento.

Julio 12 de 1943

¡NUNCA PENSÉ!...

A mi madre

Nunca pensé que alguna vez vería / Tu nombre escrito en la urna sepulcral
Porque mi pobre corazón soñaba / Que una madre tan buena es inmortal.

¡Y lo eres de verdad!... Que nunca muere / El que vive la vida del amor,
Que se prolonga indefinidamente / En los seres queridos que él amó.

Y lo eres de verdad!... Que nunca muere / La chispa viva que de Dios surgió,
Como una imagen, semejanza suya, / Como un reflejo de su Eterno Amor.

Cuando al pié de tu blanca sepultura / Con frecuencia me inclino a meditar,
Nunca pensé -me digo- que leería / ¡Tu nombre amado en la urna sepulcral!

¡Y allí lo veo!... Y me parece un sueño / Que muy lento va entrando al corazón:
¡No es posible!... ¡Yo sueño!..., ¡es mentira!... / Va diciendo un sollozo
en mi interior.

Y en lágrimas se torna ese gemido / Y mi frente se inclina a la oración:
¡Que en tus Cielos, Señor, ella no olvide / A estos hijos que le dio tu amor!...

Tú me la diste cual un don precioso, / Para mi senda como clara luz
Que ilumina mi marcha silenciosa / Hacia la cumbre donde esta la Cruz.

¡Era tuya, Señor!... Tú me la diste / Cual dulce beso de piedad y amor,
Y si la has recogido en tu regazo / ¿Qué podrá reclamarte el corazón?

¡Era tuya, Señor!... Tú me la hiciste / Como un ánfora llena de piedad,
Fuente serena de tranquilas aguas / Huerto inundado de frescura y paz.

Eras dueño de dármela y llevarla / Eras dueño de amarla más que yo;
Y aunque lloro por Ella, no me quejo / De que Tú la has llevado... ¡Oh, Señor!

¡Era tuya mi madre!..., ¡era tuya / Y yo nunca quise pensar
Que de cierto una vez la llevarías / Dejándome en tan honda soledad!

¡Era tuya, Señor!... Tú me la diste / Cual beso tuyo de piedad y amor
Y si la has recogido en tu regazo / ¿Qué podrá reclamarte el corazón?...

Nunca pensé, ¡oh, madre bienamada, / Que vería tu losa sepulcral
Y que sobre ella sembraría flores / Como sobre las gradas de un altar!

Ese altar del recuerdo en que deshojo / Cuanto hay de bello en mi alma para ti:
Amor, veneración, memoria eterna... / ¡Flores todas que nunca han de morir!

Agosto 12 de 1943

¡DE LA ETERNIDAD!

A veces olvido a aquellos que olvidan / Porque todo en ellos / Debe ser quietud.
Mas yo, madre mía, aún no he aprendido / A olvidar lo que amo... / ¡Ya lo sabes tú!...

Yo siempre esperando que se abran de nuevo / Las blancas corolas / Del rosal en flor...
Y en esas corolas los amores todos / Que en el alma viven / Como una visión.

Igual que se aduermen los ecos perdidos / En las anchurosas / Playas de la mar.
Y luego despiertan más hondos... profundos, / Así es en el alma / ¡Que sólo ha vivido de amar y de amar!

Los cielos, la tierra -nos dijo el Mesías- / Por Ley inmutable / Se transformarán...
Sólo mi palabra que es Verdad Eterna / Jamás, en los siglos, / Jamás pasará.

Y aquella palabra fue dándome fuego / Que vino a la tierra / Su fuego a encender...
Sólo habla de amores el Cristo divino / ¡Y canto de amores / Su existencia fue!...

Promete su Reino tan solo a los que aman, / A los sembradores / De dulce piedad...
El Amor tan solo salvará a los hombres, / Nos recuerda siempre / Su voz musical.

Por eso te veo, mi madre querida, / Radiante en un cielo / De claro esplendor.
Porque fue tu vida cáliz de piedades / ¡De inmensa ternura, / De insondable amor!

Y es por eso, madre, que vivo esperando / Que amanezca el día, / Que retorne el sol...
El sol sin ocaso que el Cristo ha ofrecido, / ¡A todo el que vive / Su vida de amor!

Diciembre 12 de 1943

¡VEINTICINCO AÑOS!...

Nuestras bodas de Plata

Un cuarto de siglo / Rodó sobre el alma / Con gran lentitud;
Abrojos y flores / Borrascas y auroras / Todo ha desfilado bajo el cielo azul,

Paisajes que ríen / Bajo brumas de oro / Del naciente sol,
Almas que se encuentran / En la senda larga / Llenas de esperanza, ebrias de ilusión.

Vastos horizontes / Que se abren y cierran, / Que vienen y van,
Lagos encantados / Con cisnes y flores, / Con himnos sonoros de amor y amistad.

¡Qué larga es la senda / Que se ha recorrido / Con gran lentitud!
¡Y en los polvorientos / Caminos andados / Cuántas flores muertas bajo el cielo azul!

¡Qué de aves errantes / Tendieron el vuelo / Sin volver jamás!
¿Cómo es que olvidaron / El huerto en que juntas / En días serenos fueron a cantar?

Son las mismas arpas / Que un día vibraron / La misma canción
Y un cuarto de siglo / Les cambió sonido... / Porque son las arpas como el corazón...

Corazón humano / Que sueña y canta, / Fácil de olvidar...
Jardines ocultos / Que un día florecen / Y otro día mustio se les ve secar...

¡Un cuarto de siglo!... / Es como un gran libro / Concluido de leer,
¡Encierra una historia / Con tiernos poemas / De afectos profundos que no han de volver!

¡Con tristes escenas / De adioses muy hondos / Al pié de una Cruz!
¡La muerte es un hada / Ladrona de estrellas / Que cruzó enlutando nuestro cielo azul!

¡Un cuarto de siglo / Es libro cerrado / Que con gran tristeza se vuelve a leer...!
¡Cuántos espejismos / Ya desvanecidos / Cuántas flores secas en nuestro vergel!

¡Cuántas esperanzas, / Cuántas ilusiones / Con luz de arrebol,
Fueron diseñadas / A vivos colores / Con pinceles magos en el corazón!

¡Oh, libro cerrado / Del de cuarto siglo / Que lento pasó!...
Volviendo en silencio / Tus páginas blancas / Se siente un perfume de nardos en flor.

Y en el horizonte / Azul ceniciento / Cual manto de tul,
Dos aves viajeras / Que vuelan serenas / Y van a posarse al pié de la Cruz

Allí fue tejido / Con sedosas hebras / Su blanco nidal.
Un cuarto de siglo / Por él ha pasado / Y no lo ha destruido ningún vendaval.

La Cruz es el árbol / De umbroso ramaje / Que les cobijó
Y hoy es el santuario / De un férvido culto... / ¡El culto sagrado del materno amor!

Y el grueso volumen / Del cuarto de siglo / Se vuelve a cerrar...
¡Las dos avecillas / En la Cruz posadas, / Y a sus pies, la madre que descansa en paz!

1919-Febrero 28-1944

VEINTICINCO DE MAYO

En un día como éste, madre mía, / Con azahares tu frente se cubrió
Y en tu alma jardín de santidades / Floreció la ilusión...

A través de los años va mi mente / A beber en el límpido cristal
De aquel cielo de tu alma enamorada / ¡De un cándido soñar!...

Como esposa te he visto coronada / Con rosas rojas de tu abnegación;
¡Como madre te envolvía un halo / Que era un reflejo del amor de Dios!

¿Cómo he de imaginarme que serías / Coronada de luces de ilusión
En un día como éste, madre mía, / En que vive y no vive el corazón?

¡Te sabías amada y tu alma amaba / Como sólo una vez se puede amar...
¡Oh, qué hermosa visión forja mi mente / De tu planta silueta virginal!

¡Entregarse a un amor que absorbe el alma / Como en una suprema inmolación
Sin esperar compensación alguna / Que no sea el amor!

¡Estrechar una mano y para siempre!... / ¡No apartarla jamás,
Aunque rujan bravías las tormentas / Que vienen y que van!

Entregarse a un amor como se entrega / Al viento de la tarde una canción;
¡Así imagino que pensaste, Madre, / Aquel día lejano, de tu amor!

¡Veinticinco de Mayo, me recuerdas / Que una frente de azahares se cubrió!...
¡La frente de mi madre que soñaba / Bajo el velo sutil de la ilusión!...

Mayo 25 de 1945